DEMOS

BIBLIOTECA DE CIENCIA POLÍTICA

12

Jean Meynaud

PROBLEMAS IDEOLÓGICOS DEL SIGLO XX

(El destino de las ideologías y Tecnocracia y política)

EDICIONES ARIEL

PROBLEMAS IDEOLOGICOS DEL SIGLO XX

DEMOS - COLECCION DE CIENCIA POLITICA

JEAN MEYNAUD

PROBLEMAS IDEOLOGICOS DEL SIGLO XX

(El destino de las ideologías
y
Tecnocracia y política)

EDICIONES ARIEL
CARACAS-BARCELONA

Títulos originales

DESTIN DES IDEOLOGIES
y TECHNOCRATIE ET POLITIQUE

Versión castellana de
JORGE ESTEBAN

Profesor-Ayudante de la
Universidad de Madrid

Depósito legal B: 4.802 - 1964 **N.° Registro: 897 - 64**

Talleres tipográficos ARIEL, S. A. - Berlín, 46-50 - Barcelona

PREFACIO PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La presente obra reúne dos trabajos precendentemente publicados por separado y en fechas distintas: *Destin des idéologies* (1961) y *Technocratie et politique* (1960). Sin embargo, ambos estudios nacieron de idéntica inspiración: contribuir a la exploración de la coyuntura ideológica existente hoy en las sociedades industrializadas que presentan políticamente la forma de democracias pluralistas. Al tiempo que vamos a exponer algunas observaciones de alcance general, quisiéramos poner de relieve aquí la estrechez de las relaciones que unen a los dos temas mencionados.

* * *

El tema de la decadencia o superación de las ideologías —tomadas éstas en el sentido de sistemas globales de interpretación del mundo— goza actualmente de gran difusión en los países económicamente desarrollados de América del Norte y de Europa occidental. Algunos autores no temen proclamar, en estos momentos, la muerte de las ideologías, mientras que otros, analizando la situación con más moderación o en forma más matizada, se contentan con invocar el apaciguamiento * progresivo de las luchas ideológicas.

---

* A falta de otra expresión más adecuada traducimos, a lo largo de esta obra, «apaisement idéologique» por «apaciguamiento ideológico». *(N. del T.)*

Recogiendo una expresión en boga, podríamos decir que asistimos actualmente a una auténtica «mutación política», y de este modo las transformaciones que hemos señalado corresponderían a un movimiento irreversible. Si en algunos casos las viejas querellas tienden a persistir, se debería simplemente a un retraso en el reajuste de las actitudes humanas con respecto a los cambios sociales. En suma, la supervivencia de las viejas disputas —tal como las manifiestan o simbolizan los partidos tradicionales— sería el resultado de las dificultades que muestran los hombres para adaptarse espontánea y rápidamente a las variaciones objetivas de su marco de vida y de su modo de existencia.

La explicación que se da normalmente de esta mutación reside en la aparición de la «sociedad opulenta» (o «sociedad de consumo», como también se la ha llamado). Estas expresiones se emplean corrientemente sin tener la precaución, en todos los casos, de atribuirles un contenido preciso. Parece que la forma mejor, y en todo caso la más sencilla, de definir la aparición de la «opulencia» sería considerarla como el paso de una situación de pobreza generalizada a un estado de enriquecimiento individual y colectivo.

Merced a la intensidad y rapidez del progreso técnico —consecuencia a su vez de las invenciones y perfeccionamientos científicos—, las sociedades modernas podrían llegar a superar la miseria y los males de todo orden que se deducen de ella. Por primera vez en la larga y trágica historia del mundo, los seres humanos se evadirían de la obsesión de tener que satisfacer cotidianamente sus necesidades elementales, pudiendo llegar a una situación de bienestar, es decir, a un estado que les permitiría consagrar una gran parte, de hecho una parte creciente, de sus ingresos disponibles, para la salud, las diversiones y la cultura. Para apreciar el alcance de esta evolución, pensemos que en los países más avanzados los gastos de alimentación no absorben más que del 30 al 40 % de los ingresos de los hogares modestos. Por último, el rasgo más caracterís-

tico de la «sociedad opulenta» sería la seguridad adquirida por el hombre en cuanto a las necesidades más graves y acuciantes de su existencia.

Ciertamente, las sociedades que disfrutan ya de la opulencia o se benefician al menos de un comienzo de riqueza siguen siendo poco numerosas, y, para la mayoría de los países del mundo, el paso a una situación de este orden no deja de representar un sueño inaccesible. Pero del mismo modo que en otro tiempo el capitalismo hizo sentir sus efectos en toda la superficie de la tierra, incluso en aquellos países que permanecían fieles a las formas tradicionales de organización económica, hoy la opulencia que han logrado algunas sociedades podría repercutir, en cierta medida, en la totalidad del mundo, incluidas las sociedades más pobres. ¿No podemos ver hoy cómo ciertos atributos o símbolos de riqueza penetran hasta en las comunidades más atrasadas, aunque ciertamente esto sea en beneficio de una capa reducida de privilegios (dándose la paradoja de que se adquieren flamantes automóviles en países aún desprovistos de red de carreteras)?

En consecuencia, aunque la opulencia impregne en adelante la totalidad de la vida social en los países considerados como ricos, o limite sus efectivos a unos sectores reducidos de los países pobres, su aparición representa la gran novedad de la mitad del siglo XX y constituye un factor poderoso de transformación de las relaciones políticas habituales. Esta opulencia tendría, en particular, como efecto, ocasionar o agudizar el desuso de las ideologías construidas en el seno de un mundo de pobreza y sancionadas por la miseria de los hombres.

Pero no nos equivoquemos: en el fondo de la tesis de la decadencia o de la muerte de las ideologías existe la convicción o la esperanza de que el socialismo —tomado en el sentido de una voluntad de transformación brutal y drástica de las relaciones sociales— no tiene ya razón de ser y de que constituye una doctrina superada. La razón de esta afirmación es simple:

la evolución social lleva en sí misma el remedio de los males denunciados por los socialistas y aporta poco a poco a los hombres, sin que haya necesidad a este respecto de revoluciones violentas, las ventajas que ellos esperaban alcanzar en otro tiempo con una reorganización completa de la sociedad. Ciertamente, el socialismo posee aún su utilidad; pero entendida ésta en tanto que factor de aceleración e intensificación de las tendencias suscitadas por la aparición de la opulencia.

En resumen, el socialismo a partir de ese momento no tendría más justificación que la de intensificar la corriente que conduce a las sociedades modernas hacia la igualdad de la condición humana y a la generalización del bienestar. Esta ideología —como ya ha sucedido en los países escandinavos— pasaría inevitablemente de ser una doctrina orientada hacia la revolución o la realización de reformas profundas a ser una especie de «segurismo» que haría predominar unos afanes concretos de eficacia sobre una voluntad abstracta de equidad. En último término, se habría de considerar como criterio único o principal, para aquilatar la excelencia de los diversos regímenes socioeconómicos, su aptitud para producir la cantidad máxima de bienes y satisfacciones. Es fácil ver que la aceptación por los interesados de un empirismo de estas características constituiría un factor importante de apaciguamiento en las luchas políticas.

El lector de esta obra tendrá ocasión de comprobar que sin rechazar en bloque estos análisis —los cuales, debo señalar, gozan hoy de un amplio asentimiento en los medios de inspiración política más diversa— estoy lejos de adoptar todos sus elementos y, aún más, de aprobar todas las consecuencias que se quieren deducir de ellos. Con la finalidad de aclarar cuanto antes mi posición, yo diría que los defensores de la tesis de la decadencia de las ideologías parece que exageran no sólo el fenómeno de la opulencia, sino también la realidad del apaciguamiento. Aunque los fenómenos señalados no carecen de bases reales, estimo que existe la ten-

dencia a exagerarlos hasta el punto de presentar un cuadro deforme y parcial de la vida social contemporánea.

Reflexionando sobre el caso de Francia, resulta claro que en varios aspectos el recurso a la noción de opulencia proviene de un razonamiento mítico. Varios rasgos, todos fácilmente aprehensibles y tangibles, pueden ser citados en apoyo de esta posición: el número extremadamente elevado de rentas bajas, que prohíben por su intrínseca mediocridad el acceso a las comodidades y a los placeres de la existencia; la dureza de la condición campesina, agravada por un implacable mecanismo de depauperación relativa; la crisis permanente de las viviendas, que agobia en particular a los jóvenes matrimonios; la insuficiencia y, en algunos casos, la miseria de los servicios colectivos (sectores de la educación, de la salud, etc.).

¿Se podría afirmar que al menos los Estados Unidos han salido del ámbito de la miseria? Para admitirlo sin reservas, sería preciso olvidar el contenido de las estadísticas oficiales recientes, las cuales nos señalan que, todavía hoy, un americano de cada cinco vive en la pobreza, y que otros, en número considerable, sufren privaciones de diverso orden. Según estos documentos, 77 millones de americanos en total, o bien viven en la pobreza, o bien, aunque siendo menos desgraciados, no poseen un nivel de vida adecuado.

Parece, por lo tanto, que la tesis de la aparición de la «sociedad opulenta» reposa sobre una valoración demasiado optimista de la situación social. Incluso las sociedades más ricas tienen que realizar todavía muchas cosas para merecer plenamente el calificativo de opulentas.

Resulta tentador exponer un razonamiento semejante a propósito del grado del apaciguamiento ideológico. Por supuesto, el éxito logrado por los partidos o grupos conservadores durante el decenio 1950-60 parece aportar un sólido argumento a la tesis de la pacificación ideológica. Estas victorias no habrían sido posibles,

o hubiesen sido menos claras, si las formaciones apegadas al mantenimiento del orden establecido no hubiesen recibido los sufragios de una fracción importante de los trabajadores (incluido, naturalmente, cierto sector de obreros industriales). Sin embargo, es muy posible que no se haya dicho la última palabra sobre esta cuestión.

En los últimos meses, se han podido notar diversos signos de un rebrote de la atención popular en provecho de los partidos de izquierda (laborismo británico) e, incluso en algunos casos, de extrema izquierda (comunismo italiano). No ignoramos que deseosos de extender sus partidarios entre el más amplio sector posible de las clases medias, los socialistas tienden desde hace poco a preconizar con preferencia el *Welfare State* a las reformas de estructura, y la protección de los consumidores al control obrero de la empresa (o a la cogestión). Admitidas todas estas reservas, no se puede negar, sin embargo, que el retorno al poder del *Labour Party* o el asentamiento de la experiencia italiana de *centro sinistra* puedan producir la aparición de medidas capaces de reanimar la competición ideológica.

Al período de la inmediata posguerra, que en varios países fue de inspiración reformista, siguió una fase de estabilización (dentro de la cual una parte, aunque no la totalidad, de los beneficios obtenidos por las fuerzas de izquierdas han sido puestos en duda). No se debería excluir la posibilidad de un nuevo giro del péndulo político que hiciese posible la reaparición de los partidarios de la reforma. El régimen capitalista, aunque se haya consolidado durante los últimos años, no creemos que esté destinado a eternizarse. En todo caso hay un punto que merece nuestra atención: las prisas de diversos adversarios de las ideologías tradicionales en predicar (disculpándose por dar tal paso si se les apura) ideologías nuevas o ideologías de recambio. El ejemplo más típico y en muchos aspectos el más significativo, es el de la ideología tecnocrática, cuya exposicón general se hace en el segundo de los ensa-

yos que contiene esta obra. El análisis de la naturaleza de esta concepción nos permitirá comprender mejor el sentido de la lucha ideológica que se desarrolla en las sociedades industrializadas.

* * *

Según un punto de vista muy popular en diversos medios, el criterio del régimen sociopolítico del futuro será evitar tanto el capitalismo como el comunismo, dirigiéndose, en cambio, hacia la búsqueda de la eficacia. El fundamento de esta actitud se basa en que la política, entendida como el dominio de las discusiones y combinaciones partidistas, complica inútilmente la solución de los problemas y acarrea pérdidas de energía. La regla áurea de una sociedad moderna debe ser ésta: hacer prevalecer las normas de la eficacia, por encima de los imperativos o sujeciones ideológicas. La manera de conseguir esto sería evitar las polémicas sobre principios a las que son tan aficionados los políticos (por ejemplo, la discusión sobre el estatuto de la propiedad) y aplicar las reglas del método experimental a los problemas que haya que resolver. Esta orientación es mucho más deseable desde el momento en que las aplicaciones del cálculo matemático para la formación de las opciones políticas (particularmente la investigación operativa y la programación lineal) permiten acrecer sustancialmente la esfera de racionalidad.

Así, se implanta la idea de que los asuntos del Estado estarían mejor dirigidos desde el momento en que se utilizaran, para su estudio y su reglamentación, los métodos empleados con éxito en la vida industrial. He ahí uno de los aspectos más claros de la ideología tecnocrática en la época actual.

Esta ideología no es ciertamente una novedad. La encontramos ya expuesta con claridad y fuerza excepcional en la obra de Saint-Simon. El elemento más profundo de esta concepción radica en la valoración de la competencia, es decir, la exaltación de las facultades o

méritos de los técnicos, en detrimento de los habituales modos de obrar de la política, a la que abiertamente se tacha de ineficaz e irracional. Hoy, la ideología tecnocrática se ha enriquecido con una nueva dimensión: el culto al futuro (que está relacionado con la actitud «prospectiva»).*

Según esta corriente de pensamiento, la verdadera lucha se ha de situar en adelante entre las fuerzas que se aferran al pasado y las que se dirigen resueltamente hacia el porvenir. Ahora bien, las viejas ideologías constituyen justamente uno de los factores que impiden o contrarían esta reorientación del pensamiento. La conquista de la eficacia implica por lo tanto que la competencia —una competencia que se dirige sistemáticamente hacia el futuro— venga a remplazar a las motivaciones partidistas y a las posiciones ideológicas que, sobre la base de la experiencia histórica, le sirven de fundamento o de justificación. Únicamente a este precio será posible llevar el crecimiento al máximo, y el desarrollo del bienestar que resulte de esto permitirá por sí sólo resolver todos los conflictos sociales heredados del pasado. Una vez más nos encontramos ante el tema de la opulencia en cuanto fuerza de pacificación de los espíritus.

Una de las constantes del pensamiento tecnológico aplicado al terreno político es la reivindicación del apoliticismo. Como otros muchos, los técnicos que alcanzan el poder tecnocrático se declaran abiertamente indemnes de toda motivación ideológica o partidista. El lector encontrará en mi ensayo la demostración de la imposibilidad de reducir el juicio y los objetivos políticos a una formulación puramente técnica. Resulta difícil ejercer el gobierno de los hombres sin referirse a un sistema de moral social o, si se prefiere, a una concepción global de las relaciones humanas. La pre-

---

* Ver el artículo «Les spéculations sur l'avenir», *Revue Franc. Scien. Polit.*, Septiem. 1963, pp. 666-688, donde el autor de la presente obra analiza las diferentes formas de especulación sobre el futuro y su actual desarrollo en Francia. *(N. del T.)*

tensión de los técnicos hacia el apoliticismo no resiste el análisis, pero el fundamento de esta pretensión no es uniforme. A este respecto sigue siendo útil señalar la diversidad de las motivaciones que se encuentran en la base de estas actitudes.

Yo señalaría en primer lugar el caso del apoliticismo-ilusión. Existen personas que de buena fe olvidan o no consiguen representarse la especificidad de lo político. Éste es el caso corrientemente de los ingenieros que, tratando de analizar la vida política sin una preparación suficiente, se imaginan que es posible aplicar las mismas reglas para el gobierno de los hombres que para la construcción de un puente. De aquí la publicación en cada generación de obras o programas cuyos autores manifiestan tanta buena voluntad como simpleza. Pero, en otras situaciones, nos encontramos con la cuestión del apoliticismo-mistificación. Así ocurre cuando técnicos, perfectamente informados de los aspectos o consecuencias ideológicas de sus tareas, utilizan el pretexto del apoliticismo para dar a sus intervenciones una apariencia de neutralidad.

En suma, el apoliticismo de los técnicos proviene de un error en el análisis o constituye una forma de coartada ideológica. Sin embargo, en la práctica, una y otra, de estas dos variedades convergen para asegurar o facilitar la preservación del orden establecido. No debemos olvidar este punto de vista cuando tratemos de valorar el sentido de la intervención de los técnicos en la vida política.

Pero nos sorprendería el propósito, si consideramos que la operación técnica constituye en principio un simple instrumento que puede ser utilizado indiferentemente tanto al servicio de la conservación del orden de cosas como a su renovación, o lo que es igual, para la reforma lo mismo que para la revolución. En resumen, la técnica aparece como el modo de actualizar o de realizar un esquema ideológico cualquiera. Pero si ahondamos en el razonamiento, llegaremos a la conclusión de que la tesis del apaciguamiento ideológico, en

la medida en que proclama la inutilidad o inexistencia de las ideologías de remplazamiento, se analiza dentro de una exaltación o, al menos, de una aceptación del sistema existente. La acción del técnico no podrá sino tender a la mejora o consolidación de este sistema, una vez que se haya insertado en semejante marco. Para que sucediese de otro modo, sería preciso que esta actividad se apoyara en una voluntad de transformación o recibiese un impulso. Ahora bien, no sería éste el caso, si se plantea desde el comienzo la ausencia de una voluntad semejante o, lo que es peor, su carácter nocivo.

Tenemos la impresión de que la tesis de la decadencia de las ideologías, al expresar correctamente la realidad, o como es más probable, al acentuar sus contornos, actúa en provecho de las capas sociales dominantes, confiriéndoles un aspecto respetable con el fin de proteger la organización existente y de salvaguardar los privilegios adquiridos. La expansión de esta tesis favorece el desarrollo de la ideología tecnocrática que, por un efecto de retroacción, tiende a consolidar y extender la idea de una desintegración o superación de las ideologías tradicionales.

Notemos que la ideología tecnocrática presenta, como ideología de remplazamiento, unas ventajas particulares, pues aunque los técnicos no sean siempre muy populares, la técnica goza en nuestras sociedades de un gran prestigio. Si en muchos aspectos resulta excesivo ver en la tecnocracia (ascensión de los *managers*) la nueva forma del capitalismo en el siglo XX, no se debería afirmar que hasta el presente la revolución técnica, o más sencillamente, el empuje técnico haya sido desfavorable a este sistema.

Si realmente la decadencia de las ideologías tradicionales, y en particular del socialismo, se acentuase o se extendiese, asistiríamos a una consolidación, tal vez duradera, del régimen actual. Una hipótesis de estas características, porque en nuestra opinión se trata de una hipótesis todavía no demostrada, ¿tiene alguna posibilidad de realizarse?

* * *

Para responder a este interrogante con alguna certidumbre, sería menester que conociésemos mucho mejor los determinantes de la coyuntura ideológica. Sin desarrollar aquí el esquema que trazamos en el *Destin des idéologies*, querríamos destacar que su respuesta depende en gran medida del comportamiento de los sistemas económicos en los años y decenios venideros. Se podría pensar que la supervivencia de una grave crisis económica sería capaz de engendrar el retorno de actitudes que siguen siendo todavía endebles. Es preciso igualmente contar en adelante con los logros (cualitativos y cuantitativos) de los países comunistas. Pero el contenido y la orientación de los grandes medios de información (*mass-communications*) sigue siendo una variable de gran importancia.

Indiscutiblemente, nuestro mundo está sufriendo una transformación material considerable capaz de repercutir en la constelación de las actitudes sociopolíticas y en el sentido de las decisiones partidistas (derechas-izquierdas). En el presente estado de nuestros conocimientos, nos parece difícil señalar con certidumbre la orientación, y con mayor razón, el punto de llegada de este cambio. Los partidarios de la «prospectiva», declaran que se atienen únicamente a conjeturar lo probable, evitando transformar en pronósticos sus propios votos y deseos. Pero se comprenderá fácilmente las dificultades de esta actuación.

No se debiera excluir el hecho de que gran número de las especulaciones sobre el futuro traducen en realidad, según un proceso perfectamente conocído, la voluntad de influir el futuro. A fuerza de presentar a la gente cierta orientación como inevitable, ésta tiende a conformar su conducta con arreglo a la misma. Por lo demás, la imagen dada del futuro es capaz de marcar el desarrollo de la evolución.

En este sentido, la especulación sobre la decadencia de las ideologías tradicionales, así como la aparición de

nuevas concepciones (por ejemplo, el culto al futuro), constituyen al mismo tiempo unos intentos de análisis sociológico y unas etapas del combate ideológico. Aunque nos hayamos esforzado por dar una exposición imparcial de las corrientes que hemos analizado, querríamos que el lector no olvidase esta propiedad al consultar mis propios trabajos.

Lausana, mayo de 1963.

PRIMERA PARTE

EL DESTINO DE LAS IDEOLOGIAS

PRÓLOGO

Esta obra tiene su origen en un curso explicado en la Universidad de Lausana durante el curso académico 1960-61. Aunque dejando subsistir el aparato bibliográfico, he tratado de aligerar su exposición de los inevitables fardos y repeticiones de las lecciones escolares. Pero el peso de la costumbre adquirida hace difícil tal transposición.

Quisiera decir unas palabras acerca de las razones que me indujeron a exponer estas lecciones y que me han empujado a ofrecerlas al público. Asistimos actualmente a la penetración en el análisis social de nociones que poseen cierto prestigio gracias a su aparente novedad: sociedad opulenta, neocapitalismo, «americanización» de la clase obrera, «relaciones humanas», «despolitización», fin de las ideologías, etc. Ahora bien, si nos remontamos a las fuentes comprobaremos a menudo la fragilidad de los conceptos así utilizados y la de las deducciones asombrosas que se extraen de los mismos.

El fin primordial de este ensayo es el de proceder a un examen crítico de estas concepciones que dejan huella en el pensamiento de los hombres, incluso hasta cuando sus promotores, satisfechos por el efecto de sorpresa que han producido, tienden con rapidez a abandonarlas. De lo que se trata es de reducir estas especulaciones a su escala justa y de restituir a la polémica cotidiana lo que no pertenezca a la investigación científica.

Durante los seminarios que acompañaron a estos cursos, mis alumnos de Lausana me ayudaron, con sus críticas y sugerencais, a realizar este intento de valoración; por ello tengo conciencia de saldar una deuda de gratitud al dedicarles estas páginas.

Lausana, julio-agosto 1961.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, un sector bastante extenso del pensamiento político ha pronosticado la decadencia e incluso el fin de las ideologías. El argumento general de esta tesis se basa en la aparición en las sociedades modernas de pujantes factores de acercamiento y de auténtico sentido de solidaridad en la búsqueda de la paz. La verdad es que la lucha continúa y aun, si se repara en la literatura que se consagra a las ideologías, parece intensificarse. Pero este enfrentamiento, que respondía antaño a las condiciones de la vida social, se reduce a menudo, en nuestros días, a una pura controversia de escuela, por lo que hace que esta evolución tienda a disgregar poco a poco el fundamento concreto de estas posiciones y a conferirles un carácter ficticio.

¿Hemos llegado realmente a la desaparición de los conflictos ideológicos? Son muchos los hechos tomados de la experiencia cotidiana que permiten dudarlo: así, desde las agrupaciones laicas en Francia hasta las marchas organizadas por los «unilateralistas» en Gran Bretaña, o desde las manifestaciones racistas y antirracistas en el sur de los Estados Unidos hasta las manifestaciones organizadas por los sindicatos japoneses contra el pacto americano-japonés y sus consecuencias. Un ardoroso nacionalismo se consolida en los nuevos Estados conteniendo una gama de actitudes positivas (industrialización) o negativas (repulsa de los modelos extranjeros), cuyas implicaciones todavía no se

han valorado. Por último, y sobre todo, el mundo comunista nos manifiesta cada día su voluntad de dirigir, contra los sistemas occidentales, una implacable lucha ideológica, de la que constituye un instrumento privilegiado la «coexistencia pacífica».

Los partidarios de la tesis del apaciguamiento conocen estos hechos y otros muchos de las mismas características. Pero, entonces, ¿cómo logran conciliarlos con su afirmación central?

En realidad, la cuestión no es nada sencilla; y además la falta de perspectiva aumenta la complejidad de su examen. Sería tentador aplazar para más tarde el análisis y dejar a los acontecimientos, por así decirlo, la tarea de resolver la cuestión. Pero el veredicto de los hechos carece casi siempre de claridad y las divergencias entre los historiadores, incluso sobre períodos lejanos, muestran que el paso del tiempo no garantiza en absoluto la unanimidad en la interpretación. Por otra parte, a pesar de prevenciones tenazmente sostenidas, nunca resulta inútil emprender el estudio de la realidad inmediata. Es difícil que se puedan construir obras importantes concentrándose sobre la actualidad, pero, sin embargo, tales trabajos pueden conducir a una extensión considerable de las dimensiones del análisis documental, sentando las bases para un establecimiento posterior de esquemas generales.

* * *

El examen de los problemas que afectan a la ideología es de una gran complejidad a causa de las divergencias existentes en la designación y apreciación de los fenómenos. Un análisis profundo de los mismos traería como consecuencia escribir otro libro. Es necesario, empero, explicar sucintamente las posiciones, o si se prefiere, las convenciones que adoptaremos en esta obra.

En un primer análisis, podemos considerar a la ideología como la organización conceptual de un cierto

número de fines colectivos reconocidos como deseables. Según esto, opondríamos el conservadurismo que se basa en el reconocimiento y apología del orden establecido, al liberalismo, que afirma la necesidad de la evolución y pone el acento en las realizaciones futuras.[1] En esta acepción la ideología se acerca a la noción alemana de *Weltanschauung* que se traduce, a falta de una expresión más adecuada, por concepción del mundo, o, en todo caso, por conjunto de ideas que se tienen del mundo y de la vida. Según algunos, la ideología se distinguiría por su carácter necesariamente colectivo, mientras que el contenido del término alemán puede abarcar también el orden individual.[2] Otros autores han tratado, sin embargo, de dar una visión más precisa de la ideología, especialmente en sus aplicaciones al terreno político. Entre estos, Karl Loewenstein la define como «un sistema coherente de ideas y creencias que explican la actitud del hombre ante la sociedad y que conducen a la adopción de un modo de comportamiento que refleje estas ideas y creencias, conformándose a ellas».[3]

Si nos situamos en el nivel del lenguaje corriente, podremos observar que existe una gran confusión en el empleo de términos próximos: doctrinas, ideas, ideologías... Estas palabras se utilizan frecuentemente como si fuesen intercambiables. Los autores que consideran necesario establecer una distinción sugieren diversas acepciones.

De esta manera, Jean Touchard propone reservar la palabra «doctrina» para la designación de un sistema completo de pensamiento que descanse sobre un análisis teórico del hecho político.[4] Para este autor, la doc-

1. En este sentido: NIEL (H), «Les idéologies». *Lumière et Vie*, julio de 1956, pp. 105-126.
2. Así, Wladimir WEIDLÉ en la introducción al número especial de *Res Publica* (1960, n.º 3, p. 190) sobre «Les idéologies et leurs applications au XXe siècle».
3. «L'influence des idéologies sur les changements politiques», *Bulletin International des Sciences Sociales*, p. 55.
4. *Historia de las ideas políticas*, Tecnos, Madrid 1961, p. 13.

trina es una obra individual, ya que contribuye a la formación de la idea política que, contrariamente al pensamiento doctrinal, posee un cuerpo y un peso social. Con gran acierto, Touchard compara la idea (según él, difícil de distinguir de la ideología) con una pirámide compuesta de varios pisos: correspondiendo sucesivamente cada uno de ellos, a la doctrina, a la *praxis*, a la vulgarización, y a los símbolos y representaciones colectivas. Poniendo un ejemplo actual, podríamos decir que *El Capital* se encuentra en un extremo de la cadena, y en el otro, el *slogan* de las «doscientas familias».

La posición de Raymond Aron difiere algo de la precedente, pues este autor ve en las ideologías —especialmente en lo que se denomina los «ismos»— unas doctrinas que poseen unos rasgos característicos clasificables, según él, en tres categorías: potencial emocional (a diferencia de las puras ideas, las ideologías tratan más de convencer que de demostrar); justificación de intereses o de grupos; estructura aparentemente lógica, o si se prefiere carácter sistemático (aunque este rasgo, especialmente visible en las ideologías de tipo comunista, no tiene la misma importancia en todos los casos).[5]

A pesar de adoptar una sistematización y un vocabulario diferentes, la posición de Aron tiene numerosos puntos de contacto con la de Touchard. Uno y otro admiten la idea de una degradación insensible de la obra intelectual a medida que se llega a la fase final de su utilización práctica. Llevando este razonamiento hasta el final, se ha podido ver en las ideologías unos sistemas de ideas «que no son ya pensadas por nadie».[6] Esta desvalorización queda explicada si se admite que la ideología es, en algún aspecto, el soporte o

5. *Res Publica*, *op. cit.*, pp. 276-277. Otra formulación de R. ARON: «Las ideologías políticas entremezclan siempre, con más o menos fortuna, proposiciones de hecho y juicios de valor. Asimismo expresan una perspectiva sobre el mundo y una voluntad que apunta hacia el porvenir» (*L'opium des intellectuels*, París 1955, p. 246).
6. W. WEIDLÉ, en la misma revista, p. 189.

la armadura de la acción, ya que proporciona un programa de actividad, justifica este programa, o aún mejor, aporta un criterio o una serie de referencias para el juicio de las conductas y la realización de los objetivos escogidos.

En gran medida, la palabra «ideología» continúa estando marcada por el sentido que le han dado los marxistas, para quienes lo propio de la ideología sería traducir los intereses vitales de un grupo o de una clase social, como si se tratase de la expresión de un pensamiento desinteresado. La ideología de esta manera tendría su origen en una conciencia falseada, puesto que es característica del ideólogo ignorar que su sistema de reflexión es el producto de las condiciones materiales en que está sumido. Al expresar las relaciones de propiedad, vemos cómo la ideología se encuentra vinculada a la división de la sociedad en clases sociales, y así la clase dominante trata por todos los medios de imponer su propia concepción del mundo al conjunto de la comunidad. El proceso ideológico adopta desde entonces la apariencia de factor defensivo o de principio protector. La ideología, elemento de cobertura social de contenido engañoso, desempeña el papel de un instrumento de lucha entre los grupos.

Con arreglo a esto, al marxismo, que se manifiesta como la ciencia que estudia las leyes del desarrollo de la naturaleza y de la sociedad, no podría ser asimilado por sus adeptos, pero sólo por éstos, a una ideología. El marxista no puede ser calificado de ideólogo porque en la base de su reflexión se encuentra la creencia en la determinación de la superestructura ideológica por la situación de las relaciones de producción. Observemos, no obstante, que actualmente los comunistas definen corrientemente el marxismo-leninismo como la ideología del movimiento de liberación del proletariado, viniendo a parar así a la noción, curiosa desde el punto de mira de la filosofía marxista, de ideología científicamente verdadera frente a todas las demás que se conceptúan falsas.

Hay que tener presente que en la perspectiva marxista la ideología se halla vinculada a la existencia y a la actividad de un grupo social en cuanto tal. Esta relación entre las concepciones políticas y las agrupaciones sociales posee un alto grado de verosimilitud y explica una parte bastante amplia de la realidad. La investigación y la práctica contemporáneas han sido clara y profundamente influidas por esta afirmación. Pero la relación no expresa en modo alguno la totalidad de los fenómenos considerados. La pertenencia a un grupo social no determina de forma infalible las concepciones del individuo, puesto que no se puede ignorar la posibilidad de una superación de las ideologías en el sentido marxista del término, y además sería peligroso subestimarla. Otra cuestión que tampoco debe olvidarse es la tendencia de un grupo a aferrarse por tradición o pereza mental a una ideología que no representa ya sus intereses. Es posible que la utilización sistemática de los grandes medios de comunicación (*mass-communications*)* aumente la frecuencia de tales desajustes, que tal vez sea optimista considerar como simples retrasos en su adaptación a los factores objetivos. Del mismo modo, si se admite que las ideas son el producto de las condiciones sociales —y con mayor razón si rechazamos a este propósito todo nexo de filiación rígida—, no se puede negar tampoco que el pensamiento desempeña circunstancialmente una función de motor en el dominio de la infraestructura.[7]

---

* Véase a este respecto la nota (2) del estudio: «La sociología de las comunicaciones masivas en los Estados Unidos», *Revista de Estudios Políticos*, enero 1963, p. 50, en la que el prof. Jiménez Blanco se inclina, para la traducción castellana de este término, por la expresión «comunicaciones masivas». *(N. del T.)*

7. Sobre el problema de las relaciones entre la actividad intelectual y la existencia social, conviene releer la obra de Karl Mannheim, *Ideología y Utopía. Introducción a la sociología del conocimiento.* Madrid, Aguilar, 1958. Para un crítica de estas concepciones, consultar ante todo Raymond Aron, *La sociologie allemande contemporaine*, 2.ª ed., París, 1950, pp. 74-94. Ver también Paul Kahn, «Idéologie et sociologie de la connaissaince dans l'œu-

Considerando las ideologías como simples elementos de racionalización de las agrupaciones sociales (algunos autores no han visto en ellas más que reflejos de estas últimas), nos exponemos a abandonar o subestimar las ideas que en un momento dado no encuentran, circunstancial o definitivamente, «detentador», pues los motivos de su debilitamiento o de su fracaso no tienen por qué ser necesariamente función del estado de la estructura social.[8] Ha surgido desde este momento la pregunta de si no convendría utilizar un sistema dualista de distribución, ideologías-ideas políticas. La palabra «ideología» se emplearía para abarcar las concepciones y posiciones de una clase o de una categoría social cualquiera (ideología burguesa o campesina, por ejemplo, o bien, ideología de las «clases medias»). En cuanto al término «idea», serviría para identificar las tendencias políticas que existen en un momento determinado en una sociedad cualquiera: liberalismo, tradicionalismo, industrialismo, socialis-

---

vre de Karl Mannheim», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. 8, 1950, pp. 147-168. Mencionemos también el interesante análisis de J. A. SCHUMPETER, «Science and ideologie», *American Economic Review*, marzo 1949, pp. 345-359. Ver por último MACRAE (Donald G.), *Ideology and society. Papers in sociology and politics*, Londres 1961, cap. VI, así como la obra de VASOLI, (Cesare) *Tra cultura e ideologia*, Milán 1961.

8. Citemos, por ejemplo, la obra, descubierta a comienzos de siglo, de Emeric CRUCÉ (1590-1648), *Le nouveau Cymée* (publicada en 1623). Se ha podido ver más tarde, en este autor, el fundador del movimiento pacifista moderno. En este libro se trata de demostrar que los móviles alegados como justificación de las guerras (honor, búsqueda del provecho, reparación de algún descalabro, necesidad de actividad y ejercicio, no tienen valor, aparte de que los conflictos armados no producen los resultados que se esperan de ellos. Consciente de los peligros que suscita el espíritu guerrero y de las amenazas a la paz que se deducen de ciertos fenómenos económicos y sociales, Crucé propone un plan de reformas con el fin de reducir el militarismo. La pieza esencial de su sistema estriba en la creación de una corporación que se esforzará en mantener la paz a través de su persuasión moral, no imponiendo sus decisiones por la fuerza más que en los casos extremos (corporación compuesta por embajadores de los estados monárquicos, del papa, que tendría aquí la supremacía sobre los demás, del sultán de Turquía, de Venecia y de Suiza). Crucé pasa por haber influido a hombres como Leibnitz y al Abate de Saint-Pierre, a los fisiócratas y a los liberales ingleses. Pero ¿cuánto tiempo hará falta para que ideas semejantes encuentren una amplia repercusión entre los pueblos?

mo... (según el esquema adoptado por Thibaudet, para estudiar las ideas políticas de su tiempo.)[9]

Esta distinción, aunque parta de una propiedad establecida por el marxismo, no tendría sentido para un marxista, el cual estaría obligado a tildarla de idealista. No obstante, nos parece que ofrece un gran interés en el plano conceptual, al establecer que el movimiento que une el pensamiento a la acción práctica no es rígido ni unilateral, ya que entre ellos no existe una simple relación, sino un vaivén extrañamente complejo. La fuerza o irradiación de una idea no proviene solamente de su adecuación a las relaciones sociales u otros factores objetivos. Aunque admitamos que en gran número de casos las ideas son un arma de la lucha social, un instrumento de protección de los privilegiados, hemos de reconocer también que en múltiples circunstancias se revelan más fuertes que los intereses, y que existen posiblemente —más allá de la sucesión de los regímenes políticos— unas aspiraciones humanas permanentes. Aspiraciones que el análisis sociológico debe proponerse en cuanto tal, investigar y describir a través de sus manifestaciones positivas y en ningún caso criticarlas y juzgarlas, so pena de caer en el reducto del derecho natural.[10]

---

9. Nos referimos aquí a su conocida obra *Les idées politiques de la France*, París 1932. Según R. GIRARDET, la ideología se opone a la idea o, más exactamente, rebasa el contenido de ésta, en la medida en que al ser superada se convierte en tradición de un grupo social. Ello explica la extrema dificultad para renovar un sistema doctrinal como consecuencia de la resistencia de los medios en que esta ideología se ha «incrustado» (observación extraída de la obra colectiva *Tendances politiques dans la vie française depuis 1789*, París 1960, pp. 134-135.

10. Ver sobre este punto el libro de Roger MUCCHIELLI, *Le mythe de la Cité idéale*, París 1960. Resumiendo la crítica hecha por Tomás Moro de la sociedad inglesa de su época, Mucchielli ve en ésta la expresión de una moral «que no es la propia de su función, de su clase y de su tiempo...» (página 58). De forma general, el objetivo del autor es ayudar a la construcción de un «nuevo relacionismo», para el cual «la fuente de los valores se encuentra en la relación interhumana, es decir, en el mismo vínculo social...» (p. 297). Mucchielli expresa la totalidad de su pensamiento cuando declara que la relación «indefinible en términos de realidad cultural, histórica, sociológica o sicológica... no puede definirse más que por y en la idea de la Ciudad ideal, que implica la paridad de la relación y del ser social que integra a la humanidad como totalidad».

Sin embargo, esta distinción nos parece difícil de ser llevada a la práctica. El primer obstáculo reside en la aparente fluidez de los grupos sociales. El ordenamiento doctrinal de la sociedad —lo veremos en la continuación— pierde siempre una gran parte de su virtud clasificadora al confrontarlo con la realidad inmediata. En cuanto a las concepciones intelectuales y morales de estos grupos diversos y en cierto modo inestables, están desprovistas de rigor y de precisión. Por querer someterlas a un nivel elevado de generalización se las expone al riesgo de reconstrucción dogmática. El mismo peligro existe, sin ninguna duda, en algunas tendencias políticas como, por ejemplo, las sustentadas por Thibaudet. La lectura del libro de éste nos bastaría para comprobarlo. Pero en este caso el esfuerzo de selección y de comparación implica, en fin de cuentas, un riesgo menor de interpretación subjetiva en razón de la naturaleza misma del análisis.

En definitiva, esta distinción podría falsear la descripción de los hechos, por lo que preferimos abandonarla. Trataremos, por consiguiente, desde el comienzo de nuestro razonamiento, de asimilar las ideologías a los «ismos» tradicionales que, a pesar de diferenciarse por la inspiración de conjunto y por el fin último, tienen con frecuencia numerosos puntos en común. Pero al actuar así, no debemos olvidar las relaciones a menudo estrechas que unen a estos sistemas con los diversos grupos sociales (si, al menos, éstos presentan un grado suficiente de homogeneidad y de coherencia capaz de sentar las bases de una línea ideológica común). Por último, tendremos un especial cuidado en recordar que las ideas o elementos de ideas cuyo conjunto constituye una ideología, se degradan y empobrecen en el momento de su difusión y en razón de su éxito, debido, en parte, a la pérdida de matices. Pensemos solamente en lo que quedaría del sistema de Maurras en el espíritu de un servidor real de mediana inteligencia y, con mayor razón, en el del simpatizante de una provincia lejana.

A pesar de su excepcional coherencia interna el mismo marxismo-leninismo no escapa a tal servidumbre.

Presentada de esta forma, la ideología no debería ser disociada de la acción o, al menos, de una voluntad de acción (teniendo en cuenta la desigualdad de fuerzas que, en un momento dado, caracteriza a los diversos sistemas ideológicos existentes). Este empeño por marcar y atraer a la opinión, ya perceptible en numerosos casos en la fase doctrinal (de la que cabe preguntarse si no sería deseable, caso de que fuese concebible y posible, distinguir del plano de la pura teoría), se amplía y profundiza cuando se llega al terreno de la vulgarización. De aquí se deduce el excepcional interés de la disociación de una ideología en sus elementos componentes: parte de demostración racional, función de las consideraciones morales, posición de las representaciones míticas... Resulta difícil pensar que un sistema ideológico cualquiera pueda ignorar algunos de estos datos. Finalmente, podemos preguntarnos si toda ideología en tanto que como tal expresa proyectos para el futuro o programas de acción, no está abocada a contener algo de mito o de utopía o, como dice E. M. Cioran, si la vida sin utopía, en el nivel de la multitud, no se haría irrespirable y de este modo la nostalgia adoptaría, entonces, en las sociedades y en los grupos, la forma de un retorno a la edad de piedra o de una idolatría del futuro.[11]

* * *

Nos saldríamos de los límites de esta introducción si planteásemos el problema de las funciones de la

11. *Histoire et utopie*, París 1960, p. 24. Las relaciones entre la ideología y la utopía plantean unos problemas teóricos que no nos sería posible abordar en este corto ensayo. Ver sobre este tema, la interesante clasificación de Georges Duveau: «Introduction à une sociologie de l'utopie», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. IX, 1950, pp. 17-41. También de G. Duveau: «La résurrection de l'utopie», en la misma revista, julio-diciembre 1957, pp. 3-22. Para un estudio más profundo ver, aparte de la obra de Mucchielli ya citada en la nota precedente, el importante libro de R. Ruyer, *L'utopie et les utopies*, París 1950. Hay también una buena exposición general de las diversas utopías, de acuerdo con un punto de vista histórico en: Adriani (Maurilio), *L'utopia*, Roma 1961 (Universale Studium, 74).

ideología, que a juicio de algunos cumple actualmente misiones en otro tiempo propias de la religión.[12] Se ha dicho que para muchos autores que se inspiran más o menos abiertamente en la posición marxista, la ideología se presenta como una ilusión o un engaño o, en todo caso, como un arma forjada con mejor o peor fortuna y espontáneamente en la lucha social. Podemos decir, pero de una forma menos categórica, que la lucha ideológica reviste a menudo la forma de aspectos tácitos que no están exentos, y esto en todas las épocas, de signos de intoxicación. Por otro lado, puede ocurrir que los manipuladores caigan en su propia trampa, siendo alcanzados por el rebote de las ideas que emitieron (éste es el caso de la ideología humanitaria lanzada en el siglo XIX por numerosos escritores «burgueses»). G. Duveau ha citado con acierto el ejemplo del patrón que, después de haber frecuentado la iglesia para garantizar en su fábrica una «disciplina productiva», se convierte en devoto o incluso en asceta, olvidando el destino de sus bienes temporales.[13]

Otro aspecto de este tema consistiría en analizar la ideología como soporte de la acción.[14] La cuestión se ha suscitado hoy por la pretensión de los tecnócratas de construir un Estado ideológicamente neutro y cuya línea de conducta descansaría en la búsqueda de la eficacia. Este problema se ha planteado y discutido a propósito, sobre todo, de la U.R.S.S. En un libro antiguo, pero cuyas conclusiones continúan estando vigentes, Barrington Moore Jr. declaró que desde la toma del poder en Rusia por los Soviets, éstos han hecho predominar la ideología de los medios sobre la de los fines.[15] Así se explica, por ejemplo, la repudiación del

---

12. Ver el artículo de L. DION, «Political ideology as a tool of functionnal analysis in socio-political dynamics: an hypothesis», *Canadian Journal of Economics and Political Science*, febrero 1959, pp. 47-59.

13. *Op. cit.* 1950, p. 24.

14. R. ARON, ha esbozado el problema en el número ya citado de *Res Publica*, pp. 276-286.

15. *Soviet politics. The dilemma of power: the role of ideas in social change*, Cambridge (Mass.) 1950.

ideal de la igualdad, que en la práctica se ha mostrado incompatible con la creación de una sociedad industrial. Para este autor, la industrialización impondría unas reglas de conducta absolutamente imposibles de soslayar. De igual manera, en el plano de las relaciones internacionales, los Soviets, al buscar el equilibrio del poder antes que el ideal de la revolución proletaria, habrían actuado como discípulos de Maquiavelo y Bismarck más bien que de Marx y Lenin.

Se puede dudar en aceptar tales posiciones que tienen siempre una gran audiencia. En verdad, N. Kruschef no pierde ninguna ocasión para insistir en el suplemento de popularidad que valdrá al marxismo la mejora de las condiciones de vida. Todo será más fácil, declara, cuando la aceptación espiritual vaya acompañada de unas ventajas para el estómago.[16] Pero, al mismo tiempo, no cesa de afirmar la necesaria subordinación del arte —pintura, música, literatura etc.—, a la realización del ideal de la sociedad comunista. El partido mantiene también una lucha constante contra las numerosas supervivencias de la ideología «burguesa», declarando que el desarrollo de la conciencia moral no sigue el mismo ritmo que la expansión de las fuerzas económicas (la más notable de estas supervivencias es el mantenimiento de las creencias religiosas). El partido combate también las deformaciones de la ideología socialista (ocultación de los fracasos, cosmopolitismo, actitud incorrecta con respecto a las diversas formas de trabajo). Esta importancia de la ideología no se ha puesto en duda en la reciente reorganización de la dirección económica (división de las administraciones de provincias en una rama industrial y en otra agrícola). La operación deja subsistir en todos los niveles los servicios del AGIT PROP rebautizados como «servicios ideológicos».

Sin entrar en la controversia sobre la función de

---

16. Posición que menciona J. Moch: «Le vrai combat Est-Ouest: le course au mieux-être», *Revue de Defense Nationale*, febrero 1961, pp. 197-212.

la ideología en la U.R.S.S., no dejamos de tener un cierto escepticismo en lo que respecta a las tesis que sostienen, según numerosos casos, que los dirigentes soviéticos se inspiran exclusivamente en consideraciones «realistas», tanto en el plano interno como en el externo.[17] Es arriesgado sostener que estos líderes hayan hecho prevalecer siempre, en el momento de tomar decisiones las consideraciones de realismo político por encima de las posiciones ideológicas (nótese, por ejemplo, las vicisitudes de las relaciones soviético-yugoslavas). En general, sigue siendo asombroso ver el cuidado con que son forjadas y sustentadas ideológicamente las nociones y conceptos que se utilizan en la lucha política, especialmente en el terreno internacional (por ejemplo, la tesis sobre la «coexistencia pacífica»). La flexibilidad de la dialéctica que se utiliza en casos de este tipo no permite decir en verdad si la ideología es el elemento motor o la justificación *a posteriori* de la posición tomada.[18]

Sea como fuere, el análisis de las funciones de la ideología en las sociedades comunistas plantea unos problemas específicos que no serán tratados en este ensayo. Tenemos la impresión de que las comparaciones que se hacen de tan buena gana entre los países del Este y los del Oeste aportan por el momento más confusión que luz. Por ello, concentraremos este trabajo sobre la situación de las naciones democráticas de Occidente que poseen ya un nivel de desarrollo económico relativamente elevado, no siendo tratadas las ideologías de otros sistemas más que por su influencia eventual sobre los nuestros.[19]

---

17. Para una buena exposición de esta controversia, ver el simposio «Ideology and power politics», publicado en *Problems of Communism*, marzo-abril 1958, pp. 10-35. Se encontrará también material interesante sobre este tema en la misma revista, número de noviembre-diciembre 1959.

18. En lo que se refiere a Yugoslavia, donde existen ciertos problemas particulares, véase KARDELJ (E.), «D'un appel à la lutte idéologique», *Questions actuelles du socialisme*, enero-febrero 1954, pp. 25-82.

19. Señalemos, aunque exceda al tema que tratamos, la importancia que se debería conceder a un análisis correcto del papel de los intelectuales,

Naturalmente, la discusión se limitará a las ideologías políticas. En el estado actual del análisis social, esta restricción resulta obligatoria si se quiere hacer una obra coherente. Pero en el campo de las ideas, sobre todo, esta restricción es a la larga superficial o, más exactamente, convencional. Bastarán dos ejemplos para poner de relieve las lagunas del itinerario adoptado. Itinerario que el progreso de los conocimientos permitirá, con certeza, ir ampliando hasta recoger el conjunto de las posiciones humanas (por consiguiente, todas tendrán contacto con la política, pues ¿cuáles son, en resumidas cuentas, las que quedan exentas de ello?)

En primer lugar, vamos a ver el fenómeno de las creencias religiosas. Se ha podido demostrar —no existe ninguna duda en el caso privilegiado del Islam— que éstas dominan la misma geografía humana a veces más que los factores materiales. De este modo, encontramos la marca del Islam en un urbanismo muy especial, en la explotación del suelo (comprendiendo aquí las prohibiciones de ciertos alimentos), en los peregrinajes, etc.[20] De una manera al menos tan evidente, sabemos que la religión islámica que se vincula a lo temporal tanto como a lo espiritual, ha modelado poderosamente el gobierno de los hombres. Esta influen-

---

realizado sin preconcepción dogmática. Es de destacar el impulso que ha dado a estos estudios Jean Touchard con su equipo de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. Se encontrará lo esencial de los resultados conseguidos en un número especial de la *Revue Française de Science Politique*, diciembre 1959, sobre «Les intellectuels dans la société contemporaine». Sobre este problema, ver Bodin (Louis), *Les intellectuels*, París 1962 (Que sais-je?, 1901). Consultar, igualmente, Bobbio (Norberto), *Politica e cultura* Turín 1955 y Zolla (Elemire) *Eclissi dell'intellettuale*, Milán 1959. Mencionemos también, pero sin recomendar su lectura, la obra mediocre y discutible de Huszar (George B. de), *The intellectuals. A controversial portrait*, Glencoe (Ill.) 1960. Consultar sobre el punto de vista teórico Sartori (G.) «Intelletuali e intelligentzia», *Studi Politici*, marzo-agosto 1953 (*l'intelligentzia* es presentada como la fracción de la élite cultural en rebeldía contra su época y su medio). Para un enfoque nuevo de este problema, ver las obras de Raymond Williams, *Culture and society, 1780-1950*, Londres 1958 y *The long revolution*, Londres 1961.

20. Ver el interesante libro de Xavier de Planhol, *Le monde islamique, essai de géographie religieuse*, París 1957.

cia es ciertamente menos manifiesta en una religión como el catolicismo, sobre todo en la época moderna, pero sigue siendo imposible, de todas formas, negar el peso global de la religión católica en la política, así como la existencia de afinidades entre ciertas posiciones temporales y objetivos propiamente religiosos (métodos de apostolado, función de los laicos en la sociedad, valor atribuido en la enseñanza libre, etc.).

Un caso que se cita con menos frecuencia es el de los movimientos literarios. Aunque se olvida de ordinario la relación que les une, literatura y política parecen capacitadas para influirse mutuamente, incluso en sociedades donde la creación artística escapa a las consignas gubernamentales. Podemos citar a este respecto el caso del surrealismo (pero se podría también mencionar el romanticismo, el naturalismo, el existencialismo). Como es sabido, los medios conservadores han acusado a los surrealistas de haber contribuido a agravar la confusión moral característica de la primera posguerra.[21] Por añadidura, la afinidad entre varios adeptos de este movimiento y las agrupaciones políticas extremistas comunistas y anarquistas, es demasiado conocida para que haya necesidad de recordarse aquí.[22] Se dirá, tal vez, que estas actitudes intelectuales manifiestan simplemente un desequilibrio social más profundo, pero cabe preguntarse si la obra de arte —sobre todo cuando su autor no teme provocar el escándalo— no añade un elemento adicional a este enjuiciamiento de las estructuras existentes.

Tenemos la certeza de que, por ignorar estos fenó-

---

21. Ver por ejemplo las observaciones presentadas por Jacques CHASTENET en una obrita con el sugestivo título de *Quand le bœuf montait sur le toit*, París 1958 (especialmente el capítulo IV: «Le cirque intellectuel»).

22. Para el estudio del paso de la proclamación literaria a la acción política, se podrá consultar la obra muy conocida de Maurice NADEAU, *Histoire du surréalisme*, París 1945 (en particular los capítulos: «La guerre du Maroc», pp. 122-132; «Au service de la révolution», pp. 187-195; «La politique surréaliste», pp. 220-229). Leer igualmente la reciente obra de Roger GARAUDY, *L'itinéraire d'Aragon*, París 1961 (en este libro se propone el autor establecer la unidad de pensamiento de Aragon que ha ido «del surrealismo al mundo real».

menos, el análisis político incurre en una falta, pues probablemente no sería equivocado pensar que ciertas tendencias filosóficas o literarias han contado entre los factores que hicieron posible que la sociedad alemana fuese permeable al hitlerismo (por ejemplo, un vigoroso esfuerzo por revalorizar lo irracional contra «la tuerta razón» del siglo XIX, una desconfianza por todo aquello que está definido, por aquello que tiene un principio y un fin, un respeto por lo confuso que llega hasta el desprecio de las virtudes de la coherencia, etc.).

Estas observaciones nos muestran las dimensiones que debería tener un análisis de la decadencia de las ideologías para ser totalmente significativo. Si el estado actual de fragmentación en la investigación de las ciencias humanas nos obliga a unas visiones más modestas, conviene, sin embargo, no subestimar la distancia que nos separa de la meta.

* * *

Adoptamos, por lo tanto, aquí, como base de nuestro razonamiento, la tesis de la decadencia de las ideologías en las sociedades contemporáneas. Tesis que en su acepción rigurosa predice el fin de los conflictos ideológicos, pues se piensa que, aunque los hombres no lo sepan aún, se podrían poner de acuerdo sobre las cosas esenciales. Una corriente más moderada reconoce que esta afirmación es una simple tendencia que debe vencer numerosos obstáculos antes de llegar a imponerse. El factor común de ambas concepciones es la creencia en un proceso de «desideologización». De esta manera, se ve en el fenómeno una evolución que se deduce, a partir de un punto de referencia, en función de variables cuyo sentido sigue siendo, por otro lado, superficial.

Sentimos gran desconfianza hacia esta exposición, en cierto modo lineal, del problema considerado. La debilidad mayor de esta posición es el carácter arbi-

trario de la fecha de la cual se partiría para establecer la comparación. Resulta ciertamente posible modificar la valoración de la situación actual con un simple cambio de la época que se toma como referencia. Esta propiedad no obliga a despreciar la idea de una transformación, pero incita, sin embargo, a otro modo de sistematización.

El período inmediato se caracteriza por una cierta desvalorización de los conflictos ideológicos, una cierta indiferencia frente a las batallas doctrinales. Presenciamos un apaciguamiento que no es total y que no debe, salvo preconcepción dogmática, ser tenido como definitivo. La historia nos ofrece múltiples ejemplos de un obscurecimiento parecido en la lucha de las ideas, pero nos falta un elemento para poder fijar en principio su significación, es decir, el conocimiento del nivel habitual de controversias semejantes en la vida política.

Supongamos que el gobierno de la *polis* suscita por regla general polémicas ideológicas de una intensidad real. La imagen de un eclipse traduciría entonces correctamente el estado presente de las cosas. Pero podemos sostener igualmente que tales luchas no se producen más que muy raramente y a menudo en relación con un problema determinado (asunto Dreyfus, cuestión de la C.E.D. etc.). En esta perspectiva el apaciguamiento presente correspondería, en suma, a esta norma habitual, con lo cual, el problema se reduce únicamente a investigar los factores responsables de su mantenimiento, o, en otros términos, las causas explicativas de la persistencia de la apatía.

No parece posible, al menos por el momento, realizar una elección científicamente fundada entre las dos hipótesis que hemos expuesto. Sin estar en situación de poder justificarla plenamente, creemos que la segunda parece más conforme con la situación. Por diferentes causas, los períodos de fuerte tensión ideológica se muestran como fases de excitación temporal destinadas a diluirse dentro de la vulgaridad de la práctica cotidiana.

Este apaciguamiento no es necesariamente sinónimo de inmovilismo. Incluso en épocas de calma aparente, las oposiciones ideológicas subsisten y siguen siendo susceptibles de inspirar resoluciones de alcance reformista. No obstante, este empequeñecimiento de las rivalidades partidistas más bien favorece la conservación del orden establecido, cualquiera que éste sea. De aquí viene la tendencia, que hoy se manifiesta particularmente evidente en la lucha contra el comunismo, a insistir en las virtudes del apaciguamiento ideológico y a exaltar sus méritos. No jugamos con las palabras al mencionar una ideología del apaciguamiento ideológico, en la que los críticos más severos de nuestro mundo verán quizás un mito al servicio de una sociedad en vías de desintegración. Esta observación conduce a examinar la tesis de la decadencia de las ideologías como estudio de una práctica social y cumplimiento de una tentativa de persuasión.

Advertiremos aún otra cosa: la indiferencia global de los ciudadanos frente a la controversia ideológica se acompaña, a veces, de un intenso hervidero de ideas en círculos, eventualmente restringidos, de opinión. Esta forma de actuar adopta a menudo la apariencia de una negación previa de las ideologías existentes, pero al actuar así se rechaza lo que está en vigor, sin siempre proponer los elementos para remplazarlo. Puede suceder que estas actitudes negativas se interpreten como signo de este apaciguamiento ideológico. Pero esto es un contrasentido, porque tales enjuiciamientos son uno de los elementos susceptibles de provocar las tensiones ideológicas que de vez en cuando ponen en peligro los fundamentos de las sociedades, o por lo menos debilitan la fuerza de las ideas existentes.

En definitiva, la hipótesis escogida como base de nuestro trabajo permite no atribuir un carácter excepcional al período que atravesamos, ya que se considera la pretendida fase de decadencia ideológica como un estado de debilitamiento que no tiene carácter perma-

nente. Esta hipótesis, sin pronunciarse de forma explícita sobre las condiciones y modalidades para conseguir un cambio de la corriente, no niega la posibilidad de su implantación. Queda por demostrar, entonces, si no la perfecta validez, al menos la verosimilitud de semejante posición.

I

AMPLITUD Y LÍMITES DEL APACIGUAMIENTO IDEOLÓGICO

La tesis del apaciguamiento ideológico expresa y sintetiza, según sus partidarios, las conductas políticas efectivas en los regímenes pluralistas de economía desarrollada. Para ellos, es fruto de la observación sociológica y no de la formulación doctrinal. Por consiguiente, poco importa que se alabe o se deplore la evolución, puesto que se trata ante todo de exponer un movimiento existente en contacto con la realidad.

Esta posición, digámoslo cuanto antes, no debería ser aceptada más que a beneficio de inventario. La afirmación de que nuestras sociedades van a obedecer en adelante a corrientes poderosas de pacificación, sirve demasiado bien a ciertos intereses para que no produzca un malestar. Es pues indispensable apreciar la amplitud actual y el contenido histórico de esta «desideologización» que se está convirtiendo, poco a poco, en uno de los lugares comunes de la explicación política. Las técnicas cuantitativas, al no ser fácilmente adaptables al estudio de las ideas (sino por la bifurcación imperfecta de los sondeos de opinión y de las escalas de actitudes), constituyen una tentativa difícil y arriesgada. Por otra parte, los autores que abordan este problema generalmente tienden con preferencia a las afirmaciones que a las demostraciones. Existe finalmen-

te un desajuste manifiesto entre la gravedad de las nociones formuladas y la endeblez de sus justificaciones.

Este intento de evaluación no se ha de librar de la fluidez y de la imprecisión que caracterizan aún a tantos sectores de la ciencia política. Nuestras posibilidades de examen no logran alcanzar a nuestras ambiciones. En todo caso no mejoraríamos seriamente el estado de los conocimientos si cayésemos en la trampa de las generalizaciones prematuras.

Tesis de la decadencia de las ideologías

Señalaremos los rasgos esenciales de este fenómeno valiéndonos de las declaraciones de algunos autores representativos de las posiciones analizadas. Nuestra elección es ciertamente arbitraria, pero la calidad de las personalidades escogidas, así como de su predicamento, permiten considerarla como significativa. Sin tratar de propender a una «dosificación» equilibrada, expondremos el testimonio de publicistas y de hombres de ciencia, ya que consideramos que la convergencia de unos y otros constituye un factor interesante del problema.

1. Contenido y finalidad de la tesis

Una primera dificultad reside en elegir el punto de partida de la corriente que estudiamos. Decisión tanto más delicada cuanto que estas nociones de nuevo cuño no son tal vez más que viejos temas adaptados al gusto del día. Escogemos, no obstante, como elemento de referencia, la conferencia organizada en Milán, en septiembre de 1955, por el Congreso para la Libertad de la Cultura, y que versó sobre el futuro de la libertad. Si se cree en los informes que fueron redactados sobre este tema, los participantes (aproximadamente 150 intelectuales y políticos, llegados de numerosos países democráticos), comprobaron que la diversidad de su

filiación partidista no producía ningún grave desacuerdo ideológico. Asimismo, declararon no conceder más que mínima importancia al color político de los gobernantes en el poder de sus países respectivos, ya que los diferentes partidos no podían adoptar sino posiciones análogas en orden a los asuntos internos.[23]

No sería muy difícil descubrir manifestaciones más antiguas de un estado de ánimo parecido. En junio de 1950, A. Kœstler exponía ante este mismo Congreso «que las antinomias "socialismo y capitalismo", "izquierdas y derechas" están en camino de vaciarse rápidamente de su contenido y que en tanto que Europa permanezca enfrascada en estas falsas alternativas que hacen imposible todo pensamiento lúcido, no podrá esperar que se encuentre ninguna solución constructiva a sus problemas», puesto que al haberse convertido las izquierdas según él, en un «fetiche verbal cuyo culto distrae la atención de los verdaderos problemas... nos encontramos ante un anacronismo peligroso».[24]

Criticando ásperamente estas nociones, Kœstler reconocía su influencia sobre el espíritu de los hombres. Algo después, ciertos autores iban a discutir esta influencia, cuando proclamaban lo que se ha convertido en banal denominar «la muerte de las ideologías». Tal es, por recoger un testimonio muy reciente, la posición de Daniel Bell, periodista y universitario.[25] De este tipo es también, aunque de más finura y solidez, el punto de vista del sociólogo Seymour M. Lipset.[26]

---

23. Ver, en particular, los informes de la conferencia de Edward SHILS, «The end of ideology», *Encounter*, noviembre 1955, pp. 52-58, y Seymour LIPSET, «The state of democratic politics», *Canadian Forum*, noviembre 1955 pp. 170-171.

24. Texto traducido en *L'ombre du dinosaure*, traducido del inglés, París 1956, pp. 193-205. Resulta curioso comprobar que este enjuiciamiento de las izquierdas no dejaba de tener alguna reserva mental, rogando KOESTLER (p. 202) que no se vea en su afirmación «una apología del capitalismo o un ataque contra el socialismo».

25. Véase *The end of ideology. On the exhaustion of political ideas in the fifties*», Glencoe (Ill.) 1960.

26. Ver, en particular, el capítulo final de su última obra *Political man. The social bases of politics*, Londres 1960. (Recientemente ha aparecido la traducción francesa de esta obra. *N. del T.*)

Bell declara, desde el comienzo, sentir gran desconfianza por lo que hace a las ideologías. Pero mientras que este rasgo se asocia normalmente en Europa con la imagen de las derechas, él se define como no conservador.[27] A su juicio, las viejas ideologías, y en particular el marxismo, se hallan superadas debido a que han perdido frente a los intelectuales su «verdad» y su fuerza de persuasión. La *intelligentsia* occidental está de acuerdo hoy, en líneas generales, en las soluciones a dar a los grandes problemas políticos: aceptación del *Welfare State;* deseo de una descentralización del poder; valorización del sistema de economía mixta y del pluralismo político. A la sazón, ha abandonado totalmente no sólo las viejas nociones conservadoras (en particular la idea de que el *Welfare State* comprometería a las sociedades en el «camino de la servidumbre»), sino también las nuevas utopías de inspiración *scientiste* (la realización de la armonía comunitaria por el *social engineering*). Por su parte, Lipset afirma que en las democracias occidentales las nociones de derechas e izquierdas han perdido una gran parte de su rigor. La decadencia de las controversias ideológicas le parece manifiesta; sin embargo, no quiere deducir de este fenómeno más que conclusiones prudentes y matizadas en cuanto al futuro de las luchas políticas.

El principal documento en lengua francesa para el estudio de esta tesis es el informe de los *Colloques de Rheinfelden,*[28] reunión igualmente organizada por el Congreso para la Libertad de la Cultura. En la comunicación de Raymond Aron se encuentra la exposición más clara del tema considerado. Comparando las dis-

---

27. Etienne de LA VALLÉE-POUSSIN en «Suis-je un homme de droit?» *Res Publica,* 1960, n.º 3, p. 255, señala expresamente que las derechas, «habituadas a las responsabilidades del poder, pero confundiendo un poco sus intereses con los del Estado», han profesado siempre «un desdén por las ideologías».

28. Publicado en París en 1960. Ver también las observaciones que ha este autor, «las naciones democráticas se están convirtiendo cada vez más, principalmente el capítulo VIII.

cusiones políticas de los años 1930 con las de 1950, Aron descubre un contraste asombroso: «Fascismo y comunismo han desaparecido, por así decirlo, en tanto que doctrinas respetables, habiéndose conseguido el acuerdo sobre las cosas esenciales entre los partidos que respetan las reglas del juego, entre el socialismo (parlamentario) y el conservadurismo (ilustrado)... El hecho mismo no se presta a discusión».[29] Y más adelante sigue diciendo: «Propiedad privada contra propiedad pública, anarquía del mercado contra planificación, explotación capitalista contra igualdad, son tres temas de la doctrina socialista que han perdido en gran parte su repercusión. En adelante, cuando se hable de la propiedad, de la planificación o de la igualación de la renta, ya no se tratará tanto de elegir entre dos términos de una alternativa, como de combinar en una cierta proporción dos modalidades complementarias, o lo que es lo mismo, de ir más o menos lejos en una dirección determinada».[30] Otra cita aún: «En las democracias estabilizadas todos los partidos están de acuerdo sobre el *modo de gobierno democrático* (representativo parlamentario o presidencial); sobre la *economía mixta* expansionista, con legislación social y redistribución de las rentas y sobre la *renuncia a la dominación colonial*».

La exposición de Raymond Aron no carece de matices, al mismo tiempo que sus propósitos se dirigen expresamente a las «democracias estabilizadas».[31] Este

29. En relación con este propósito ver el número especial de *Realités* (junio 1957), que versa sobre «el cambio de la corriente de las ideas» durante la segunda mitad del siglo XX. Este texto es precioso para estudiar la lucha ideológica en el dominio de la *praxis*; Marx va a la cabeza de los «dioses destronados».

30. Robert A. DAHL había expresado ya una idea análoga señalando la decadencia de las «grandes alternativas» (en la obra colectiva *Research frontiers in politics and government*, Washington 1955, pp. 45-47). Según este autor, «las naciones democráticas se están convirtiendo cada vez más y al mismo tiempo, en socialistas y capitalistas, en democráticas y burocráticas y en planificadas y no planificadas».

31. Sobre esta noción, ver el informe de R. ARON en *La démocratie à l'épreuve du XXe. siècle*, París 1960, pp. 11-42.

autor señala con fuerza la persistencia de los conflictos de doctrina técnico-ideológicos, pero afirma que «lo que es inédito es la extensión del dominio del acuerdo entre los partidos y el reconocimiento de las necesidades de la civilización industrial». Aron indica también las supervivencias de «viejas pasiones», especialmente en Francia. En todo caso, con estas reservas, que son importantes, permanece firme en su propósito esencial: «La tendencia al apaciguamiento de los conflictos ideológicos en las sociedades occidentales... esta especie de desvalorización de los conflictos ideológicos del siglo XIX».[32]

En este punto del análisis, el lector se preguntará: suponiendo que este acuerdo sea verdaderamente real y completo, ¿se limita a los círculos intelectuales, o se extiende también a la masa de los ciudadanos? Parece que para R. Aron, esta extensión sea ya, en gran medida, un hecho consumado. Y por otra parte, ésta no es una posición aislada. Se puede encontrar un eco de esta tesis en una obra reciente de Maurice Duverger.[33] Éste señala en particular «la ausencia de conflictos de legitimidad en la Francia actual». Ciertamente, «la querella ideológica del socialismo y del capitalismo continúa en pie. Pero los hechos tienden a privarla de significación concreta, y la opinión se da cuenta de ello... El sistema mixto, con un sector público y otro privado bajo control, que es en el que vivimos en defi-

---

32 R. ARON, observando que los fragmentos de su informe que tratan del problema no han sido discutidos, concluye: «La no discusión del hecho histórico del apaciguamiento relativo de los conflictos históricos me parece que significa que en el fondo todos estamos de acuerdo con lo dicho más arriba». (*Colloques...*, *op. cit.*, p. 310. J. ROVAN parece que no se halla muy lejos de esta posición cuando escribe (*Une idée neuve: la démocratie*, París 1961, p. 13): «Los servicios que se pedían a las ideas democráticas... consistían en el buen funcionamiento de técnicas que algunos esperan obtener ahora». Es cierto que «otros se consagran a los «cortocircuitos» producidos por nuevas creencias apasionadas y fuera de la razón, a un milenarismo revolucionario vacío de todo contenido objetivo o a un nacionalismo brutal, privado de toda perspectiva incluso en el interior de sus límites naturales». Pero el tono mismo de estas formulaciones son el exponente del poco valor que el autor concede a tales manifestaciones.

33. *De la dictature*, París 1961.

nitiva, ya nadie lo pone en duda». Comentando la situación del partido comunista, Duverger escribe que «el mayor número de sus electores... consideran al régimen político occidental como legítimo, compartiendo esta opinión con la mayoría de los restantes franceses». Por último, le parece dudoso que la masa de comunistas permanezca ligada a la idea de una socialización integral de los medios de producción.[34]

En suma, Raymond Aron y Maurice Duverger, cada uno según un itinerario propio, admiten la desaparición de las grandes controversias económicas que han constituido uno de los fundamentos esenciales de las discordias políticas. Estos autores se unen de esta forma al diagnóstico formulado en los Estados Unidos por John K. Galbraith, que ocupa un lugar destacado en está corriente de pensamiento.[35] Para Galbraith, la mayoría de las cuestiones que dividieron a los americanos hasta la época del *New-Deal* están definitivamente superadas. Ya no existen graves problemas, según él, cuando se trata del papel de los sindicatos, de la ayuda a los productores agrícolas, de la concesión de una facultad reguladora del poder público o de la extensión de la seguridad social. Surgen situaciones de conflicto, pero, se refieren principalmente a la amplitud de las intervenciones y a la naturaleza de los medios. El aspecto técnico prevalece, pues, sobre las cuestiones políticas; en otros términos: ya no existen en

---

34. Observemos que el programa del partido comunista (tal y como ha sido definido en el XVI Congreso, en mayo de 1961) implica la nacionalización de los monopolios de hecho (particularmente de la industria atómica, del petróleo y del gas natural, de las grandes empresas siderúrgicas y químicas, de los bancos de negocios, de las grandes compañías de navegación), así como una «profunda democratización» de los sectores nacionalizados. Para el informe de este Congreso, ver el número especial de *Cahiers du Communisme*, junio de 1961.

35. Desde este ángulo véase esencialmente su obrita *La economía y el arte de la controversia*, Ariel, Barcelona 1960. El pensamiento de GALBRAITH da muestras en general de un vivo optimismo, que se ha plasmado principalmente en la noción del «poder compensador», *Capitalismo americano. El concepto del poder compensador*, prólogo de Fabián Estapé, Ariel, Barcelona, 3.ª ed., 1964.

estas materias cuestiones de principios (no obstante, se ha manifestado un desacuerdo de esta clase en el sector de las tarifas aduaneras).

La conclusión de Galbraith es sencilla: los partidos políticos persiguen idénticos objetivos estratégicos y no discrepan más que en la táctica. La Administración que ocupa el poder, republicana o demócrata, es lo mismo, empujada por un deseo de reelección, hará en circunstancias determinadas una política aproximadamente análoga. En presencia de una depresión, no podría abstenerse de medidas de tipo keynesiano más que aceptando la perspectiva de un suicidio político. Por consiguiente, en la vida pública se establece la diferencia esencial entre los hombres cargados de responsabilidades del poder y aquellos que están dispensados de las mismas. Estos últimos tienen el campo libre para defender cualquier posición ideológica, pero una vez en los puestos de mando, están obligados a ajustarse a las necesidades de la vida diaria. Así, se analizaría en los Estados Unidos la oposición entre el Presidente y el Congreso, incluso cuando el partido del Presidente posee la mayoría en las Cámaras. De esta forma también, para tomar una referencia europea, se explicaría el hecho de que un socialista al llegar a ministro, no siga el comportamiento ideal del ministro socialista.

Podríamos fácilmente multiplicar los ejemplos de actitudes semejantes. Analizando la forma de gobierno de Suecia, G. Heckscher escribe: «En la atmósfera política de Escandinavia las ideologías políticas y las ideas generales poseen poca importancia. O, al menos, parecen tener un papel insignificante».[36] Es también un lugar común, señalar la desconfianza en la ideología, de los movimientos políticos británicos (laborismo incluido). Estos fenómenos refuerzan la noción del apa-

---

36. *Démocratie efficace,* París 1957, p. 59. Ver también TINGSTEN (H.), «Stability and vitality in Swedish democracy», *Political Quarterly,* 1955, n.º 2, pp. 140-151.

ciguamiento de las ideologías. Pero los sustentadores de esta tesis ¿no silencian sistemáticamente ciertos hechos que son contrarios a sus proposiciones?

2. *Respuesta a algunas objeciones*

El primero de estos hechos radica en la persistencia de disputas ideológicas sobre problemas que se piensa están resueltos. El liberalismo económico está, sin duda, en plena decadencia como modo de organización. Sin embargo, en los Estados Unidos y en otros países, son numerosos los hombres de negocios que alaban los innumerables méritos de la iniciativa privada o de la concurrencia y protestan contra las intervenciones paralizantes del poder público. Pero, nos dice Galbraith, son unos combates ficticios y por ello mucho más violentos. Estas «personas políticamente desplazadas», según su expresión, no tienen ningún medio de oponerse al movimiento. Los cañones también hacen el mismo ruido cuando tiran al blanco. Adoptando un tono muy violento que parece excluir los compromisos, se prueba que no existe de momento ninguna posibilidad de modificar realmente la situación.

Los hombres de negocios ¿desean verdaderamente un cambio de la situación? Las declaraciones de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos y del Consejo Nacional del Patronato Francés, ¿son más que una simple formalidad, cuyo cumplimiento permite aceptar a continuación, con recta conciencia, la intervención y el apoyo de los poderes públicos? Tenemos demasiados ejemplos del divorcio entre la ideología (sostenida) y la realidad (aceptada) para rechazar tal observación. En esta perspectiva, la ideología tendría por función, de una forma más o menos inconsciente, permitir «guardar las apariencias».

Sería interesante analizar desde este ángulo la experiencia económica de la Alemania de Bonn. Los hombres responsables de esta política se esfuerzan, con el

concurso de algunos economistas de espíritu dogmático, en presentarla como una aplicación particularmente aceptada del liberalismo económico. Es dudoso que la realidad confirme este juicio. Numerosos hechos (papel desempeñado por las empresas públicas, multiplicidad de prácticas cotidianas no liberales, densidad de las intervenciones en el orden social) establecen que Alemania se ha inspirado también en los modelos corrientes de las democracias occidentales (economía mixta, *Welfare State*...).[37]

Maurice Deverger, señalando que las derechas capitalistas y las izquierdas socialistas aceptan el sistema mixto actual, expone que «los independientes continúan vituperando al «dirigismo» y la S.F.I.O. reivindicando «el socialismo».[38] Pero ¿están en condiciones de aceptar otro comportamiento? Como ha mostrado agudamente R. Crossman, un partido no puede nunca abandonar su «mito central». A los conservadores se les achaca invocar el principio de la libre empresa incluso cuando introducen un *planning* de Estado, y los socialistas deben presentar como auténticas políticas socialistas medidas extrañas a esta ideología. La misión de los líderes consiste en convencer a los militantes, por medio de una formulación idealizada de la realidad, de que se mantiene la línea tradicional.[39]

Una segunda objeción a la tesis del apaciguamiento es la persistencia de querellas eventualmente capaces de producir manifestaciones o protestas masivas. Francia es un buen ejemplo, a este respecto. Con razón o sin ella, este país es considerado como muy sensible a las seducciones ideológicas. «Si una de estas ideas,

---

37. Este punto ha sido aclarado por A. FRISCH en «Regards sur la réalité économique et sociale de l'Allemagne fédérale» *Bulletin SEDEIS*, 1.° abril 1961, n.° 783, suplemento «Futuribles». Heinz ABOSCH, estudiando el mismo problema, presenta la política económica alemana como una combinación de «las libertades importantes con ciertos controles» (*L'Allemagne sans miracle*, París, 1960, p. 91).
38. *Op. cit.* p. 41.
39. «On political neurosis», *Encounter*, mayo 1954, p. 66 (cita recogida de LIPSET, *The political man*, pp. 405-406).

escribía Faguet, pasa ante los ojos de los franceses por un principio del 89, están dispuestos a sacrificar a Francia con la convicción de hacer un acto que los honra».[40] Más tarde, Julien Benda, describiendo los «progresos de ideología política» (aunque no exclusivamente en Francia, es cierto), afirma que nuestro siglo será el de «la organización intelectual de los odios políticos».[41] Su concepción del «perfeccionamiento moderno de las pasiones políticas» está en contradicción directa con la tesis del apaciguamiento de las ideologías. Al observar el pasado más reciente de la política francesa (luchas a propósito de la integración europea, de la modernización económica, de la laicización, de la «descolonización»), nos sentiríamos tentados de dar la razón a Benda contra las opiniones de Aron y Duverger. Bastaría, a este efecto, evocar las imponentes movilizaciones políticas realizadas con motivo de la cuestión escolar en la IV y sobre todo en la V República (función del Comité Nacional de Acción Laica).

Sin embargo, Aron y Duverger han visto muy bien la objeción y han notado el carácter complejo y contradictorio que da a la política de Francia el gusto de los franceses por las viejas querellas. ¿No se trata, casualmente, de vestigios llamados a disolverse en el curso dinámico de la evolución? Francia nunca ha admitido en conjunto, según la expresión de Aron, la «ortodoxia anticolonialista», pero, con excepción de Argelia, «la descolonización» se ha efectuado a un ritmo acelerado desde 1958 sin suscitar graves protestas. ¿Está fuera de razón esperar que se encuentre un día una solución al problema de las escuelas confesionales que sea aceptable para todos los intereses y, por tanto, duradera?

El razonamiento puede ser ampliado en lo que se refiere al conflicto que varios observadores consideran

40. Citado por FELS (conde de), *Essai de politique expérimentale*, París 1921, p. 35.
41. *La trahison des clercs*, París 1927, p. 40.

como el más grave en la Francia contemporánea, esto es, la oposición de los defensores de la modernización económica frente a los mantenedores de las viejas estructuras (agrícolas, artesanas, comerciales). Roger Priouret señala que estas clases caducas disimulan una ideología caracterizada «por la demagogia antitrust, el nacionalismo exacerbado y la nostalgia por las grandezas del pasado». Este autor los considera capaces de provocar «una explosión de violencia generalizada», pero cree que el punto de ruptura podría ser evitado si el Poder se muestra con prevención y si la evolución se realiza con lentitud.[42] En suma, volviendo a tomar la fórmula de Duverger, el empuje de las nuevas generaciones tenderá a resolver progresivamente el problema del «poujadismo» (que, por el contrario, ha podido favorecer, en diversas épocas, un rigor en la política monetaria y en la gestión de las finanzas públicas).

¿Es valedera la misma observación a propósito de la ideología comunista? Priouret lo piensa así cuando declara que el pasado de luchas violentas y heroicas de la clase obrera «parece estar detrás de ella». Duverger emplea, sin duda, unas fórmulas más flexibles, pero su punto de vista no es fundamentalmente divergente.[43] De creer a estos autores, y a algunos otros, el comunismo, que se dice tiene asegurado el éxito por el movimiento de la historia, estaría en realidad condenado

42. «Les institutions politiques de la France de 1970», *Bulletin SEDEIS*, 1.º marzo 1961, n.º 786, suplemento «Futuribles». Como ejemplo de previsión, en términos menos ambiciosos, ver SALLERON (Louis), «Vers quel régime politique allons-nous?», *Cahiers de Centre d'Etudes Politiques et Civiques*, n.º 13. Para un estudio más detallado, ver el interesante trabajo de Roger QUILLIOT, *La societé de 1960 et l'avenir politique de la France*, París 1960.

43. *De la dictature, op. cit.*: «La integración de la clase obrera en la comunidad francesa no se ha conseguido enteramente todavía. Pero va progresando de forma regular» (p. 38). «La lucha de clases no parece que vaya a desaparecer. Pero en adelante revestirá formas menos violentas: la lucha se desarrolla cada vez más en el interior del sistema más bien que contra él» (p. 39); «el sueño revolucionario tiende a refugiarse cada vez más en círculos reducidos de intelectuales sin influencia real; en otras partes, incluso se ha abandonado. De hecho la masa de la clase obrera francesa, comunista o no, se ha convertido en reformista» (p. 64).

a desaparecer o a transformarse en organización reformista por el mismo sentido de la evolución, puesto que se vería sometido también a la decadencia de las ideologías por efecto de los progresos económicos y sociales, los cuales corroerían su base y, por último, le privarían de su legitimidad como movimiento revolucionario. Sin emprender por el instante la discusión de este problema, limitémonos a señalar el carácter bastante sumario y verdaderamente precipitado de esta demostración.

Observemos, empero, que estas visiones concuerdan en líneas generales, al menos en su resultado lógico, con las concepciones que hacen del régimen comunista una técnica especial de industrialización y, más generalmente de desarrollo económico. Posición ésta sostenida por Djilas, para el que las revoluciones comunistas estallan «allí donde el capitalismo es aún embrionario, y precisamente porque no se muestra capaz de realizar su propia tarea histórica: la industrialización del país».[44] Se encuentra la misma idea, expresada en forma mucho más pedante, en la última obra de W. W. Rostow.[45] Reflexionando sobre un cuadro ambicioso y muy discutible del desarrollo histórico —que hace abstracción del papel desempeñado por las formas de la propiedad en la expansión de las fuerzas productivas— sitúa el dominio preferente de las erupciones comunistas en las sociedades que se hallan en la situación de pasar de un estado anticuado de su economía a un estatuto moderno de la producción. En definitiva, el comunismo, esta «enfermedad de transición», tendría su misión histórica a cumplir en la realización de la fase de «despegue»; en todo caso, las sociedades donde este «despegue» no se ha consolidado

---

44. *La nueva clase,* EDHASA, Barcelona, 1958 p.
45. *The stages of economic growth. A non-communist manifesto,* Cambridge 1960. Para una crítica profunda de esta obra, ver GUSTAFSSON (Bo G.) «Rostow, Marx and the theory of economic growth» en *Science and Society,* 1961, n.º 3, pp. 229-244, y VILAR (P.) en *Quel avenir attend l'homme,* París 1961, pp. 1-16.

—políticamente, económicamente, socialmente— son las que ofrecerían al comunismo sus mejores posibilidades para hacerse con el poder. Sin embargo, una vez alcanzado el nivel elevado de consumo —que la U.R.S.S. rehúsa actualmente otorgarse para obtener la dominación mundial—, el comunismo como forma de organización de la sociedad se «autodesmoronaría».

De tan simples puntos de vista —que es asombroso hayan tenido una acogida tan entusiasta y celebrada en diversos medios —se desprende que en sociedades como las nuestras (llegadas ya a la edad de la *high mass-consumption*) el comunismo es poco peligroso y, en todo caso, inútil. Es posible que esta visión contenga algún elemento de verdad; pero ciertamente no es la demostración dada la que nos convencerá, la cual, por otra parte, nos recuerda los trabajos de la antigua escuela histórica alemana.

Aparte de los problemas de la ideología comunista, que son específicos, las posiciones adoptadas por los defensores del apaciguamiento ideológico sobre el problema de las viejas querellas no dejan de tener valor. Sin embargo, estas explicaciones atestiguan probablemente un cierto optimismo si se considera la persistente virulencia de estas oposiciones. Algunos dirán, sin duda, que el conflicto entre la derecha clerical y la izquierda anticlerical ya no significa gran cosa en las sociedades modernas. No obstante, puede ser que la disputa sobre la enseñanza libre sea susceptible, por mucho tiempo aún, de comprometer la formación de mayorías homogéneas. S. Hoffmann, al señalar que por lo que se refiere a Francia «el fin de las ideologías» no coincide con el fin de las actitudes ideológicas, destaca un punto capaz de reducir la esperanza de los partidarios del apaciguamiento.[46]

Hasta ahora nos hemos limitado a presentar un cierto número de concepciones intelectuales sin analizar

46. «Observations sur la crise politique française, *Archives Européennes de Sociologie*, 1960, pp. 303-320.

los fenómenos positivos que se deducen de ellas. La sección siguiente se consagrará a esta observación sociológica.

SIGNOS POSITIVOS DEL APACIGUAMIENTO

Los participantes en las sesiones del Congreso para la Libertad de la Cultura, observando que no existe entre ellos ningún desacuerdo ideológico fundamental, manifiestan, a veces, ver en ello un signo decisivo del apaciguamiento de los conflictos. Esta convergencia apenas nos convence, pues el Congreso no pudo pretender, por sus orígenes y por sus vínculos, expresar todas las corrientes intelectuales y, por otra parte, no tiene más que mínimos contactos con los ciudadanos normales. En verdad, lo hemos dicho ya, el fenómeno de la desvalorización de las querellas ideológicas es considerado generalmente como indiscutible por parte de sus expositores, es decir, en cierta manera, como si la evolución fuese demasiado evidente para que requiriese una demostración.

Partiendo, por el contrario, de la idea de que el hecho mismo no está necesariamente demostrado, nos proponemos investigar en la vida política contemporánea los elementos que sean capaces de aportar algo de claridad al debate. Entre los signos existentes hay tres que parecen, en primer lugar, de un valor particular: la transformación en un sentido reformista de los partidos socialistas, la indiferencia de los ciudadanos respecto a los asuntos públicos, y la importancia dada a las consideraciones de eficacia en la acción gubernamental. Se trata aquí de tendencias bien conocidas por todos, por lo que nos limitaremos a recordar sus características fundamentales. El punto más interesante sigue siendo naturalmente el de saber si son capaces de servirnos como prueba —circunstancialmente por una especie de causalidad regresiva— para demostrar la «desideologización» afirmada.

Estos rasgos caracterizan, en grados diversos, la vida política interior de los Estados occidentales. Podemos preguntarnos si no podría encontrarse otro signo de la decadencia ideológica en uno de los hechos que particularizan las relaciones de los Estados democráticos con otros, especialmente del Tercer Mundo; nos referimos a la ausencia de difusión del pluralismo ideológico en estos países. Aunque resulta difícil extraer algunas consecuencias del fenómeno, le dedicaremos algunos párrafos al final de la sección.

1. Transformación de los partidos socialistas

Antes de abordar esta evolución, debemos mencionar un hecho: el estado de casi agonía en que se encuentra el partido socialista americano, hecho tanto más importante cuanto que no ha ocurrido siempre así. Desde 1870 hasta la víspera de la primera guerra mundial, este partido se fundaba en un sólido núcleo de obreros procedentes de Alemania y tuvo un papel nada despreciable en la política de este país. En 1886, gracias a la activísima campaña de su candidato H. George, estuvo a punto de conseguir la alcaldía de Nueva York.[47] Desde 1919, a excepción del período 1929-1933, no ha dejado de decaer.[48] Han surgido muchos interrogantes sobre los factores de esta decadencia. Así, unos lo atribuyen a causas locales (victoria definitiva de Gompers en 1894 en el seno del A.F.L. que haría del sindicalismo americano un movimiento apolítico), otros invocan unos factores más profundos (actitud dinámica del capitalismo americano, fuerte movilidad social que

---

47. Sobre este período ver QUINT (Howard H.), *The forging of American socialism: origins of the modern movement. The impact of socialism on American thought and action, 1886-1901*, Columbia (Carolina del Sur) 1953. Para un estudio profundo del socialismo americano nosotros señalaríamos la obra monumental de EGBERT (D. D.) y PERSONS (S.) eds., *Socialism and American life*, Princeton 1952, 2 vols.

48. Sobre esta decadencia, ver SHANNON (Davis, A.), *The socialist party of America. A history*, Nueva York 1955.

privaría a los obreros de sus líderes naturales, etc.).[49] Sin embargo, aunque las interpretaciones del fenómeno no coincidan, lo que sucede es que en una nación que posee, según los esquemas habituales, muchas condiciones necesarias para el acceso al poder de los socialistas, el movimiento socialista —como algunas otras pequeñas agrupaciones de espíritu avanzado— no desempeña más que un papel insignificante.[50]

La situación aparece sensiblemente diferente en los otros países pluralistas. Encontramos en ellos poderosos partidos socialistas con vocación gubernamental, que al aproximarse al poder han perdido, no obstante, su ardor reformista inicial. Estas agrupaciones que, con exclusión del laborismo británico, derivan, al menos parcialmente, del marxismo, han tendido a apartarse cada vez más de la ideología marxista; unos, sin decirlo abiertamente, y otros reconociéndolo con franqueza mediante una modificación expresa de sus estatutos. Así ha nacido, por oposición al comunismo del modelo soviético, una corriente que se denomina normalmente «socialismo democrático». Si bien los partidos de esta tendencia difieren en algunos puntos, todos ellos tienen en común el aceptar, prácticamente sin reservas, la vía parlamentaria. Éstos son ya unas formaciones adictas ordinariamente que se amoldan a las reglas del juego político y se esfuerzan por adaptar sus ideales a los imperativos o a las posibilidades de la situación.[51]

---

49. Sobre estos problemas consultar el capítulo XIII de la obra ya citada de D. BELL. «The failure of american socialism: the tension of ethics and politics», pp. 265-285. Se encontrará una exposición esquemática de la cuestión en *Esprit*, noviembre 1952: LENS (S.), «Pourquoi l'Amérique n'a pas de parti ouvrier», pp. 627-643, y THOMAS (N.), «Le capitalisme américain a eu de la chance», pp. 606-611. Para una visión general del problema ideológico americano, ver ADAMS (Walter) «Economie, idéologie et politique aux Etats-Unis», *Diogène*, octubre-diciembre 1961, pp. 56-82.

50. Se encontrarán elementos interesantes sobre la situación de las «izquierdas americanas», en el número de *Esprit* sobre «el hombre estandard», marzo 1959, pp. 385-433.

51. Para una buena exposición sintética, ver VAN ERDE (K. S.) «Socialism in Western Europe a mid-century» *Social Research*, invierno 1959, pp. 408-422. Ver también CALVEZ (J. Y.) «Le socialisme en question», *Revue de l'Action Populaire*, mayo 1960.

El partido socialdemócrata sueco, al que algunos llaman el «partido satisfecho», es una excelente ilustración de esta política de moderación. Aunque ocupa el poder desde hace algunos años, ha dejado prácticamente intacta la estructura capitalista de la economía, habiendo evitado proceder a verdaderas socializaciones o nacionalizaciones que abrazarían toda una rama o un grupo de industrias.[52] Las cooperativas, tan alabadas en el extranjero, no aseguran en realidad más que una débil fracción del comercio al por mayor y al por menor. No se reconoce en el sistema más que unos rasgos relacionados con la noción corriente del socialismo, incluso con el de inspiración reformista. Aún más, son hoy los conservadores y liberales los que se dedican a la crítica y explotan el descontento, mientras que, por el contrario, los socialistas se solidarizan con el orden existente y la administración. Según F. Seller, esto sería una experiencia no de socialismo, sino de una especie de «segurismo», por otro lado, muy perfeccionado.[53] Parece que hoy, la socialdemocracia alemana, en un esfuerzo oportunista por conquistar el poder, se orienta en una vía análoga. Desde su vuelta de Bad-Godesberg (noviembre de 1959), ha abandonado casi totalmente toda clase de veleidad socialista, limitándose a hacer suyo el lema «prosperidad para todos» (por ejemplo, extensión de las vacaciones pagadas, aumento general de las pen-

---

52. De todas maneras se encuentran algunas muestras de propiedad pública en algunos sectores de la economía: ferrocarriles, banco nacional de Suecia, crédito inmobiliario y seguros, industria de la madera, energía eléctrica, minerales de hierro... Mencionemos también la «Sociedad sueca de Tabacos y la de Vinos y bebidas alcohólicas (única empresa que tiene el derecho de distribuir las bebidas alcohólicas).

53. En un interesante número de *Esprit*, «Socialisme», mayo 1956, p. 666. Este número insiste particularmente en la «parálisis de las socialdemocracias». Sobre inspiración y métodos del gobierno sueco se puede consultar RUSTOW (Dankwart A.), *The politics of compromise. A study of parties and cabinet government in Sweden*, Princeton 1955. Para una panorámica diferente del socialismo escandinavo, pero, ciertamente, refiriéndose a otro país, véase FERRATON (Hubert), *Syndicalisme ouvrier et social. Démocratie en Norvège*, París 1960.

siones y jubilaciones hasta el 75 % de los últimos sueldos o salarios percibidos, etc.).[54]

El caso de Gran Bretaña es más complejo. Solamente al final de la primera guerra mundial es cuando el partido laborista se proclamó «socialista», incluyendo en su programa la creación de una sociedad basada en la utilización en común de los medios de producción, de distribución y de cambio. Al mismo tiempo, permaneció inflexiblemente fiel a las reglas del juego parlamentario. Desde su apartamiento del poder, el partido no ha logrado elaborar un programa de acción que gozase del asentimiento de la totalidad de sus miembros. A pesar de una clara inclinación hacia la vía reformista de la «democracia industrial», la dirección parlamentaria no ha obtenido de la conferencia del partido la modificación del artículo 4.° que, precisamente, implica el compromiso por una socialización de la economía (la actual dirección, sin rechazar *a priori* la nacionalización, duda en considerarla una panacea). Otra característica es la división del partido por lo que hace a los problemas de la defensa nacional y especialmente al armamento nuclear. Contrariamente a varios otros, el movimiento laborista continúa siendo socavado por discordias ideológicas internas y no se unifica totalmente ante la ideología reformista. Por una curiosa paradoja, un partido que se funda en el antidogmatismo, presenta (en la oposición, es cierto) una fuerte tendencia a los grandes debates doctrinales.[55] Notemos, en

54. Sobre la evolución reciente de la socialdemocracia alemana, ver CALVEZ (J. Y.), «Evolution du socialisme en Allemagne: le nouveau programme de la S.P.D.», *Revue de l'Action populaire*, abril 1960, pp. 401-417. Para una crítica marxista de este programa, ver WEGENER (Thomas), «Sur le nouveau programme du parti social-démocrate allemand», *Nouvelle Revue Internationale*, enero 1960, pp. 14-29.

55. Para una excelente exposición de las controversias sobre la apropiación pública de los medios de producción, ver ROBSON (William A.), *Nationalized industry and public ownership*, Londres 1960, pp. 460-494. (La versión castellana saldrá próximamente en la edit. Tecnos.) Para una crítica (de inspiración comunista) del *Labour* —se le acusa de haber reducido el socialismo a una especie de moralismo en una sociedad en que la mayoría de la industria sigue estando en las manos de la empresa privada—, ver

todo caso, que con ocasión de la designación del sucesor de H. Gaitskell, el partido parece haber puesto una cierta sordina en sus discordias internas. Es probable que el afán de presentar un frente unido durante las próximas elecciones, no sea algo ajeno a esta tendencia.

Sin embargo, es posible que el *Labour* logre superar estas dificultades. Ésta es, al menos, la impresión que dejan entrever diversos sucesos recientes: publicación de un nuevo manifiesto de política interior *Signposts for the Sixties* (junio 1961) que propone un conjunto, bastante equilibrado, aunque demasiado moderado ante los ojos de la extrema izquierda, de reformas sociales y económicas;[56] cambio de actitud de varios grandes sindicatos en lo que refiere a los problemas de armamento nuclear en un sentido más conforme a los deseos de la dirección parlamentaria del partido; intensificación del deseo de unidad, etc. Pero es aún demasiado pronto para manifestar si estas determinaciones pueden lograr si no la desaparición, al menos el apaciguamiento de los antagonismos internos.

La S.F.I.O. ofrece el ejemplo de una agrupación socialista en discordia con un poderoso partido comunista (el cual le hizo perder en sus comienzos las tres cuartas partes de sus miembros). La competencia ejercida sobre su izquierda por el partido comunista le obliga a ser intransigente en el plano doctrinal (mantenimiento en 1946 de la ortodoxia marxista contra los defensores de la solución «laborista»); mientras que su voca-

---

CAMPBELL (J. R.), *Some economic illusions in the Labour movement,* Londres 1959. Para un estudio general véase MILIBAND (Ralph), *Parliamentary socialism. A study in the politics of Labour,* Londres 1961 y JAY (Douglas) *Socialism in the New Society,* Londres 1962.

56. Este documento se consagra al estudio de varios problemas: planificación de la economía con vistas a la expansión (principalmente creación de un Consejo Nacional de Planificación Industrial); expansión de la propiedad pública (racionalización del acero) y del control de las empresas privadas; lucha contra la especulación territorial (así, compra progresiva por una comisión del terreno libre destinado a la construcción); extensión de los servicios sociales; desarrollo de las facilidades de la educación e integración de las *public schools* en el sistema general; modificación de la fiscalidad en un sentido igualitario (arancel de beneficios de capital).

ción de partido gubernamental y la heterogeneidad de su clientela le conducen, en la práctica, a adoptar unas soluciones de moderación y de compromiso que le han valido frecuentes dificultades (creación en 1938 del partido socialista obrero y campesino de Marceau Pivert; formación del partido socialista autónomo...). Desde la operación de Suez, y en razón de la continuación del conflicto argelino, era de buen tono, en varios medios socialistas extranjeros, imputar a la S.F.I.O. un comportamiento «reaccionario»; en realidad, en el plano de los problemas económicos y sociales, sus posiciones ideológicas y sus actividades gubernamentales no difieren sensiblemente de las de la mayor parte de los partidos socialistas europeos. Como éstos, manifiesta un reformismo moderado que lleva consigo la franca aceptación del régimen parlamentario.[57] Aparte de conmociones sociales graves, es poco verosímil que el partido —con un proceso de redefinición del «programa fundamental» en curso— se separe sustancialmente de esta dirección. Observemos, en todo caso, que la evolución reciente del régimen gaullista tiende a desviar a la S.F.I.O. hacia la izquierda (alianzas electorales y con-

---

57. En los últimos años, varias obras doctrinales han sido publicadas por líderes socialistas. Citemos en particular las de Jules MOCH, *Confrontations: doctrines, déviations, expériences, espérances*, París 1952 y *Socialism vivant*, París 1960; André PHILIP, *Le socialisme trahi*, París 1957 y *Pour un socialisme humaniste*, París 1960; de Edour DEPREUX, *Renouvellement du socialisme*, París 1960 y de Paul RAMADIER, *Les socialistes et l'exercice du pouvoir*, París 1961. Aunque estas obras difieran sensiblemente por el tono y la inspiración, tienen en común considerar que el partido socialista debe operar dentro de un régimen pluralista: «El partido único, escribe por ejemplo Depreux (p. 171), no constituye solamente un absurdo lingüístico... sino la negación misma de la democracia política, el símbolo y la armadura del totalitarismo». Compárese con el importante estudio de Henri JANNE, «L'avenir du socialisme», publicado en el número de mayo de 1960, de la revista *Socialisme*, pp. 235-276. Para una crítica reciente desde un punto de vista comunista de las posiciones reformistas, véase el número de abril de 1961 de los *Cahiers du Communisme*, «La social démocratie et le capitalisme». Ver también SIMON (Michel), «La social-démocra-devant le marxisme», *Nouvelle Critique*, febrero 1961, pp. 51-77. Se encontrará otro punto de vista en *Chronique Sociale de France*, 31 de julio de 1960, pp. 314-378 (serie de artículos bajo el título: «Y a-t-il une crise du socialisme français?»). Para una síntesis histórica reciente, nos remitimos a LIGOU (Daniel), *Histoire du socialisme en France 1871-1961*, París 1962.

versaciones con el partido comunista, así como formulación de una proposición de nacionalización de los bancos de negocios, etc.). Aunque todavía sea hipotética, la reconstitución de un cierto frente común socialcomunista no es en estos momentos absolutamente inconcebible. (Esta operación se subordina tanto a la evolución de la situación como al estado de las relaciones internacionales.)

En suma, la socialdemocracia europea ha evolucionado hacia la moderación y el compromiso (con excepción de alguna de las corrientes del partido socialista italiano; mientras que hasta ahora la experiencia denominada de *centro sinistra* ha producido más bien un giro de esta tendencia hacia el centro).[58] La extensión del poder soviético en todo el mundo no ha hecho más que reforzar unas tendencias ya presentes en el seno de estas agrupaciones. Los comunistas, por su parte, critican incansablemente «la ideología socialista de derechas»[59] y reprochan a sus defensores el hecho de que reduzcan el socialismo a una especie de control social mal definido, que aseguraría el buen uso de la propiedad privada de los bienes de producción más bien que tratar de conseguir su abolición. También les imputan el haber capitulado enteramente, en gran número, ante la «política imperialista» de las clases dirigentes, cuyo único fin es agravar la tensión internacional. Tengamos en cuenta, desde ahora, que la existencia de formaciones comunistas conduce a la apertura de un nuevo frente de batalla ideológico sobre el que no se tiene hoy la impresión de que intervenga una interrupción de las operaciones.

---

58. Sobre las concepciones italianas del socialismo, ver una interesante obra colectiva *Esperienze e studi socialisti in onore di Ugo Mondolfo*, Florencia 1957. Así como, entre varias disponibles, las de GALLI (Giorgio), *La sinistra italiana nel dopoguerra*, Bolonia 1958, MALVESTITI (Piero), *I socialdemocratici*, Roma 1957 y BASSO (Lelio), *Il partito socialista italiano*, Milán 1958.

59. Véase principalmente el conjunto de estudios: «Impasses socialdémocrates» (Francia, Inglaterra, Austria, Italia, Suecia, Hungría), *Recherches Internationales à la Lumière du Marxisme*, n.º 11, enero-febrero 1959.

2. *La indiferencia de los ciudadanos*

En el transcurso de los últimos años se han emprendido varias investigaciones para caracterizar y medir la participación de los ciudadanos en la vida política de los sistemas pluralistas. Los resultados ya recogidos concuerdan para revelar la endeblez de esta participación. Estos estudios han confirmado, en fin de cuentas, la presencia de un desfase entre la amplitud (y la casi regularidad de las participaciones electorales) que se percibe en varios países y el poco interés que se demuestra en los asuntos de la política. Parece que para muchos ciudadanos el acto de votar emana, al menos parcialmente, de la obligación moral.[60]

En Francia, los sucesos recientes han renovado la atención en lo que se refiere a este problema.[61] Según la opinión de numerosos autores, asistiríamos actualmente a una especie de «despolitización» del pueblo francés, movimiento que comporta particularmente un descenso del porcentaje de participación. La indiferencia que han testimoniado los franceses ante el hundimiento de las dos últimas Repúblicas —debida, a juicio de Maurice Duverger, a un sentimiento de alienación política—, es citada normalmente en apoyo de esta concepción. Sin embargo, en cuanto a la agravación de esta apatía se han hecho algunas reservas; principalmente se destaca el papel que tienen por delante dentro de la vida política, algunos sectores de la comu-

---

60. Ver, sobre este problema, el número de la *Revue Internationale des Sciences Sociales* consagrado a «La participation des citoyens à la vie politique», 1960, n.º 1, pp. 5-112. Ver también MEYNAUD (Jean) y LANCELOT (Alain), *La participation des Français à la vie politique*, París 1961 (Que sais-je?, n.º 911). En lo que se refiere a Italia, nos remitimos a la encuesta de *Tempi moderni*, enero-marzo 1962, pp. 61-88, y abril-junio, 1962, pp. 29-76.

61. Así lo demuestra la organización en noviembre de 1960 por la Association Française de Science Politique de una mesa redonda sobre la «despolitización» (término discutido para designar una tendencia de los individuos a desinteresarse de la cosa política). Los resultados de esta mesa redonda han sido publicados recientemente con el título de *La dépolitisation, mythe ou réalité?*, bajo la dirección de George VEDEL, París 1962.

nidad que hasta ahora estaban acostumbrados a permanecer alejados de ella («politización» del ejército, paso de los movimientos juveniles del plano de la formación moral al de la acción activa, etc.). El rasgo característico de la situación francesa se podría concretar en la transferencia de las preocupaciones políticas a organismos que no poseen vocación política, o en otros términos, a la pérdida de influencia de los partidos tradicionales en beneficio de estas agrupaciones. Por lo demás, todo depende de la elección del período de referencia, el cual a veces adquiere una aureola mítica. En un penetrante estudio, Michel Crozier ha negado que nuestros abuelos tuviesen más posibilidades de acción en la vida pública que nosotros, y por lo tanto, que estuviesen más ligados a ella.[62]

Señalemos una hipótesis interesante de Léo Hamon:[63] la distinción entre el interés de los ciudadanos por la cosa pública y su compromiso. Según él, si hay que creer a varios testimonios formulados durante el año 1960, la atracción que han ejercido los acontecimientos políticos ha sido más grande que nunca (especiamente en el campo de las relaciones internacionales y de los problemas de ultramar). Por el contrario, aparte de algunos sectores, parece existir una gran crisis en la práctica del compromiso (descenso del militantismo). Se podría observar en las reuniones de los partidos (especialmente en la S.F.I.O. y en el M.R.P.) un desplazamiento de las preocupaciones de los militantes hacia temas en donde predomina el punto de vista técnico (construcciones, alojamientos...) El orden del día «desengarzaría» de esta manera las cuestiones y controversias propiamente ideológicas. Sin embargo, los franceses permanecen, en su conjunto, muy ligados a la libertad de compromiso, aunque la utilicen poco.

---

62. «Le citoyen», *Esprit*, febrero 1961, pp. 193-211.
63. HAMON ha formulado esta hipótesis en un informe presentado en la Association Française de Science Politique «Partis politiques et dépolitisation», que forma parte de la *La dépolitisation, mythe ou réalité?, op. cit.*, pp. 115-146.

El fenómeno así esbozado por Léo Hamon merecería ser perfilado y verificado en un período más amplio. El carácter espectacular de ciertos sucesos de 1960 (crisis del Congo, por ejemplo) explica, tal vez, este sobresalto de interés del que todas las manifestaciones (conversaciones de café...) no pueden estar afectadas por la misma trascendencia.

Los sondeos de opinión pública que se han realizado en Italia establecen que en este país se manifiesta también una indiferencia semejante. En marzo de 1960, por ejemplo, el 39 % de los italianos interrogados no sabían indicar el nombre del presidente del Consejo (y el 56 % el del ministro de Asuntos Exteriores). En el mes de diciembre de 1961 la mitad de las personas objeto de encuesta declaró no haber oído nunca hablar de la apertura a la izquierda. Es inútil multiplicar los ejemplos. Digamos solamente que las mujeres dan muestras de mucha más ignorancia que los hombres por lo que hace a las cosas de la política.

En definitiva, los fenómenos observados en Francia presentan numerosos puntos de coincidencia con los advertidos en países de civilización similar, siendo la variable diferencial las transformaciones de la «descolonización» (Argelia, y remontándonos al pasado, Indochina). Resultaría interesante, en particular, verificar si nos encontramos también aquí con la corriente de tolerancia que Jean y Monica Charlot han hallado en la clase obrera británica (actitud que ha podido conducir a los trabajadores de este país a cambiar de campo político desde el momento en que consideran que esta maniobra puede ser favorable al mantenimiento de su nivel de vida en un corto período).[64]

Esta tendencia general no es exclusiva de «borbotones» o de «oleadas» de participación a propósito y en función de sucesos capaces de socavar la apatía ordinaria de los ciudadanos, pues aunque la teoría de estos

---

64. C. su estudio «Politisation et dépolitisation en Grande-Bretagne», *Revue Française de Science Politique*, septiembre 1961, pp. 609-641.

puntos o focos de cristalización no se haya formulado aún, su existencia no puede ser puesta en duda (así, las reacciones británicas en el momento de la operación de Suez). Igualmente, esta tendencia no excluye el acceso a la «politización» (operación que implica la transferencia de móviles políticos a asuntos o sectores que normalmente provienen de otros criterios). Finalmente, no es incompatible en absoluto con la actividad de los grupos de presión, especialmente de aquellos que defienden unos intereses materiales (empleo de la política para fines corporativos).

El análisis de la indiferencia de los ciudadanos conduce naturalmente a plantear el problema del estatuto y del papel a desempeñar de los partidos políticos en las sociedades pluralistas. En varios países, estas agrupaciones sufren una desafección notoria (que a veces intentan paliar entregándose a la realización de actividades extrapolíticas; por ejemplo, manifestaciones deportivas). Esta situación es particularmente clara en Francia. Aunque se tiende a exagerarla (por un aumento abusivo de los efectivos en el día que se ha escogido como referencia, normalmente el período inmediato de la Liberación), la baja de los adheridos es cierta, y, en algunos casos impresionante. A la inversa de los partidos de otros países (belgas e italianos, por ejemplo), los partidos franceses tradicionales no poseen en su mayoría más que unos efectivos muy reducidos. No parece erróneo admitir que la formación de partidos adecuados a las necesidades de nuestro tiempo sea la condición necesaria para la renovación de la participación; sin embargo, si la decadencia de las ideologías correspondiese a un fenómeno real, esta reconstitución de un sistema partidista de acuerdo con otras bases, sin ser imposible, plantearía graves problemas.

Ciertamente, el funcionamiento actual de los partidos puede ser objeto de serias reservas. Hay mucho de verdad en la crítica que se ha hecho de las tendencias oligárquicas, burocráticas y voluntariamente imperialistas de su aparato dirigente: es difícil evitar el paso

del «estado de partidos» a la «partidocracia».[65] Pero algunos van mucho más lejos cuando declaran que es rigurosamente errónea la afirmación de que no podría haber democracia sin partidos organizados, y así hacen valer que en Francia el ejercicio del sufragio universal y el régimen parlamentario han existido antes que ellos.[66] El razonamiento es exacto cuando la participación efectiva en las instituciones se limita a círculos de notables o de medios seleccionados (eventualmente organizados en sociedades secretas del tipo de la francmasonería); pero este razonamiento pierde parte de su consistencia si se pretende asociar el conjunto del país a esta gestión.

Hoy se habla mucho —utilizando a este propósito una expresión discutible— de «personalización» del poder, entendiendo por ella que en la cúspide del régimen se encuentra situado un líder que ostenta efectivamente la autoridad y domina la vida política.[67] El fenómeno, próximo a las viejas nociones carismáticas y que se refiere al reforzamiento del ejecutivo, ha sido facilitado y amplificado por la utilización de los grandes medios de información (especialmente la radio y la televisión). A veces, se presenta como el advenimiento del «liderazgo heroico», expresión que significa que el líder en cuestión se impone a sus compatriotas y gana su aquiescencia al personificar una especie de héroe nacional.[68]

---

65. Según los términos de G. MARANINI, «Stati di partiti non partitocrazia», *Studi Politici*, julio-diciembre 1960, pp. 278-287. Para una visión más profunda del problema véase del mismo autor, *Miti e realtà della democrazia*, Milán 1958. También del mismo autor, «Dall'oligarchia nei partiti alla tirannia nello Stato», *Rassegna Italiana di Sociologia*, julio-septiembre 1960, pp. 113-118.

66. Así R. PRIOURET, *op. cit.*

67. Según la definición que da A. MABILEAU en un interesante artículo: «La personnalisation du pouvoir dans les régimes démocratiques», *Revue Française de Science Politique*, marzo 1960, pp. 39-66. A juicio de algunos, esta «personalización» constituiría el único medio de interesar a las masas en la política. Para una crítica de esta corriente consúltese MCLELLAN (D. S.), «Style and substance in american foreign policy», *Yale Review*, septiembre 1958, pp. 41-57.

68. Se puede ver una tentativa de teoría del «liderazgo heroico» en el

Se puede estudiar este problema desde el punto de vista del arte político. Tratándose de países subdesarrollados, ha surgido la pregunta de que si recurrir a una forma de gobierno de esta clase, no constituye el único medio de hacer frente a las necesidades de la modernización económica, sin comprometer definitivamente las posibilidades de la democracia pluralista. Aparte del régimen comunista, el recurso del líder heroico representaría la única vía abierta para obtener la combinación de progreso y de disciplina que son tan necesarios a estos países. Pero, por «una paradoja de las sociedades políticas contemporáneas» (A. Mabileau), el problema se ha extendido a las naciones democráticas de Occidente, o al menos a algunas de ellas, entre las cuales se encuentra Francia. Para Maurice Duverger, por ejemplo, la «necesidad de personalización» es uno de los argumentos que justifican la instauración de un régimen presidencial.[69]

Podemos igualmente analizar el problema considerándolo como un hecho de observación positiva, intentando abstraer la parte efectiva de «personalización» que comporta en sí el sistema político. Ésta es muy considerable en lo que respecta a los jóvenes Estados constituidos en los antiguos imperios coloniales. En los viejos Estados de Occidente existen también numerosos elementos de este tipo. Incluso antes de la V República la personalización de la vida política se podía ver en Francia, tanto en el exterior como en el interior de los partidos (concentración de la notoriedad sobre un pequeño número de personas —designadas por sus

---

estudio de Arthur SCHLESINGER Jr., «Démocratie et 'leadership' heroïque au XXe siècle» en *La démocratie à l'épreuve du XX siècle, op. cit.*, pp. 83-102.

69. Punto de vista expuesto por este autor principalmente en el número de *La Nef* que trataba de las «nuevas formas de la democracia», nueva serie, n.º 6, pp. 44-45. Para más detalles ver su reciente obra *La VI République et le régime présidentiel*, París 1961. Este punto de vista ha sido criticado vivamente por los marxistas. Véase, por ejemplo, el estudio de J. A. HENNESSEY «La démocratie serait-elle depassée», *Nouvelle Critique*, abril 1961, pp. 19-32.

nombres o incluso por sus iniciales— con el apoyo de la gran prensa y de la televisión).

Es posible dudar sobre el juicio global que merece este fenómeno (en el que algunos ven, tal vez con algo de exageración, el fenómeno del «déspota ilustrado»). Al mismo tiempo que una desvalorización del parlamentario medio, este fenómeno produce, sobre todo, en los regímenes pluralistas, una renuncia de los ciudadanos (y de los partidos que los representan) a los asuntos. Los ciudadanos se limitan a esperar que los problemas se resuelvan sin que tengan que mezclarse ellos. De este modo, la «personalización» del poder es inseparable de una reducción del compromiso político de los miembros de la comunidad.

Es posible que esta fórmula posea algún mérito, esencialmente a corto plazo. Desde el ángulo de nuestro estudio, encuentra su base en la indiferencia de los ciudadanos y contribuye a acelerar su eclipse. Pero si acabamos de admitir que el recurso al liderazgo heroico constituye, bien una tendencia irreversible, bien un mal menor, sus consecuencias ya manifiestas no deben disimularse.

3. *Importancia dada a la eficacia*

Vivimos en una sociedad que concede mucho valor a las consideraciones de eficiencia. En varios sectores de las relaciones humanas, las decisiones que se toman son objeto de cálculos previos y rigurosos. Ciertamente, los hombres responsables, incluidos los hombres de negocios, no pueden vanagloriarse de una visión totalmente objetiva de las cosas, puesto que son muchos los factores susceptibles de perturbar la fría disposición de las presentaciones técnicas (tradiciones familiares, temperamento individual, intuiciones personales...). Pero estos «accidentes» o «desviaciones» no alteran el culto consagrado al raciocinio. El constante perfeccionamiento de las técnicas de previsión y de estimación (por

ejemplo, investigación operativa) no pueden sino reforzar esta tendencia.

El poder público que se proyecta sobre la realidad social, especialmente desde el plano administrativo, no puede ignorar tales solicitaciones. El movimiento, ya perceptible en el orden de las funciones tradicionales del Estado, iba a ganar en profundidad y en solidez a medida que las responsabilidades gubernamentales se extendían a unas actividades con componentes e incidencias mensurables (por ejemplo, planificación económica). Hoy los servicios públicos se preocupan por la eficacia y por la productividad con mucha más energía de la que generalmente suelen concebir los administrados.[70]

Un primer aspecto de esta evolución ha sido el deseo —difícil de conseguir— de racionalizar el mismo aparato gubernamental (oficina de organización y métodos, encuestas sobre el coste y el rendimiento de los diversos servicios, etc.). Otro aspecto, que se deduce parcialmente de la naturaleza de las cuestiones tratadas, consiste en la importancia que se atribuye al estudio técnico de los expedientes. El dominio de las decisiones políticas, se ha podido decir, se limita cada vez más «a las opciones fundamentales destinadas a procurar orientaciones de conjunto en las acciones técnicas».[71] De este fenómeno se deduce inevitablemente un aumento de la importancia del papel, así como de la influencia de los técnicos (bien sean *managers* con capacidad para animar grandes servicios, bien sean expertos especializados). Un problema acude inmediatamente a nuestra consideración: el de las consecuen-

---

70. Sobre los esfuerzos que se realizan y las dificultades que aparecen en esta materia, se puede consultar la obra de DIMOCK (Marshall E.), *Administrative vitality. The conflict with bureaucracy*, Londres 1960. El autor, reflexionando sobre ejemplos británicos, expone la dificultad de combinar «vitalidad» (energía más resistencia, habilidad en la concurrencia y poder de supervivir) y «burocracia» (ordenamiento institucional de la gestión sobre una base sistemática).

71. J. ROVAN, *op. cit.*, p. 146.

cias de este fenómeno sobre el desarrollo del juego político.

La teoría de la tecnocracia, que no representa necesariamente una maniobra de los sociólogos reaccionarios franceses,[72] se esfuerza por hallar una respuesta a esta cuestión. Esto explica que una amplia parte de las facultades de decisión, esto es, la realidad del poder en la especie, haya sido transferida a unos responsables oficiales, a los agentes elevados de la función pública y a los expertos que les son asimilados. Así, por efecto de una evolución insensible y silenciosa, el régimen representativo irá perdiendo, cada día un poco más, su significación original. Sin embargo, muchos altos funcionarios, entre los actuales o antiguos titulares de puestos clave, impugnan la realidad misma de tal transferencia y se declaran, por su parte, rebeldes a la ideología tecnocrática. Analizando este debate, un comentarista muy al corriente del funcionamiento de la administración, estima que la noción de un crecimiento del papel de los técnicos, en detrimento de los políticos, constituye una simple hipótesis de trabajo. La cual no ha sido aún sistemáticamente sometida a la prueba de los hechos.[73]

Un punto, sin embargo, está fuera de duda: las responsabilidades de los funcionarios se han modificado a medida que se transformaba la naturaleza misma de las tareas gubernamentales. Hoy, la ley no tiene ya como misión esencial prohibir o mandar, sino que se quiere sea constructiva y tiende a ordenar. El agente público debe dar pruebas, por consiguiente, de iniciativa y sentido de organización.[74] Las responsabilidades aumentan cuando se ensancha el cuadro de los fenó-

---

72. Así lo afirma dogmáticamente J. I. ROUBINSKI, «La théorie de la 'technocratie' en France», traducido del ruso, *Cahiers du Communisme,* marzo 1961, pp. 622-639.

73. Bernard GOURNAY, «Technocratie et administration», *Revue Française de Science Politique,* diciembre 1960, pp. 881-890.

74. Este punto ha sido expuesto claramente por MUNRO (C. K.), *The fountains in Trafalgar Square. Some reflections on the Civil Service.* Londres 1952 (cap. II).

menos tratados por la política, por lo que la consolidación de la influencia de los técnicos entra así en la naturaleza de las cosas.

¿Es preciso, en esta perspectiva, considerar que los funcionarios se esfuerzan en mejorar sus ventajas, o conviene admitir que no hacen nada para aumentar sus prerrogativas? Si se cree a F. L. Closon, «no hay tecnócratas más que por debilidad de los políticos, pues el proceso de la tecnocracia no es ni más ni menos que la falta de adaptación de los políticos a las situaciones nuevas».[75] Admitiendo este punto de vista, tendríamos que reconocer que el alto funcionario no rebasa su misión de consejero y de ejecutante más que por tener que hacer frente a las exigencias de la situación. Y en cierta medida, éste es, probablemente, el caso. ¿Es posible, empero, considerar de acuerdo con la experiencia más reciente, que diversos grupos o agentes del poder administrativo, no han contribuido a este debilitamiento de las estructuras políticas en las que es legítimo encontrar el fundamento de las prácticas tecnocráticas?

En definitiva, aun aceptando empeñecer la significación del fenómeno —que hasta que no se demuestre lo contrario nos parece ser una verdadera subestimación del movimiento—, es preciso reconocer que importantes sectores de la acción gubernamental tienden a escapar a la lógica de las agrupaciones partidistas. De ello resulta una desvalorización cierta del hombre político y sobre todo del parlamentario que no accede a las funciones ministeriales. La tecnocracia conduce, en suma, al mismo resultado que el ejercicio del liderazgo heroico con el que es totalmente compatible, si es que no constituye necesariamente una parte integrante del mismo. Varias proposiciones han sido formuladas con miras a rectificar la situación, pero es dudoso que su

---

75. *Un homme nouveau, L'ingénieur économiste*, París 1961, p. 35. Ver también sobre este tema SISSON (C. H.), *The spirit of British administration and some European comparisons*, Londres 1959 (cap. IX: «The politician as intruder»).

práctica consiguiera tal resultado.[76] Michel Collinet no deja de tener razón cuando señala que el único antídoto sería «una democracia activa que suscitase la iniciativa política de los ciudadanos y la económica de los trabajadores, y que controlase con atención a los grandes magnates...» [77] Todo esto viene a establecer un vínculo directo entre la apatía del ciudadano y la expansión de las tendencias tecnocráticas; siendo poco discutible, la relación incita a estudiar la trabazón entre las tres series de fenómenos observados con respecto y en función del apaciguamiento ideológico.

4. *Valor explicativo del factor ideológico*

Las tres tendencias de las que se acaba de esbozar el contenido, se encuentran entre las características esenciales de la vida política en las democracias pluralistas de Occidente. Se han expresado, para explicarlas, global o separadamente, múltiples hipótesis de las que ninguna ha llegado a ser satisfactoria. ¿No serán estas tendencias, en realidad, los signos observables justamente —y por lo tanto la prueba— de un fenómeno más general: el apaciguamiento ideológico?

a) La transformación de los partidos socialistas, aunque todavía no se haya dilucidado, ejerce sin duda una influencia sobre la participación. Se podría ciertamente admitir que no ha cambiado demasiado el sentido de la adhesión de los trabajadores (al menos en los países en que éstos continúan votando masivamente por tales partidos). Sin embargo, es posible que al disminuir la intensidad de las pasiones y suscitar su tolerancia, esta transformación haya reducido considera-

---

76. Así, por ejemplo, la proposición hecha por Charles S. HYNEMAN (*Bureaucracy in a democracy*, Nueva York 1950) de crear un Consejo central que permitiría conciliar el buen funcionamiento de la máquina administrativa y del control legislativo.

77. «La technocratie est-elle une aristocratie moderne?», *Preuves*, julio 1955, p. 47.

blemente el ardor militante de los obreros. ¿Hasta qué punto el «desdén por la política interesada» de la que hablaba Alexandre Marc, es aún un rasgo específico de su comportamiento?[78] En todo caso, esta modificación parece explicarse fácilmente por el descenso de virulencia de los conflictos ideológicos. ¿No se puede sostener del mismo modo que aquélla es el signo privilegiado de este fenómeno?

La cuestión no es, sin embargo, tan simple. En algunos países, la transformación ha tenido por efecto rechazar una amplia fracción de los trabajadores, y singularmente de los obreros, hacia el partido comunista que, al menos según las declaraciones de sus dirigentes, mantiene la lucha ideológica en el primer plano de sus actividades. Otro elemento de incertidumbre lo constituye la fecha de esta evolución. A decir verdad, se podría sostener que la modificación se ha limitado a una cuestión de fachada, merced a que los partidos de la II Internacional han utilizado un lenguaje revolucionario para cubrir unas prudentes conductas reformistas. Pero en política las apariencias cuentan también, mas ¿cuándo cambian?

No sería inexacto decir que la Revolución de octubre de 1917 señala el punto de ruptura. Sin duda los doctrinarios de la Internacional socialista no cesaron de proclamar su solidaridad con los dirigentes del campo leninista en lo que se refiere a la elección de los objetivos a alcanzar. Sin duda también, no dejaron, durante varios años aún, de reclamar unos fines revolucionarios, aunque testimoniando respecto de los métodos del bolchevismo una oposición que no dejaría de crecer. Pero la voluntad por diferenciarse del comunismo, como también el trabajo de zapa emprendido por la Komintern contra los socialdemócratas, condujeron lentamente a los partidos socialistas a dar entrada a elementos reformistas y, desde entonces, a aceptar

---

78. *Avènement de la France ouvrière*, Ginebra 1945 (cap. V).

la participación en el poder dentro del cuadro de la sociedad burguesa y, eventualmente, en colaboración con unos partidos no socialistas.

Si nos situamos en 1930 (punto de referencia elegido por R. Aron), parece que lo esencial de esta modificación se ha conseguido prácticamente. Henri de Man ha escrito ya *Au-delà du marxisme* (1927). La S.F.I.O. conserva, es cierto, su porte exterior de partido revolucionario, pero gracias a una distinción sutil entre «la toma del poder» (con fines de cambio total) y el «ejercicio del poder» (gestión de la sociedad capitalista con unos objetivos limitados), León Blum consagrará, a partir de 1933, la vocación ministerial del partido. En definitiva, estas observaciones conducen a insistir en la extensión del proceso histórico de «desideologización», que durante todo un período puede efectuarse de manera casi oculta (la referencia a la antigua ideología no es más que un velo al abrigo del cual se establecen las nuevas prácticas).

Pero ¿es legítimo a este propósito hablar de «desideologización»? En apariencia, la ideología subsiste aunque se transforme. Sin embargo, el cambio se opera en el sentido de la moderación, de la aceptación del diálogo y de la convergencia con otros partidos democráticos. Sería excesivo servirse de esto para proclamar la muerte de las ideologías. En todo caso, se permite ver aquí el signo de un cierto apaciguamiento ideológico cuyos orígenes históricos se encuentran, tal vez, más lejanos de lo que afirman los partidarios de esta tesis.

b) Llegamos ahora a la participación del ciudadano. Su debilitamiento, especialmente en el terreno del compromiso, es notorio. Resulta tentador buscar la explicación de esta apatía en la desvalorización de los conflictos ideológicos, puesto que, en suma, la lucha se habría atenuado por falta de razones serias para emprenderla y, sobre todo, para llevarla a término. Parafraseando una sentencia célebre, no habría ya política al no haber ya ideas. Si, finalmente, todo debe arre-

glarse mediante compromisos, ¿no resulta lo más sencillo abandonar la escena y someterse a unos árbitros competentes (enlace con la ideología tecnocrática)?

Esta concepción supone implícitamente que la política, al menos en el nivel de los ciudadanos, se reduce a unos combates ideológicos cuya desaparición progresiva sería un factor de apatía. Según la opinión de un periodista sueco, es difícil apasionarse por la política cuando la discusión se centra esencialmente en el aumento del salario por hora de los obreros de la metalurgia, en el alza del precio de la leche o en la extensión del sistema de la jubilación.[79] Tales cuestiones son ciertamente de la mayor importancia para los interesados y, a veces también, para la economía nacional. Pero, según este periodista, son francamente «tediosas» e incapaces de suscitar la excitación que da el tono a las luchas por el poder.[80] A propósito de Gran Bretaña, Raymond Aron escribe en el mismo sentido: «A menos de ser un economista profesional, se puede disputar, pero no matarse por causa del servicio de sanidad gratuito, del volumen del fisco, o del estatuto de los aceros».[81]

Se ha discutido este punto de vista citando preferentemente el ejemplo de los Estados Unidos. Se admite en general que el consenso cubre aquí un dominio sensiblemente más amplio que en el caso de varios países de Europa occidental: de ahí el carácter débilmente ideológico de los partidos americanos. Ahora bien, a pesar de esta situación, un gran número de electores testimonian una adhesión fiel a uno u otro de los partidos. Según los especialistas, este sentido resul-

---

79. Referido por LIPSET, *op. cit.*, p. 406.

80. Observemos que en los Estados Unidos la crítica de la vida social emprendida por los intelectuales de espíritu «avanzado» se ha desplazado del sector político hacia los fundamentos socioculturales de la vida americana (ver la obra de autores como D. RIESMAN, Max LENER, Vance PACKARD y William H. WHITE). Según una cierta interpretación, este hecho sería el signo evidente de la decadencia de la ideología política y la prueba de que la vida política, reducida a elementos técnicos, pierde la mayor parte de su atracción sobre las gentes.

81. *L'opium des intellectuels, op. cit.* p. 250.

taría de la imagen que los ciudadanos tienen de las dos formaciones, puesto que el partido demócrata sería considerado, por una gran parte de ellos, como el defensor de los «débiles» y el partido republicano como el portavoz de los «poderosos».[82] Así, la «desideologización» no provocaría necesariamente la supresión de fisuras partidistas. Algunos ven en esto igualmente el efecto de una cierta madurez de la conciencia política que progresivamente ha llegado a ser capaz de abordar los problemas de la vida pública de manera directa y no a través del prisma deformador de las ideologías.

Confesemos que el ejemplo de los Estados Unidos sigue siendo difícil de interpretar. En este país, la existencia y la percepción de escisiones empíricas se acompañan normalmente con una débil participación, que llega incluso hasta el dominio electoral. A simple vista, parece preferible, por lo que hace a los países europeos, partir de la relación habitual entre la intensidad de las querellas ideológicas y la amplitud de la participación. Sin embargo, librémonos de creer que la discusión ideológica lleva consigo necesariamente una fuerte participación. Existen unas razones permanentes de abstencionismo en lo que se refiere a la política (riesgo social del compromiso, particularmente), circunstancialmente más apremiantes en una fase de conflicto ideológico grave que en período de apaciguamiento. En estas condiciones, ya no es tan fácil establecer una firme relación entre «desideologización» y «desparticipación», no siendo esta última forzosamente —como con mucha frecuencia se llega a admitir— el signo de la aparición o, al menos de la profundización, de la primera.

Dicho de otro modo: la existencia de los conflictos ideológicos no es necesariamente incompatible con la apatía de los ciudadanos normales —de una gran parte

---

82. Véase sobre estas imágenes (especialmente sobre las modalidades y la intensidad de su percepción) CAMPBELL (A.), CONVERSE (Ph. E.), MILLER (W. E.), STOKES (D. E.), *The American voter*, Nueva York, Londres 1960, pp. 42-63.

de ellos— ante la política. Tendríamos menos dificultades para estudiar este fenómeno si conociésemos mejor el nivel habitual de la participación. ¿Corresponde la situación presente a un estado acentuado de «desparticipación»? Éste es un punto sobre el que no existe un acuerdo unánime. Si se compara 1950 con 1945, la baja de temperatura política es notoria. Ocurre exactamente lo mismo si comparamos 1950 y 1930 con 1900. Tengo la impresión de que esta afirmación de descenso es una ilusión que se atiene al hecho de que se parte normalmente, sin darse demasiada cuenta de ello, de un punto excepcional que representa simplemente un accidente en una curva generalmente uniforme.

Al concentrarse sobre la actualidad, la ciencia política se priva de la dimensión histórica; y por otro lado, los historiadores se interesan poco en conjunto por el tipo de problemas que se plantea esta disciplina. La conexión «desideologización-desparticipación» pierde su valor explicativo si la apatía de los ciudadanos en régimen democrático adopta la apariencia de una tendencia permanente (eventualmente con erupciones de fiebre política). Del mismo modo, empero, en esta hipótesis no se puede negar que el apaciguamiento ideológico aporte un matiz particular al cuadro, modificando si no la densidad, al menos el clima de las luchas políticas. Aunque sea normalmente una dedicación de minorías —con composición más o menos reducida— la vida política adoptará una fisonomía diferente según la disposición de estos elementos entre sí y según los principios que animen su actividad. Por lo demás, no estamos en condiciones de afirmar —sobre la base de datos precisos de sociología histórica— que la «desideologización» no contribuya a reducir algo la participación en los negocios públicos, y no sólo de los ciudadanos, sino también de los mismos hombres políticos: volvemos a tropezar así con el problema complejo de la tecnocracia.

Abramos aquí un paréntesis para señalar que, según otra escuela de pensamiento, el debilitamiento de los

partidos, esté ligado o no a la decadencia de las ideologías, lejos de producir el fin de las luchas políticas contribuiría a darles unas formas nuevas con unos nuevos actores. Insertados muy mediocremente en la vida social, los partidos se encuentran superados, ya que en adelante lo esencial de su función representativa está asegurada por los movimientos y asociaciones especializados que no han cesado de multiplicarse y de desarrollar sus actividades en la época reciente. ¿Sería esto, por tanto, el retorno a un simple corporativismo? No; porque estos grupos comprenderían que la satisfacción de sus demandas se halla necesariamente subordinada a la realización de una política de conjunto y que por lo tanto deben contribuir entonces a la definición de las opciones trascendentales. En definitiva, la decadencia de los partidos en provecho de los sindicatos, agrupaciones económicas, iglesias, etc., indicaría simplemente la transferencia y la extensión tal vez del dominio político; en una palabra: lo contrario de la «despolitización», ya que sería el resultado de una tendencia hacia la devaluación de lo político, debida a varios factores ya señalados (carácter cada vez más técnico de las decisiones políticas que hacen que excedan de la competencia de la mayoría de los electores; progreso del tiempo disponible que se dedica a las diversiones y dificultades de los transportes que entorpecen cada vez más la acción militante, etc.).

Semejante tesis, bajo aspectos nuevos —corriente vaga más que doctrina rígidamente formulada— se limita a volver a utilizar los antiquísimos temas de la representación de intereses y de la democracia funcional. Esta concepción que pide la sustitución de los partidos por los grupos, es típica de la confusión actual del pensamiento político francés. En muchos aspectos, está indiscutiblemente emparentada con las tendencias ideológicas del gobierno de Vichy. Suponer capacitados a los grupos especializados para dominar sus propias reivindicaciones con objeto de adoptar una visión del destino nacional, sería fundarse en una esperanza que

ninguna referencia histórica puede ser capaz de justificar. Ocurre que a pesar de tantas experiencias, la posición que tiende a remplazar o a doblar el Parlamento por un organismo seleccionado de acuerdo con una base profesional, no deja de conservar partidarios, algunos de los cuales se proponen reforzar de este modo, por medio de su renovación, la fórmula democrática.[83] En el fondo, por su misma ambigüedad, esta tesis contribuye a señalar la importancia de los partidos en una democracia pluralista. Pero tiene el mérito, totalmente involuntario, por otro lado, de señalarnos la dificultad que poseen aquéllos para adaptarse a los cambios ideológicos. El sistema francés de partidos debe tal vez su extrema debilidad y su inestabilidad a la incapacidad para realizar esta operación.

c) El apaciguamiento ideológico, incluso relativo, parece susceptible de facilitar a los técnicos el acceso al poder. Las consideraciones de eficacia alcanzan más fácilmente una cierta preeminencia cuando se reducen las pasiones partidistas. Aunque se disculpen de ello, los tecnoburócratas y expertos contribuyen con su acción, y a veces con el único deseo de servir mejor al Estado, a reforzar esta tendencia. La relación «desideologización-tecnocracia» posee por lo tanto un alto grado de verosimilitud. Al crear la expansión técnica, mediante un efecto de retroacción, los elementos de una nueva decadencia ideológica, cabe preguntarse si más allá de un cierto sentido, el movimiento no se nutre de sí mismo.

---

83. Como por ejemplo, el Gran Consejo de las Actividades Nacionales, que según la construcción propuesta por J. Rovan (*Une idée neuve: la démocratie, op. cit.*) sería una de las dos Cámaras del sufragio universal. Esta concepción prevé también la formación de un Consejo Superior de la Representatividad, que estaría encargado de conceder la «representatividad» a los diversos organismos, incluidas las iglesias, deseosos de tomar parte en el proceso gubernamental. Nos encontramos así con uno de los viejos temas del reformismo político: la tentativa de reconciliar democracia representativa y funcional. Otro intento de conciliación se puede ver en Mendès-France (P.) *La República moderna*, Aguilar, Madrid 1963 (especialmente cap. V).

Sin embargo, librémonos de interpretar este hecho de forma unilateral. Es posible que la tecnocracia sea ella misma un factor directo del eclipse de las ideologías, más bien que la resultante de tal desvalorización. La expansión de las tendencias e infiltraciones tecnocráticas se realiza, por lo demás, bajo la cobertura de una ideología que, situándose en la misma línea del industrialismo,[84] le confiere en alguna manera su legitimidad histórica y social. Esta ideología, aunque confusa y variada, posee sus propios temas, símbolos y vicios.[85] Podríamos, pues, admitir que la tecnocracia, una vez pensada y sistematizada, contribuye a la transformación del aparato ideológico y no a su supresión.

Es verdad también que el técnico olvida a veces los límites de su misión, o incluso, puede que traicione el espíritu de su preferencia ideológica al inmiscuirse en las luchas y controversias partidistas. Y esto de múltiples maneras, por ejemplo, ocultando con su autoridad moral una intención o un proyecto que sabe ha sido dictado por unas consideraciones de partido. Como muchas otras variedades de esta actitud, el apoliticismo del técnico se reduce a menudo a una ilusión o a un pretexto. Es probable que en la presente situación de las cosas nos veamos arrastrados a exagerar el nivel de la «desideologización» producido por la expansión de las manifestaciones, teóricas y prácticas, de la tecnocracia.

Observemos igualmente que la tendencia a valorizar la eficacia técnica en detrimento de las controversias políticas, es anterior a la época que muchos señalan como punto de partida de la decadencia ideológica. Sin remontarnos demasiado, podemos tomar el ejemplo de la Cámara de 1919, caracterizada por la presencia de

---

84. Una de las ideas políticas de Francia, según THIBAUDET (*Les idées politiques de la France*, París 1932, cap. III). El industrialismo evoca, es cierto, la gestión del aparato estático por los mismos productores, por lo que es difícil, a veces, distinguirlo del corporativismo. El tecnócrata, por el contrario, se considera el gerente del mecanismo económico en nombre del interés general.

85. Ver en la segunda parte, p. 327 la exposición de esta ideología.

muchos ex combatientes, pero también por la accesión al mandato parlamentario de un número apreciable de «competencias» (industriales, financieros, administradores...). Louis Barthou ha narrado con cierta crueldad el fracaso de estos hombres eminentes que, según él, «mataron» la idea de un Parlamento profesional. Muy pronto, escribe, los *elegidos* (es decir los «políticos») recuperaron sus derechos sobre los *intrusos* (entiéndase aquí las «competencias»). No se debería interpretar la elección de éstos más que como decadencia del predicamento de los diputados profesionales ante la opinión (que depositaba su confianza, para asegurar la reconstrucción económica, en unos hombres a los que sus oficios habían alejado de las intrigas partidistas).[86]

Es posible que Barthou, como buen político, haya propendido a exagerar la ambición y los medios de estos diputados que creían entonces «no hacer política». François Goguel nota sin embargo la existencia, entre los elegidos de esta Cámara, de una voluntad por «dirigir los asuntos públicos como lo hubiera hecho el consejo de administración de una gran sociedad».[87] A pesar de su carácter provisional, así como parcial, esta decadencia de la ideología debía ser señalada. La tesis que atribuye un carácter de mera actualidad a este apaciguamiento, ¿no testimonia demasiada indiferencia en lo que se refiere a la dimensión histórica?

Otro índice que tiene las mismas características consiste en la existencia de una fuerte corriente de pensamiento, hacia 1930, que descansaba sobre la planificación o «planismo» (a veces se utiliza esta fecha como punto de referencia para establecer la «desideologización» actual de la vida política). Encontraríamos múltiples ejemplos en una revista como *Plans* o incluso en *L'ordre nouveau*. Mencionemos, en este sentido, el documento llamado *Plan du 9 juillet* (publicado en 1934)

---

86. *Le politique*, París 1923, cap. II.
87. *La politique des partis sous la IIIe République*, 3.ª ed., París 1953, p. 220.

en cuya redacción tomaron parte importantes entidades del Estado y personalidades que se consideraban a sí mismas como apolíticas (miembros del grupo X-Crise). Mencionemos también la obra de Marcel Déat, *Perspectives socialistes* (publicada justamente en 1930): el autor proponía en este documento un vasto plan de reformas sociales al término de las cuales el Estado sería remplazado por un estado mayor de gerentes-técnicos. Podemos relacionar esto con múltiples corrientes (neocorporativismo, neosindicalismo) cuyo rasgo común consistía en afirmar la incapacidad de la democracia política para realizar una organización racional de la producción; de aquí la voluntad vagamente anticapitalista de reconstruir la sociedad sobre la base de las agrupaciones o sindicatos profesionales.

Los datos obtenidos de este modo de la vida interna de los Estados considerados continúan siendo vagos y no autorizan a formular unas conclusiones claras. ¿Nos suministrará una lección más precisa el examen de las condiciones de difusión de las ideologías occidentales?

5. *Ausencia de difusión del pluralismo ideológico*

Es claro que los «nuevos» Estados afroasiáticos —a los que se unen cada vez más los «antiguos» Estados iberoamericanos— sienten poca atracción por los ideales sociopolíticos actuales de Occidente. Se trata de actitudes múltiples que van desde la indecisión a la indiferencia, y que conducen, a veces, a un completo desprecio y a un rechazo total. Por otro lado, es probable que este movimiento de aversión o de repulsa sea más riguroso por lo que se refiere a las jóvenes *élites*, impacientes por la posesión del poder, que en lo que respecta a los actuales gobernantes. Esta situación ¿no es la contrapartida de la desvalorización de los conflictos ideológicos que muchos autores occidentales consideran que se ha logrado ya? Pero suponiéndola realizada, esta

especie de aturdimiento o, si se prefiere de beatitud, se aviene mal con el comienzo de una larga carrera y de un gran esfuerzo. El hecho de que se separen hoy de nuestros modelos, ¿no es en definitiva el signo indirecto de que hemos remontado la fase en que las luchas se agudizan y son inevitables, para alcanzar la fase de un relativo apaciguamiento?

Antes de seguir adelante, señalemos el aspecto vago y confuso de las expresiones que se utilizan. Se habla hoy mucho del «Tercer Mundo» como de una realidad homogénea, e incluso de naturaleza monolítica. Pero todos sabemos que la noción abraza de manera artificial a elementos de una extrema heterogeneidad social y económica, que contribuyen a resaltar, sobre todo en África (bloque de los Estados llamados «moderados» y de los denominados «militantes»), la oposición entre el Este y el Oeste. Es cierto que posee, al menos por el momento, una intención política unificadora, siendo justamente uno de los elementos de esta mentalidad la repulsa de las ideologías occidentales, o, si acaso, la desconfianza hacia las mismas. En cuanto a las ideologías «occidentales», no se trata de ideologías nacidas en Occidente (entre las que habría que incluir el nacionalismo y el marxismo), sino de aquellas que las naciones que se consideran políticamente occidentales se atribuyen a sí mismas o, también, que se les atribuye (democracia pluralista con rivalidades partidistas, economías dirigidas por las fuerzas de la iniciativa privada, y, en su caso, por la impulsión de los centros gubernamentales, tentativa de igualación progresiva de la condición humana, etc.).

Durante varios años, hombres de Estado y pensadores de Occidente (los primeros más numerosos que los segundos) han luchado por modelar la vida política y social de los jóvenes Estados con arreglo a los patrones de las viejas democracias pluralistas de economía desarrollada. Sobre la base de la observación positiva, pocos analistas se atreverían a negar que los resultados de la operación han sido generalmente malos y a

veces catastróficos.[88] La causa ya está vista: nuestros actuales esquemas no son adaptables fuera del medio en que se han formado, así como tampoco fueron adaptables, por las mismas razones, los de 1830 (entre los que convendría no olvidar el autoritarismo político-social cuando critiquemos los métodos un poco toscos de las jóvenes economías todavía en la fase de la acumulación inicial).

Sin embargo, no todos los comentaristas occidentales se muestran favorables a las nuevas concepciones que aparecen en estos países. Así, por ejemplo, Daniel Bell juzga severamente las ideologías que animan a los pueblos subdesarrollados (industrialización, modernización, panarabismo, raza y nacionalismo). Ideologías de espíritu estrecho *(parochial)* y utilitario, inventadas por hombres políticos en búsqueda del desarrollo económico y del poderío nacional. ¡Qué contraste, según Bell, con los ideales del siglo XIX: ideales de espíritu universalista y humanitario, tallados por intelectuales que manifestaban un extraordinario afán por la igualdad social y por un soplo de libertad![89] Formulada así, esta requisitoria comporta pesadas injusticias y produce un malestar real; sin embargo, a la luz de numerosas manifestaciones recientes, parece difícil poder rechazarla por completo.

Comparemos esta actitud demasiado unilateral con el punto de vista moderado de Lipset, que se esfuerza en aclarar las diferencias fundamentales de la situación de los dos mundos.[90] El universo subdesarrollado no ha alcanzado aún —y no lo alcanzará probablemente en mucho tiempo— el punto de apaciguamiento, puesto que pueden surgir controversias ideológicas de intensidad sobre los problemas de la industrialización,

---

88. En lo que concierne al Asia del Sudeste —donde algunos Estados se han convertido, desde este punto de vista, desgraciadamente para ellos, en auténticos laboratorios—, véase la obra ruda y saludable de Julien Cheverny, *Eloge du colonialisme. Essai sur les révolutions d'Asie*, París 1961.
89. *Op. cit.*, p. 373.
90. *Op. cit.*, p. 416.

de la situación de la religión, o de la naturaleza de las instituciones políticas. En ningún caso la fórmula de la muerte de las ideologías parece aplicable al mundo subdesarrollado, y el destino final de los países que lo componen permanece aún, en gran parte, confuso e incierto.

Si se cree a diversos sociólogos occidentales, tales controversias serían a la vez inevitables y deseables. Éste es el caso de Lipset cuando declara que los aliados de Occidente deben de ser «radicales» en estos países y, probablemente, hasta socialistas, porque sólo los partidos que prometan extensas reformas sociales serán capaces de luchar con éxito contra la expansión del comunismo. En todo caso, añade, su tarea se verá complicada por las secuelas del imperialismo y del colonialismo. Por consiguiente, estos socialistas deben adoptar un tono y unos métodos revolucionarios que sean capaces de conducirles a inculpar a las «cabezas de turco» (capitalistas nacionales y prestamistas extranjeros) las inevitables dificultades y decepciones de la industrialización. No deben titubear en comprometer la lucha contra el capitalismo, el imperialismo extranjero y el cristianismo (secuela principal de la dominación extranjera). Actuando de otro modo, los hombres que siguen siendo en estos países partidarios y amigos de Occidente, no harían sino facilitar el triunfo del comunismo.

Aunque estemos dispuestos a discutir alguno de estos consejos, se debe aplaudir a Lipset el que señale que el apaciguamiento ideológico —o más generalmente la configuración ideológica de nuestro mundo— no es una mercancía de exportación. El hecho de decir en los países subdesarrollados que el socialismo está «superado» o «pasado de moda» no haría sino acelerar el progreso de la ideología comunista (siendo la situación tal vez la misma, lo veremos más adelante, en los países desarrollados de Occidente). No obstante, Lipset mantiene la esperanza de que la actual situación de los países subdesarrollados sea solamente una fase de transición, eventualmente larga, y que más pron-

to o más tarde, después de haber resuelto a su manera los problemas de la industrialización, conocerán un estado de apaciguamiento de los conflictos. De este modo la decadencia de las rivalidades ideológicas continuaría siendo la etapa final, la meta última, de la vía de expansión y de consolidación de las sociedades industriales.

Este razonamiento (cuyo último eslabón ha sido deducido del texto de Lipset más bien que expresado formalmente por él) es ciertamente coherente. Pero no es plenamente convincente al reposar sobre la idea de que las naciones subdesarrolladas —al menos las que se separan del modelo soviético— seguirán en líneas generales el modo de desarrollo occidental. Ahora bien, es posible, y algunos dirán probable, que estos países acaben por encontrar, al precio de muchos sufrimientos, de titubeos y de despilfarros, una vía original, eventualmente variada, que convenga más a su propia naturaleza y al espíritu del tiempo. En estas condiciones, su repulsa a aceptar nuestras normas y métodos se debería a un afán de radical innovación y no a la desaparición en nuestros sistemas de pensamiento de querellas que conservan, por otra parte, su razón de ser.

Si nos atenemos, por ejemplo, a la situación de los africanos, podremos observar que no poseen hoy ninguna atracción hacia la condición de europeos de color. Y así no consideran al Occidente como maestro y a África como su discípula convencida. Aunque no sepan exactamente hacia dónde dirigirse, rehúsan, al menos muchos de ellos, considerarse ligados por la alternativa de democracia o comunismo.[91] En el fondo, es nuestro universo ideológico completo, con o sin la tendencia al apaciguamiento, lo que el «Tercer Mundo» —especialmente en lo que respecta a las jóvenes *élites*—

---

91. Ver JAHN (Janheinz), *Muntu: l'homme africain et la culture néo-africaine*, traducido del alemán, París 1961. Para el estudio de un fracaso de una ideología particular, ver CLAIRMONTE (F. F.), *Economic liberalism and underdevelopment. Studies in the disintegration of an idea*, Londres 1961.

declara no aceptar. Este sistema se rechaza, no porque contenga elementos pacifistas —incompatibles con el deseo de una expansión económica a todo precio— sino en razón de sus inspiraciones fundamentales. La ausencia de irradiación del pluralismo ideológico no podría servir de argumento a propósito de la querella sobre la desvalorización de los conflictos, sino que los dos fenómenos se sitúan en planos distintos de observación y de razonamiento.

Resulta imposible emitir un pronóstico sobre la evolución futura de los países subdesarrollados, dado el estado de confusión e improvisación que caracteriza aún a tantas experiencias nacionales. Será preciso mucho tiempo todavía para que las grandes líneas del panorama socioeconómico de estos Estados se aclaren y se consoliden. La experiencia histórica nos suministra muchas pruebas de un relativismo práctico, especialmente en cuanto a la elección de los medios, por lo que resulta prudente rechazar a primera vista la hipótesis de una divergencia en las conductas socioculturales relativas a la industrialización.

Insistimos intencionadamente en la rigidez del marxismo, o mejor dicho, de los comentaristas de Marx. Así ha podido suceder que algunos partidos comunistas (incluido entre ellos el soviético) hayan ofrecido signos de «cristalización» ideológica respecto a posiciones insostenibles. Pero, al lado de esto, existen ejemplos de una extraordinaria habilidad en la adaptación de la teoría a los hechos o, si se prefiere, en el empleo de los medios tácticos adaptables a la realización de fines estratégicos inmutables. A primera vista —y a pesar de perspicaces observaciones de Lenin, que unía revolución nacional y revolución social— el caso de algunos de los nuevos Estados no encaja con facilidad en el esquema que, a través de las contradicciones del capitalismo, conduce a la revolución socialista, y ello, aunque estos Estados mantengan aparentemente las relaciones más amistosas con el bloque soviético. Por ende, durante la conferencia de los 81 partidos (no-

viembre de 1960) apareció la exposición doctrinal de un nuevo tipo: el Estado independiente de democracia nacional.[92] Se trata de una unidad cuyos rasgos principales (pugna por el progreso social, papel activo en la lucha de los pueblos por la paz, acción contra la política de agresión del campo imperialista) justifican el hecho de que los partidos comunistas locales les otorguen un firme sostén; lo que no excluye la necesidad de mantener una gran vigilancia sobre los hombres que se hallan en el poder. Estos factores explican también que los países socialistas consideren un «deber internacional» sostener a aquellos países en su lucha y les presten la ayuda más amplia, sobre todo en cuanto a la creación de una industria nacional y a la formación de sus cuadros.

Así, estos Estados —entre los cuales, los teóricos soviéticos incluyen en la época actual a Cuba, Ghana, Guinea, la Federación Malí e Indonesia— se reintegrarían en la corriente de la historia. Por consiguiente, se encuentra abierta, finalmente —sin que la Declaración insista demasiado—, una nueva vía de acceso, ideológicamente legitimada, al campo socialista. Una vez más, se revela la importancia que los comunistas conceden a las ideas en la lucha política y, sobre todo, a la formación de sus tesis. Es cierto que éstos definen nuestra época, no como una era de apaciguamiento de los conflictos, sino como una fase de intenso combate ideológico.

* * *

En suma, las observaciones que hemos hecho sugieren una interpretación prudente de los diversos hechos considerados (prudencia que impone, particularmente, la insuficiencia extrema de los conocimientos

---

92. El texto íntegro de la declaración ha sido publicado en el suplemento del semanario *Temps Nouveaux* (Moscú), 1960, n.º 50. Se podrá encontrar igualmente este texto en el número de diciembre de 1960 de *La Nouvelle Revue Internationale*, pp. 157-203.

relativos a las conductas políticas del pasado). En un primer análisis, la tesis del apaciguamiento ideológico parece constituir una explicación coherente —pero con grados diversos, por otro lado— de las tendencias examinadas, y así constituir, por su misma existencia, una prueba. Sin embargo, las relaciones que se puedan deducir siguen siendo, en la situación actual de la discusión, de naturaleza aún superficial. En varios de los sectores en donde se presume que es una variable casual, la «desideologización» presenta también el aspecto de un fenómeno derivado.

Así se explica que diversos autores se limiten a situar la decadencia de las ideologías paralelamente a otros fenómenos, sin tratar de reunirlos mediante un nexo sistemático. La desvalorización de los conflictos ideológicos sería, pues, una tendencia más que añadir, y de alguna manera en igualdad de condiciones, a los elementos que parecen caracterizar la vida política. Pero si se renuncia a probar el movimiento remontándose desde los efectos —al menos en los fenómenos considerados por tales— a la causa, es entonces indispensable hacer una demostración y una verificación directa, que es precisamente lo que se omite.

En definitiva, partiendo de afirmaciones tajantes o prudentes, sobre la decadencia de las ideologías, hemos intentado en vano descifrar la realidad con la ayuda de una especie de causalidad regresiva. Es necesario, pues, volver a investigar el fenómeno abiertamente, estableciendo sus características y su valor, y, en todo caso, decir cómo se podría mejorar su conocimiento.

Tentativa de valoración del fenómeno

Sin querer presentar una valoración sistématica —que en el estado actual de la documentación y también de la teoría queda fuera de nuestro alcance—, trataremos ahora de exponer algunos elementos para su

apreciación, así como de señalar algunas «pistas». La finalidad de estas páginas es llamar la atención sobre lo complejo del problema y sobre el aspecto simplista de la mayoría de las formulaciones que se han establecido del mismo.

1. Clima de la discusión

El estudio de la tesis del apaciguamiento no debería disociarse de las consecuencias que sus expositores pretenden deducir de ella. Ésta es una precaución indispensable en ciencia política, en especial cuando el tratadista universitario posee también la cualidad de publicista muy «comprometido». Sería pueril imaginar que la visión del mundo, cuya consolidación o implantación desea favorecer el polemista, no esté relacionada en cierto modo con su interpretación científica de la realidad o, al menos, no esté influenciada por ella. El «compromiso» no puede sino desarrollar la tendencia hacia una concepción parcial u «orientada», que se halla presente en cada uno de nosotros.

Ahora bien, en nuestra materia, la consecuencia es clara: la desvalorización de las ideologías, como expresión de las conductas o aspiraciones habituales, acaba considerando «caducas» o «pasadas de moda» las doctrinas o agrupaciones de partidos que se fundan, o dicen fundarse, en la oposición de los «ideales» en la sociedad. En los países desarrollados, el marxismo, lejos de desenvolverse en el «sentido de la historia» como creen sus partidarios, se situaría, en todos los planos, a contracorriente de la evolución que lleva a los hombres de una manera espontánea e irresistible hacia fórmulas de conciliación o de compromiso. Pero librémonos de tachar uniformemente de conservadurismo estrecho a los defensores de esta posición, ya que la mayoría admite, y algunos desean, establecer cambios sociales. No obstante, todos están de acuerdo en admitir que los factores de la evolución actúan ya en un sen-

tido que perfecciona a la condición humana. De ahí la inutilidad y el peligro de las tentativas que se dirigen a promover una transformación radical y violenta. Y si se prefiere una evolución gradual, ¿no se exagerará la amplitud de un apaciguamiento que al mismo tiempo garantiza el curso y permite controlar el ritmo de esta evolución?

En el terreno de las declaraciones de los hombres políticos, se comprueba óptimamente esta relación con los aspectos tácticos. Si hay que creer a Harold Macmillan, por ejemplo, los conservadores están realizando lo que ya había soñado Disraeli: la formación de una nación unida. En diez años de gobierno habrían conseguido suprimir una gran parte de los sentimientos de frustración y amargura, invalidando de este modo a los socialistas la parte esencial de sus argumentos. Viniendo de un jefe de gobierno, la reivindicación de un éxito de este tipo no debería sorprendernos (no obstante, no se puede negar que los graves fracasos electorales de los conservadores en la época reciente señalan el carácter frágil de este éxito), pero ¿no favorecen la posición del partido conservador varios líderes laboristas cuando sugieren hacer del *Labour* un simple partido de oposición teniendo por misión proponer —sobre la base del pleno empleo y del *Welfare State*— una política de recambio un poco más expansionista e igualatoria que la de los conservadores, aunque de idéntica inspiración? [93]

Podríamos deducir del fenómeno una conclusión diferente. Si la inocuidad revolucionaria de los partidos

---

93. Se puede consultar la colección fabiana («Socialism in the Sixties», R. H. S. CROSSMAN, *Labour in the affluent society* (Fabian Tract 325) y Anthony CROSLAND, *Can Labour win* (Fabian Tract 324). En lo que respecta a la influencia de la sociedad fabiana véase LEWIS (G. K.), «Fabian socialism: some aspects of theory and practice», *Journal of Politics*, agosto 1952, pp. 442-470; ARNOLD (G. L.), «Notes on fabianism», *Twentieth Century*, junio 1956, pp. 536-548; MILBURN (H. F.), (The Fabian Society and the British Labour Party», *Western Political Quaterly*, junio 1958, pp. 319-330. La obra *L'avenir du travaillisme. Nouveaux essais fabiens*, traducido del inglés, París 1954, continúa siendo de actualidad.

de izquierda parece haberse logrado para el futuro, y si verdaderamente el juego político debe limitarse a una dicotomía parecida a la que existe en los Estados Unidos, ¿por qué no acelerar el curso de la evolución cogiendo de los partidos de izquierda todo lo que poseen aún, al menos en potencia, de reformismo social? Algunos dirán que esto es cosa hecha, mencionando, entre otros signos, la convergencia de los manifiestos de los conservadores y de los laboristas en las últimas elecciones generales británicas (1959). Concordancia tan manifesta que se ha forjado un término, el «bustkellismo», para designar la política respectivamente preconizada por Butler y Gaitskell, que conduce a las izquierdas y a las derechas hacia un denominador común: el centro. Pero sigue siendo poco discutible que el *Labour* haya andado más trecho en este sentido.

El problema es más complejo cuando nos encontramos, en la ruta del apaciguamiento, con un fuerte grupo comunista. Prioret nos asegura que «no hay ya en Francia clase, ni partido que esté decidido, al precio de derramar su sangre, a cambiar de forma revolucionaria el régimen económico, lo que significa que los franceses aceptan implícitamente el régimen capitalista».[94] Si es así, y verdaderamente los comunistas son ya, aunque ellos no lo sepan, unos simples reformistas, no existe motivo alguno para tenerlos apartados del juego político normal. Es posible que este punto de vista se halle presente en ciertos autores que han tratado de la teoría del apaciguamiento. Sin embargo, podríamos apostar que se trata, en la mayor parte de ellos, simplemente de una voluntad de mostrar a los electores del partido comunista el carácter anacrónico de su afiliación.

---

94. *Op. cit.*

2. *¿Fin de las ideologías o unificación ideológica?*

Los autores americanos hablan normalmente —aunque a veces, es cierto, con una inflexión interrogativa— del fin de las ideologías. Esta fórmula se halla en relación con otro fenómeno, del cual es, es cierta medida, la condición necesaria: el consenso cuya existencia caracterizaría particularmente a las democracias estabilizadas. Habiéndose incorporado esta palabra rápidamente al vocabulario científico, conviene definirla brevemente. El consenso manifiesta el acuerdo existente en el seno de una sociedad en lo tocante a los valores que presiden el gobierno de los hombres, recogiendo este acuerdo, a la vez, las concepciones de la autoridad y los objetivos que justifican su empleo.[95] Es cierto que en una sociedad en la que los hombres se ponen de acuerdo (aunque sólo sea en las líneas generales y en las modalidades de ejecución) sobre los fundamentos de autoridad, el método de elaboración de las decisiones y la dirección gubernamental no puede quedar más que un espacio reducido para las cuestiones sobre controversias ideológicas. O, en otras palabras, el camino hacia el consenso pasa por el apaciguamiento de las querellas ideológicas.

No podemos juzgar aquí el valor de la descripción corriente de la vida americana (la «desideologización» no implica necesariamente la «desparticipación»). Por el contrario, conviene rechazar la expresión utilizada, pues lo que se presenta como el fin de las ideologías es, cuando más, un fenómeno de unificación o de conformismo ideológico. Contrariamente a lo que dicen los tecnócratas (ilusión o camuflaje) las opciones políticas se reducen siempre, en último término, a una concepción moral de la sociedad. No hay, por ejemplo,

95. Sobre estos problemas ver *el conceptual scheme* ofrecido por Samuel H. BEER en la obra colectiva *Patterns of government. The major political systems of Europe,* Nueva York 1958, pp. 12-25.

un programa neutro para enderezar la situación financiera, pues aunque el margen de maniobra sea a veces estrecho, existe espacio para una ordenación de los sacrificios que no dependa del puro tecnicismo, sino de opciones sociales. No hay elección política que no contenga un elemento moral. Los Estados Unidos no tienen tampoco por qué evadirse de esta circunstancia. La máquina gubernamental americana no puede prescindir de un criterio de referencia; poco importa, pues, que se califique a este criterio con el término de «ideología», o con cualquiera otra expresión, como por ejemplo «cultura política».

Los autores franceses, al menos los que se sitúan en una perspectiva científica, mencionan solamente la decadencia o la desvalorización de las querellas ideológicas. Raymond Aron pone especial cuidado en especificar la persistencia de los conflictos «tecno-ideológicos». En cuanto a Maurice Duverger, se limita a señalar la existenccia de una tendencia que, aunque tenga el futuro por delante, encontrará todavía bastantes dificultades. A la luz de un pasado de profundas divisiones, sigue siendo necesario un optimismo sólido para prever el advenimiento en este país de una especie de unificación ideológica.[96]

Se podría inquirir si esta tesis no contiene una cierta contradicción lógica. Se dice que los ciudadanos tienden a ponerse de acuerdo sobre el valor del pluralismo político; pero ¿sobre qué reposará este pluralismo si, justamente, las querellas ideológicas se atenúan hasta el punto de desaparecer? Galbraith, a su vez, ha visto bien el problema. A su juicio, una sociedad libre debe permitir un cierto número de controversias políticas

---

96. Se encontrará en la obra citada en la nota precedente una exposición de Nicolas WAHL relativa a las concepciones divergentes de la autoridad en la tradición histórica francesa (pp. 216-234). Según Wahl, que peca probablemente de generalizaciones audaces y un poco rápidas, la principal enfermedad política de Francia es el resultado de un dualismo en estas concepciones, pues mientras una parte de los franceses otorga su confianza exclusivamente a la Administración, la otra lo hace a la Asamblea representativa.

(que, según él observan curiosamente un volumen aproximadamente constante). No bastando ya la política económica para mantener el interés de los ciudadanos, y especialmente el de los políticos, para los cuales el apaciguamiento total de las pasiones significaría el «acabóse de la política», la energía disponible se ha desplazado hacia los asuntos exteriores.[97]

La política no se reduce exclusivamente a unas ideas, sino que pone en juego también intereses e idiosincrasias, a los que corrientemente las ideologías sirven de justificación racionalizadora o de punto de apoyo. Por lo demás, los políticos muestran gran flexibilidad en el enunciado y en la utilización de sus divergencias. Así, por ejemplo, gobernando juntos desde hace varios años, los dos grandes partidos políticos austríacos han llegado —por necesidad según algunos artífices— a mantenerse en estado de rivalidad permanente ante el elector.[98] Sin embárgo, resulta difícil, a la larga, combinar un auténtico pluralismo y una tendencia hacia la unificación o hacia el apaciguamiento ideológico. Desde el momento en que las bases económicas del orden social están cubiertas por una aceptación unánime, las disputas de intereses se reducen a meras cuestiones de ajuste periódico y, por consiguiente, a luchas eventualmente serias, pero casi necesariamente fragmentadas. ¿Existe, empero, realmente la propensión al apaciguamiento?

3. *Limitación de la fase de observación*

No se puede evitar que surja alguna duda cuando comparamos la brevedad de la fase estudiada con la gravedad de las conclusiones que se han obtenido de ella.

---

97. *La economía y el arte de la controversia*, trad. cit., pp. 132-133.

98. Sobre esta experiencia, ver KIRCHHEIMER (Otto), «The waning of opposition in parliamentary regimes», *Social Research*, verano de 1957, pp. 127-156.

¿Hasta qué punto es legítimo fundar una nueva teoría de la vida política en base a las apreciaciones que se han realizado durante una decena de años? Aunque las afirmaciones que conciernen al período presente se revelasen exactas —lo que está lejos de demostrarse— sería aventurado concluir de ello que se trata de un movimiento con cierto valor y no de una fase temporal destinada a diluirse con la aparición de una nueva variable (por ejemplo, el acceso de las jóvenes generaciones a las responsabilidades).

Esta salvedad resulta particularmente necesaria si se observa que varias de las afirmaciones que se han hecho despiden un olor rancio, por lo que algunas parecen bastante arcaicas (así, por ejemplo las diatribas de A. Koestler contra la distinción derechas-izquierdas). En cualquier época hay personas que denuncian la inutilidad y los defectos de las divisiones partidistas, proclamando la necesidad de confiar el gobierno a un hombre o a un equipo que se sitúe fuera o por encima de tales rivalidades. Ahora bien, en estas ocasiones dicha ideología —inspirada en la preocupación del bien público o en simples apetitos personales— consigue siempre adeptos. En definitiva, al no tener una perspectiva suficiente, ¿no presentamos como una idea nueva un fenómeno que no es sino el producto de la evolución?

Vayamos más allá. ¿Cómo interpretar la adhesión a una filosofía autoritaria de las relaciones sociales y, más aún, al movimiento que la sostiene? Sobre todo en el segundo caso, parece difícil ver en ello un testimonio de «desparticipación»; de este modo, el adherido nazi, especialmente ante la toma del poder, representaba todos los signos del militantismo. Por el contrario, algunos han podido interpretar la adhesión a la ideología nacionalsocialista —una ideología que patrocinaba sobre todo la acción, que reposaba sobre la fuerza bruta y que apelaba a las potencias oscuras del ser— como una abdicación o una renuncia que se encuentra en el lado opuesto de la elección ideológica

habitual. De esta manera, el desarrollo de las ideologías autoritarias, con su cortejo de aniquilamientos individuales, expresaría una forma particular de la decadencia ideológica, una forma que se dirigiría a la unificación mediante el terror. Esta posición, aunque parezca tanto filosófica como moralmente discutible, señala con elocuencia la relatividad y la multiplicidad de un fenómeno que se trata de juzgar a partir de uno solo de sus aspectos.

Otro inconveniente del razonamiento limitado a un corto período estriba en el peligro de considerar como fenómenos duraderos aquellos que, por el contrario, son susceptibles de cambios. Los fracasos sufridos por el partido laborista en las tres últimas elecciones en Gran Bretaña y que algunos han tendido, un poco prematuramente, a considerar como definitivos, han contribuido mucho a reforzar la tesis del apaciguamiento. Como es sabido, éstos no se deben a una reducción del núcleo central del electorado socialista, sino a la imposibilidad para el partido de obtener la audiencia suplementaria necesaria para conquistar la mayoría. Para explicar esta impotencia, Léo Hamond ha formulado la idea de la «prima en el poder», que consiste en el crecimiento incesante de la categoría de los electores intelectualmente no comprometidos en la política. Este público, ideológicamente disponible, es una clientela de excepción para el que, gobernando ya, pueda aparecer como símbolo de la unidad nacional por encima de los partidos (*supra* la reivindicación de Macmillan). De esta forma, se pasaría de un régimen que pone en competición la posesión del poder a otro que asegura la libertad de crítica y deja a la oposición la posibilidad de influir, en vez de la simple esperanza del relevo.[99]

---

99. «L'échec du travaillisme anglais. L'avantage du pouvoir», *Esprit*, diciembre 1959, pp. 766-772. Sobre este problema, véase Abrams (Mark), Rose, (Richard), Hinden (Rita), *Must labour lose?*, Hardmondsworth 1960 (Penguin Books). Según Abrams, la imagen del partido laborista como

A simple vista, esta noción parece apoyar la tesis del apaciguamiento. Sin embargo, si se considera la debilidad del margen electoral que separa a los dos partidos (cuyas consecuencias, según efecto bien conocido, aumenta el régimen electoral en el reparto de los escaños), la hipótesis de que en una coyuntura particular el partido laborista, restañado por las necesidades de la causa, recuperase el poder, no es ni absurda ni inconcebible. Según esto, ¿por qué no se puede pensar que la eventual prima en el poder jugaría en su favor, permitiéndole resucitar nuevamente el reformismo social y consecuentemente la querella ideológica?

Por último, cualesquiera que sean los fenómenos que se observan actualmente, el deseo de interpretarlos como una tendencia permanente depende más de la creencia personal que del razonamiento positivo. Pero, ¿cuáles son, precisamente, estos fenómenos?

4. *Riesgos del razonamiento analógico*

Admitamos que se observa en los Estados Unidos una «desideologización» de carácter permanente. Pero ¿hasta qué punto podemos sostener, si es que se notan en Francia unos fenómenos análogos, que la idea del apaciguamiento se está extendiendo en este país de igual forma? Sin embargo, es banal señalar que los americanos, al contrario de los europeos, han desconfiado siempre de las grandes concepciones doctrinales y que no han construido nunca grandes sistemas de pensamiento. Ya en los comienzos del siglo, lord Bryce

---

defensor de los oprimidos, ha perdido gran parte de su poder de atracción en el actual contexto de Gran Bretaña. Rose concluye en parecida afirmación al decir que existe un debilitamiento de la lealtad del elector laborista frente a su partido, aunque señala que la situación podría cambiar. Según los últimos sondeos de opinión pública que manifiestan un claro avance del partido laborista, cabe preguntarse si esta modificación no se está realizando ya (aunque el retorno actual se deba más que a un aumento del prestigio de los laboristas, a los fallos e incapacidad de los conservadores).

notaba la ausencia de una filosofía política entre los partidos americanos, que describía como desprovistos de ideas sobre los problemas fundamentales. Notando que el fin principal de estas agrupaciones era el de procurar para sí y conservar los puestos del gobierno, señalaba la desaparición de diferencias en la doctrina y en las costumbres políticas. En suma, el razonamiento analógico, aplicado de buena fe, es un importante procedimiento de investigación científica; pero empleado de manera ilegítima o imprudente, produce las peores faltas de interpretación.

No resulta imposible que la denominada decadencia de las ideologías corresponda, en la experiencia francesa, a una fase de transformación de la que surgirán unas determinaciones, si no nuevas, al menos renovadas. «En nuestro derredor no existen hoy más que ruinas. Las ideologías que se nos han hecho "tragar", los regímenes políticos que hemos tenido que soportar, y cuyo espejismo se ha querido que consideráramos como realidad, se convierten, unas y otros, en pedazos», proclama Daniel Guérin, que recuerda esta frase de Edgard Quinet (en 1865): «Hemos perdido nuestro equipaje».[100] Por consiguiente, para Guérin, se trata de rehacer todo nuestro bagaje de ideas. Ello implica una fase de replanteamiento, de duda, de escepticismo, de repulsa ante la vinculación a las familias espirituales existentes, que se asemeja a un período de decadencia de las controversias ideológicas, si no fuese por su intención final.

Una situación como ésta no es ninguna novedad. Bastará con evocar, según la fórmula de Jean Touchard, «el espíritu de los años 1930».[101] A distancia, la característica intelectual de este período estriba en el enfrentamiento de múltiples grupos o camarillas —corriente-

---

100. *Jeunesse du socialisme libertaire*, París 1959, p. 29.
101. En un importante estudio incluido en la obra colectiva, ya citada, *Tendances politiques de la vie française depuis 1789*, pp. 88-118 (intento de clasificación de las corrientes y amplia bibliografía).

mente agrupados alrededor de una revista— con el fin de renovar el pensamiento político francés. Estas agrupaciones que exhibían concepciones muy diversas, a veces efímeras, no tenían en común más que una repulsa por el orden establecido y un embrión de voluntad revolucionaria (que la impotencia gubernamental por sacar al país de la crisis económica, aunque no la hubiese suscitado, sí se encargaba de exacerbarla). La «superación» de las viejas concepciones era ya una afirmación de moda y, también ya, algunos excelentes pensadores llegaron a poner en duda la oposición clásica derechas-izquierdas, o incluso la de capitalismo-socialismo. Touchard ve en estos años «una de las épocas de sincretismo en que las oposiciones políticas e ideológicas se difuminan, en que el espíritu de la época es más importante que las distinciones tradicionales entre las corrientes de pensamiento» (*ob. cit.* pág. 89). Pero ignoramos si este ramillete de ideas de toda especie ejerció una influencia profunda o si se limitó a producir una agitación superficial entre los intelectuales.

Actualmente son múltiples los signos de una insatisfacción semejante. Sin duda, las ocasiones y los temas de la reflexión difieren de aquellos de los años 1930, aunque existan sobre ciertos puntos —crítica de los partidos y exaltación de la organización profesional— varias curiosas afinidades. Pero si se trata de totalizar el conjunto de las ideas removidas y de los programas confeccionados, el balance no resulta despreciable. La consigna de la superación ideológica tiene siempre gran aceptación entre los altos funcionarios que participan actualmente en el movimiento de manera más activa que sus predecesores (Patrie et Progrès y sobre todo el club Jean Moulin). Algunos sectores considerados como amorfos manifiestan de improviso, y con vigor, su presencia en el mundo moderno (Centro Nacional de los Jóvenes Agricultores).

Otros signos de esta efervescencia es la pluralidad de las corrientes que aparecen en el seno de la Iglesia

católica y el deslizamiento hacia posiciones «sociales» de una parte de sus fieles. Mencionemos, por último, el aumento de las formaciones, camarillas, revistas, en derredor de las cuales han tratado de reagruparse los partidarios del socialismo a los que no convence ni el Partido Comunista, ni la S.F.I.O. Algunos dirán, tal vez, que el período de 1930 fue más rico en oposiciones creadoras; pero ¿no será esto querer magnificar el pasado?

En tales épocas, es normal que la crítica de las viejas ideologías esté más extendida y sea más significativa que la formulación de los principios llamados a sucederlas. Tal es, por ejemplo, el sentido de la última obra de Jean Dubignaud y, más generalmente, las posiciones adoptadas por el reducido equipo de la revista *Arguments*,[102] Desde los comienzos de su ensayo, Dubignaud afirma la repulsa de las «simples ideas podridas». Es poco probable que este libro —que no aporta ninguna respuesta a los grandes interrogantes de nuestro tiempo— ejerza una influencia importante. Se le cita aquí, no obstante, como característico de una cierta actitud marcada por la repulsa y la esperanza. Contrariamente a las tesis sobre el apaciguamiento de las ideologías, nuestro mundo no carece ni de intelectuales, ni de ciudadanos para los que la sociedad debe transformarse, pero a excepción de los incondicionales del marxismo, no saben cómo promover este cambio sin que los resultados que se consigan no contradigan sus intenciones.

En otras partes también, se observan testimonios de un planteamiento de este tipo, siendo uno de los pro-

---

102. La obra de DUVIGNAUD tiene un título significativo: *Pour entrer dans le XXe siècle*, París 1960 (pero la capacidad de construcción del autor no se halla en consonancia con su ardor para destruir). Otro testimonio del mismo malestar se puede ver en la obra de Edgar MORIN, *Autocritique*, París 1959. En la colección de *Arguments*, ver los números 8, de junio de 1958, sobre «La crise française»; 16, cuarto trimestre de 1959, «Perspectives»; 20, cuarto trimestre de 1960, «Les intellectuels». Sobre este punto, es conveniente leer el opúsculo de D. MASCOLO, *Lettre polonaise sur la misère intellectuelle en France*, París 1957.

blemas principales el que consiste en saber si los ideales de Occidente tienen la talla necesaria para afrontar el «desafío» comunista.[103] El mismo viejo liberalismo no escapa a este soplo de rejuvenecimiento. De esto resultan obras de contenido diverso, pero entre ellas alguna testimonia un evidente afán de renovación ideológica, pareciendo capaz de sacudir la indolencia que los sostenedores del apaciguamiento declaran o desean duradera, o mejor aún, definitiva.[104]

---

103. Citemos, entre otras muchas, dos pequeñas obras con conclusiones finalmente optimistas: CATLIN (Georges), *What does the West want. A study of political goals,* Londres 1957, y KOHN (Hans), *Is the liberal West in decline?,* Londres 1957. Para Catlin, el Occidente está todavía en condiciones de no perder la «batalla del espíritu», siempre que realice las revisiones que se imponen. Del mismo modo, Kohn estima que el Occidente, aunque ya no pueda dirigir el mundo, es capaz de tener un papel de moderador y de guía espiritual. Si nos circunscribimos al sector propiamente filosófico, un rasgo llama la atención del espectador: la diversidad y la disparidad de las corrientes y de las escuelas. Los marxistas ortodoxos ven aquí el signo de la irremediable decadencia del pensamiento burgués. Véase IRIBADJAKOV (Nicolaï), «Le marasme de la philosophie bourgeoise contemporaine», *Nouvelle Revue Internationale,* enero 1960, pp. 49-63. Pero ¿es posible disociar la creación intelectual de la aspiración pluralista?

104. No insistiremos aquí sobre el mediocre ensayo de Walter LIPPMANN, *Crépuscule des démocraties?,* París 1955, que expresa en un estilo frecuentemente confuso un cierto número de lugares comunes y de proposiciones de reformas totalmente banales. Ocurre lo mismo a pesar de su peso material, con la última obra de Friedrich A. HAYEK (*Los fundamentos de la libertad,* Fomento de Cultura, Valencia, 1961, la cual no aporta ningún nuevo elemento en relación con los trabajos más antiguos del autor, a no ser una curiosa profesión de fe: «Por qué no soy un conservador». No hay que decir que el argumento del «milagro alemán» se utiliza en apoyo de un liberalismo que conserva todo su sabor dogmático. Por las preguntas que suscita, la obra de Salvador de MADARIAGA (*De l'angoisse à la liberté. Profession de foi de un libéral révolutionnaire,* París 1954) constituye el testimonio de una confusión, pero es mucho más sorprendente que una exposición doctrinal indiferente a las corrientes profundas de nuestro siglo. La obra más interesante de esta serie es la de WATSON (George), ed. *The unservile state. Essays in liberty and welfare,* Londres 1957, cuyo tema principal es el de las relaciones entre «libertad» y «bienestar»; de la conciliación entre la libertad política y el *Welfare State.* La preferencia de los autores —que son los principales teóricos del partido liberal británico— se dirige hacia una descentralización de la autoridad que permita se afirmen las iniciativas y las responsabilidades. El Unservile State Group publicó hace dos años un folleto de Alan T. PEACOK, *The Welfare Society,* Londres 1961. La expresión *Welfare Society* que sustituye a la de *Welfare State,* quiere manifestar, sin equívocos, que debe ser reducida la parte de las necesidades asegurada por los servicios públicos. El verdadero papel del *Welfare State,* dice A. Peacok, debe consistir en enseñar a los ciudadanos cómo pueden pasarse sin él.

Muchas ideas debatidas de esta forma se revelan disparatadas, sin hablar ya de aquellas otras que son muy vagas. Algunos de sus autores no valoran en su justa fuerza de sujeción los imperativos de la civilización industrial. Los sistemas que se proponen tienen generalmente poco en común, a no ser una profunda insatisfacción hacia estas estructuras sociales, cuya evolución actual explicaría para algunos la desvalorización de los conflictos ideológicos y en último término llegaría hasta legitimarla. Es posible, pues, que el apaciguamiento actual corresponda a una pausa, pero ¿cuáles son precisamente sus dimensiones?

5. *Dimensiones del fenómeno*

Sobre la base de diversas informaciones —de las que nunca se afirmará suficientemente su carácter superficial y fragmentario—, parece posible deducir la existencia de una relativa desvalorización de los conflictos de ideas. Algunos índices (entre ellos una cierta extensión de la tolerancia) sugieren una modificación de los debates políticos. Aunque se analice el movimiento como si fuese un estancamiento provisional o un accidente coyuntural, debe de ser también tenido en cuenta. En todo caso, es probable que se le conceda en varios medios una excesiva significación.

La observación es válida para lo que se denomina, no sin algo de desdén, viejas querellas o indignaciones ideológicas. Tal vez sea peligroso, por ejemplo, subestimar la importancia de la escisión que se funda en la religión: ¿por qué clase de milagro este fenómeno, que a lo largo de la historia no ha cesado de provocar consecuencias políticas, habría de adquirir, incluso en los países comunistas, una coloración neutra?

Evoquemos ahora, en sus últimas encarnaciones, al racismo. Sería necesario un optimismo excepcional para declarar que la era de las discriminaciones raciales, con sus secuelas en la vida pública, pertenece

ya a un tiempo superado. Y un último ejemplo: el apaciguamiento de la querella modernización-protección del pasado provocado por la desaparición progresiva de la segunda de estas actitudes. Parece imprudente anunciar el fin de esta discusión, pues a menos de imaginar el tránsito a una sociedad estacionaria, debemos admitir que cada etapa, y por decirlo así, cada progreso, suscita brotes de resistencia. Los elementos motores del ayer tienen en su hoy una misión de freno.

Estas querellas están tal vez pasadas de moda, o, desde el punto de vista de Sirius (lo que es decir, de los salones parisienses) son absurdas. Pero hasta ahora no se ha demostrado que el ciudadano sincronice su reloj necesariamente con el del intelectual. Sobre este punto, la dosis de *wishful thinking* que contiene la tesis del apaciguamiento parece muy pesado. Cuarenta años después de la Revolución de Octubre, los campesinos continúan testimoniando, en la Unión Soviética, unos comportamientos específicos que deben ser tenidos en cuenta obligatoriamente por el régimen. En el caso de una organización pluralista de la sociedad —ésta que nuestros doctrinarios estiman que se ha conseguido definitivamente—, los agricultores encontrarían rápidamente el medio de constituir un grupo que tuviese sus propios ideales y normas de conducta.

Las ideas de una sobreestimación del apaciguamiento es válida para la ideología comunista. Los sustentadores del apaciguamiento final razonan como si el partido comunista fuese semejante en todas las facetas a los demás, y se encontrase, por ende, llamado a sufrir progresivamente la misma mutación que los partidos socialistas, bien por el efecto normal de las tendencias oligárquicas y de la torpeza propia de los aparatos burocráticos, bien por el debilitamiento de su base ideológica a medida que los artículos importantes del programa pasan a plasmarse en hechos (de aquí la idea de que se podría acelerar el movimiento —y por

ello debilitar el partido— intensificando el reformismo social y elevando el nivel de las masas). Hace algunos años, ciertos calculadores evaluaban el número de los electores que sería posible sustraer al partido comunista por medio de una inteligente política social. Hoy se nos explica que estos electores, obsesionados por evadirse de la realidad, se hallan virtualmente neutralizados.

Estos análisis no dejan de tener su fundamento, puesto que los dirigentes comunistas conocen bien los peligros que corre un partido revolucionario en una sociedad que se orienta hacia el disfrute material (a condición, en todo caso, de que la adquisición de los bienes sea muy extendida). Pero es preciso no olvidar dos fenómenos que cuadran mal con la exposición presente. El marxismo es una visión total de la humanidad y cuyo fin último radica en la «construcción del hombre nuevo», según la expresión acertada de Jean Lacroix.[105] Ahora bien, es dudoso que la evolución actual de la sociedad provoque e incluso facilite esta regeneración del hombre que confiere a la ideología marxista su significación más profunda. Identificando la moral y la revolución, el partido se encuentra en alguna manera destinado a una lucha absoluta contra el capitalismo cuya aceptación eventual del reformismo no podría ser más que un aspecto táctico.

Añadamos —es una comprobación fundamental— que los partidos comunistas occidentales no están solos, puesto que constituyen los elementos de un conjunto que, a pesar de las graves contradicciones y tensiones chino-soviéticas actuales, bascula con una fuerza que se acrecienta sin cesar, sobre el destino de la humanidad. Se exagera normalmente no sólo la inteligencia táctica de este bloque, sino también el aspecto de «conspiración» del movimiento. Se trata, sin

---

105. *Marxismo, existencialismo, personalismo, presencia de la eternidad en el tiempo.* Fontanella, Barcelona 1962, p. 5. El capítulo I, «El hombre marxista», es excelente.

embargo, de un sistema cuyos diversos componentes respetan un cierto orden en la maniobra, al mismo tiempo que reciben, del centro que consideran como tal, apoyo e impulsión. Al no vislumbrarse hoy un reflejo del movimiento, se llega a veces a pronosticar su desintegración interna; pero esto es una afirmación un tanto osada.

Estas observaciones no conceden a la expansión del comunismo de modelo soviético, ningún carácter de necesidad histórica. Señalan, simplemente, que la lucha no ha terminado y que la eventualidad de una ruptura del orden establecido, no deberá necesariamente excluirse por la aceptación generalizada de cualquier clase de reformismo social. Aunque tenga unos aspectos tácticos, no se puede privar a esta lucha de una armadura ideológica; por ello, seguirá siendo desigual, si continuamos oponiendo a unas ideas morales defendidas por una poderosa organización, refrigeradores, pares de zapatos o metros de tela.

La necesidad de un programa ideológico, frente a tensiones externas y en reacción a las presiones sufridas, no encuentra su fuente sólo en las actividades del mundo comunista. El despertar de la conciencia de los países subdesarrollados, se efectúa con frecuencia sobre la base de un antioccidentalismo desenfrenado, habiendo escogido ya sus consignas en los temas «neocolonialismo» y «neoimperialismo». Muchos occidentales, sin embargo, estiman que el apaciguamiento nacerá de la madurez y del acceso a la prosperidad material. Este optimismo contiene una buena dosis de utopía, ya que las dificultades de la acumulación inicial y el empuje demográfico deberán normalmente reducir la expansión del bienestar en los países desfavorecidos. ¿Están dispuestos los Estados privilegiados —de número tan pequeño— a aceptar la institución de un impuesto cósmico de tipo progresivo?

Al ser considerados nuestros países como fieles al pluralismo político, deberán sufrir el choque de estas tensiones que corren el riesgo de provocar —y de

hecho ya están provocando— unas escisiones ideológicas (yendo bastante más lejos que una simple oposición a propósito del colonialismo clásico). En otros términos, nuestras sociedades no dominan el índice de controversias ideológicas que pueden admitir en su seno. La tesis del apaciguamiento peca de optimismo cuando permanece indiferente a estas virtualidades (considerando, por ejemplo, que las ideologías de los pueblos subdesarrollados conciernen únicamente a éstos).

Se puede también formular la pregunta de si no ocurre lo mismo en lo que se refiere a los fenómenos puramente internos. Entre las sugerencias presentadas en las discusiones sobre la realidad del apaciguamiento, una de ellas merece una especial mención: el análisis de la cuestión, ya no en conjunto, sino por problemas. La idea consistiría en que la «desideologización» que se ha observado en ciertos sectores sería contrapesada, y tal vez compensada en otros, por un movimiento de sentido inverso.

Citemos, por ejemplo, la gestión de las colectividades locales. Agudos observadores estiman que en la época contemporánea, esta gestión se encuentra sometida a una intensa «politización». Así, en Gran Bretaña se ha considerado desde hace tiempo que las elecciones nacionales y locales no tenían la misma naturaleza, a pesar de que, en su lucha, los partidos utilicen la misma «etiqueta». Hoy existen unas relaciones tan estrechas entre los municipios locales y Whitehall, que los asuntos locales se encuentran cada vez más condicionados por lo que ocurre en el sector central. La gestión de las colectividades locales estaría afectada, pues, en proporción creciente por la división ideológica. En Italia se habla de elecciones «administrativas» cuando se trata de elegir a las autoridades locales, pero cualquiera sabe, sin embargo, que las consultas tienen un carácter eminentemente «político».

En algunos países occidentales, los comunistas poseen una apreciable cantidad de alcaldes. Así, se estima

que en Italia son dueños, junto con sus aliados del partido de Nenni, aproximadamente de una cuarta parte de los municipios. Esto constituye indiscutiblemente una base para la acción, y a veces unos bastiones, en la lucha por la consolidación y la expansión de la clientela del partido. He aquí algunos puntos de la actividad que ejercen los comunistas italianos en este plano: política de obras públicas; lucha contra el paro y ayuda a las clases medias; requisa de las empresas clausuradas y atribución provisional de su gestión a cooperativas obreras; lucha por la reforma de la legislación fiscal, transfiriendo el peso del impuesto indirecto de los objetos de primera necesidad a los objetos de lujo; lucha contra las empresas de energía eléctrica por medio de medidas contra las tarifas que se juzgan demasiado elevadas; creación de farmacias municipales y, más generalmente, esfuerzo por asegurar la «municipalización de los servicios públicos», etc. Naturalmente, no hay en Italia una sola asamblea local donde por iniciativa de los comunistas o de sus aliados no se haya discutido en un momento o en otro algún problema político candente, como el llamamiento del Movimiento de la Paz para la prohibición y detención de los ensayos nucleares, la cuestión de las bases militares extranjeras, el peligro de guerra y el rearme alemán, aumentando la magnitud de estas cuestiones lógicamente cuando los comunistas son dueños del orden del día.

Es posible que este desmonte de la «tendencia» por problemas nos permita unas fructíferas comprobaciones. Entre las hipótesis que se podrían entonces someter a verificación figura la de una «desideologización» consecutiva a la ampliación de las funciones de la máquina gubernamental. La lucha se produciría —eventualmente de forma violenta— sobre el principio mismo de esta extensión (por ejemplo, las nacionalizaciones); pero una vez franqueado el paso, se atenuaría por causa de la importancia de las consideraciones técnicas en la gestión (y también por la actitud de los hombres de negocios que estarían interesados en volver a ganar

una parte del terreno perdido). ¿No se debería el movimiento observado, por esencia, a que los nuevos sectores de la intervención estatal se prestan menos que los antiguos y tradicionales al combate ideológico? Por el momento, esto no es más que una sugerencia.

Según otros autores, la «tendencia» ganaría al descomponerse por sectores y, en su caso, por grupos organizados. Se percibiría entonces probablemente que la lucha ideológica sólo se ha desplazado (por ejemplo, los sindicatos británicos y la renuncia unilateral a las armas nucleares). En esta vía, sería preciso proceder a un análisis detallado, es decir, diferenciador de los medios en cuestión. Así, resulta que en Francia, según Marcel David, la «despolitización» (dentro de la cual se puede incluir, hasta cierto punto, la «desideologización») alcanzaría ante todo a los inorganizados, a la masa, a los simples obreros, mientras que por el contrario este movimiento no se extendería o, afectaría menos, a los trabajadores organizados, a los militantes, y a los obreros especializados.[106]

Hemos criticado vivamente la posición que preconiza, o considera como ya realizada, la sustitución de los partidos por las agrupaciones socioprofesionales. Este punto de vista no impide en modo alguno investigar si, efectivamente, estos grupos poseen en la lucha ideológica una importancia probablemente mayor que otras veces (cuestión de las organizaciones estudiantiles por ejemplo). Sin querer prejuzgar los resultados de un estudio que queda por realizar, digamos que la transferencia sugerida debería ser objeto de una verificación particularmente minuciosa. En lo que concierne a los sindicatos obreros principalmente, sería conveniente examinar su grado de autonomía en el desenca-

---

106. «Le monde ouvrier», *La dépolitisation, mythe ou realité? op. cit.*, pp. 213-249. Consultar también ONOFRI (Fabrizio) *Classe operaia e partito*, Bari 1957, así como la obra colectiva (publicada bajo la dirección de Léo Hamon) *Les nouveaux comportements politiques de la classe ouvrière*, París 1962. Ver, por último, DOGAN (Mattei) «*Il comportamento politico degli operai francesi*», *Tempi moderni*, abril-junio 1962, pp. 3-28.

denamiento de campañas ideológicas o su participación en semejantes empresas. Sería igualmente necesario evaluar la adhesión efectivamente demostrada por el conjunto de los miembros en las proclamas y consignas de los dirigentes.

Falta por tratar un último punto: el establecimiento de una distinción entre la forma y el fondo de la lucha ideológica. En este momento del razonamiento interviene una noción que podríamos calificar como el «estilo de la política». Existe hoy en numerosos medios una tendencia a atribuir a las luchas políticas un carácter en cierto modo civilizado. Esta tendencia sería particularmente manifiesta, se dice, en el Congreso americano, puesto que allí el político se esfuerza por ofrecer al público la imagen de un «buen camarada», desprovisto de agresividad. No es necesario desechar la idea de que estas nuevas maneras sean la consecuencia del apaciguamiento de las rivalidades, o que acaso contribuyan a esta decadencia (papel del tuteo en los medios parlamentarios tradicionales de Francia). El estilo es significativo del fondo y contribuye a darle forma. En esta perspectiva, es interesante observar que los diputados comunistas franceses han seguido siempre un comportamiento especial en la Cámara. De este modo, no tienen la costumbre de «hacer pasillo» y siguen siendo ajenos a ciertas formas de gregarismo parlamentario.

Conviene, empero, no asimilar apaciguamiento del estilo y desvalorización de las escisiones ideológicas. La extrema cortesía del parlamentarismo británico (por lo menos, en general) así como la atención que se presta allí a la minoría en sus puntos de vista, favorecen a veces el nacimiento de un clima de compromiso, o al menos de mutua comprensión. Pero sería un error deducir de esto la inexistencia o debilidad de los motivos de oposición. La corrección más exquisita en la defensa de un programa no excluye necesariamente la mayor firmeza en lo que respecta al fondo.

6. Sugerencias para análisis ulteriores

Va siendo el momento de concluir esta exposición, que en definitiva ha valido al lector para proporcionarle más bien ciertas sugerencias que no afirmaciones concretas. Sin embargo, a pesar de las convenciones que impone el cuidado de evitar generalizaciones presurosas, nuestra posición puede resumirse fácilmente en algunas fórmulas. Existe hoy día en nuestras sociedades una tendencia a la desvalorización de los conflictos ideológicos, una especie de reducción de la intensidad de estos conflictos. Por diferentes motivos, sobre los que volveremos más adelante, algunos observadores han exagerado la amplitud de esta tendencia, siendo uno de sus errores el establecer una clara oposición entre el pasado (punto de referencia) y el presente, mientras que probablemente se trata en la realidad de un simple deslizamiento de escasa amplitud.

Un punto parece, empero, apoyar esta tesis: la debilidad de la participación en la vida política de las sociedades industrializadas. Como alguien ha dicho, no se ha probado que la situación actual sea fundamentalmente diferente de la de ayer. Aunque en Francia, por lo menos en la época reciente, no sea inverosímil la hipótesis de una cierta «desparticipación». Después de todo, son numerosos los filósofos o sociólogos que nos han prevenido sobre el carácter necesariamente oligárquico o minoritario de la gestión de los asuntos públicos.

Las investigaciones que permiten verificar y precisar estas modestas conclusiones continúan estando, sobre todo en Europa, casi enteramente por hacer. Los datos existentes son generalmente inadecuados para tal objeto, como por ejemplo los elementos disponibles para la sociología electoral tradicional. El depositar la papeleta en la urna no nos enseña nada de la intensidad con la que el elector detecta la lucha ideológica (sobre todo si se admite que el voto es normalmente la

simple expresión de una obligación cívica). No se debería excluir el hecho de que el ciudadano —deseoso de no abstenerse— se pronuncia eventualmente, mediante una especie de constricción sutil, por una agrupación en la que no tiene más que una relativa confianza. Diversos sondeos efectuados en Francia han enseñado que esta hipótesis corresponde a la realidad. Para avanzar más en este sentido, sería necesario —probablemente basándose en largas entrevistas— analizar el sentido y la naturaleza del compromiso adquirido por el militante o la adhesión manifestada por el elector (especialmente el grado y los motivos de la identificación a un partido, utilizando un término de la sociología americana).[107] Tales estudios, cuya gran dificultad sigue siendo la de expresar cuantitativamente unos datos esencialmente cualitativos, nos suministrarían, incluso no siendo perfectos, una base preciosa para el estudio de la intensidad de las pasiones públicas, pero la «reconversión» de la ciencia política hacia los análisis sicológicos no se ha intentado más que parcialmente.

Otra vía de acceso a este conocimiento podría ser el análisis profundo de los procesos de decisión en los diversos niveles de la vida pública y paraestatal (empresas económicas del Estado). El análisis del comportamiento de los hombres responsables de las elecciones de objetivos nos abriría sólidas perspectivas sobre la parte de los factores ideológicos en las motivaciones. El estudio del papel de los técnicos se saldría por fin del marco de las vagas generalidades entre las que se debate aún. Pero, fuera de los Estados Unidos, el análi-

---

107. Parece que la puesta a punto de esta noción de «identificación» se debe a los investigadores del Survey Research Center (del Institute for Social Research de la Universidad de Michigan). Se encontrará en Angus CAMPBELL, Gerald GURIN, Warren E. MILLER, *The voter decides*, Evanston (Ill.) s. f. (capítulo VII), una primera discusión profunda de este concepto —principalmente a la luz de la elección presidencial de 1952. Para una aplicación en un dominio antiguo, véase EULAU (H.), «Identification with class and political role behavior», *Public Opinion Quartely*, otoño de 1956, pp. 515-529.

sis de la *decision-making* se encuentra todavía en la situación de proyecto o de esbozo.

No sería tampoco inútil estudiar sistemáticamente (y dentro de lo posible cuantitativamente) las proclamas de los hombres políticos (tanto octavillas electorales como declaraciones ministeriales), así como el contenido de los debates parlamentarios. Desde esta misma perspectiva, el estudio de la prensa suministraría materiales útiles, a condición de no olvidar que las diversas secciones de un diario no tienen necesariamente el mismo eco. Como es sabido, por ejemplo, las «noticias locales» tienen frecuentemente dos o tres veces más lectores que los editoriales.

Se podrían deducir sin dificultad otras «pistas».[108] Pero si existía alguna duda en el comienzo, el lector sabe desde ahora que las afirmaciones importantes sobre el apaciguamiento ideológico no reposan ya sobre una base científica indiscutible. Es ciertamente posible confiar en un golpe de suerte que permita, mediante la intuición, deducir una generalización válida. Pero, a pesar de ello, no debemos inclinarnos hacia este procedimiento.

Tal es el estado del problema en el nivel de la valoración del fenómeno. Es posible que las explicaciones dadas por los sostenedores de la tesis del apaciguamiento contribuyan a aclararnos más su significación y difusión. Ha llegado el momento de dar cuenta de ello.[109]

---

108. Ver, por ejemplo, la interesante encuesta de la revista *Tempi moderni*, sobre el tema «Valori e miti nella società italiana dell'ultimo ventennio (1940-1960)». Las respuestas han sido publicadas en los números de enero-marzo 1961 (pp. 23-62), abril-junio 1961 (pp. 23-54), julio-septiembre, 1961 (pp. 25-79) y octubre-diciembre (pp. 17-45).

109. Existen muy pocas obras sobre el análisis de los conflictos de ideas en el mundo contemporáneo. Mencionemos el reciente volumen de Edward McNall Burns, *Ideas in conflict. The political theories of the contemporary world*, Nueva York 1960. Este libro no carece de solidez ni de claridad, sin embargo el cuadro de clasificación que adopta y la distribución de las diferentes corrientes en el interior de los grandes apartados merecen numerosas reservas.

II

NATURALEZA Y VALOR DE LAS EXPLICACIONES DEL APACIGUAMIENTO

El análisis de la amplitud y de los límites del apaciguamiento ideológico ha tenido como principal resultado señalar la complejidad de este fenómeno y revelar, entre los partidarios de esta tesis, una tendencia que en vez de tratar de probarse, se limita a ser simplemente afirmada. Una de las mayores dificultades de la valoración preside, como hemos indicado ya, en la ausencia de estudios de sociología política sobre fenómenos del pasado, pues no hay que decir que los trabajos de los historiadores responden en general a otras preocupaciones.

Ahora bien, las explicaciones que se citan con más frecuencia tienen como rasgo común el poner en tela de juicio grandes evoluciones de contenido socioeconómico. No debemos excluir la posibilidad de que su exposición mejore nuestros conocimientos por el momento y, al menos, nos ayude a precisar el sentido de las afirmaciones formuladas. Pero librémonos de un optimismo exagerado, ya que los elementos de este análisis se encuentran en autores que no se preocupan, o que solamente lo hacen como algo accesorio, de la desvalorización de los conflictos de ideas. En esta materia, la fragmentación del análisis social conduce a dejar a los economistas y a los sociólogos industriales el estudio de los hechos susceptibles de dar un fundamento a las reflexiones de los especialistas de ciencia política. Cuan-

do se trata de un viejo problema, la vinculación entre el examen del fenómeno y la exposición de sus factores acaba por establecerse de una manera u otra. En el dominio de un tema relativamente nuevo, el «enlace» plantea dificultades y sigue estando marcado por una cierta arbitrariedad.

Las dos corrientes importantes de la explicación (era de la opulencia y sociedad poscapitalista) nos conducirán a considerar el fenómeno como el producto espontáneo de un movimiento más general. Este desarrollo encierra, sin duda, algún elemento de verdad. No deberíamos, con todo, excluir la idea de que esta desvalorización ideológica, por otra parte muy relativa, sea también en definitiva el resultado de diversas presiones sociales, que sin haberse estrictamente concertado, actuarían no obstante en un sentido convergente. Esta tendencia a insistir sobre la unificación del apaciguamiento de los espíritus, ¿no será, en definitiva, más que una manifestación del papel protector que cumple la argumentación ideológica, entre otras misiones? Entonces nos quedaría por preguntar si el cálculo es exacto.

Una explicación económica: la sociedad opulenta

Este modo de razonar reposa sobre la prodigiosa expansión de las fuerzas productivas en la época contemporánea, así como de las perspectivas de crecimiento ilimitado que de las mismas se deducen. «Crecimiento económico en intensidad, pero no mediante conquista de tierras, esclavitud de la población o inclusión en el circuito capitalista de países subdesarrollados, sino por un rendimiento acrecentado del trabajo por el descubrimiento de nuevos procedimientos de fabricación y por la aparición de nuevas mercancías», escribe R. Aron, que añade: «En esta economía en crecimiento, el problema de la distribución adquiere una significación radicalmente diferente de la que ha tenido siem-

pre a lo largo de los siglos».[110] Tal es, en efecto, el problema; mas el aumento del producto nacional ¿no está consiguiendo suprimir el fundamento de los conflictos más graves que existen entre los hombres, y no produce también como resultado, aún inadvertido, minar las bases de las oposiciones ideológicas más cimentadas?

La idea no es nueva. Ya en 1942, Schumpeter manifestó que si de 1928 a 1978 el régimen capitalista americano gozaba de un grado de libertad suficiente para funcionar regularmente con la misma eficacia que antes (productividad creciente en razón de un 2 % al año), la renta nacional de los Estados Unidos llegaría a fin de este período «a un nivel tal que todos los *desiderata* formulados por los reformistas sociales —prácticamente sin excepción y comprendiendo a la mayoría de los utopistas— se realizarían automáticamente o podrían realizarse sin perjudicar demasiado el funcionamiento del capitalismo».[111] Es cierto que Schumpeter declaraba no creer en la supervivencia prolongada del capitalismo en razón de la hostilidad que rodeaba al régimen y de los crecientes obstáculos puestos ante él por el legislador, debiéndose traducir todo ello por un rendimiento decreciente.

Hoy se formulan los mismos razonamientos, pero ya sin las consideraciones pesimistas sobre el destino del sistema con el que Schumpeter había ajustado su tesis, impresionado por la gran depresión de los años 30. Más exactamente, se estima que el conflicto capitalismo-socialismo se halla superado y que el modo actual de funcionamiento de la economía, en donde la intervención pública desempeña un gran papel, garantiza la regularización del sistema sin privarle de su dinamismo. Por consiguiente, en estos momentos es posible la imagen de una expansión bastante fuerte y duradera para

---

110. *Colloques de Rheinfelden*, op. cit., p. 12.

111. *Capitalismo, socialismo y democracia*, Aguilar, México 1952. Para una crítica de la afirmación que hemos realizado véase MAINGUY (Yves), «Capitalisme, socialisme et... néolibéralisme», *Economie appliquée*, abril-junio 1951, pp. 211-242.

vencer definitivamente a las miserias sociales. El exagerado miedo de John Maynard Keynes —deficiencia de las ocasiones de inversión— se halla superado. Especialmente en Europa, el centro de las preocupaciones gubernamentales radica en la inflacción con sus consecuencias sobre la balanza de pagos.

Esta visión, como se dirá más adelante, corresponde a una interpretación optimista de la situación, y sobre todo de la evolución. Algunos argüirán que olvida la parte de gastos de armamento en la suma de los gastos nacionales y los riesgos de dislocación económica que produciría una «desmilitarización» brutal de la economía. Ciertamente, un auténtico desarme plantearía a las economías occidentales, y especialmente a la americana, bastantes serios problemas. Especialmente se verían afectadas algunas regiones (así, en los Estados Unidos, la de Los Angeles); sin embargo, si se supiera utilizar alguna de las técnicas de la planificación, el problema no sería insoluble.[112] Otra laguna se halla en las dificultades que ha acarreado la automatización y el riesgo de paro estructural o crónico que de ella puede resultar (las fábricas automatizadas tienen una productividad tal que se ven obligadas, a veces, a limitar el tiempo de utilización de las máquinas para evitar una acumulación excesiva de *stocks*). Sobre este punto se conciben todavía algunos remedios, a condición de no titubear en el replanteamiento de varios aspectos del funcionamiento actual del sistema.

En resumidas cuentas, es probable que se sobrestime la capacidad de ajuste espontáneo del régimen a las variables perturbadoras, y es posible que se sobre-

---

112. Tal es entre otras la opinión de GALBRAITH en *La hora liberal* Ariel, Barcelona 1961, p. 32. Se podrá consultar sobre este punto la obra colectiva *Disarmement and the American economy*, Nueva York 1960. A pesar de su evidente filiación ideológica (denuncia por economistas progresistas americanos y europeos occidentales, de la «política agresiva» de los Estados Unidos) la obra concluye afirmando que con la transferencia de los gastos militares para financiar obras públicas y servicios sociales (principalmente viviendas), la economía americana obtendría un apreciable aumento del empleo.

valore la actitud de los gobernantes para tomar las medidas, de ambición estructural, que permitirían superar estas dificultades. Desde el fin de la guerra, las economías occidentales han conocido varios retrocesos, debido a que no han sabido superar las contradicciones existentes entre la expansión y la estabilidad de los precios. Sin embargo, la atmósfera se encuentra hoy llena de optimismo y hay que situarse en este clima para comprender la acogida extraordinaria que se ha ofrecido al libro de Galbraith *The affluent society*.[113] Esta obra, más aguda que profunda y más brillante que atrevida, aporta a la vez razones dignas de crédito y motivos de duda. A consecuencia de la difusión de que goza hoy la noción de sociedad opulenta, importa delimitar en este concepto, según su principal teórico, sus zonas iluminadas y sus sombras.

1. *De la pobreza a la abundancia*

Noción fundamental de la obra que vamos a comentar es la de que la sociedad americana ha pasado del mundo de la pobreza general a la era de la abundancia. «Muere más gente en los Estados Unidos a causa de demasiada alimentación que debido a inanición», escribe Galbraith en una frase característica (p. 127). Esta situación, sin precedentes históricos, ha tenido numerosas consecuencias, entre las que sobresalen dos, especialmente importantes, en lo que se refiere a la interacción de lo político y de lo económico.

En primer lugar, el aumento de la producción ha suprimido bastante peligrosidad al problema de la desi-

---

113. (Todas las referencias a esta obra se harán de acuerdo con la versión castellana de C. Grau Petit *La sociedad opulenta*, Ariel, Barcelona, 2.ª ed., 1963. *T.*) Para otro enfoque de mayor alcance la «opulencia» en los Estados Unidos, ver Max Lerner, *La civilisation americaine*, traducido del americano, París 1961. Se encontrarán observaciones de utilidad en Grevillot (J. M.), *La Amérique expliquée*, París 1951 y Von Borch (Herbert), *U.S.A. societé inachevée* (traducido del alemán), París 1962.

gualdad, debido a una redistribución de las riquezas. Según Galbraith, existen «pocas cosas más evidentes en la historia social moderna que la decadencia del interés por la desigualdad en cuanto problema económico» (pág. 93). Constituiría una prueba manifiesta de esto la observación de que, en el transcurso de los últimos años, ninguno de los dispositivos que se dirigen a reforzar la igualdad ha sido discutido, e incluso ni siquiera propuesto en los Estados Unidos y en los países occidentales. Contrariamente a lo que se podía prever, la desigualdad no ha mostrado ninguna tendencia a agravarse, mientras que los privilegios políticos o sociales de la clase acomodada sufrían una clara disminución. Ciertamente, el hombre que posee una gran fortuna conserva ciertas ventajas particulares, pero «un coche magnífico, ricamente tapizado y de grandísima potencia no causa ya ninguna sensación de riqueza cuando se producen en masa millares de automóviles semejantes» (pág. 101), afirma este autor, para el cual el interés incrementado que se ha conseguido en la producción, ha ocupado el puesto que anteriormente se reservaba a la discusión entre poseedores y no poseedores (pág. 105).[114]

Otra consecuencia de la expansión de las fuerzas productivas estriba en la desaparición de las incertidumbres más importantes en la vida económica. Según Galbraith, los clásicos cometieron un craso error al declarar la inseguridad esencial al progreso económico. En realidad, existe un vínculo indisoluble entre el aumento de la seguridad y el acrecimento de la producción. Esta tendencia, añadimos nosotros, se ha llevado hoy tan lejos que en Gran Bretaña se ha constituido una comisión para el estudio de las condiciones

---

114. Sobre la investigación de la igualdad en la sociedad americana —y la reticencia respecto de la igualdad en ciertos sectores medios— véanse los resultados de una curiosa encuesta de Robert E. LANE (demasiado limitada para que se pueda generalizar), «The fear of equality», *American Political Science Review*, marzo 1959, pp. 35-51.

y modalidades de una indemnización pública en beneficio de las víctimas de los crímenes violentos.[115] La cuestión capital del control de las crisis continúa siendo evidentemente el que éstas pueden destruir todas las micromedidas de protección laboriosamente elaboradas por o para los industriales, los agricultores y los trabajadores. Suponiendo que se consiga contener las fluctuaciones adversas dentro de unos límites tolerables y garantizar una tasa de crecimientos satisfactoria —lo que constituye hoy día una de las mayores tareas políticas de los gobiernos occidentales—, la cuestión de la estabilidad económica en beneficio de todos podrá considerarse como alcanzada.

Estas nociones son esenciales. Si es cierto que el capitalismo moderno ha llegado, en razón de su potencia productiva, a resolver aceptablemente los habituales dramas sociales de la miseria, de la desigualdad y de la inseguridad, se habría suprimido de esta forma una gran parte de los fundamentos morales del socialismo. De aquí resultaría inevitablemente una consolidación de la *American way of life* que Schumpeter no previó. Ciertamente, Galbraith no discute la persistencia, incluso en los Estados Unidos, de algunas situaciones de pobreza de la que distingue dos tipos: los «casos especiales» que se encuentran en toda comunidad y que están normalmente vinculados a las características propias de las personas afectadas, y los «islotes de pobreza» geográficamente localizados y acantonados que existen por el deseo que manifiestan numerosos individuos de permanecer toda su vida en el lugar donde nacie-

---

115. La comisión *(working party)* ha publicado no hace mucho su informe *Compensation for victimes of crimes of violence*, HMSO, Cmnd 1.406.

116. A pesar de la opulencia, el tema de la pobreza continúa reteniendo el interés de los investigadores, tanto en el plano de la formulación teórica, como en el de la observación de los hechos. En este sentido, ver ROCHE (Eugène), *Pauvreté dans l'abondance, Prospérité materielle et pauvreté évangelique*, Casterman 1963, así como un número especial de la revista *Service Social* (publicada por la Escuela de Servicio Social de la Universidad Laval), noviembre-diciembre de 1960. Se encontrará en Mark ABRAMS, *Social surveys and social action*, Londres 1951, una buena información de las en-

ron.[116] Pero, gracias al aumento de producción, la pobreza ha desaparecido en tanto que calamidad universal, lo que nos explica, dice Galbraith, que la categoría de las gentes muy pobres haya cesado de tener interés para el político.

Hasta aquí, el cuadro de la sociedad «opulenta» —versión americana— es, en conjunto, atrayente. Pero otros aspectos de este libro complejo nos impiden ser optimistas. De hecho, varios capítulos constituyen una crítica de la opulencia, de la que los comentaristas no han señalado siempre la dureza y aún menos las implicaciones que puede tener en orden a la política social. Sin anular las ventajas adquiridas, el contenido de estos capítulos representa una ruda contrapartida.

La noción de base de Galbraith es que las ideas, a las que atribuye demasiado rápidamente un carácter uniformemente conservador (p. 34), están frecuentemente atrasadas en relación a los hechos. Utiliza la expresión «ideas convencionales» para expresar su desajuste con la marcha de los acontecimientos. En la interpretación de toda vida social, existe un conflicto permanente entre lo que corresponde a la realidad y lo que es agradable o aceptable. El hombre acostumbra identificar la verdad a la comunidad, con la finalidad de salvaguardar su bienestar personal o evitar los esfuerzos siempre molestos para la adaptación. En nuestro dominio, las «ideas convencionales» consisten en prolongar indebidamente en el siglo XX «la tradición de la desesperanza», típica de la ciencia económica durante la fase inicial del crecimiento; en otros términos, el pensamiento corriente continúa fijándose en nociones concebibles en período de pobreza, pero fuera de lugar en la era de la opulencia.

Se trata, ante todo, de la preminencia que atribui-

---

cuestas realizadas en Inglaterra sobre esta situación (en particular, las célebres investigaciones llevadas a cabo en York por B. S. ROWNTREE y su esfuerzo para deducir su «línea de pobreza»). Ver igualmente PAGANI (A.), *La linea della povertà*, Milán 1960.

mos a la producción en nuestros afanes y de la costumbre de hacer de ella el patrón que permite medir la calidad y el progreso de la civilización. Estado de ánimo en el que Galbraith ve «el resultado de una gran continuidad en nuestras ideas, que vincula el presente a un mundo en que la producción se identifica verdaderamente con la vida» (p. 240). Según él, se deducen de aquí tres móviles convergentes: el peso de los intereses, el oscurantismo de la teoría económica usual en el orden del consumo y una concepción errónea de la seguridad nacional.

Admitamos la observación; pero ¿es necesario deducir de ella la conveniencia de atribuir un puesto mayor a otras satisfacciones —diversiones y cultura, por ejemplo— que al crecimiento indefinido del producto nacional, especialmente en su componente «bienes materales»? Sí, sin duda alguna; pero no es ésta la única inspiración de nuestro autor. ¿Le traicionaríamos si escribiésemos que su crítica de la importancia de la producción la ha enfocado tal y como se realiza en la sociedad americana, es decir, una producción de carácter esencialmente privado que tiene como resultado amplios despilfarros en ciertos sectores, mientras que en otros las necesidades vitales se encuentran mediocremente satisfechas o incluso hasta ignoradas?

Sobre el plano técnico, la crítica de la teoría usual de la demanda representa probablemente la aportación mayor de esta obra. Galbraith, reasumiendo y profundizando algunas observaciones ya antiguas sobre la dominación de los consumidores sobre los productores, establece de forma irrefutable que hoy las necesidades son, en gran medida, fruto de la producción. Atribuye al productor «tanto la función de fabricar los bienes como la de elaborar los deseos que se experimentan por ellos... que procura satisfacer no de una forma pasiva, a través de la competencia, sino de una forma activa, mediante la publicidad y las demás actividades relacionadas con ésta» (p. 155). Se halla aquí el «efecto depen-

dencia» que aparece como el más importante de los fenómenos económicos actuales.

Semejante propósito, que altera el orden establecido de los factores, corre el riesgo de sorprender e incluso hasta de maravillar. Como dice Galbraith, este propósito no es legítimo más que en el caso de que el economista no se niegue a formular un juicio sobre la utilidad real de los bienes producidos para los consumidores. Enfrentándose con una tradición teórica extremadamente sólida, nuestro autor invoca la autoridad de Keynes, el cual, en un momento de su desarrollo doctrinal establece sin profundizar demasiado una distinción entre dos tipos de necesidades: las necesidades absolutas que se sienten, cualquiera que sea la situación en que se encuentre el prójimo, y las necesidades relativas cuya satisfacción confiere un sentimiento de superioridad frente a los semejantes. Sin atribuirle este contenido, Galbraith cree en la posibilidad de establecer una jerarquía social de las necesidades en función de su urgencia para los hombres. La consecuencia de esta posición, que es capital tanto en teoría como en la práctica, permite afirmar que la producción no tiene el mismo carácter imperativo según las necesidades satisfechas, lo que viene a replantear un postulado del análisis económico no trasgredido desde A. Marshall.

Observemos —y la comparación nos lleva lejos— que esta idea es la base indispensable de toda planificación autoritaria del consumo. Los teóricos soviéticos razonan sobre una acción parecida cuando predicen el advenimiento de una sociedad comunista en donde la distribución de los bienes se efectuará según las necesidades. «La plena satisfacción de las necesidades de todos los soviéticos —ha declarado Kruschef en el XXI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética— de alimentos, alojamiento y vestido en el límite de lo razonable y de lo necesario, podría ser asegurada sin duda para un próximo futuro. Ciertamente, cuando se habla de la satisfacción de las necesidades, no se trata

de caprichos o de objetos de lujo, sino de necesidades normales de un hombre culto.»[117]

La vida de los negocios en los Estados Unidos, en su estado actual, se inspira en una filosofía fundamentalmente diferente. Las empresas declaran que la satisfacción de los deseos de los consumidores constituye su objetivo e incluso su única razón de ser, pero la enormidad de los gastos de publicidad (del orden de unos 11.000 millones de dólares) atestigua, como ve Galbraith, que estos deseos no son, en su mayoría, inherentes al hombre. La exposición de los despilfarros que de ello resulta se ha convertido en un lugar común y, por otra parte, esta situación es tanto más seria cuanto que como dice Claude Alphandéry, «América no está sola en el mundo».[118] Este sistema produce también un desarrollo desigual de las diversas ramas económicas (en particular, por una afectación diferencial de los fondos consagrados a la investigación) sin otra garantía de conformidad en el interés social que una anarquía concurrencial, bastante atemperada, empero, por una concentración monopolística muy fuerte.

Falta el argumento supremo: la expansión de las ventas es indispensable para el mantenimiento de la actividad productiva y por ende para el nivel de empleo. «El capitalismo, escribe Max Lerner, ha efectuado de forma perfecta una revolución sideral. Todos los planetas gravitarán en adelante alrededor de un sol central que es la venta» (p. 223). De aquí se deduce la justificación del prodigioso endeudamiento de los individuos, lo que, según Galbraith, conduce a hacer que la demanda «dependa cada vez más de la capacidad y de la disposi-

---

117. En la colección de *Documents* publicados en París sobre el Congreso (bajo los auspicios de los *Cahiers du Communisme*), p. 86.

118. *L'Amerique est-elle trop riche?*, París 1960, p. 67. Se destaca el paralelo establecido «entre los juegos de redes electrónicos y el hindú famélico».

ción de los consumidores para incurrir en deuda» (p. 192).[119] Sin embargo, en el dominio del arte económico, la relación es menos rígida de lo que se suele afirmar en diferentes medios de negocios. La reducción de la duración del trabajo (sin disminución del salario pagado) abriría un portillo a las posibilidades de ajuste, pero traería consigo en principio algunos problemas sociales merced a las diferentes productividades según las ramas. Por otro lado, la disminución de los precios (por reducción de los márgenes de autofinanciación previsora), volvería a dar una cierta elasticidad al sistema (aumentando, es cierto, el riesgo de inseguridad). Por último, y sobre todo, no se debería rechazar la idea de que un traslado de los recursos hacia otras actividades, podría ser ventajoso para la colectividad.

La crítica más grave, desde el terreno político, que se hace a la sociedad opulenta, versión americana, se centra en la existencia de un contraste entre la riqueza del sector privado y la pobreza del sector público. Desde hace bastante tiempo, los observadores de la vida americana han señalado la mediocridad y la insuficiencia de numerosos organismos públicos. En este país, la mayoría de los servicios colectivos se encuentra mal adaptada a las necesidades (especialmente en el sector de las administraciones locales). La penuria o la mala organización conciernen tanto a los transportes urbanos o suburbanos, a la recogida de las basuras domésticas, o a la distribución del correo, como a la ordenación de las organizaciones escolares y de las autoridades de policía. Como señala Galbraith, «apenas si tiene sentido que debamos satisfacer nuestras sociedades de bienes privados con una abundancia sin medida, en tanto que, en el caso de los bienes públicos, como se puede comprobar a simple vista, practicamos una renuncia ilimitada» (p. 247).

---

119. Aunque contengan un tono humorístico, las observaciones de R. Escarpit, en *Les deux font la paire,* París 1959, pp. 180-184, ilustran bastante bien la esclavitud que produce al consumidor la compra a plazos.

La causa inmediata de esta situación reside en la creencia de que el coste de los servicios públicos constituye un fardo penoso para la producción privada. Por lo que en todo momento, está vigente la voluntad de reducir los gastos gubernamentales a una cifra que la comunidad considere tolerable. ¿Cuál es el móvil profundo de esta repugnancia? Sería probablemente injusto atribuirla a la escasa diligencia de las clases acomodadas, para financiar servicios de los que se benefician, de una forma igualitaria, todos los miembros de la comunidad. No obstante, sería un error subestimar el alcance político inmediato y las consecuencias sociales lejanas de la situación (la U.R.S.S. concede, como es sabido, una prioridad absoluta a los bienes duraderos colectivos).[120] Partiendo de consideraciones puramente económicas, nuestro estudio desemboca —en función de la actual división de las fuerzas productivas— en un problema político importante. Pero, según Galbraith, estas reservas no disminuyen en nada la capacidad de la sociedad opulenta para resolver algunos, al menos, de los dramas sociales más graves. Ha llegado el momento de apreciar la validez de estas aserciones.

2. *Límites de la opulencia*

En primer lugar, ¿es legítimo extender a otros países, aparte de los Estados Unidos, y particularmente a los del Mercado Común, el esquema de la sociedad opu-

120. Aunque este aspecto del problema no entre en el marco limitado de nuestro trabajo, es claro que las cuestiones que se debaten se refieren también a la competición entre los Estados Unidos y la U.R.S.S. Este punto lo aclara bastante bien —a veces sobre la base de declaraciones hechas por especialistas americanos— la obra claramente prosoviética de G. BOFFA, *La sfida all'America*, Roma 1960. Aunque se ocupe sobre todo de política exterior, la obra de A. WERTH, *America in doubt*, Londres 1959, se refiere también a estos temas. Numerosos americanos advierten hoy el problema, pero muchos continúan manifestando en cuanto al sistema de la «libre empresa» un optimismo que los hechos no confirman plenamente. Así WALLICH (Henry C.). *El coste de la libertad. Una nueva versión del capitalismo*, Edit. Ariel, Barcelona 1962 (el precio que hay que pagar por la libertad es la aceptación de una tasa de crecimiento inferior a la que permitirían los recursos disponibles).

lenta? La respuesta no puede darse más que teniendo en consideración una serie de matices.

No sería difícil, fundándonos en datos indiscutibles, desmentir la extensión que hemos mencionado, calificándola de tendenciosa, o incluso hasta de escandalosa. Aunque nos refiramos a la renta monetaria o a diversos signos de enriquecimiento (como por ejemplo la posesión de un teléfono o de un receptor de televisión), el progreso social, aun teniendo en cuenta los últimos pasos dados en él, continúa siendo con frecuencia modesto y a veces muy insuficiente. Algunos estiman que sería posible hablar ya de una semiopulencia o de una preopulencia. Pero, ¿no es demasiado optimista, teniendo en cuenta las condiciones de alojamiento, la insuficiencia de material en algunos servicios públicos y el retraso considerable de varios sectores regionales que se nota todavía en estos países?

En gran medida, la dificultad de formular un juicio serio proviene de la desigualdad de las condiciones de vida, y ello incluso aunque nos atengamos al sector que se considera, erróneamente, homogéneo de los trabajadores del comercio y de la industria.[121] He aquí, por lo que respecta a Francia, en francos antiguos, una estimación del salario medio mensual neto en 1958 (la evaluación que figura a continuación pertenece al mes de abril de 1961): obreros 47.500 (57.000); obreras 30.300 (36.700); empleados 55.300 (66.400); empleadas 42.500 (50.900).[122] El poder adquisitivo que resulta de estas cifras —sin olvidar, empero, las posibilidades de una acumulación familiar— sigue siendo modesto. Pero las medias globales ocultan fuertes disparidades. Según

121. Se encontrará desde el punto de vista metodológico, un buen intento de apreciación de estas desigualdades en Paul PAILLAT, «Les differences de niveau de vie au sein de la clase ouvrière», *Population*, octubre-diciembre 1960, pp. 769-788.

122. La revista *Statistiques et Etudes Financières*, incluye en su número de abril de 1961, pp. 390-426, los resultados completos (referentes a 1958) de la encuesta anual sobre los salarios distribuidos en la industria y el comercio. Las medias citadas se dan en la p. 426 (las cifras que se refieren a 1961, las hemos tomado de G. MATHIEU, *Le Monde*, 13 de mayo de 1961).

las estadísticas del Ministerio de Hacienda, el salario medio en la industria del petróleo sería dos veces y medio más elevado que en los servicios de higiene y más del doble que en los sectores textiles, de la industria del cuero o de los muebles. La misma observación se puede hacer en lo que se refiere al plano geográfico, siendo el salario medio global 2,3 veces más elevado en el Sena que en el Creuse (y superior al 50 % en Lorena, en Bocas del Ródano y en el Ródano que en numerosos departamentos del Centro).

Observemos también que en la mayoría de los países, incluidos los más favorecidos, la situación de las familias numerosas continúa siendo difícil. En razón de la insuficiencia, y a veces de la inexistencia del plus familiar, estas familias se encuentran faltas de una alimentación racional (insuficiencia del consumo de carne) y asimismo no poseen los medios necesarios para asegurar los gastos de educación de los hijos. Con demasiada frecuencia estas familias viven en la pobreza. No olvidemos en todo caso que de la existencia de estas variables —número de hijos y trabajo de las mujeres— la diferencia en los ingresos de los hogares obreros puede variar de lo normal al triple.

De hecho, incluso si nos atenemos a los países mejor provistos de Europa occidental, podríamos comprobar numerosos fenómenos en contradicción absoluta con la tesis de la opulencia. Citemos, por ejemplo, el caso de los agricultores. Es sobradamente conocido que su renta se establece, por término medio, entre la mitad y los dos tercios de la que gozan los trabajadores urbanos. Un reciente informe (redactado en noviembre de 1962) ha destacado que en un país tan rico como Suiza, una parte de la población que vive en las montañas sufre carencia alimenticia (debido a la no absorción, en cantidades suficientes, de sustancias nutritivas esenciales). Las dificultades del alojamiento en Francia son demasiado conocidas para que haya necesidad de exponerlas aquí en detalle; en enero de 1963, la Comisión de Finanzas de la Asamblea Nacional ha cifrado en 1.828.000

el número de alojamientos de que se carece (estando, por otra parte, desprovistas las viviendas actuales del más elemental confort). No olvidemos tampoco la suerte de los ancianos, cuya penuria constituye un deshonor para toda nación civilizada. Los universitarios católicos, al consagrar a este tema de la pobreza sus recientes jornadas de estudios (3-5 abril de 1963) nos han recordado unas verdades elementales que no debemos olvidar.

La verdad es, por consiguiente, que la opulencia, en la dimensión europea, naturalmente, comienza a extenderse a ciertos sectores, mientras que en otros sigue existiendo un claro atraso (frecuentemente en la función pública). Un punto importante, desde el ángulo del análisis político, radica en que los progresos realizados en la Europa occidental desde 1945 —con frecuencia son más notorios en términos económicos que sobre el plano social— no parecen haber suscitado una atmósfera general de satisfacción, pero tampoco son exclusivos de un espíritu reivindicativo cuyas implicaciones podrían ser, a menudo, brutales. Al hablar de americanización de los trabajadores de la Europa occidental, se ha ido, sin duda, demasiado lejos.

Pero, sin embargo, se produce lenta pero inexorablemente una evolución en el nivel y en la forma de vida, que llega a alcanzar incluso a Italia, país que sigue siendo el más pobre del Mercado Común. Hace algunos años, la comisión parlamentaria encargada de realizar una encuesta sobre la miseria, fijó en 6 millones el número de italianos que tenían un nivel de vida muy bajo y en 5,9 el de las personas con nivel de vida escuetamente bajo. En resumen, se puede fijar en 12 millones los italianos cuyos ingresos comprenden menos de la mitad de la cifra que se considera como necesaria (la mayor parte de éstos se hallan en el Sur y en las Islas). La comisión estableció que aproximadamente el 50 % de la categoría más pobre no consumía carne, azúcar ni vino; en Nápoles, según una indicación de este informe, 80.000 habitantes se levantaban cada mañana sin

saber si podrían comer algo a lo largo de la jornada.[123] Pero las últimas estadísticas oficiales establecen también que el porcentaje de los gastos alimenticios ha bajado, en algunos años, del 60 al 48 % (el consumo de las pastas y de las legumbres secas ha disminuido en las ciudades). Las estadísticas revelan igualmente que los gastos relacionados con las diversiones representan ya el 15 % del consumo privado (bebidas alcohólicas, tabacos y gastos de viaje, no entran en este porcentaje). Algunos comentaristas deducen de este hecho la prueba de que en Italia también, a pesar de los contrastes entre el Norte y el Sur, así como entre el campo y las ciudades, se va rellenando la fosa que separa al rico del pobre.[124]

Nuestras sociedades han adquirido, pues, alguno de los rasgos que se atribuyen a la idea de riqueza. Ahora bien, las etapas que han superado en el camino hacia la opulencia son muy modestas, siendo posible que el afán de imitación del nivel de vida americano —tal y

---

123. MONTINI (Ludovico), «L'enquête parlamentaire sur la misère en Italie», *Revue Internationale du Travail,* enero 1955, pp. 62-82. Según la comisión, el consumo medio de una familia urbana pobre compuesta de dos adultos y de dos hijos se eleva mensualmente a 27.628 liras. Pero al mismo tiempo, los obreros de la Fiat en Turín consumen por término medio 65.656 liras al mes (familias de dos a tres personas). Esta disparidad hace que sea difícil la formulación de juicios globales. Ver el cuadro sin indulgencia de Alessandro SCHIAVI, *Le piaghe d'Italia. Dissoccupazione, analfabetismo, tuguri, miseria,* Roma 1958. Pero, por otra parte, se encuentran fenómenos de pobreza en países mucho más avanzados que Italia. Si es cierto que algunos italianos viven en cuevas, no se debería olvidar que en la Gran Bretaña de 1962 existen todavía *slums* (donde viven aproximadamente dos millones y medio de personas, es decir, el 5 % de la población total según una reciente encuesta de Gavin LYALL en *Sunday Times* números de 23 y 30 de abril y 7 mayo 1961).

124. Así, Antonio CIAMPI en un artículo con el título revelador de «Le revendicazioni sociali oggi tendono al superfluo», *Corriere della Sera,* 6 abril 1961. Para un análisis detallado de la evolución económica italiana ver el número especial de la revista *Mondo Economico* (31 diciembre 1960): «Cento anni di economia italiana 1861-1960». Ver también la colección de trabajos colectivos *L'economia italiana dal 1861 al 1961,* Milán 1961. Según estos trabajos, la renta media por habitante se habría triplicado (en liras constantes, naturalmente). Sobre el sentido de la evolución ver las observaciones de Camilio RIGHI en *Banca Nazionale del Lavoro Quarterly Review,* diciembre 1961, pp. 439-452.

como ha sido vulgarizado por las películas y las revistas— haya sido uno de los elementos iniciadores de este movimiento. Del mismo modo, se puede estimar que sería socialmente más justo u oportuno consagrar a la lucha contra la pobreza todo o parte de las sumas que se consagran a las cosas superfluas. En los países europeos más aún que en los Estados Unidos, la expansión de ciertas formas del «sector terciario» adquiere el aspecto de despilfarro nacional. Pero al ser el sistema lo que es, la evolución crea privilegios y perfila unos contrastes que, quizás en contra de los interesados, están desempeñando ya un papel en la política.

El segundo punto de esta apreciación estriba en el valor del esquema de la opulencia por lo que se refiere a los mismos Estados Unidos. Se ha formulado la pregunta de si no pecaba de optimismo el cuadro definido —con excepción naturalmente del sector público, cuya pobreza es reconocida— en lo que respecta a este país de «consumo exuberante». Sin discutir necesariamente la exactitud global, pensamos, no obstante, que este cuadro necesita probablemente unos retoques bastante serios.

Galbraith señala claramente la persistencia de la pobreza, pero cabe preguntarse si empequeñeciendo el papel de factores como la carencia de enseñanza y de educación, expone una visión realmente adecuada. Las declaraciones hechas por John F. Kennedy en el momento de su campaña electoral sobre los niveles de alimentación y las condiciones de alojamiento de numerosos americanos, sorprendieron a aquellos que tenían una visión un poco idealizada de la *way of life* en este país. Los primeros mensajes del nuevo Presidente —principalmente el que versaba sobre el alojamiento—[125] han confirmado y precisado la amplitud de estas

---

125. El texto íntegro se expuso en el *New York Times*, International Edition, 10 marzo 1961. Entre varios elementos propios para moderar el entusiasmo por la opulencia, ver la sección VII sobre hábitat rural. Se podrá

insuficiencias, tanto más difíciles de aceptar cuanto que coexisten con enormes desembolsos inútiles y con la prodigalidad de algunos. El hecho de que la pobreza parezca ser, a menudo, la consecuencia de características raciales, constituye una grave cuestión (así, la situación de los *underdogs*, negros y portorriqueños, que en gran parte continúan viviendo en condiciones ínfimas, formando este conjunto un subproletariado que se explota con gusto y que a veces se le oprime). Se estima, en líneas generales, que la renta media de los negros asciende solamente a la mitad de la de los blancos.

A estos elementos, bastante sombríos del cuadro, se opone la situación de las familias americanas cuyos ingresos se hallan comprendidos entre los 4.000 y 7.500 dólares. Estas familias representan la mitad aproximadamente de los hogares no agrícolas, y se debe a ellas, en gran parte, el que se haya planteado la validez del esquema. Ahora bien, todos los comentaristas están de acuerdo en señalar su desahogo frente a algunas necesidades esenciales (principalmente alimentación y vestido) pero también indican las dificultades que se les presentan respecto a otras necesidades importantes (gastos de educación universitaria de los hijos; cuidados médicos y dentales, cuyos precios son muy elevados para las capas sociales inferiores que no tienen derecho a la gratuidad, y también algunos desembolsos para las diversiones tales como la asistencia al teatro). De ahí que se haya hablado con razón de «facilidades inaccesibles».[126] En cuanto a la «franja» verdaderamente opulenta, es decir, en condiciones de no privarse de ninguna de las facilidades para la existencia, no representa

---

consultar sobre estos problemas la obra (que ha suscitado algunas controversias) de Michel HARRINGTON *The other America. Poverty in the United States*, Nueva York 1961.

126. Claude ALPHANDERY, *L'Amerique est-elle trop riche?*, *op. cit.*, p. 38. Ver también LERNER, *op. cit.* esp. pp. 101-112. Para un análisis teórico de estas cuestiones ver SHENFIELD (A. A.), «The theory of social balance», *Politics*, marzo 1960, pp. 65-75.

más que un porcentaje muy escaso de la población. Citamos una vez más a Max Lerner: «Continúa existiendo en América un pirámide cuya base no se ha reducido en nada con la reciente prosperidad» (p. 240).

No debemos olvidar tampoco la existencia de un paro relativamente considerable y, en todo caso, que excede de las tolerancias admitidas por los teóricos del pleno empleo. Sin ser despreciables, los desembolsos efectuados con motivo del seguro de paro continúan siendo limitados. De esto se deduce la existencia de unas consecuencias molestas a la vez en el plano humano y en el nivel del gasto nacional. Es un fallo grave, en todos los respectos, en el sistema de la opulencia. A juicio de Galbraith, no habría solución para este problema a no ser que se encontrase otra fuente de renta que no sea la producción por individuo. De ahí la proposición hecha por él (p. 280) de la «compensación graduada cíclica» (C. G. C.), cuyo fin sería acrecentar el subsidio de paro cuando el subempleo aumenta, y de reducirlo cuando se está cerca del pleno empleo. La idea es ingeniosa, pero ¿no sería más indicado consagrar esta mano de obra ociosa para conseguir la satisfacción de necesidades públicas, con tanta frecuencia descuidadas?

Estas cuestiones, tanto en su amplitud material como en su significación moral, se presentan con diversas formas. Abarcan desde los atascos de circulación —la «ciudad paralizada», según la expresión de Duncan Macbeth—[127] hasta el estado de la salud mental. El número de manuales americanos de *social pathology* o *social disorganization* nos señalan la importancia y complejidad de este tema.[128] Corrientemente se men-

127. *Cahiers de la République*, mayo 1961, pp. 61-73.

128. Una buena muestra de estos manuales se puede encontrar en ELLIOT (Mabel A.), MERRIL (Francis E.), *Social disorganization*, 4.ª ed., Nueva York 1961. Es de sentir que no dispongamos de análisis de este tipo sobre otros países con nivel de vida relativamente alto. Según las más recientes estadísticas, el número de americanos que sufren enfermedades mentales y nerviosas sobrepasaría los 5.000.000 (de los que 4.000.000 tienen necesidad

ciona a este propósito el desarrollo de la criminalidad y especialmente de la delincuencia juvenil, pues existe la idea de que progreso material y criminalidad, en cierto sentido, tienen un desarrollo paralelo.[129] El problema, en todo caso, continúa siendo inquietante. El Presidente de los Estados Unidos no hace mucho propuso en el Congreso un plan de lucha contra la delincuencia juvenil, cuya puesta en vigor se establecería para cinco años. Si la evolución actual no se detiene, declaró, se debe esperar que 4.000.000 de niños comparezcan ante los tribunales en el transcurso de los diez próximos años. Las estadísticas más recientes confeccionadas en Gran Bretaña expresan también un aumento de la criminalidad.

Se aducirá, tal vez, que las sociedades ricas de Occidente no tienen el monopolio de semejantes preocupaciones.[130] Probablemente también se argüirá que ta-

---

de una vigilancia continua).* Para otra calamidad pública de la sociedad americana, véase KYLE-KEITH (Richard), *The high price of pornography*, Washington 1961.

129. Según los datos comunicados al Congreso por la Administración Kennedy, el número de casos de delincuencia juvenil sometidos a los tribunales se habría más que duplicado durante los diez últimos años. Sin embargo, diversos autores niegan que exista actualmente una amplia extensión de la criminalidad en la sociedad americana. En particular Daniel BELL, *op. cit.*, cap. VIII: «The mythe of crime waves: the actual decline of crime in the United States», pp. 137-158.

130. Así lo demuestra el conjunto de medidas de represión penal que se han instituido en la U.R.S.S. al comienzo de mayo de 1961 y que se refieren principalmente al restablecimiento de la pena de muerte para varios crímenes. Citemos también el decreto (de fecha de 4 de mayo) que promulgó el Presidium del Soviet Supremo de la Federación rusa, que permite enviar a los campos de reeducación a «los ociosos, desocupados, parásitos y otros elementos antisociales». Aunque convergente, la inspiración de estas decisiones parece compleja: defensa de los estandards comunistas (pena de muerte contra aquellos que violan una propiedad del Estado o penas de prisión por falsificación en los acuerdos en la ejecución de los planes), represión de actos que tienen su origen en la rareza relativa de ciertos bienes (especulación a causa de los alimentos); pero también punición de actitudes que derivan de la relativa opulencia de la que se benefician ya ciertos sectores de la población (en particular ociosidad). A pesar de que estas contradicciones sean «no antagónicas», no son por ello menos temibles en una sociedad que se consagra a la construcción de un hombre nuevo.

les problemas no son «políticos» y que, de todos modos, no ponen en juego las divisiones partidistas habituales. Un razonamiento de este tipo sería simplemente la prueba de que el apaciguamiento actual es el producto de un conformismo social que impide el retroceso de los efectos a las causas en el análisis de las dificultades.

Esta observación es aún más cierta cuando se trata del problema de fondo de la sociedad opulenta, esto es, de una distribución de las fuerzas productivas que descuida ciertas necesidades fundamentales en provecho de la satisfacción de necesidades artificiales. El libro de Galbraith, situado en esta perspectiva, nos descubre algunos aspectos sombríos cuando menciona, en un mundo de miseria, el espectáculo de una sociedad donde el despilfarro sigue siendo uno de los factores esenciales del nivel económico. La subutilización cuantitativa y cualitativa del potencial de producción continúa siendo uno de los defectos esenciales de la sociedad americana. Imperfección grave si se considera la acumulación de riqueza privada (de donde proviene, finalmente, la desigualdad en el bienestar) y la pobreza pública (cuya supresión aportaría con nueva vitalidad económica, mejores perspectivas de equilibrio social). Cuando el manifiesto de los 81 partidos reprocha «al capital monopolístico de los Estados Unidos... su incapacidad evidente para utilizar las fuerzas productivas existentes», no añade ni una palabra siquiera a las demostraciones más sólidas y elegantes, ciertamente, de J. K. Galbraith. Pero ¿obtiene éste sus conclusiones del análisis sobre el plano de la política social?

En absoluto; ya que habiendo demostrado, mediante un lucido examen, los elementos que dificultan el crecimiento del país —todavía y a gran distancia, el más poderoso del mundo sobre el plano económico— llega a proponer respecto a este problema unas medidas de sorprendente vulgaridad. Radical, e incluso hasta algo iconoclasta en la exposición de los hechos, Gal-

braith permanece conformista cuando se trata de deducir lecciones de ello. No se encontrará en su obra ninguna proposición que se dirija a instaurar una política de conjunto ni, sobre todo, una redistribución de las fuerzas productivas (que implicaría accidentalmente una penalización de los consumos malsanos así como la prohibición de los medios publicitarios que se destinan a este fin). A lo más, Galbraith sugiere un cierto desarrollo de los servicios públicos, pero discretamente, y cuando exista la necesidad, evitando presentar las cosas tal y como son. Nuestro autor llega a escribir (p. 293) que la «única esperanza... es la de separar la cuestión de la igualdad de la del equilibrio social».

Se dirá que esta moderación se explica por un afán de realismo. Pero ¿no es sugerir que el famoso apaciguamiento resulta, en gran parte, de un conformismo social cuyos inspiradores y beneficiarios, naturalmente, sería conveniente buscar?

3. *Una negación de la opulencia: la depauperación*

Vamos a partir del contenido que dio a esta tesis de la depauperación, después de animados debates, la C.G.T. en su XXX Congreso (junio de 1955): «Consiste ésta no solamente en el empobrecimiento relativo con relación a la renta nacional o al enriquecimiento de los trusts, sino también en el empobrecimiento absoluto, en baja real del nivel de vida». Este punto de vista sin equívocos venía a añadirse a diversos artículos de Maurice Thorez (el primero de los cuales se publicó, que sepamos, en los *Cahiers du Communisme* de marzo de 1955). Esta «ley de la depauperación» en total contradicción con el tema de la opulencia, ¿es una superchería o traduce, en verdad, la realidad?

En medios diversos, se ha presentado este esfuerzo del partido comunista como un simple episodio de propaganda, o como una especie de moda destinada a una

rápida desaparición. Se ha querido ver igualmente en la aspereza del tono de la polémica una prueba indirecta, pero significativa, de la realidad del bienestar obrero. La tesis de la depauperación encaja demasiado bien dentro del espíritu profundo del marxismo, para que sea posible satisfacernos con una interpretación tan superficial como ésta. De todas maneras, el partido comunista, a mediados del año 1961 insistió más que nunca sobre este tema que no se puede silenciar en un estudio que tienda a deducir los fundamentos de una eventual decadencia de las ideologías.

Un examen completo de la tesis de la depauperación excedería del marco restringido de esta obra. Por ello nos limitaremos a trazar aquí las principales líneas de la controversia, esencialmente en función de sus implicaciones políticas. Por lo demás, la advertencia de las afirmaciones comunistas no debiera ser inútil. Pues, aunque finalmente no se acepte su esencia, esta posición llama la atención sobre unos hechos y unas evoluciones que los defensores de la «opulencia» tienden a olvidar o a infravalorar.[131]

---

131. Exponemos a continuación algunas referencias, que no hemos tenido más remedio que reducir a las esenciales, para estudiar esta cuestión. Consultar en primer lugar el número especial de *Temps modernes* septiembre-octubre 1962, «Données et problèmes de la lutte ouvrière», en particular el estudio de Gilbert MATHIEU que trata de responder a la pregunta «¿abundancia o depauperación?», mediante la «respuesta de las cifras», pp. 403-456. Para una exposición de la tesis del partido comunista francés, ver el folleto de Maurice THOREZ, *La paupérisation des travailleurs français* (reedición de artículos antiguos precedidos de un nuevo estudio de Henry CLAUDE), París 1961, así como los estudios publicados con el título de «Recherches sur la paupérisation», en *Cahiers du Communisme*, enero 1961, pp. 13-94. Ver también BARJONET (André), *Qu'est-ce que la paupérisation?*, París 1961. Para un análisis crítico de la tesis comunista, me remito a las investigaciones de Pierre RIMBERT, publicadas en la *Revue Socialiste* de octubre de 1955 a febrero de 1956. Estos análisis han sido criticados a su vez, en la revista *Economie et Politique*, principalmente por Henri DENIS, «La *Revue Socialiste* et la paupérisation», núm. de julio de 1956, pp. 45-54. Véase también en la misma revista MONTJOIE (P.), «La peupérisation absolue de la classe ouvrière», junio 1956, pp. 10-36 (en este artículo el autor afirma que la clase obrera no puede impedir a la larga la acción de la ley de la «depauperación absoluta»). Sobre el conjunto de estos problemas invitamos al lector a consultar a MARCHAL (Jean), LECAILLON (Jacques), *La répartition du revenu national. Les*

Una de las dificultades esenciales de esta exposición consiste en establecer el contenido exacto que los teóricos comunistas ofrecen del tema de la depauperación absoluta. La diferencia en la fórmula se atiene, evidentemente, a la variedad de los públicos a los que se dirige el argumento. La controversia se desarrolla así, tanto sobre el plano de una discusión filosófica, que relaciona el fenómeno del empobrecimiento con el fenómeno de la alienación, como en el nivel de un simple análisis estadístico que establecería la comparación entre precios y cantidades. Aunque no sea siempre fácil establecer el «nexo» entre los dos tipos de afirmaciones, continúa siendo legítimo admitir su convergencia, mientras que los ejemplos numéricos, que aún son parciales, tienen como misión probar la exactitud teórica de las deducciones globales. Pero en varios casos la variedad de los puntos de vista manifiesta una oposición de fondo. A continuación pondremos un ejemplo.

Según ciertos marxistas, la depauperación absoluta no sería más que una tendencia del capitalismo contra la cual continuaría siendo posible a los trabajadores desencadenar una lucha eficaz. Dicho de otro modo, lejos de constituir un fenómeno categórico e inmutable, podría no manifestarse en el caso de que partidos y organizaciones obreras manifestaran una combatividad suficiente. Parece que, en este punto, la «vía italiana hacia el socialismo» comporta cierta singularidad frente a las posiciones francesas. A pesar de señalar que en los últimos años la explotación de los trabajadores se ha intensificado, el partido comunista italiano no parece decidido a adoptar una concepción rígida de la depauperación.[132]

---

modèles, tomo III, París 1958, especialmente pp. 324-371. Mencionemos por último la obra de Jeanne SINGER-KÉREL, *Le coût de la vie à Paris de 1840 à 1954*, París 1961 (varios elementos de esta investigación conducen a matizar el optimismo sobre la elevación del nivel de vida obrera).

132. De esta manera, P. TOGLIATTI (en *Le parti communiste italien*, traducido del italiano), que aunque denuncia la agravación de las condiciones de trabajo, evita no caer en un esquema dogmático.

Otro ejemplo de una «disimilitud» teórica lo constituye la idea de que el sistema capitalista podría llegar a evitar la depauperación absoluta, si se consagrase a la explotación de los países colonizados o dependientes económicamente. La explotación pasa entonces del cuadro nacional al plano mundial. Lenin había formulado ya una idea análoga; en su ánimo sólo sería una pequeña minoría de trabajadores (la aristocracia obrera) la que podría obtener un beneficio de esta operación.[133] Algunos economistas marxistas han tendido a ampliar esta doctrina al declarar que la depauperación debe ser apreciada a escala global del mundo capitalista (países desarrollados y sus consecuencias coloniales). La clase obrera de los países capitalistas avanzados se beneficiaría, en su conjunto, de una elevación de su nivel de vida —de aquí la expansión entre ellos de tendencias reformistas— pero la contrapartida del movimiento sería la miseria de las clases trabajadoras de los países subdesarrollados.[134]

La tesis sostenida por Maurice Thorez va mucho más lejos, pues enuncia el carácter ineluctable de la depauperación como consecuencia de la ley general de acumulación, y afirma que ésta interviene en cualquier país capitalista (incluidos los Estados Unidos o Suecia y naturalmente Francia). Esta tesis puede ser enfocada desde dos vertientes. Una, de carácter brutal, en la que se define la depauperación absoluta como la disminución pura y simple del nivel de vida de las clases obreras. M. Thorez ilustra este punto de vista cuando, sobre el crédito que le ofrecen los trabajos de John Boyd Orr, manifiesta que actualmente el nivel de alimentación de una gran parte de los trabajadores ingleses es

---

133. De ahí, según él, la posibilidad para la burguesía de corromper la capa superior del proletariado y de consolidar el oportunismo, en una palabra, de reforzar la ideología reformista, *L'impérialisme, stade supreme du capitalisme*, ed. francesa 1952, p. 93.

134. Para una discusión de este punto de vista, consúltese MARCHAL y LECAILLON, *op. cit.*, pp. 326-340.

inferior al que tenían los trabajadores del siglo XVIII (esta disminución se refiere al hierro, al calcio, a las vitaminas, etc.).[135]

Desde la segunda vertiente, más sutil, se define a la depauperación absoluta como la distanciación creciente entre el coste de producción de la fuerza de trabajo y los salarios reales, entre las necesidades y la posibilidad de satisfacerlas. Esta posición, que ha sido expuesta con detalle por el economista soviético A. Arzumanian,[136] reposa en la idea de que se incorporan progresivamente al coste de producción de la fuerza de trabajo bienes y servicios nuevos. Dicho de otro modo: ésta no es una entidad de valor fijo, sino que depende esencialmente de las condiciones históricas, económicas y sociales del país considerado. Junto a datos sicológicos, conviene situar las necesidades sociales cuya satisfacción es igualmente indispensable en la renovación de esta fuerza. Esta versión de la tesis es importante en el sentido de que no excluye la elevación del nivel de vida de la clase obrera. A pesar de este aumento, subsiste un escollo creciente entre el coste de producción (físico y social, como por ejemplo la necesidad de una formación técnica en una época de progreso) y el salario obtenido. El precio de la fuerza de trabajo desciende siempre por debajo de su verdadero valor.[137]

La actual argumentación del partido comunista consiste en afirmar que se vacía al término «depauperación» de su contenido, cuando se le limita a los aspectos ma-

---

135. *Op. cit.*, p. 71.

136. «Questions de théorie marxiste-léniniste sur la paupérisation», traducido del ruso, *Economie et Politique*, octubre 1956, pp. 6-19. Ver la crítica de esta tesis por RIMBERT en la *Revue Socialiste* desde el número de noviembre-diciembre de 1956 hasta el de junio de 1957. Respuesta de ARZUMANIAN en «Le socialiste Rimbert et la théorie marxiste de la paupérisation», *Economie et Politique*, abril 1957, pp. 8-22.

137. Ver sobre este punto el estudio de André BARJONET, «Besoins historiques et paupérisation», *Cahiers du Communisme*, enero 1961, pp. 72-79. Del mismo autor, «Aspects actuels de la paupérisation», en *France Nouvelle*, 8 de junio de 1960.

teriales de la pobreza. Para apreciar bien este fenómeno parece indispensable tener en cuenta el conjunto de la condición proletaria (intensificación del ritmo de trabajo, obsesión de productividad, longitud de los trayectos, crisis del alojamiento, necesidad de acumular varios salarios en un solo hogar, etc.). La depauperación expresa esencialmente la «mutilación acrecentada de la personalidad del ser humano en el obrero» (H. Claude), mientras que, por otra parte, la posesión de ciertos nuevos bienes de consumo no hacen sino indicar frecuentemente una agravación de las condiciones de vida. En gran parte, esta posición corresponde simplemente a unas necesidades objetivas que los trabajadores deben satisfacer para estar en situación de renovar su fuerza de trabajo. Desde este punto de vista, el alza de los salarios reales no excluye la posibilidad de un empobrecimiento absoluto, aunque no basta para cubrir las necesidades objetivas nuevas, que en un contexto histórico dado condicionan esta renovación.

Es difícil expresar un juicio uniforme sobre los diversos aspectos de esta tesis. Las afirmaciones relativas al descenso continuo del nivel de vida (o lo que viene a ser igual, del salario real) son, ciertamente, la parte más fácilmente discutible del problema. Aparte de ciertos casos aislados, resulta difícil concederle una consistencia real. Los comunistas franceses declaran que se traicionan sus ideas al reducir la controversia únicamente a este problema. Sin embargo, sus exposiciones no carecen de observaciones o de afirmaciones que tienden a mostrar que no han renunciado a este aspecto de la argumentación y que en todo caso la concepción más amplia de la depauperación no excluye elementos de este tipo. Si, por el contrario, se extiende la depauperación al conjunto de la condición obrera, la comparación de un período con otro continúa siendo incierta, y sobre todo más complicada. Sin negar la realidad de varios de los rasgos enunciados (así, la fatiga nerviosa de ciertas profesiones), se tiene la impresión de que los partidarios de esta tesis confunden en mu-

chos casos lo que se debe al sistema capitalista y lo que proviene de la civilización técnica (los males comprobados —como los de la urbanización y del alargamiento de los trayectos— afectan a todos los miembros de la sociedad y se encuentran en todos los países avanzados, incluidos los comunistas).

La demostración pierde de esta forma una gran parte de su oportunidad. Es cierto que el obrero de los países capitalistas sufre una alienación como consecuencia de la separación entre propiedad y trabajo, y que el trabajo representa para él el coste social de las diversiones. Pero durante los últimos años transcurridos, innumerables estudios y discursos han versado sobre la existencia y los defectos de un «burocratismo» en los países comunistas, capaz, por ejemplo, de esterilizar las mejores iniciativas de los trabajadores. A pesar de las diferencias sociopolíticas entre los diversos sistemas modernos de producción, una norma general, por lo menos, parece destacarse de la situación: toda evolución de la técnica moderna va en contra de la autogestión, o como mínimo la hace extremadamente difícil de organizar.[138] Aunque los autores marxistas denominen a las sociedades socialistas como «no antagónicas», han señalado con demasiada claridad el mantenimiento de contradicciones en estas sociedades, para que haya necesidad de insistir a este respecto.

La forma que Arzumanian ha dado a esta tesis de la depauperación es más sutil, pero se presta a serias críticas. Ya no se sabe muy bien si se trata de una depauperación realmente absoluta o si es simplemente relativa. La objeción más importante que se le puede hacer se refiere a la naturaleza del mecanismo sugerido. De creer a este autor, la depauperación consistiría en el retraso adquirido por el sistema para satisfacer las necesidades de los trabajadores, o en el desajuste entre la aparición de un bien (y su introducción en el

---

138. Así lo dice Jean MARCZEWSKI en *Contribution de la révolution hongroise à la pensée socialiste*, Bruselas 1959, p. 50.

coste de renovación de la fuerza de trabajo) y su difusión generalizada. Esta posición sería, ciertamente, más sólida si distinguiese entre la urgencia de las necesidades y estableciese, por consiguiente, una gradación en la depauperación, según las categorías de los bienes de que se carecen. Más exactamente al ampliarse la tesis a las necesidades denominadas sociales, adopta, a pesar de lo que se ha escrito sobre ello, la forma de un engranaje sicológico. Desde esta única perspectiva, en efecto, se puede concebir que la supresión de una central de televisión sea tan trascendentalmente sentida, como la insuficiencia de la ración de carne. Pero entonces ¿no nos exponemos a encontrar fenómenos de depauperación en todas las sociedades no igualitarias, es decir, en todas aquellas —incluidas las socialistas, dada la situación actual de las cosas— en que el producto no sea distribuido según las necesidades?

Si nos atenemos a esta corriente de pensamiento, parece que el único medio de suprimir el estado de depauperación —que resulta difícil no denominar sentimiento— sería no tolerar, y con mayor razón, no crear ninguna necesidad nueva mientras que la sociedad no se encuentre en condiciones de satisfacerla integralmente con arreglo a una perfecta igualdad. Ahora bien, hasta el presente el propósito de las sociedades dinámicas ha sido crear bienes nuevos cuya difusión generalizada exige un plazo de tiempo más o menos largo. Desde este punto de vista, la sociedad capitalista ofrece numerosos problemas: el poder de los ricos —especialmente por la fortuna adquirida— de poseer en primer lugar semejantes bienes, es objeto, desde hace mucho tiempo, de una crítica creciente; la satisfacción de las necesidades secundarias se emprende frecuentemente antes de que todas las necesidades elementales de la población se hayan saciado; los *mass-communications* (cine, por ejemplo), y la «ducha» publicitaria manifiestan, de forma aún más aparente y por consiguiente más insoportable, esta desigualdad. Dicho

de otro modo: la publicidad, apta para crear necesidades, eleva el nivel de vida deseado o considerado como legítimo por los individuos, antes de que la economía esté en condiciones de satisfacer estos deseos, por lo que podemos afirmar que más bien es un factor permanente de descontento y de tensiones sociales.

En resumen, la tesis de Arzumanian pone de relieve algunos de los mayores defectos de nuestros sistemas occidentales. Pero, por otro lado, muchos testimonios nos obligan a creer que incluso hasta en las sociedades comunistas siguen existiendo taras de este tipo. Parece difícil definir este sentimiento de descontento, en lo que se refiere a la desigualdad social, como un proceso objetivo de la depauperación.

Las controversias que se desarrollan en Francia desde 1955 no han resultado inútiles; al menos han señalado que en sus presentes dimensiones el *Welfare State* no es una panacea, por lo que no llega a suprimir milagrosamente las taras de nuestra sociedad, como se proclamó un poco imprudentemente hacia el año 1945. Gracias a las encuestas socioeconómicas de la época reciente, sabemos que los mecanismos de seguridad social han tenido simplemente como resultado una redistribución de la renta global de los trabajadores, pero no un aumento sistemático de ésta por descuento previo de las rentas de otras capas sociales. Sabemos también que en varios países europeos (entre ellos Francia) la elevación del nivel de vida ha sido repartida desigualmente y que son raras aquellas personas —sobre todo entre las clases modestas— cuya remuneración se haya beneficiado de los progresos de la producción[139] (sometida a fuertes descuentos de orden

139. Se encontrará una buena exposición de este empobrecimiento relativo, cuyas causas son numerosas, en un estudio de M. RUNGIS, «Les travailleurs n'ont touché qu'une faible part de l'enrichissement national depuis la guerre», *Perspectives socialistes*, febrero-marzo 1959, pp. 17-41. Una discusión general del problema se encontrará en TAVITIAN (R.) *La part des salaires dans le revenu national*, París 1959. Este trabajo expone una conclusión que nos alecciona sobre la dificultad del paso de los conceptos teóricos a

civil —elevación de la tasa de inversión— y militar). Sabemos, del mismo modo, que esta lentísima ascensión hacia el bienestar se halla sembrada de fases de detención, cuando no de retroceso absoluto. Si creemos en la Contabilidad Nacional, el consumo anual que había crecido por término medio, de 4,4 % al año, desde 1948 hasta 1957, no ha aumentado más que en un 3,9 % durante el trienio de 1958-1960 (ligera baja en 1918, estancamiento en 1959 y nuevo aumento en 1960). Las caídas que afectan con frecuencia y en primer lugar a los titulares de las rentas débiles, son dolorosamente sentidas y minan la creencia popular en una elevación continua del bienestar. Por lo demás, incluso cuando interviene la mejora, se realiza por etapas insensibles. Es mucho más fácil comprobar ésta a posteriori mediante un análisis estadístico de un largo período, que sentirla en el mismo momento. En definitiva, sabemos, probablemente y sobre todo, que el enriquecimiento de las sociedades deja subsistir una desigualdad, así como el mantenimiento de las distancias relativas entre los diversos sectores de la comunidad.

Estos hechos, demasiado conocidos ya para que exista necesidad de una demostración en toda regla, deberían moderar el entusiasmo de los doctrinarios de la opulencia, cuyas deducciones referentes al paso de lo económico a lo político son, en muchos casos, simplistas y precipitadas.

4. *Riqueza y política*

En definitiva, la opulencia continúa siendo, en esta mitad del siglo XX, un fenómeno de implantación limitada, manifestándose particularmente en el consumo

---

las representaciones estadísticas: a corto plazo, la parte del salario variará en razón inversa de la coyuntura, pero a largo plazo habrá un crecimiento lento y bastante regular de esta parte (1 % cada diez años).

masivo de ciertos bienes de uso duradero y también de servicios de todo orden. Ésta no se observa más que en un número limitado de países en el seno de los cuales sobreviven muchos temas de inquietud y de descontento económico. La situación del mundo campesino, particularmente, sigue siendo muy deficiente. Como lo puede saber cualquiera, una gran fracción de los campos no se ha visto afectada, más que en pequeña medida, por los beneficios de las técnicas propias de una sociedad rica. Los campesinos tienen conciencia de ello en este momento y por ello están dolidos. Los sustentadores de la decadencia de las ideologías admiten este fenómeno, pero señalan su arcaísmo, pues piensan que ésta sería una de las contradicciones provenientes del pasado, cuyo rigor el mundo nuevo aminorará lentamente. Pero este optimismo es tal vez imprudente si consideramos la persistencia en la U.R.S.S. de importantes contradicciones entre la ciudad y el campo.

No quisiéramos tomar partido aquí sobre el valor del socialismo como técnica de ordenación de las relaciones sociales. Sin embargo, si consideramos aunque sea de una manera tosca, los móviles que producen su nacimiento, resulta difícil encontrar en las sociedades modernas alguna razón para justificar su decadencia o abandono. Enfocado como un deseo de igualdad —la vieja aspiración a la justicia social—, el socialismo conserva, a pesar de la «opulencia» relativa, toda su razón de ser. A pesar de las comparaciones que suscita la utilización generalizada de ciertos bienes de confort, el abismo que separa la riqueza de la pobreza no h sido superado. Hoy en día, ciertos rasgos nuevos de l sociedades modernas contribuyen a mantenerlo (in estatuto de los managers). Es posible, también, c bir el socialismo en la perspectiva de una pl ción que implique una afectación más eficaz de tores de producción. Ciertamente el «planism técnica de ordenación y de cálculo racional d tos humanos que no pertenece en concret escuela de reforma social. La experiencia

empero, que los conservadores sienten en general una gran desconfianza hacia este procedimiento. No resulta, por consiguiente, excesivo asociar la planificación a una idea, en cierto modo vaga, del socialismo. Desde este ángulo, basta recordar los defectos en el reparto de los factores que caracterizan a las sociedades occidentales para admitir que la aspiración socialista mantiene todo su fundamento.

En otros términos, la explicación directa del apaciguamiento ideológico basada en la opulencia continúa estando teñida por la incertidumbre. Por lo demás, da muestras de una «parquedad» bastante sumaria en la que no caen los marxistas, ejercitadísimos en el razonamiento dialéctico.[140] Existe cierta conexión entre la evolución del nivel de vida y la formación de las actitudes políticas y también, especialmente en los regímenes bipartidistas, entre el estado de la coyuntura y el reparto de votos. Lo poco que sabemos de la dinámica de estas relaciones nos obliga a emitir diagnósticos matizados; en particular, cuando se trata de apreciar los efectos del enriquecimiento de los trabajadores, muy relativo por otro lado, sobre sus inclinaciones partidistas.[141]

---

140. Observemos, de pasada, que un cierto número de sociólogos americanos —que se consideran no marxistas e incluso hasta antimarxistas— manifiestan en lo tocante a las relaciones entre lo económico y lo político una mayor rigidez que los mismos marxistas. Así ocurre, por ejemplo, con la serie de ensayos que tratan de establecer una relación entre el nivel de desarrollo económico y el funcionamiento de la democracia pluralista. Un análisis de estas tentativas se podrá encontrar en Lipset, *The political man*, *cit.*, esp. cap. II. Ahora bien, uno de los resultados notables de la [illegible]logía política ha sido el de establecer que las cosas no son tan simples. E[illegible] los numerosos testimonios de que disponemos, ver los resultados de mitad [illegible]cuesta italiana, «L'Italia rossa non coincide con l'Italia povera», mayo-junio 1960, pp. 103-108. De 96 provincias, 43 dan globalmente tada, [illegible]ialistas de Nenni y a los comunistas un porcentaje de votos supe[illegible]ice nacional, mientras que 36 disponen de una renta por cabeza [illegible] la media del país. Ahora bien, 22 de estas provincias «rojas» [illegible] las 36 materialmente favorecidas.

[illegible]ificultad, lejos de ser propia al análisis político, se extiende las representaci[illegible] las actitudes sociales. Se puede consultar, para comprobar en razón inversa [illegible]el problema, el análisis monográfico de Ackermann (W.) y lento y bastante r[illegible]hangements sociaux et transformation de l'univers écono-

La miseria más extrema, cuando continúa estando inserta dentro de estructuras feudales, se condimenta normalmente con votos de tendencias conservadoras, cuando no reaccionarias (Italia del Sur). En semejante coyuntura la industrialización (o la transferencia en una región industrializada) producirá al mismo tiempo una conciencia de clase y una mejora del nivel de vida capaz de provocar una radicalización de las opiniones. En los países avanzados, se nota que ciertas fracciones de las clases obreras que gozan de un salario relativamente elevado y de ventajas sociales importantes, continúan apoyando masivamente a los elementos más «rojos» de la vida política. De este modo, mineros, metalúrgicos, o ferroviarios, conservan sus preferencias por las izquierdas a pesar de las ventajas materiales conquistadas. Entran dentro de estas determinaciones el género de trabajo efectuado, el nivel de la conciencia obrera que resulta en parte de las luchas históricas y el valor del encuadramiento sindical. Los obreros de las grandes fábricas de automóviles poseen generalmente un comportamiento electoral más avanzado que el de los pequeños garajes y talleres de reparación.

Dogan, estudiando el «voto obrero en Europa occidental»,[142] ha señalado la importancia del hecho de que los partidos socialistas y comunistas hayan sido privados, en los años recientes, de una parte de los sufragios obreros (un tercio aproximadamente en Gran Bretaña, en Francia y en Italia, un cuarto en los países escandinavos y la mitad, poco más o menos en Alemania occidental). Para hallar una explicación a estas escisiones electorales, Dogan se remite a la estratificación interna del grupo de los trabajadores, y en par-

---

mique et familial des travailleurs», *Bulletin du Centre d'Etudes et Recherches Psycho-Techniques*, enero-junio 1959, pp. 65-77. Para un estudio de mayor envergadura se puede consultar CHOMBART DE LAUWE (P.), *La vie quotidienne des familles ouvrières*, París 1956.

142. *Revue Française de Sociologie*, 1960, núm. 1, pp. 25-44.

ticular del nivel de las rentas. Pero la acción de este factor no es siempre uniforme, pues si en ciertos países el voto de las izquierdas es directamente proporcional a la fragilidad del nivel de vida, no ocurre de igual modo en otros (Alemania, Dinamarca, Suecia) en los que el voto conservador o cristiano-demócrata es más frecuente entre los obreros mayormente desfavorecidos que entre los más acomodados. Por lo demás, el nivel de vida no es sino uno de los elementos de estas escisiones, que Dogan analiza mediante la utilización de múltiples factores sociosicológicos.

Es probable que cometamos un error al concentrar el análisis sobre la dirección de los votos. Pues, al difundirse la opulencia repercute probablemente más sobre el tono y el contenido de las luchas políticas, que sobre la misma distribución de las opiniones. El metalúrgico, por ejemplo, sigue votando «rojo», pero la posesión de un pequeño automóvil —incluso comprado de ocasión—, atenúa la virulencia de esta opinión. Ésta es una hipótesis para cuya verificación no disponemos apenas de instrumentos apropiados. Por otra parte, se correría un riesgo si le concediésemos, en principio, un crédito total. ¿No tiene razón el obrero para creer que debe este confort relativo a la presión colectiva que ejerce sobre el empresariado y no al funcionamiento espontáneo del sistema? Esta cuestión nos conduce a mencionar otro aspecto del problema.

Una explicación sociológica: el neocapitalismo

Esta clase de explicación no es fundamentalmente distinta de la que precede, pues aunque insiste en las mutaciones observadas en las estructuras y mecanismos de la vida social, se refiere también al tema de la sociedad «opulenta» cuya supervivencia y expansión es el factor principal, cuando no exclusivo, de las transformaciones en cuestión. En otros términos, la

era de la opulencia sería la condición necesaria para el advenimiento de la sociedad poscapitalista.

La corriente que vamos a intentar estudiar contiene en realidad múltiples direcciones, cuyos adeptos se oponen, a veces totalmente, en lo que se refiere a las consecuencias de los fenómenos considerados. Algunos, ensalzando el orden existente, no temen en último término asociar capitalismo y democracia, y de esta forma, modelan la expresión «capitalismo democrático».[143] Otros, sin discutir la realidad de cambios, estiman que no hay nada que esperar de un capitalismo que reposa por ahora en la «receta del enriquecimiento y del imperialismo avaro».[144] Sin embargo, unos y otros tienen un rasgo común: el de considerar, en grados diversos, según los autores, que los viejos análisis del capitalismo se encuentran superados y que las transformaciones comprobadas actualmente en las estructuras de las relaciones sociopolíticas, se explican por la intervención de nuevas variables, o, al menos, que han sido subestimadas por los autores del pasado. Otros ven en la concurrencia ejercida por los países comunistas (técnica del «desafío») uno de los factores de este cambio.

Frente a esta corriente, la escuela marxista-leninista mantiene, sin modificaciones apreciables, sus posi-

---

143. Según el título de la obra de Massimo SALVADORI, *Capitalismo democratico. Considerazioni sull'economia americana,* Roma 1956. Sobre el mismo tema J. FOURASTIÉ y A. LALEUF estiman que de todas las expresiones propuestas para bautizar a este «capitalismo nuevo estilo», la de «democracia económica» es la mejor (*Révolution à l'Ouest,* París 1957, p. 209). Sobre las modalidades y el contenido de esta revolución ver EINAUDI (Mario), *Roosevelt et la révolution du New-Deal,* traducido del americano, París 1953. Para una exposición general de las actitudes morales y sociales de la gran empresa en los Estados Unidos, consultar EELLS (Richard), *The meaning of modern business: An introduction to the philosophy of large corporate enterprises,* Nueva York 1960.

144. Según la expresión de Jacques GERMAIN, *Le capitalisme en question,* París 1960, p. 234. Ver también las reflexiones de Jules MOCH y Jacques GERMAIN sobre las formas actuales del capitalismo en la *Revue Socialiste,* junio 1959, pp. 285-331. Consultar igualmente la reciente obra de Robert FOSSAERT, *L'avenir du capitalisme,* París 1961. A partir de su número 81, la revista *Cahiers Internationaux* ha empredido una encuesta sobre el capitalismo contemporáneo (las respuestas son principalmente de inspiración marxista).

ciones tradicionales. Para sus adeptos, las exposiciones de estilo neocapitalista —lo mismo sean críticas que laudatorias— constituyen una mixtificación o un intento de diversión. Actualmente se desarrolla una nueva fase de la crisis general del capitalismo, la cual está caracterizada por tres notas: desarrollo de las fuerzas socialistas mundiales; disgregación del sistema colonial y acentuación de las contradicciones entre los países capitalistas, incluso en el interior de cada uno de ellos. La ley fundamental de la desigualdad del desarrollo económico y político continúa ejerciendo sus efectos y provocando nuevas formas de contradicción (los intentos de «integración» regional no han consistido nada más que en el entendimiento de ciertos monopolios entre sí consagrado mediante acuerdos de los Estados). Los defensores de estas concepciones concluyen afirmando la inconsistencia y total nulidad de las teorías y prácticas revisionistas que discuten estas contradicciones o se esfuerzan en hallarles remedio. El tiempo labora contra el capitalismo, que se desmoronará según las reglas y en las formas previstas por el análisis leninista del imperialismo.

En esta perspectiva, las intervenciones del Estado y principalmente las nacionalizaciones —que los «revisionistas» presentan como el medio de hacer desaparecer la mayoría de los defectos y aspectos negativos del capitalismo, sin perder sus ventajas— son una simple tentativa de salvación de la clase burguesa. Bajo el imperialismo, el Estado se convierte cada vez más en el comité ejecutivo de los monopolios. El sector público, pieza esencial de la «economía mixta», sirve, no a los intereses del socialismo, sino a los del capitalismo monopolista. Un estudio minucioso del sector nacionalizado británico confirma que al sustraer a los propietarios privados varios sectores deficitarios, abonándoles, en cambio, una generosa indemnización, el gobierno laborista ha reforzado sensiblemente las cuatro quintas partes de la industria que sigue permaneciendo

en el sector privado.[145] No obstante, el reformismo internacional ha obtenido un beneficio cierto de estas nacionalizaciones, desde el momento en que ha presentado por medio de una vasta propaganda la experiencia laborista, como un modelo de realización socialista sin brutal ruptura con la tradición establecida.

La conclusión que se puede sacar de este razonamiento es que la evolución no ha aminorado en modo alguno el alcance de la ideología marxista. «La tarea de la clase obrera y de su partido revolucionario no está sino empezando.»[146] ¿Existe la posibilidad de señalar algunos jalones de esta controversia?

1. De la explotación a la integración

La corriente que estamos estudiando aquí es, al mismo tiempo, amplia, confusa y contradictoria. Todo esfuerzo que se dirija a enunciar los principales temas, es arbitrario, y tanto más cuanto que este movimiento agrupa a auténticos defensores del empresariado, a personas de inspiración reformista y a autores que continúan reivindicando el marxismo (un aspecto interesante y tal vez importante del movimiento consiste en que estas diversas fracciones aceptan con frecuencia el diálogo entre ellas). Digamos una vez más que la confianza en la eficacia de la técnica moderna (vinculación con la opulencia) constituye un poderoso foco de reagrupamiento.

a) *Cambio en la estructura y en la mentalidad del capitalismo.* — Podemos establecer como punto de partida la noción que los defensores del régimen y también los reformistas utilizan más corrientemente. De concè-

145. Según JENKINS (Clive), *Power an the top. A critical survey of the nationalized industries*, Londres 1959, pp. 13-14.

146. Guy BESSE, «De la nécessité du parti communiste» *Nouvelle critique*, noviembre 1959, p. 51.

derles crédito, las críticas tradicionales serían inoperantes ante este «capitalismo de nuevo estilo». ¿En qué consiste?

Los partidarios de esta tesis nos dicen que, durante los últimos cincuenta años, la economía ha cesado de estar controlada por los poseedores del capital, en parte porque las grandes fortunas se han ido disgregando y empequeñeciendo a causa de su transmisión por herencia. Como consecuencia de la dispersión de capital que esto lleva consigo, la facultad de gestión se ha ido separando cada vez más de la propiedad o del control financiero. Una nueva categoría se ha apoderado de las palancas de mando de los grandes negocios. Nos encontramos desde entonces en la era de los *managers* o grandes directores; categoría abierta y dispuesta para los nuevos hombres que provienen principalmente de las aulas universitarias o de las escuelas técnicas. Ahora bien, esta categoría social introduce en los negocios una ética totalmente diferente a la de los viejos dirigentes capitalistas, los cuales llegaban a los puestos supremos mediante la descendencia familiar. La expansión de la empresa, mucho más que el lucro financiero, constituye su principal móvil de acción; o, si se prefiere, ya no considera el provecho más que como el medio de realizar el desarrollo. El éxito en los asuntos deja de estar ligado a los beneficios distribuidos, no representando las sumas entregadas a los accionistas, por término medio, más que una fracción de las rentas obtenidas por la empresa. En adelante, la satisfacción del cliente (el «cliente rey», la venta como «un servicio») y la del personal, se anteponen a la complacencia de los accionistas. Esta categoría social de los *managers*, lejos de ser hostil, por sistema, al Estado, según el esquema del viejo liberalismo manchesteriano, acepta cooperar con todos los servicios públicos en el ejercicio de sus funciones. De ello se deduce, por lo que respecta al poder público, la posibilidad de dirigir el desarrollo de la economía en interés de la totalidad de la sociedad.

Este nuevo comportamiento es el propio de los dirigentes de esos negocios que tienen demasiados accionistas, como para poder pertenecer verdaderamente a alguna persona en concreto (vinculación con la tesis de la «democratización» del capital: los 1.400.000 accionistas de la American Telephone and Telegraph). Pero este comportamiento se extiende también, por contagio, a algunas grandes empresas que continúan estando bajo control familiar. De ello resulta un «capitalismo sin complejos» que, dentro de ciertos límites, alcanza igualmente a las unidades de tipo medio. Sobre el plano económico, estos nuevos dirigentes adoptan, por consiguiente, una estrategia de productividad, de expansión y de conquista (caso de los dirigentes franceses en el Mercado Común). En materia social combaten, al menos los más dinámicos, el violento antagonismo heredado del siglo XIX, pero aunque el diálogo con los sindicatos obreros siga siendo tenso, en conjunto es positivo.

Como ejemplo de este remozamiento, se cita en Francia el caso de los patronos textiles de Roubaix-Tourcoing (esas viejas «fortalezas» de la acción revolucionaria). No contentos con haber modernizado sus fábricas para hacer frente a las dificultades de suministro y de ventas, estos empresarios han aceptado desde hace ya unos veinte años el principio de las discusiones paritarias para la solución de los problemas sociales. Estas consultas se efectúan a través de la mediación de comités especializados; el más conocido de los cuales sigue siendo el Comité Interprofesional del Alojamiento, que puede vanagloriarse de haber conseguido importantes realizaciones. Los responsables de este movimiento estiman hoy que la experiencia ha sido concluyente: una vez desaparecida la antigua desconfianza, esta colaboración, que por otra parte no se desarrolla sin tropiezos, conduce a reanimar la condición humana de los trabajadores.

Otro índice de esta transformación estriba en la moda de lo que se denomina, no sin alguna concesión al sensacionalismo, el «capitalismo popular», cuyos par-

tidarios más ambiciosos no dudan en declarar que salvará sin más al capitalismo. La operación tiene dos aspectos que es necesario no confundir: por una parte otorgan al personal una participación en el capital de la empresa, bien contra un cierto pago (General Motors, en los Estados Unidos), bien incluso mediante la distribución de acciones gratuitas (Péchiney, en Francia); y por otra, la distribución de acciones en el gran público, con el fin de aumentar el número de aquellos que tienen un interés financiero en el mantenimiento del sistema. La reciente regresión al sector privado del 60% del capital de la Volkswagen A.G. ha sido efectuada en provecho de estas dos categorías de beneficiarios, interesándonos particularmente aquí la primera de ellas.[147] Se trata de acrecentar la vinculación de los trabajadores a su empresa y, más aún, al modo actual de su gestión. Podemos observar, sin sorprendernos, que el procedimiento ha sido utilizado por diferentes firmas amenazadas de nacionalización (así en Gran Bretaña, la poderosa empresa azucarera Tate and Lyle Ltd.) Añadamos, para terminar, que especialmente en los países anglosajones, los sindicatos han adquirido la costumbre de invertir en acciones industriales una parte de sus haberes. Hasta ahora, esta práctica se ha seguido más en los Estados Unidos que en la Gran Bretaña, pero en este último país se proyecta su más amplia extensión.

Sobre la base de situaciones semejantes, algunos no dudan en proferir la expresión de «obreros capitalistas». Pero esto es correr demasiado, si consideramos que se trata de una fórmula tomada nuevamente del viejo arsenal paternalista; aparte de que los casos en que se aplica son raros y los resultados han sido con

---

147. La primera asamblea general que corresponde a la nueva fórmula se ha reunido el 1 de julio de 1961, con la participación de aproximadamente 6.500 accionistas (los cuales no parecen haber tenido mucha influencia frente a los grandes accionistas: en particular, las autoridades federales y locales, que detentan el 50 % del capital).

frecuencia mediocres (así en Italia, las acciones distribuidas han sido vueltas a vender frecuentemente a terceros). Se puede decir lo mismo, acerca del tema, muy manoseado, de la participación de beneficios y de su versión moderna del *interessement*.[148] No obstante, es característico que estas fórmulas obtengan un rebrote de popularidad (aunque varios sindicatos, en Francia la C.G.T., siguen estando totalmente en contra). En algunos casos, son objeto de un empleo combinado, como, por ejemplo, el procedimiento en uso de la firma británica Chemical Industries (atribución de un bono en función del salario distribuido y pago de este bono mediante la entrega de acciones que el interesado queda en disposición de negociar a continuación, con absoluta libertad, en el mercado).

Entre los instrumentos sistemáticos de «pacificación industrial» las técnicas llamadas de las «relaciones humanas» *(human relations)* presentan otra envergadura. Se las ha podido definir como «los medios para obtener las interrelaciones de orden sicológico y social necesarias para asegurar las condiciones óptimas de satisfacción humana y de productividad, o, en forma más breve, los medios de mejorar el clima social en el seno de las empresas».[149] Estas prácticas se han afirmado en primer lugar en los Estados Unidos, donde han encontrado un fundamento teórico en las experiencias de sicología social de Elton Mayo, la so-

---

148. El nuevo régimen francés recoge actualmente a 36.980 asalariados sobre un total de 13 millones, es decir el 0,28 % (según *Le Monde*, 24 de mayo de 1961). Para una descripción del sistema actual, ver VILLE, G.), *Actionnariat ouvrier et participation financière du personnel à l'entreprise*, París 1960.

149. Se puede encontrar una buena exposición de las «relaciones humanas» (con indicaciones bibliográficas) en la obra de Marcel BOLLE DE BAL; *Relations humaines et relations industrielles*, Bruselas 1958. Ver también LEMESNIL (François), *Les relations humaines dans l'entreprise et la condition salariale*, París 1961. Un estudio crítico más profundo habrá de buscarse necesariamente en las diversas obras de G. FRIEDMANN (en particular, *Problèmes humains du machinisme industriel*, nueva ed., París 1955. (Hay edición argentina; *Où va le travail humain?*, París 1953; *Le travail en miettes*, París 1956).

ciometría de J. L. Moreno y la dinámica de los grupos de K. Lewin. Desde 1945, el movimiento ha empezado a extenderse a Europa, habiéndole conferido una viva impulsión las misiones de empresarios, de sindicalistas y de representantes gubernamentales, enviados a los Estados Unidos dentro del marco de ayuda del plan Marshall. Aunque esta transposición no haya sido literal, el fin del proyecto sigue siendo idéntico en el fondo: mejorar las relaciones entre el personal y la dirección de la empresa con el fin de responder al nuevo estado de ánimo de los trabajadores, que se inclinan a discutir y combatir los modos tradicionales del ejercicio del liderazgo empresarial.

La política de «relaciones humanas» encierra, en efecto, un doble fin, o si se prefiere, una doble cara. Por un lado, unos aspectos de «humanización» de la actividad profesional: conferir al obrero el sentimiento de que no es un simple elemento de la producción, reintegrarle la alegría en el trabajo garantizándole el desarrollo de su personalidad, en una palabra, tratarle como a una persona humana. Este punto de vista es destacado intencionadamente por los defensores y promotores del sistema. Pero, por otro lado, este movimiento tiene otra cara: la «integración del trabajador». Se trata, sin que siempre se diga, de consolidar la vinculación del personal a la empresa, de amalgamarle en esta colectividad social y de apartarle de sus relaciones externas (principalmente de las organizaciones sindicales ajenas a la empresa). En esta perspectiva, el fin apuntado estriba en obtener la aceptación de la autoridad patronal y de suscitar la elevación del rendimiento. Ahora bien, se puede decir, sin formular un juicio de valor, que el sistema de las relaciones humanas debe casi enteramente su nacimiento y su desarrollo a unos móviles económicos (productividad). Las consideraciones «humanistas» han llegado más tarde, apareciendo en muchos casos como una «racionalización».

Uno de los objetivos, o de los resultados, de estas técnicas, sigue siendo el de mejorar el estado de ánimo

de los trabajadores, apartándolos del culto a las ideologías de contenido revolucionario o incluso reformista. Se hará la misma observación a propósito de la técnica de solución de los conflictos sociales conocida con el nombre de mediación.[150] Este procedimiento se encuentra particularmente en auge en los Estados Unidos, donde toda una escuela de pensamiento tiende a reducir los conflictos colectivos de trabajo a unos defectos de ajuste en el funcionamiento de las «relaciones humanas». Este modo de arreglo de los conflictos tiene como inspiración dominante suprimir a los mismos su carácter de «pruebas de fuerza», haciendo prevalecer la noción de un «compromiso razonable». La existencia de ciertas inclinaciones ideológicas en el ánimo de las partes de la discusión no haría sino debilitar su alcance. Este sistema está mal visto por aquellos para los que la solución de las disputas industriales depende sobre todo de la relación entre las fuerzas de la clase obrera y de la clase capitalista, pareciéndoles la mediación una especie de tentativa para debilitar la combatividad obrera y limitar su derecho a la huelga.

Hasta ahora, este sistema se ha limitado a los intentos de ordenación de las relaciones sociales de inspiración patronal y de factura, en suma, espontánea. Pero esto no es todo, ya que el poder público ha intervenido en varios casos, bien para consolidar unas prácticas facultativas privadas, generalizándolas mediante la imposición obligatoria, bien para imponer contra la voluntad de los patronos, cuando sea necesario, unas nuevas fórmulas de relaciones. Nos referimos a las múltiples y heterogéneas tentativas de la creación de una «democracia industrial». Sin entrar en detalles, digamos que la expresión, bastante ambiciosa en cuanto a la práctica seguida, abarca los sistemas de consulta pa-

---

150. Se puede encontrar los elementos necesarios para un estudio de la mediación industrial en MEYNAUD (Jean) y SCHRÖDER (Brigitte), *La médiation. Tendances de la recherche et bibliographie (1945-1959)*, Amsterdam 1961.

ritaria, de asociación de trabajadores en la dirección (del tipo de comités de empresa) y en último término de la cogestión. Estos dispositivos tienden a aportar algunos elementos de satisfacción, generalmente modestos, a la tradicional reivindicación del «control obrero».[151]

Este intento de democratización de la empresa mediante procedimientos legales difiere en varios propósitos de la filosofía americana de las «relaciones humanas», que reposa sobre la concepción de la «libre empresa». Entre varios de estos promotores, empero, «la democracia industrial» proviene de una intención análoga a la de las «relaciones humanas»: preservar a la empresa de la lucha de clases y, por ende, reducir la influencia de los «feudalismos» obreros ajenos a la empresa, dando al personal la impresión de participar en la marcha de «su» empresa.

Igualmente se puede ver en estos procedimientos —generalmente muy tímidos en cuanto al control de las grandes decisiones económicas— un intento para apartar la «revolución» favoreciendo la «reforma» (lo cual se ha llamado hace algunos años la «revolución por el derecho»). Puede suceder, por otra parte, que combinándose el hastío o la impericia obrera con la resistencia patronal, impidan a esta modesta ambición reformista recoger sus frutos (comités de empresa franceses). De esta forma existe la tendencia a restablecerse el vacío tradicional entre la dirección y el personal, por lo que los patronos sienten una fuerte incitación a preconizar la técnica, mucho menos apremiante, de las «relaciones humanas», en su versión americana.

Los factores que acabamos de mencionar influyen evidentemente sobre la vida cotidiana de la empresa.

---

151. Para una buena exposición descriptiva y crítica véase CLEGG (H. A.), *A new approach to industrial democracy*, Oxford 1960. Consultar igualmente *La participation des travailleurs à la gestion des entreprises privées dans les principaux pays d'Europe occidentale* [Estudios realizados bajo la dirección de Marcel David], París 1954.

¿Cuál es hoy, especialmente desde el ángulo de las relaciones de trabajo, el modo de funcionamiento de la gran unidad?

b) *Cambio en el modo de funcionamiento de la gran empresa.* — Las investigaciones en esta materia son recientes y continúan siendo escasas; a pesar de notables esfuerzos, no se puede afirmar que la sociología industrial sea capaz por ahora de establecer algunos esquemas válidos para estos análisis.[152] De ahí, la prudencia general de los comentaristas; algunos, con todo, no retroceden ante la dificultad de formular conclusiones válidas. En este sentido, Serge Mallet, para el cual «se acentúa la separación entre los obreros de las grandes fábricas modernas y el proletariado de las empresas tradicionales».[153] La complejidad del problema proviene de que los movimientos observados se atienen tanto a la misma evolución técnica (y even-

152. Entre diversos intentos, mencionemos el de Luciano GALLINO que trataba de aplicar a la empresa un esquema de interpretación inspirado en los trabajos de PARSONS, *Progresso tecnologico ed evoluzione organizzativa negli stabilimenti Olivetti (1946-1959)*, Milán 1960 (tentativa de análisis de la firma industrial como un sistema complejo sociotécnico en el que una cantidad variable de materiales, energías e informaciones circulan a través de los elementos componentes, dando lugar por parte de éstos y bajo formas muy variadas, a procesos de elaboración, de transformación y de transmisión conformes a los fines unitarios del sistema). Para una presentación general de los métodos de estudio, ver el capítulo «Psycho-sociologie de l'entreprise», debido a G. FRIEDMANN y Jean-Daniel REYNAUD en el *Traité de Sociologie*, bajo la dirección de G. GURVITCH, tomo I, París 1958, pp. 459-478.

153. «La classe ouvrière n'a pas qu'un seul visage», *France Observateur*, noviembre 1958. Entre los numerosos trabajos de S. MALLET, señalamos a continuación algunas referencias útiles para nuestro tema: «Histoire d'une raffinerie française», *Voies nouvelles*, enero 1959; «Comment se forme la nouvelle classe ouvrière», *France Observateur*, 9 de abril de 1959; «Une usine déconcentrée: la Compagnie de machines Bull», *Temps Modernes*, febrero-marzo 1959, pp. 1355-1393 y abril 1959, pp. 1631-1655. [Ver el conjunto de estos trabajos en la obra recientemente aparecida *La nouvelle classe ouvrière*. Ed. du Seuil, París 1963. *(N. del T.)*] Comparar desde el punto de vista del método de análisis con COURVAL (Hélène), «Les mineurs de fer de Lorraine», *Economie et Politique*, mayo 1959, pp. 5-36. Ver también el interesante estudio de G. CAROCCI, *Inchiesta alla Fiat*, Florencia 1960 (según el autor, el obrero de la Fiat, a pesar de las ventajas materiales que ha conseguido, sigue conservando el sentimiento de su propia alienación).

tualmente, a la localización geográfica) como a una política sistemática de los hombres responsables de la gestión.

Analizando, por ejemplo, el desarrollo de la refinería Caltex (en Bec d'Ambès en la Gironda), Mallet señala que la automatización del proceso de fabricación comporta inevitablemente un cambio en los métodos de dirección del personal. Los trabajadores de esta fábrica utilizan unos medios de producción de un costo y también de un rendimiento tales, que los *managers* se encuentran en cierta manera obligados a asegurar la «cooperación voluntaria» del personal (tres días de huelga en marzo de 1957 valieron a la sociedad unas pérdidas de varios millones de francos antiguos). Funcionando con unos efectivos restringidos, pero cuyo papel es decisivo, la refinería vería comprometida su explotación por la cesación concertada del trabajo, del mismo modo que por el absentismo. Por lo demás, la lentitud de la formación del personal operante hacen del *turnover* una verdadera plaga. Para garantizar la permanencia de un clima cooperativo, la dirección practica naturalmente una política de «salarios en punta» (la cual no ha sido, por otra parte, extraña a la acción reivindicativa). Además, se ha esforzado por crear las «condiciones sicológicas óptimas» que permitan al obrero asumir convenientemente su tarea. Así, la atribución a cada trabajador de la plena responsabilidad en su trabajo productivo, sin que pueda intervenir nadie arbitrariamente en su sector. El rasgo dominante de la situación es una «integración» que se aplica en los dos sentidos. Cada vínculo que une al obrero con la fábrica refuerza también la dependencia de ésta respecto de un trabajador difícil de remplazar (integración que acrecienta aún más la realización en la misma empresa de un esfuerzo intenso de formación profesional).

¿Cuáles son las consecuencias de la situación sobre el comportamiento obrero? Contrariamente a lo que opinan otros, Mallet estima que la conciencia de clase permanece más sólida en las fábricas de este tipo

que en otras partes. El sentimiento del conflicto permanente de intereses que opone a empresario y a empleados, continúa siendo aquí muy vivo, por lo que el sindicato ejerce una influencia que raramente posee en otros sectores. Pero, hecha esta reserva, la lucha de clases se concibe a escala de la empresa y, por así decirlo, en el interior de ésta. Sintiéndose vinculados los trabajadores de por vida a la refinería, llegan a considerar la acción reivindicativa como un asunto propio. De aquí la imposibilidad para los responsables sindicales —bajo pena de liquidación a corto tiempo— de acatar estrechamente las consignas generales dictadas por las «centrales». En esta perspectiva es donde se sitúa el riesgo de la «atomización de los sindicatos», consecuencia de las transformaciones estructurales que destrozan toda solidaridad real entre los trabajadores de la gran industria mecanizada (y en el día de mañana automatizada) y los de la pequeña industria manufacturera. Así se explica, por último, la repugnancia de tales obreros —desembarazados en el ejercicio de su trabajo de las amenazas policiales o económicas— en adoptar posiciones políticas ajenas a sus preocupaciones.

En definitiva, apoyándose en varios ejemplos (entre ellos la fábrica de Lacq), Mallet estima que la «nueva clase obrera» conserva un alto nivel de afirmación sindical y de conciencia reivindicativa. Piensa también que las concepciones tradicionales de la lucha de clases no están adaptadas ya a su mentalidad. El movimiento sindical debe revisar su táctica so pena de no ser seguido más que por la fracción más atrasada de la clase obrera. El punto esencial será en adelante la utilización por los sindicatos de algunos de los elementos de control que han conseguido sobre la gestión y, con mayor razón, de los medios de presión consecuencia de los mismos acuerdos de producción.

El interés de los estudios de S. Mallet se limita ciertamente a la claridad y a la originalidad de las

conclusiones que expone. Pero ¿no se trata de generalizaciones precipitadas que se basan, en suma, en algunos ejemplos particulares? Estudiando la automatización en la fábrica Renault,[154] Jean Laplace estima que «el trabajador individual, aislado en su puesto, tiene la impresión de desempeñar un papel cada vez menos importante en la producción y de no ser casi nada». «Pero —añade— cuanto más colectivo se va haciendo el trabajo, más pueden cobrar conciencia los obreros de que lo que crea la riqueza no es el capital, sino su trabajo colectivo». Esta apreciación se opone a la tesis de Alain Touraine para el que la situación implicaría una especie de «recomposición del trabajo», definiendo a éste, sobre todo, por el medio humano donde se encuentra el obrero y ya no como la acción humana sobre la materia.[155] Según Laplace, en la Renault, como en otras fábricas, el clima social de colaboración no es, de hecho, más que la sumisión de los obreros conseguida por el empresariado, público o privado, con la ayuda de las «relaciones humanas».

Los sociólogos industriales manifiestan, en general, una gran prudencia que ellos justifican por la insuficiencia de las investigaciones realizadas hasta ahora.[156] Tratándose, por ejemplo, de los efectos de la automatización, algunas encuestas establecen que el resultado de la misma entre los trabajadores consiste en el sentimiento de una «calificación» superior, pero este sentimiento —del cual no todos los comentaristas admiten

---

154. «Evolution technique et travail ouvrier à la Régie Renault», *Economie et Politique*, diciembre 1958, pp. 7-24.

155. Ver su importante obra *L'évolution du travail ouvrier aux Usines Renault*, París 1955.

156. Para el estudio de estos problemas, la mejor guía disponible en lengua francesa es el *Traité de Sociologie du Travail* de Georges FIREDMANN y Pierre NAVILLE, 2 vol., París 1961-1962. Ver también de quinta sección. «Problèmes de sociologie industrielle» del *Traité de Sociologie* de GURVITCH ya citado, tomo I, pp. 439-511. Véase igualmente de Pierre NAVILLE «Vues préliminaires sur les conséquences du développement de l'automation pour la main-d'œuvre industrielle», *Cahiers d'Etude de l'Automation*, II, mayo 1958, páginas 3-25.

su realidad— es tal vez debido a unos factores extrínsecos a la misma calificación (así, modernización de la instalación). Mencionemos ahora el contraste que algunos han establecido entre la mecanización que habría producido efectivamente la «descalificación» (principalmente por el hecho de la parcelación excesiva del trabajo) y la automatización susceptible de exigir una elevación de la competencia (las tareas de vigilancia y control requieren unos conocimientos nuevos).

La misma incertidumbre se afirma en la apreciación de la influencia que las técnicas modernas de remuneración ha ejercido sobre la moral. Un punto, empero, parece ser objeto de una anuencia general: la endeblez de los resultados obtenidos por las técnicas de la «democracia industrial» (consejos de fábrica, comités de empresa, *joint committees*). La utilización de estos procedimientos no modifica apenas la actitud del conjunto del personal (los participantes directos en el sistema se impresionan con más vigor, pero siempre en el sentido deseado).

Hasta ahora, nos hemos limitado a citar el caso de trabajadores que pertenecían a las grandes empresas en la vanguardia del progreso técnico. Pero la evolución ¿no afecta igualmente —en último caso de forma indirecta— a todos los trabajadores?

c) *Cambios en las estructuras y en las mentalidades de la clase obrera.* — Estos cambios serían el resultado conjugado de varios factores: difusión del bienestar (sociedad «opulenta»), transformación en el espíritu y en los métodos de la dirección patronal, modificación física en el cumplimiento de las tareas... La consecuencia inmediata de estos cambios, ¿no es vaciar de todo contenido concreto a la expresión «clase obrera»?

El hecho de que una parte de los obreros haya votado «sí» en el referendo constitucional de septiembre de 1958 y la importancia del retroceso comunista en

las elecciones siguientes (noviembre) han suscitado en Francia un interés vivísimo por el problema. El resultado de ello ha sido una voluminosa literatura, con frecuencia prematura.[157] Estos trabajos, en su mayoría fundados en estudios sociológicos anteriores, tienen en común admitir la aparición de grandes cambios en las capas sociales asalariadas. Lejos de ser un accidente histórico, la actitud obrera de 1958 habría correspondido a un profundo movimiento, cuyo resultado para los autores más atrevidos no podría ser más que la desvalorización de las mismas clases sociales (la sociedad poscapitalista tendría, en definitiva, como consecuencia convertir en anacrónicos los análisis marxistas).

Los autores de estos estudios de desigual valor se hallan lejos de obtener unas conclusiones idénticas en cuanto al movimiento considerado. Probablemente, la mayoría aceptaría la afirmación de Michel Crozier: «La era del proletariado se acaba».[158] En esta segunda mitad del siglo XX, una situación característica de los trabajadores —la que Marx tuvo ante sus ojos— ha desaparecido o, por lo menos, no es propia ya más que de fracciones «marginales» (trabajadores argelinos, por ejemplo). En conclusión, la evolución económica y la implantación del consumo masivo han transformado al proletariado integrándolo, en mayor grado, dentro de la sociedad. Los factores que han provocado esta mo-

157. A continuación damos una lista simplemente indicativa: «Qu'est-ce que la classe ouvrière française?», *Arguments*, enero-marzo 1959, pp. 2-33; «Sociologie des milieux ouvriers», *Revue de l'Action Populaire*, enero 1959, pp. 16-94; «La classe ouvrière», *Les Cahiers de la République*, septiembre-octubre 1959; TOURAINE (Alain) y MALLET (Serge), «Où va la classe ouvrière?», *Christianisme Social*, marzo-abril 1959, pp. 175-200. Se puede ver una exposición más antigua en el número especial de *Esprit*, «Condition prolétarienne et lutte ouvrière», julio-agosto 1951, pp. 1-217. Consultar igualmente para un análisis de ambición más profunda los artículos publicados en el número 2 de 1960 de los *Archives Européennes de Sociologie* con el significativo título de: «A la recherche des classes perdues». Ver, en particular, el estudio de Michel CROZIER, «Classe sans conscience ou préfiguration de la société sans classe» que se refiere a los grupos intermedios como el de los empleados y funcionarios modestos.

158. *Arguments*, *op. cit.*, p. 31.

dificación de la situación colectiva de la clase obrera en la nación, son bien conocidos (elevación del nivel de vida, ciertamente, pero más aún adquisición de garantías contra las inseguridades bajo sus múltiples formas, disminución de las barreras sociales, principalmente por medio de la difusión de la enseñanza...). Pero, por el contrario, no se ha prestado la suficiente atención a los cambios que han resultado de ello en la conciencia de los trabajadores. De ahí proviene el interés en promover los modos de acción que permitirían a la clase obrera situarse en consonancia con su importancia dentro de la nación.

Pero, precisamente, ¿cuáles son hoy día las dimensiones de esta categoría? Sobre este punto, la confusión es grande, en razón de la variedad de criterios que se han adoptado para el estudio de la estratificación social. Según algunos, la clase obrera se limita a la categoría de los trabajadores manuales de la industria, de los transportes y de la agricultura; según otros, abarca también al conjunto de los asalariados, empleados y cuadros incluidos. Esta amplia concepción sitúa en el mismo apartado a elementos que el modo de trabajo, y con frecuencia también el género de vida, tienden a distanciar; se le reprocha igualmente agrupar junto a los trabajadores manuales otras personas cuya preocupación principal estriba en evadirse de la condición «obrera». De ahí la idea —que se reduce a un puro juego verbal— de mantener una categoría única para los asalariados, pero denominándola «clase asalariada» y ya no «clase obrera». No obstante, la expresión «clase asalariada» no desarmará a aquellos que sitúan una parte de los asalariados —especialmente los cuadros— dentro de la movilidad de las clases medias (agrupando a *Les hommes des temps qui viennent*, según el título de una obra reciente).[159]

---

159. BLETON (Pierre), *Les hommes des temps qui viennent. Essai sur les classes moyennes*, París 1956. Para otra perspectiva, consúltese ACQUAVIVA

Frente a estas discusiones, los marxistas mantienen que la clase obrera se compone de hombres que, desprovistos de toda propiedad sobre los medios de producción, se encuentran obligados a vender su fuerza de trabajo, física o intelectual, al empresario capitalista. Desde este punto de vista, los técnicos y los ingenieros, empleados directamente en la producción, pertenecen a la clase obrera y no a las pretendidas «clases medias» o «terciarias».[160] Esta posición extensiva tiende a combatir las declaraciones que, asimilando la clase obrera únicamente a los trabajadores manuales, concluyen en su disminución numérica y, frecuentemente también, en la baja de su calificación *(supra)*. Probablemente tiene un fundamento doctrinal, pero esta interpretación tropieza con un hecho que el análisis político no debería ignorar. Aunque se haya probado, como así lo afirman los marxistas, que los intereses fundamentales de la mayoría de los sectores medios coinciden con los de las clases obreras, continúa siendo cierto que los miembros de estas categorías sociales adoptan, en gran número, un comportamiento diferente al de los trabajadores manuales y a veces en completa oposición con el mismo (puede suceder que esta distorsión sea el resultado de factores objetivos ignorados por los marxistas, o incluso que sea el producto de una sabia manipulación intencionada que la clase dirigente haya realizado en provecho propio).

El problema esencial implicado en esta polémica de la que estamos citando las principales características, radica en una persistencia de la conciencia de

---

(Sabino), *Automazione e nuova classe,* Bolonia 1958 (se estudia el nacimiento, debido a la automatización, de una nueva clase de especialistas llamados a desempeñar un papel dominante en la vida social).

160. Según la observación de André BARJONET en «Réalité de la classe ouvrière», *Nouvelle Critique,* noviembre 1959, pp. 24-39. Ver también el estudio de Fernand NICOLON, «Situation des couches moyennes en France», *Nouvelle Revue Internationale,* abril 1959, pp. 107-127. Para este autor, «la concepción de una clase media es científicamente falsa y políticamente peligrosa» (lo que impide particularmente a la pequeña burguesía tener una política que sea en verdad la suya).

clases, especialmente entre los obreros manuales, así como su orientación en relación con la ideología reformista. Nos hallamos ahora en el meollo de la polémica. Bajo los efectos del progreso técnico y de sus consecuencias económicas, así como de un esfuerzo de condicionamiento de los agentes («relaciones humanas»), la clase obrera, cuya importancia numérica disminuye aunque adoptemos una concepción restringida de este grupo,[161] ¿va camino de perder su combatividad y de alinearse poco a poco junto a las clases medias? Una evolución semejante —compatible con el antiguo mantenimiento aparente de las viejas etiquetas políticas a las que la apatía habría vaciado de su contenido— ¿aportaría un fundamento sólido a la tesis de la decadencia de las ideologías? ¿O, por el contrario, esta clase continúa siendo capaz de un dinamismo revolucionario que produciría la incorporación progresiva, dentro de ella, de una gran parte de las capas sociales medias (o al menos de las llamadas nuevas: cuadros, funcionarios, intelectuales)?

Algunos estimarán que esta manera de encararse con el problema reposa sobre un esquema superado por la evolución. Existen autores, en efecto, para los cuales el mismo principio de la división de la sociedad en clases debe ser objeto de una revisión radical. Así, Pierre Fougeyrollas, que divide a Francia en tres sectores, teniendo cada uno de los cuales sus capas sociales correspondientes («precapitalista y arcaico»; «ca-

---

161. Disminución que es discutida, de otra parte, por los marxistas. Según BARJONET, *op, cit.*, p. 32, la pretendida ley de decrecimiento del sector secundario se vendrá abajo desde el momento en que se realice un severo examen *interno* del sector industrial. Parece en todo caso que se acerca a la verdad cuando señala la decadencia relativa (compatible con un aumento de los efectivos) de los trabajadores manuales en la masa de los asalariados. Según el Comisariado del Plan, la realización del próximo plan exigiría la contratación de 470.000 personas suplementarias en la industria, pero de 820.000 en el sector terciario. La opinión de Jacques LECAILLON no admite duda: en su opinión, existe una disociación entre el mundo obrero y el de los asalariados, por lo que la clase obrera en sentido estricto vendría a ser en la nación «un grupo cada vez más minoritario» (en *Témoignage Chrétien*, 1 de mayo 1959).

pitalista y pasablemente heterogéneo»; y «poscapitalista, dentro del cual se desarrollan plenamente la tecnocratización y la automatización»); en consecuencia, la única posibilidad de las izquierdas consistiría en desarrollar al máximo el tercer punto y en liquidar «lo más flexiblemente posible» el primero.[162]

Este mismo fenómeno lo menciona también, pero con mayor moderación y agudeza, Pierre Bigo, el cual señala la aparición por encima de las habituales divisiones de clases de unas nuevas realidades sociales cuya influencia es capital para explicar el comportamiento de los individuos. Piensa que «entre el flujo de hombres que se dirigen cada mañana a su trabajo y aquel otro que por la tarde se consagra a las diversiones... resulta cada vez más artificial trazar unas fronteras». La clase obrera, sin duda, se ha constituido en una realidad sociológica, pero actualmente se halla afectada por «una evolución interna y externa que la disgrega y la fusiona». P. Bigo teme que ello produzca una deterioración de la existencia de los trabajadores y teme mucho, igualmente, que la exposición de las diferenciaciones internas de la clase obrera produzca la rotura de su solidaridad y debilite su acción.[163]

Según S. Mallet, la evolución actual del movimiento obrero comporta un serio riesgo de «parcelación» de las acciones reivindicativas, así como un peligro de colaboración de clases, por lo que el sindicalismo no debe encontrar su sentido más que reclamando un control general, tanto técnico como económico, de los medios de producción y de la vida de los negocios. Esta unificación de la agitación política y económica —basada en la obtención de situaciones estratégicas dentro de los organismos que son la piedra angular del Estado capitalista— le parece a Mallet el único medio de detener la desafección por lo que hace a los partidos obre-

---

162. *Cahiers de la République*, septiembre-octubre 1959, pp. 91-93.
163. *Revue de l'Action Populaire*, enero 1959, pp. 62-63.

ros tradicionales.[164] A. Touraine, relacionando igualmente la parálisis política de la clase obrera con el papel dominante del partido comunista, distingue también los dos planos mencionados. Según este autor, el sindicalismo obrero ha cesado de constituir un movimiento social animado por la imagen de una sociedad sin clases, para llegar a convertirse en un elemento de presión, de control o de resistencia. Pero no conseguirá extender su acción en la empresa más que manifestándose también y con fuerza en el plano político, lo que exige una reagrupación previa con otras categorías sociales (asalariados no obreros y elementos de clase media no asalariados). Para conseguir esto, es necesario que el movimiento se sitúe en una perspectiva de desarrollo económico y cese de estar retrasado en relación con el gran capitalismo, más progresivo que el pequeño.[165]

Pero, ¿en qué medida estas especulaciones cuadran con las actuales aspiraciones de sus eventuales destinatarios? A decir verdad, nadie posee unas convicciones claras sobre este punto capital. La controversia relativa a la «americanización» de la clase obrera se caracteriza también, en varios problemas, por un desajuste entre la amplitud de los puntos de vista que se mantienen y la endeblez de las justificaciones plenamente sociológicas. Hemos hablado de los obreros, especialmente de los «manuales», pero ¿se les ha escuchado suficientemente? Sin duda, se han hecho encuestas[166] y se han publicado datos,[167] pero en muchos autores, la es-

---

164. *Christianisme Social*, marzo-abril 1959, p. 199.

165. En la misma revista de la nota precedente, p. 191.

166. Ver entre otros trabajos (no siempre disponibles en las librerías), Andrieux (Andrée), Lignon (Jean), *L'ouvrier d'aujourd'hui. Sur les changements dans la condition et la conscience ouvrière*, París 1960. La obra, que se basa en una encuesta directamente realizada en el medio obrero, sigue teniendo un gran interés y utilidad. Desgraciadamente, la limitación de la muestra disminuye el alcance de la clasificación que se propone (el «obrero» escapista, el resignado y el militante). Se encontrarán numerosos elementos de información y de reflexión en Girod (R.), *Etudes sociologiques sur les couches salariées. Ouvriers et employés*, París 1961.

167. Ver, por ejemplo, Mothe (Daniel), *Journal d'un ouvrier (1956-1958)*.

peculación intelectual se ha adelantado al análisis positivo (inexistencia de una sociología histórica, por lo que sufren de precariedad todos los intentos de comparación temporal).

La aclaración del tema evocado en esta obra exigiría unas respuestas sin equívocos en las dos preguntas que vamos a examinar a continuación. Primer punto: ¿existe siempre un particularismo obrero (especialmente en orden al trabajo manual), o los cambios comprobados en las sociedades industrializadas desde hace algunos decenios han tenido como resultado provocar o preparar su asimilación a las otras capas sociales? Segundo problema: la clase obrera, ¿concibe o no una solución al problema de su existencia? Desgraciadamente, los largos debates de estos últimos años no nos permiten dar una solución basándonos en observaciones positivas. Los escasos elementos disponibles de información directa no apoyan apenas, es cierto, las suposiciones optimistas de estos «pensadores de salón»: todavía muy frecuentemente el obrero se siente objeto de una segregación. De aquí se deduce el sentimiento de «melancolía obrera» que han comprobado varios encuestadores. Así como también el mantenimiento de un particularismo que se atiene al elemento «subordinación» que, por término medio, caracteriza la situación del mundo del trabajo. Todo conduce a pensar, por otra parte, que la multiplicación y el perfeccionamiento de las encuestas sociológicas tendrán como resultado unas respuestas de índole diferente. Solamente la argumentación doctrinal puede ignorar el relativismo o el pluralismo que marca casi necesariamente a una colectividad en vías de transformación.

París 1959. Del mismo autor «Les ouvriers et la culture», *Socialisme ou barbarie*, abril-mayo 1960, pp. 1-44. Recomendamos igualmente la lectura de dos obras de Jacques LOEW, de la orden de dominicos, *En mission prolétarienne*, París 1946 (publicada otra vez en 1961, como «libro de bolsillo») y *Journal d'une Mission ouvrière*, París 1959. Se podrá encontrar algunas observaciones interesantes en la última obra de Michèle AUMONT, *En usine. Pourqoui?*, París 1958.

Esta insuficiencia de nuestros conocimientos es un buen incentivo para analizar otras posiciones que discuten la originalidad del «neocapitalismo» o que le atribuyen unos rasgos bastante menos progresistas.

2. *El neocapitalismo; ¿mixtificación o realidad?*

Hemos tenido ocasión de exponer muchas reservas respecto a las tesis, frecuentemente confusas y a veces contradictorias, que afirman la aparición de un neocapitalismo, o que, por lo menos, convergen en su definición. Este régimen sería fundamentalmente diferente del viejo capitalismo y, como tal, susceptible de explicar la desvalorización de los conflictos ideológicos. Se trata desde ahora de exponer los ataques frontales que discuten los mismos principios de este análisis según el cual la falta de crecimiento del proletariado industrial (junto a su no depauperación), frenaría y tal vez anularía de manera duradera el impulso revolucionario de los obreros. Los agruparemos en dos series, por otra parte generalmente complementarias: de un lado la repulsa a admitir la existencia de cambios sustanciales en los métodos del capitalismo (permanencia de la «explotación), y de otro el rechazo de las observaciones sobre las transformaciones de la clase obrera (lentitud de la integración). ¿Cuáles son los fundamentos de esta argumentación?

a) *Permanencia de la explotación.* — La existencia de una categoría social de empresarios, capaces y deseosos de acabar con los antagonismos del pasado, constituye hoy día un tema muy extendido en diferentes medios. Es uno de los argumentos favoritos de las «relaciones públicas», la nueva rama de la propaganda que los negocios utilizan para mejorar la imagen que tiene de ellos el hombre de la calle.[168] Sin embargo, mu-

168. Se puede ver una magistral utilización de esta técnica en un suplemento (de 24 páginas) en el *Times* del 30 de mayo de 1961, «The survey of Imperial Chemical Industries».

chos discuten que la argumentación sea perfectamente sólida, pues están convencidos de que los cambios conseguidos se exageran hasta llegar a su falsificación, así como de que se tergiversa su sentido. El «neocapitalismo» seguiría siendo una sociedad fuertemente desigual, y ello aunque la composición de sus beneficiarios haya sufrido cambios. A menos de falsear el sentido de la palabra, no sería cierto decir que esta sociedad evoluciona espontáneamente hacia el socialismo.

La observación es válida particularmente en lo que se refiere al método de las consultas paritarias cuyo débil alcance hemos ya señalado. Este sistema deja intacta, en general, la facultad de decisión de los empresarios o de sus representantes, que son, por lo demás, los únicos que disponen de la información necesaria principalmente en el orden comercial y financiero. La actividad de semejantes organismos puede tener unas consecuencias felices para la solución de ciertos problemas sociales, ya que no implica una auténtica participación en el poder económico. En otros términos: no se debería asimilar estas prerrogativas estrechas de discusión, ni tampoco la realización de una presión sobre los salarios con el ejercicio de un «poder compensador».

Según esta corriente, uno de los puntos más importantes consistiría en la amplitud de las prerrogativas y de las ventajas materiales de que gozan los *managers* de las grandes empresas, que son a la vez la vanguardia y la piedra angular de nuestra economía. Debemos partir, en nuestro razonamiento, de la tesis de Burnham. Ciertamente éste ha cometido errores fundamentales, y una gran parte de sus deducciones son inaceptables; en particular, no tiene razón cuando postula la unicidad de la clase dirigente, y menos aún cuando quiere subordinar la política a la gestión de los medios de producción. Ni en las sociedades colectivistas ni en las capitalistas la dominación del sector industrial es suficiente para ejercer el mando del país. La descripción de las relaciones entre lo político y lo

económico es irreducible a una esquematización unilateral.[169] Pero, de acuerdo con el carácter minoritario de la gestión industrial, no podría rechazarse seriamente, ya que a pesar de las bellas palabras la dirección de las fábricas sigue estando en manos de una oligarquía que detenta la mayor parte del poder económico. ¿Quiénes son los miembros de esta oligarquía?

Según un punto de vista corrientemente admitido, se trataría de una nueva capa dirigente: la de los *managers* u «organizadores», o también, como dicen algunos, de los tecnoburócratas. Existen ciertos puntos comunes entre esta tesis y los argumentos en favor de un nuevo capitalismo: disgregación de las grandes fortunas, que reduce las posibilidades del control familiar; decadencia y desaparición a largo plazo de la categoría de los accionistas, cuya parte en la renta de la empresa (al menos en la forma de pago en especie) iría decreciendo. Pero las conclusiones que se extraen de estos fenómenos son totalmente diferentes, según los casos: para unos, tendencia a la democratización; para otros, traslado de los poderes y privilegios a una nueva categoría de beneficiarios. ¿Cuál es, empero, el contenido exacto de esta novedad?

Para ciertos autores, esta clase, supuestamente nueva, sería la antigua clase dirigente en un papel diferente. En otros términos: la capa social poseedora no habría abdicado ni un ápice de su poder. Este punto de vista ha sido sostenido en los Estados Unidos por C. Wright Mills, que ha presentado un minucioso análisis estadístico de los «riquísimos» (aquellos que poseen más de 30 millones de dólares).[170] Basándose en una voluminosa documentación, Mills declara que el capitalismo es siempre una máquina eficaz para la creación y la perpetuación de las fortunas (debido, en

---

169. Véase este punto, más adelante, en la segunda parte de esta obra, pp. 336-348.

170. En su obra *La élite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México. Consultar igualmente LERNER, *op. cit.*, capítulo V.

particular, a numerosas evasiones fiscales). Afirma también que lejos de constituir un conjunto de americanos de origen diverso, los *managers* forman un tipo social uniforme que en sus comienzos han dispuesto de ventajas excepcionales por su nacimiento y educación (un dos y medio por ciento solamente de los altos dirigentes del mundo de los negocios provienen de los medios obreros). Esta concepción es defendida también por los marxistas, que señalan la amplitud de las sumas pagadas a los antiguos accionistas de los grupos nacionalizados, la elevación global de los dividendos entregados y la dimensión considerable de las plusvalías bursátiles; sin embargo, si se tiene en cuenta la degradación monetaria, es dudoso que el accionista medio sea, en cuanto tal, beneficiario del movimiento.

Las observaciones de Mills tienen el mérito de llamar la atención sobre los obstáculos de la movilidad social, que siguen manifestándose en las sociedades avanzadas.[171] Aunque la cuestión no se plantee en términos idénticos en todos los países, resulta difícil admitir que el reclutamiento de la nueva clase dirigente está caracterizado por una excepcional «apertura». Pues, se encuentra afectada de elementos oligárquicos que confieren a los miembros de las capas poseedoras unas posibilidades excepcionales para su reclutamiento y promoción *(social eclusiveness)*. Bastará mencionar a este respecto el papel de las *public schools* británicas que, tanto antes como después de la llegada al poder de los laboristas, siguen siendo el vivero de altos dirigentes públicos y de una parte de los *managers* privados del país. Estas escuelas agrupan aproximadamente a 50.000 alumnos (por lo tanto, el 6 % de

171. Sobre la noción misma de movilidad social se puede leer la obra interesante de LIPSET (S. M.), BENDIX (Reinhard), *Social mobility in industrial society*, Berkeley-Los Angeles 1959. Este libro replantea varias nociones vigentes: en particular, la idea de que los individuos buscan medrar, aunque de hecho no todos utilizan las ocasiones que se les ofrecen, y la idea de que la movilidad conduce a la «armonía» y a la «integración» sociales, aunque, como forma de cambio social, lo mismo crea tensiones como soluciona problemas.

la totalidad de este grupo de edad) que sin constituir necesariamente el factor esencial de la estratificación social, desempeñan un papel importante en la selección de las *élites* dirigentes (Iglesia, Parlamento, Administración, etc.). Las *public schools,* frente a las que el *Labour* hasta ahora ha mostrado mucha timidez, están actualmente, con el apoyo financiero de las grandes empresas, remodelando sus programas con vistas a las necesidades de una sociedad tecnológica (principalmente el desarrollo de las secciones científicas). Estas escuelas —en que los gastos de matriculación son fuertes—, al entretejer unos lazos muy estrechos con la industria, gozan de un tratamiento preferencial para situar a sus alumnos. El reclutamiento en la industria, al efectuarse por cooptación discreta más bien que por selección abierta, nos recuerda en efecto la facticidad de un cierto nepotismo (en particular, en lo que se refiere a una comunidad de educación).[172] Pero probablemente esas suposiciones son demasiado sistemáticas. En otros países, como Francia, el sistema de enseñanza es aparentemente más democrático, pero, como es sabido, prácticamente los hijos de una gran parte de la población no tienen acceso a la Universidad (la cual cobija a la mayoría de las carreras de responsabilidad).

Una faceta caracteriza el comportamiento de los *managers* situados en la cúspide de los grandes negocios: su aptitud para asegurarse un acceso privilegiado a los bienes de consumo. Los miembros de esta categoría social se atribuyen unos tratamientos importantes (que tienen el privilegio de fijarse ellos mismos), pero la imposición directa sustrae por otro lado una parte del interés en la operación. De ahí el alumbramiento de

---

172. Parece, empero, que la expansión de las escuelas oficiales, junto al aumento de la necesidad de técnicos disminuye la importancia relativa de las *public schools* en la formación de los cuadros del país. Sobre las consecuencias del plano universitario, véase FURNEAUX (V. D.), *The chosen few. An examination of some aspects of university selection in Britain,* Oxford 1961. Me remito igualmente a la sugestiva obra de T. H. PEAR, *English social differences,* Londres 1955.

una nueva técnica: la del financiamiento de los privilegios por la empresa. Este método implica el otorgamiento a los cuadros superiores de favores y ayudas múltiples al abrigo del radio de acción de los impuestos (gastos de representación, automóviles, préstamo sin interés...). Se ha calculado, en lo que se refiere a Inglaterra, que un cuarto de los gastos de viaje, un tercio de los nuevos coches (y una parte de las bebidas) se saldan en las cajas de las empresas. Así se explica que a pesar de la tasa de descuento fiscal, los restaurantes de lujo se encuentren siempre llenos, las carreteras surcadas por potentes automóviles con chóferes de librea, etc.[173] En el nivel de los directores del más alto rango, se produce una confusión entre la vida del individuo y la de la empresa (así, por ejemplo, ésta puede ser propietaria de casas de campo o de apartamentos en la ciudad, que pone a disposición de los primeros, sin hablar, naturalmente, del personal y servicio correspondiente). Puede suceder que estas facilidades lleguen hasta la utilización de un yate, de un club en el campo o a veces hasta de un avión. Actualmente la ayuda se extiende también a la educación de los hijos (mediante la concesión por la empresa de algunas becas o también mediante el pago de los gastos de matrícula en las escuelas privadas). A fin de cuentas, los dirigentes que no poseen a título personal más que una parte, a menudo ínfima, de la riqueza de la empresa, se encuentran en condiciones de obtener apreciables privilegios de los bienes cuya gestión aseguran.

Estas prácticas representan en varios casos un fraude fiscal sin más, pero que sigue siendo delicado, si no de descubrir, al menos de sancionar. Existen también numerosos ejemplos de «fraudes legales» o de

---

173. Según Peter SHORE, en un interesante artículo (del que utilizamos ampliamente los datos de esta exposición), «Reflexions sur l'expérience travailliste», *Temps Modernes*, mayo-junio 1959, pp. 1789-1821. Sobre las técnicas utilizadas por ciertos contribuyentes para protegerse de los rigores de la ley fiscal, véase TITMUSS (R. M.), *Income distribution and social change*, Londres 1962.

evasiones toleradas. Su amplitud varía según los países, sin duda, en función de la agresividad de la fiscalidad oficial.[174] Pero el fenómeno se sigue presentando siempre en las sociedades capitalistas, y a pesar de algunas tentativas para el control de los gastos «profesionales»,[175] parece seguir prosperando. Éste es un factor cierto de perpetuación de las desigualdades.

Otro rasgo caracteriza el comportamiento de los *managers:* su afán por reforzar el sistema del cual obtienen unas ventajas sustanciales. Desde este punto de vista, han comprendido que la mejor salvaguarda residía en la «aceptación» y en la «participación» del personal. Por consiguiente, la nueva clase dirigente ha aceptado el sindicalismo como un hecho inevitable, y por otra parte no sin utilidad para la dirección. Los escritos del tipo de las «relaciones públicas» insisten corrientemente en la atmósfera de respeto mutuo que caracterizará en adelante las relaciones entre empresarios y organizaciones sindicales. Esto no deja de tener una parte de verdad, a condición de que los tecnoburócratas señalen una clara preferencia por una actividad sindical que se limita a los problemas únicamente de la empresa (lo que no es, por otro lado, igual a las tentativas de domesticación de la mano de obra por medio de la creación de un «sindicato-hogar»). Otro matiz que conviene señalar sobre esta afirmación de mutuo respeto en los países de pluralismo sindical, es que los *managers* propenden a no considerar a todos los sindicatos como interlocutores igualmente válidos y a aprovecharse de las facilidades que les confiere la división de los trabajadores (a la que no son totalmente ajenos, en honor a la verdad).

En suma, el juego sería, en conjunto, más sutil que

---

174. Ver en *U.S. News and World Report*, 15 mayo 1961, pp. 65-67, un resumen de los métodos que los *highest-paid executives* (cuyos procedimientos se indican) implantan para limitar la imposición fiscal.

175. La Administración Kennedy pareció deseosa de emprender esta batalla (*U.S. News and World Report*, mismo número, pp. 114-119).

en lo referente al pasado. Así se trata, sobre todo, de «acondicionar» mediante técnicas que salvaguardan las apariencias de la libertad humana, más que de realizar ataques frontales. De ahí el empleo de múltiples procedimientos de los que hemos recordado lo principal en la sección precedente: renovación de los esfuerzos por asociar los trabajadores de la industria (y más generalmente el público) al capital de las empresas; atribución al personal, al menos en los grandes negocios, de espléndidas ventajas sociales financiadas por el consumidor (y en su caso, por una disminución de las contribuciones fiscales); utilización de las técnicas de las «relaciones humanas» e intento de adoctrinamiento general por medio de las «relaciones públicas» (así, por ejemplo, estímulo financiero a las «sugerencias»; publicación de un periódico de empresa, etc.). Pero, según las críticas se trata solamente de un «neopaternalismo» de una eficacia diversa, no pareciendo posible la instauración de la democracia en la empresa (a excepción, en todo caso, de una modesta consulta paritaria que no compromete la libertad de maniobra de los dirigentes).

Éstos, que manifiestan a menudo un gran dinamismo en el plano económico, se hallan en estrecha relación con el aparato del gobierno, especialmente con la alta burocracia. Consecuencia de ello es una continua presión sobre la máquina del Estado y la política del país. La influencia de los *managers* sobre el poder es indiscutible, favoreciendo su ejercicio la presencia en los puestos de mando de los tecnócratas, los cuales poseen una formación análoga.[176] Pero sería un error atribuir a esta presión un carácter irresistible. Cuando la democracia política existe —aquella que en principio reposa sobre el ciudadano—, tiene más consistencia de la que quieren reconocer sus detractores de cualquier tendencia. Sin traer a colación aquí las conclu-

---

176. Hemos presentado algunas observaciones sobre este punto en: «Qu'est-ce que la technocratie?» *Revue Economique*, julio 1960, pp. 497-526.

siones de un estudio precedente,[177] diremos que dentro de ciertos límites, el poder público manifiesta una conducta autónoma en relación con la volutad de los negocios. El único punto que se presta a discusión es saber si los dirigentes industriales del «nuevo estilo» son más o menos aptos que los antiguos para inspirar las decisiones del Poder.

En definitiva, la aparición de los *managers* (que se presenta a veces como una tecnocracia profesional vinculada a la clase de los poseedores tradicionales) no ha provocado en modo alguno una revolución socialista y no parece capacitada para favorecer su aparición. Una prueba de ello nos la da el comportamiento de los dirigentes del sector nacionalizado que —con ciertas dificultades debidas a los esfuerzos del control público— tiende a identificarse con el de los altos dirigentes privados. Volvemos a desembocar así en la idea de que la supresión de la propiedad no basta para impedir la constitución de una «*élite* en el poder». ¿No se observan fenómenos de orden tecnocrático también en las sociedades colectivistas?

b) *Lentitud en la integración.* — En razón de la fluidez del fenómeno, no nos resultará tan fácil presentar unas conclusiones claras. Sin embargo, las tesis de los sociólogos industriales han sido objeto igualmente de numerosas críticas.

Probablemente el punto más importante para nuestro ensayo estriba en la graduación de la combatividad obrera —sobre todo en el dominio de los trabajadores manuales—. Si se considera el vasto movimiento de huelgas que sufre el mundo en todas partes, nos veríamos obligados a calificar de exageradas o de erróneas las tesis que insisten en su decadencia. Estas acciones conciernen generalmente, según el modelo habitual, a una empresa o a una rama de actividad; pero a veces

---

177. «Pouvoir politique et pouvoir économique», *Revue Economique*, septiembre 1958, pp. 925-957.

ocurre que, merced a ciertas circunstancias particulares, la movilización obrera reviste una amplitud y una intensidad que le confieren un carácter francamente explosivo. Así ha ocurrido hasta en los países más industrializados (Bélgica: huelga de Borinage, en febrero de 1959, y sobre todo la ola generalizada de huelgas durante los meses de diciembre de 1960 a enero de 1961).[178] En ciertas ocasiones, puede suceder que un movimiento limitado a un sector de la economía, mine y marque a la opinión nacional (así ha ocurrido en el Canadá, en 1949 con la huelga de los obreros de la industria del amianto en Asbestos).[179] Aunque de alcance más limitado, el movimiento desencadenado por el brutal despido en la sociedad Fives-Lille-Cail de 890 trabajadores (enero-febrero de 1959) suscitó una violenta emoción, provocando la intervención de altas personalidades eclesiásticas.[180]

No sería difícil multiplicar los ejemplos de semejantes acciones, cuya aparición es provocada frecuentemente por las políticas de reconversión regional (caso reciente de los miembros de Decazaville, cuya lucha ha tenido rápidamente resonancia a escala nacional). Varios sociólogos industriales, como hemos visto, no discuten esta combatividad pero temen mucho que la acción reivindicativa se vea afectada por una pulverización, al limitarse a reivindicaciones económicas inmediatas dentro del marco de una empresa o de una rama industrial. Punto de vista que parece confirmar A. Barjonet cuando escribe que esta combatividad —cuyo valor, a su juicio, sería absurdo y peligroso

---

178. Movimiento sobre el cual se encontrarán interesantes posiciones en *Socialisme ou Barbarie*, abril-junio 1961, pp. 1-61. Se puede ver un estudio profundo de este conflicto, en la reciente obra de Féaux (Valmy), *Cinq semaines de lutte sociale. La grève de l'hiver 1960-1961*, Bruselas, Instituto de Sociología de Solvay, 1963.

179. Ver *La grève de l'amiante*, en colaboración bajo la dirección de Pierre Elliott Trudeau, Montreal 1956.

180. Conflicto sobre la significación socioeconómica del que se podrá leer un estudio de Serge Mallet en *La Nef*, abril 1959, pp. 37-46, y mayo 1959, pp. 37-43.

negar o subestimar— «se expresa cada vez más difícilmente por medio de las acciones de masa del tipo de las que hemos conocido en el pasado».[181] No obstante, si nos atenemos a 1960, se han podido observar en el mundo importantes demostraciones de carácter marcadamente político (huelga general del 1 de febrero en Francia, dirigida, empero, con el apoyo del gobierno contra la revuelta argelina de las barricadas; huelga general del 8 de julio en Italia, que habiéndose desarrollado después de las manifestaciones de Génova, Roma, Regio Emilia, etc., desempeñó un papel importante en la caída del gobierno de Tambroni; acción organizada en el Japón por el Consejo nacional de la lucha contra el Tratado de Seguridad americano-japonés, con el concurso de más de 140 organizaciones; posturas adoptadas por varios de los grandes sindicatos laboristas en favor de la renuncia unilateral al armamento nuclear, etc.). Lo menos que se puede decir es que el «neocapitalismo» acompañado de la «opulencia» no provoca la supresión de los conflictos (siderurgia americana).[182] Es cierto que, en los Estados Unidos, la huelga se basa generalmente en reivindicaciones laborales y no afecta en nada al principio mismo de la facultad de gestión de los *managers*.

Los intentos de análisis científico de las huelgas siguen siendo en conjunto poco numerosos; las estadísticas oficiales de los conflictos de trabajo se prestan frecuentemente a la crítica y resultan difícilmente comparables de un país a otro. Los escasos análisis de que se puede disponer, establecen que su frecuencia

---

181. «La classe ouvrière: nouveaux problèmes de structures et de conscience», *Cahiers internationaux*, n.º 100, p. 37. FOSSAERT (*op. cit.*, p. 196) expresa en el fondo la misma idea cuando escribe: «La expansión económica (estabilizada mediante una política anticrisis) reduce las tensiones revolucionarias al mismo tiempo que prohíbe a las vastas coaliciones anticapitalistas puramente «negativas» (es decir, tratando en primer lugar de conjugar todas las revueltas contra el sistema económico existente)».

182. Ver el interesante estudio de Pierre WALINE, *Los relations professionnelles dans la sidérurgie américaine et le conflit de 1959*, París, Unión de las Industrias Metalúrgicas y Mineras, s. f.

varía según las épocas y sin que se pueda deducir una tendencia significativa a largo término: según algunos, no obstante, su duración media tendría propensión a disminuir. Por lo mismo, tampoco se han podido establecer relaciones seguras sobre el grado de sindicalización ni sobre la amplitud del fenómeno huelguístico. Muchos estadísticos piensan que, en todo caso, comparativamente a las otras fuentes de «embrollo» industrial (en particular el absentismo), la incidencia de las huelgas sobre la vida económica total del país sería mínima,[183] aunque puedan acarrear excepcionalmente, grandes pérdidas financieras para algunos sectores particulares (así, las grandes compañías de navegación aérea).

En suma, la evaluación de la combatividad de los trabajadores a través de las huelgas continúa siendo incierta en grado sumo. De igual modo, la apreciación de los cambios de estructura de la clase obrera apenas se avienen con fórmulas tajantes, pues al ser el problema ya complejo en sí mismo, se agrava por las divergencias de los autores sobre el propio objeto de la investigación.[184] La idea base de los comentaristas mar-

---

183. Se encontrarán algunas indicaciones, bastante limitadas por otra parte, sobre estos problemas en el *Traité de Sociologie du Travail* de FRIEDMANN y NAVILLE, *op, cit.*, tomo II, pp. 193-202 y el *Traité de Sociologie* de GURVITCH, *op. cit.*, tomo I, pp. 489-496. Para un estudio más profundo (principalmente sobre el caso de Bélgica), véase GUBBELS (Robert), *La grève, phénomène de civilisation*, Bruselas 1962. Ver igualmente SELLIER (F.), *Stratégie de la lutte sociale, France, 1936-1960*, esp. pp. 291-309. Añádase también TIANO (André), *L'action syndicale ouvrière et la théorie économique du salaire*, París 1958, pp. 331-349. Un buen estudio nacional que tiene pocos equivalentes en otros países, se encuentra en KNOWLES (A.), *Strikes. A study of social conflict*, Oxford 1947 (se refiere a Gran Bretaña). Ver por último TIANO (A.), ROCARD (M.), y LESIRE-OGREL (H.), *Expériences françaises d'action syndicale ouvrière*, París 1956, especialmente el análisis de tres huelgas en la Fábrica Renault por André Tiano (1947, 1950 y 1952), pp. 133-150.

184. *La Nouvelle Revue Internationale* realiza una amplia encuesta internacional sobre las «modificaciones de estructura de la clase obrera». Ver los números de mayo 1960 (pp. 139-189), octubre 1960 (pp. 151-170), diciembre 1960 (pp. 59-76), abril 1961 (pp. 106-132), mayo 1961 (110-132), junio 1961 (pp. 149-162). Acerca de Francia, véase NOLLEAU (Henri), «Données sur l'évolution de la population active en France de 1866 à 1956», *Economie et Politique*, julio-agosto 1959, pp. 2-18 y LAURENT (S.), «Classe ouvrière et population active» en la misma revista, diciembre 1959, pp. 27-38. Un punto de

xistas estriba en que las modificaciones son ciertamente perceptible; así, por ejemplo, la posición de que goza el «obrero especialista» en detrimento del antiguo tándem «peón-obrero altamente calificado» (pero ¿no se observa actualmente una tendencia de la progresión de los obreros especializados a alcanzar su propio límite que contradeciría estos pronósticos?). Sin embargo, estos cambios, que siguen siendo limitados, por el momento, a un cierto sector (así, la metalurgia), no alteran en absoluto según estos autores el alcance de las definiciones fundamentales y clásicas del marxismo. Los marxistas ortodoxos, reflexionando sobre una concepción progresiva de la clase obrera, la declaran en aumento constante. Asimismo, señalan la «proletarización» creciente de los empleados (que acentuará más aún la automatización en las oficinas) y manifiestan observar una tendencia siempre mayor a la unión de los empleados con la categoría social de los trabajadores manuales. Según ellos, el obrero moderno es un proletario que a pesar de un extraordinario «bombardeo» intelectual por medio de los grandes sistemas de información, continuaría siendo impermeable a la «ideología burguesa».

Sin embargo, esta intransigencia doctrinal no impide el reconocimiento de hechos que tienen las mismas características que la tesis del apaciguamiento. Algunos comentaristas marxistas admiten que los empleados no se sienten todavía, en general, miembros de una clase aparte, como lo es el proletariado, con intereses opuestos a los de la burguesía. Otros, no rechazan la idea, de manera sistemática, de que los trabajadores manuales se hayan contaminado de la ideología de las «clases medias». Pero interpretan este fenómeno como una especie de «disturbio ideológico» provocado por un retraso en la adaptación a los cambios

---

vista belga se puede encontrar en BOLLE DE BAL (M.), «La 'nouvelle' classe ouvrière: analyses sociologiques et action socialiste», *Socialisme*, septiembre 1961, pp. 557-574.

técnicos en curso y acentuado tanto por las causas políticas de división (escisión sindical) como por el uso intensivo de las «relaciones humanas». Finalmente, otros autores declaran que si el proletariado forma una unidad, existen entre las diversas categorías que lo componen ciertas diferencias en cuanto a la conciencia de clases, al grado de organización, al espíritu revolucionario, etc. Si lo anterior fuese cierto, entonces todo se reduciría al problema de los medios propios para restañar la unidad y la coherencia obrera.[185] Entretanto, esta dispersión y estas contradicciones internas ofrecen a los tecnócratas profesionales, y con frecuencia también al aparato gubernamental, unas grandes posibilidades de maniobra.

La utilidad principal de estas críticas estriba en confirmar las dudas que legítimamente podrían surgir sobre la existencia de un neocapitalismo capaz de resolver espontáneamente todos los problemas sociales, así como el paso definitivo del movimiento obrero al campo de la moderación reformista. Como siempre los eslogans se disipan rápidamente en el momento en que se confrontan con la realidad. Pero estos análisis no pueden ignorar completamente ciertos rasgos del sistema actual, capacitados para pesar sobre el curso de la política: disminución de la movilidad obrera y tendencia a la fragmentación de la acción sindical; desarrollo de las clases medias y signos de un cierto relajamiento de la conciencia de clases; atenuación de la virulencia de los conflictos de clase (en vinculación con la «opulencia» que provoca la aparición masiva de nuevos tipos de consumo), etc. Estos fenómenos no tienen ni la amplitud ni la densidad que algunos comentaristas, de inspiración optimista, les confieren gusto-

---

185. Véanse las sugerencias de REDAIN (Pierre), «La classe ouvrière a-t-elle un rôle revolutionnaire?», *Tribune marxiste*, núm. 6, pp. 25-34. Comparar con LETOURNEAU (Geoges), «L'ouvrier dans l'entreprise moderne», *Voies Nouvelles*, abril 1959, así como CARDAN (Paul), «Prolétariat et organisation», *Socialisme ou Barbarie*, abril-mayo 1959, pp. 53-88.

samente. No obstante, desempeñan ya un papel en la vida política, actuando sobre las dimensiones y la intensidad de las luchas partidistas.

En resumidas cuentas, nuestras dudas se atienen a una incapacidad para percibir las líneas directrices de la sociedad que se transforma ante nuestra vista. El concepto de «sociedad industrial» recientemente puesto de moda (o simplemente readaptado al gusto del día), ¿nos podría servir de brújula?

3. *La sociedad industrial, ¿unidad o diversidad?*

Este concepto ha sido expuesto por Raymond Aron y discutido en toda su amplitud durante una reunión organizada por el Congreso para la Libertad de la Cultura.[186] Esta idea, o bien no tiene ningún alcance, o bien significa que las sociedades que han llegado al mismo nivel de desarrollo económico poseen ciertos puntos o focos de convergencia. En esta dirección, se ha confrontado inevitablemente con el problema de la alteridad o de la no alteridad de las sociedades occidentales y comunistas. Puede suceder que estas sociedades, aun conservando algunos rasgos característicos, evolucionen en una idéntica dirección. En este caso la consecuencia sería, sin duda, la desaparición de un poderosísimo foco de discordias ideológicas. De este modo se vería reforzada la tesis del apaciguamiento ideológico. Sin embargo, suponiendo que interviniese, esta aproximación requeriría mucho tiempo. ¿Es posible, por tanto, esperarla?

La originalidad de la exposición de Raymond Aron radica en definir la sociedad industrial no por sus re-

---

186. *Colloques de Rheinfelden*, *op. cit.*, esp. pp. 75-97 y *passim*. Las indicaciones que hacemos a las páginas citadas en el texto se refieren a este volumen. Para una aplicación de este concepto al estudio de las relaciones internacionales ver Aron (Raymond), *La societé industrielle et la guerre*, París 1959.

sultados ostensibles (expansión de la actividad manufacturera, urbanización, prolongación de la vida humana, etc.), sino por rasgos de comportamiento en cierto sentido estructurales, que inspirándose en observaciones de Auguste Comte concentra en tres puntos: la libertad de trabajo del individuo, la determinación del puesto de cada uno con arreglo a la función cumplida dentro del trabajo colectivo (funcionalización de la organización social) y la racionalización científica de la producción. Estos elementos le parecen suficientes para definir un «tipo social original, con implicaciones considerables» (p. 82).

R. Aron manifiesta utilizar este concepto según un método interrogativo y no dogmático. En particular, y ello constituye un punto capital, rehúsa considerar este tipo de sociedad como una infraestructura que conduce a un modo determinado de las relaciones político-sociales. Según él, es posible admitir que las sociedades industriales, cualquiera que sea su clase, conservarán su diversidad sobre el plano del ordenamiento social: «Puede haber tanta diversidad en las organizaciones políticas o morales de las sociedades industriales, como la que existía en las sociedades arcaicas», escribe en una frase característica (p. 87). Notemos ante todo que, acomodándose a una diversidad de este tipo, la sociedad industrial no poseería ningún poder unificador. La querella ideológica permanecería intacta o casi intacta, desapareciendo solamente la vieja polémica sobre las ventajas y los inconvenientes de la industria.

Esta clase de análisis exige que se admita la «separación de los elementos racionales de organización económica en relación con el conjunto del contexto social» (p. 309). En suma, el concepto de sociedad industrial no crearía sujeciones más que a una fracción, por otro lado muy amplia, de las relaciones sociales. Fuera de este campo, reinaría una libertad de elección o, más exactamente quizá, la posibilidad de variaciones bajo la única condición, naturalmente, de que el orde-

namiento adoptado no replantee las sujeciones que particularizan a la sociedad industrial (observación que habiendo sido hecha por el mismo Aron,[187] viene a decir nuevamente que existe, del mismo modo, cierta trabazón entre los comportamientos característicos de la organización económica y el conjunto del contexto social). En otros términos: la diversidad no debería ser ilimitada.

Este punto, lejos de ser secundario, nos parece que condiciona el debate sobre la alteridad fundamental o las posibilidades de una comparación entre las sociedades occidentales y las colectivistas. El problema se sitúa bajo dos ópticas o, si se prefiere, en dos niveles. En primer lugar, el cumplimiento de las sujeciones de la sociedad industrial o, más sencillamente, el tránsito hacia el estado industrial, ¿se conforma con una gran libertad en la elección de los ordenamientos sociopolíticos, o se halla sometido a unos factores que reducen el campo de las opciones concebibles? Segunda pregunta: una vez fundada la sociedad industrial, los resultados conseguidos en el orden económico ¿conducirán a una comunidad de reacciones respecto a los problemas sociales (como, por ejemplo, en lo que se refieren al reparto del producto o a la ordenación de las estructuras políticas), o dejan opción para una heterogeneidad de conductas? Esto es, en gran parte, volver al problema, difícil de esquivar en esta materia, de la relación entre las ideologías y la realidad. Es posible desatar los lazos de esta cuestión, si consideramos la sociedad industrial como un tipo ideal que admite en la práctica ciertas variedades. Pero, ¿no es esto dar testimonio de un eclecticismo que oculta la verdadera naturaleza del problema?

---

187. «Cuando se discute acerca de la sociedad occidental y de la sociedad soviética», escribe en la página 85: «se discute el margen de variaciones económico-políticas posibles en el interior del mismo tipo de sociedad industrial». Esta noción de «márgenes», ¿es realmente compatible con la idea de «diversidad» enunciada por el autor en varias ocasiones?

Resulta difícil hablar de la sociedad industrial sin intercalar en el centro del debate el proceso de industrialización, o mejor quizá, de crecimiento industrial. Si existe variedad, es a partir de un análisis cuantitativo de este fenómeno, cuyos aspectos sólo es posible percibir si nos situamos en un lugar destacado. Dicho de otro modo: a menos de dar a la palabra «industria» un sentido subjetivo —lo que ocurre si se define a la sociedad industrial por unos rasgos de comportamiento, principalmente por la libertad de trabajo—, la comparación de las comunidades industriales no puede extenderse en términos económicos más que como expresión de una unidad o de una diversidad en los modos y en los niveles del crecimiento industrializado. Los factores de la situación son múltiples, dependiendo tanto de opciones voluntaristas como de datos apremiantes, materiales o morales. Pero si se estudian las condiciones o las consecuencias de la industrialización, resulta imposible analizarlas fuera del contexto social en que el movimiento se desarrolla. Y el problema de la alteridad o de la aproximación, solamente se puede plantear mediante una investigación de este tipo.

Bajo cualquier aspecto que se le considere, el crecimiento industrial continúa siendo, necesariamente, generador de coacciones humanas y de servidumbres materiales; de ahí, recordémoslo, la dificultad de la autogestión por los trabajadores. La amplitud e intensidad de esta «penabilidad» se halla en función de numerosas variables: naturaleza de los recursos empleados, ritmos y circunstancias de la utilización, orientación dada al esfuerzo productivo, etc. Pero las consideraciones ingenuas sobre los felices tiempos de la *belle époque* o las observaciones farisaicas sobre la felicidad de los pobres están excluidas, ya que la industria aporta también inevitablemente unas ventajas por medio de la transformación del género de existencia y mejora del nivel de vida (beneficios adquiridos desde que la economía alcanza la fase de crecimiento, a

partir del cual el progreso del consumo cesa de ser un obstáculo en la acumulación). Dado que esta perpetua conjugación de cargas y de recompensas es común a todas las sociedades que disponen de un sector industrial, ¿sobre qué elementos se basa entonces en la actualidad el debate entre el Este y el Oeste?

Los soviéticos se sitúan sobre dos planos para afirmar la superioridad de su sistema: por un lado la eficacia, es decir la capacidad para hacer inclinarse más rápida y completamente en la balanza el platillo de las ventajas, y, por otro, la equidad moral, es decir, la actitud para un reparto más igualitario de las cargas y de los beneficios. Los dos planos les parecen, además, estrechamente complementarios (en este sentido, hay que mencionar la atribución de los éxitos espaciales a las virtudes del socialismo). Ciertamente, el comunismo (a cada uno según sus necesidades, desapareciendo el Estado político por supresión de su razón de ser) sigue siendo un fin todavía lejano, cuyas condiciones de aparición se enumeran sin complacencia: realización de la abundancia de los bienes de consumo (lo que implica la fijación de una especie de tapa o de límite a los deseos del hombre: *supra*); supresión de todo riesgo de agresión exterior y, con más razón, transformación profunda del ser humano para hacerle sentir la necesidad de consagrar sus fuerzas a la realización de un trabajo socialmente útil.[188] Pero el movimiento está ya iniciado y se realizará inexorablemente. La alteridad de las dos formas de sociedad es, pues, fundamental, y la unificación, tanto práctica como ideológica, no tendrá lugar más que por la generalización en el mundo entero de la «vía socialista».

Aunque menos clara y sujeta a variaciones, la argumentación de los defensores del sistema occidental no

---

188. Sobre el comunismo, ver «Le communisme aujourd'hui et demain», *Recherches Internationales à la lumière du marxisme*, cuaderno núm. 18. Otro punto de vista diferente se puede ver en simposio «The future of communist society» publicado por la revista *Problems of communism*, noviembre-diciembre 1960, pp. 1-37.

admite ninguna de estas afirmaciones. Si, en conjunto, la eficacia industrial del régimen colectivista no es ya discutida, aquéllos se consagran a señalar varios fallos (insuficiencia de los productos agrícolas, mediocridad de los artículos de consumo, dificultades del alojamiento, etc.); pero, sobre todo, se ha hecho valer que estos éxitos han sido pagados con el precio de la supresión de casi todas las libertades. Observación que en el plano teórico conduce a establecer un vínculo entre el ritmo de la vida económica (tasa de crecimiento) y el rigor del encuadramiento constitucional; en consecuencia, la obtención de una tasa muy elevada exige una gran severidad en el control político de los ciudadanos.

El argumento de la igualación de la condición humana es desechado del mismo modo. De hecho, se dice, el régimen ha dado nacimiento a una nueva clase de privilegiados que ha sabido evitar los sacrificios, al mismo tiempo que ha conseguido asegurarse unas importantes ventajas materiales. La ideología socialista ha constituido simplemente un instrumento cómodo de movilización de masas, según la voluntad de los dirigentes supremos, ya que existe una creciente separación entre el ideal teórico y la realidad. La alteridad existe con ventaja en el terreno de las proclamaciones más que en el de los hechos. Por lo demás, la industrialización ha hecho surgir una gran categoría de técnicos y de ciudadanos educados que exigirán, cada vez más, el retorno de ciertas formas de la libertad, así como el acceso al bienestar (provocando, por esto mismo, una detención del crecimiento). A pesar de la intransigencia verbal de los dirigentes soviéticos,[189] al-

---

189. Esta intransigencia es indiscutible. ¿Cómo explicarla? Señalemos aquí, sin hacerla nuestra, la tesis que atribuiría esto al miedo que tienen los dirigentes soviéticos de las ideas morales y políticas de Occidente. Estas concepciones tendrían un poder de subversión contra el cual los jefes comunistas tratarían de inmunizar a sus conciudadanos. Por lo demás, el credo de Occidente es mucho más fuerte de lo que piensan los mismos occidentales. En este sentido, HINGLEY (Ronald), *Under Soviet skins*, Londres 1961 (especialmente la parte final de la obra).

gunos elementos de aproximación —por ejemplo, mitigación de las presiones ideológicas sobre los dirigentes industriales— existen y se irán acrecentando.

La oposición entre las dos tesis es brutal, pero ¿traduce efectivamente la realidad, o bien contiene ciertos elementos tácticos propios para reforzar, según los casos, una tendencia a la expansión o una voluntad de resistencia? Circunscribiendo nuestras reflexiones exclusivamente al marco de las sociedades capitalistas y colectivistas, económicamente desarrolladas, se nos podría argüir que hoy día, a pesar de las similitudes cada vez más numerosas que se deducen del crecimiento industrial, las batallas ideológicas comportan abundantes y ostensibles justificaciones prácticas. La clasificación bajo un mismo apartado, con el lema «sociedad industrial», de estas dos formas de sociedades —y ello incluso si partimos de la industrialización y no de una selección arbitraria de sus rasgos— es criticable en el sentido de que sugiere la existencia, que por el momento se trata de simples tendencias, de convergencias fundamentales. Es un punto de vista económico y no político. Vale más hablar, sobre todo en la primera fase de la industrialización, de organizaciones sociopolíticas opuestas que, según modalidades diferentes, pero con mecanismos sociales comunes, han realizado tanto unas como otras un crecimiento industrial notable; esta diversidad en el proceso de industrialización se halla en relación estrecha con las divergencias en el contexto social.

Es posible que la evolución acentúe el acercamiento y los puntos de analogía bajo el efecto, bien de un movimiento espontáneo (poder de atracción de las estructuras y conductas sociales), bien de una corriente reformista voluntarista (influencia que podría ser recíproca, de los combates ideológicos.) De este modo, todos los observadores señalan que desde la muerte de Stalin la libertad del ciudadano soviético (y especialmente la libertad individual o protección contra las arbitrariedades), ha conocido algunas mejoras. Sin em-

bargo, nos inclinamos, en definitiva, más bien por la tesis de la alteridad, ya que el tránsito de una forma de sociedad a otra implica una mutación o incluso una discontinuidad. Pero éste no es un pronóstico que se pueda demostrar estrictamente.

En el ámbito de los países en vías de desarrollo, el problema permanece igual. Entre varios de sus dirigentes se manifiesta la tendencia a preservar una estructura propia de valores espirituales y de comportamientos sociopolíticos, al mismo tiempo que entablan un proceso de industrialización. De esta manera afrontan, en su terreno, el problema de la alteridad-convergencia. Es posible que varios exageren las posibilidades de diversificación *(supra)*, desconociendo los gérmenes unificadores de la semilla industrial. La construcción de una industria moderna obligará, sin duda, a renunciar a muchas actitudes profesionales. El debate sigue estando abierto para formular pronósticos sobre si esta conducta nos llevará al hombre estandard.

En definitiva, el conflicto entre los dos mundos no parece se tenga que disolver en una hipotética sociedad industrial cuyo advenimiento significaría, *in the long run*, la pacificación de los espíritus. También es posible que las formas de aproximación, basadas en numerosos puntos, se acompañen, ante todo entre los soviéticos, de un redoblamiento de la lucha ideológica. Sobre esta cuestión, como sobre tantas otras, la tesis del apaciguamiento es un cheque en blanco extendido para el futuro.

4. Industrialización y política

Volvemos ahora al caso de las sociedades pluralistas del Occidente que constituyen el objeto de este ensayo. No parece que se disponga actualmente de una teoría capaz de expresar globalmente las consecuencias de la industrialización sobre la política.

Según una concepción bastante popular en medios

diversos, la industrialización sería la responsable sucesivamente del extremismo «rojo» y de su apaciguamiento ulterior.[190] En una primera fase, la de los comienzos del crecimiento industrial, la ruptura del marco socioeconómico tradicional tendría como consecuencia inducir a los trabajadores de las fábricas —categoría entonces en crecimiento rápido— a los movimientos revolucionarios. A continuación, al regularizarse la situación, los obreros se reintegrarían al nuevo marco y, por consiguiente, tendrían que admitir la legitimidad de éste, siendo acelerada esta evolución por los cambios sobrevenidos en el capitalismo tradicional. Finalmente, no se encontrarían ya extremistas —generalmente miembros del partido comunista— más que en los países en que la revolución capitalista industrial no haya producido los resultados económicos esperados. Teniendo en cuenta los elementos de información y los razonamientos ya expuestos en esta sección, no insistiremos en una tesis de un simplismo tan sorprendente. ¿La Alemania de los años 1920-30, que contaba con un fuerte partido comunista, iba por la calle de la amargura de la preindustrialización?

Para los marxistas, por el contrario, el desarrollo del capitalismo industrial debe necesariamente provocar un desarrollo del proletariado (clase obrera en sentido amplio) y una intensificación de la conciencia de clases (es decir, en definitiva, el hecho de que los trabajadores —incluidos los empleados— cobren conciencia de su explotación por los capitalistas). Los elementos constitutivos de esta actitud provienen de la experiencia adquirida en la empresa. De aquí, y mediante experiencias colectivas, los proletarios consiguen un sentimiento de clase capaz de sostener proyectos de acción con contenido revolucionario. En suma, la industrialización sería, desde el principio al fin, el resorte del extremismo, no pudiendo acabar el movimiento más

190. En este sentido Lipset (S. M.), «Socialism, left and rigth, East and West», *Confluence*, verano 1958, pp. 173-192.

que por la victoria total de la clase obrera. Sobre este punto, tampoco los hechos presentes confirman esta posición doctrinal, ya que, en particular, resulta difícil no considerar la diversidad actual del mundo de los trabajadores como un dato de la situación.

Desde el enfoque propio de este ensayo, el problema radica en comprender a los incitadores, y resultados, de un cierto «reformismo» obrero, así como, en su caso, de la tendencia de los trabajadores hacia la apatía o la tolerancia, fenómenos de los que los países industrializados de Occidente suministran numerosos ejemplos. Es éste un elemento importante de la situación que no parece posible considerar con el optimismo prefabricado de los neocapitalistas. Ciertas variables de fondo juegan sin ninguna duda en la formación de estas actitudes, pero están también bajo la dependencia de circunstancias históricas particulares, a las que los sociólogos industriales no conceden probablemente demasiada importancia.

Llegamos pues a una conclusión idéntica a la expuesta en lo tocante a la sociedad opulenta, esto es, la imposibilidad de reducir el análisis de las actitudes políticas a un factor único, que en este caso se trata del estado de las relaciones industriales. Las transformaciones observadas —al menos en la medida en que su existencia puede considerarse como lograda— aportan un elemento de explicación, pero que sigue siendo parcial. Es necesario, por consiguiente, volver a la interpretación pluralista.

De la afirmación táctica a la verificación científica

Un análisis coherente del fenómeno mencionado en estas páginas debe realizarse a partir de dos niveles. En primer lugar, hay que analizar las causas del apaciguamiento ideológico, tal cómo se puede observar en las sociedades contemporáneas. Desde este punto de vista, se debe apreciar el alcance de los elementos desa-

rrollados en las secciones precedentes. Si examinamos esta tesis como una proposición sociológica corriente, nos expondremos por nuestra culpa a un error de perspectiva. En muchas ocasiones, durante esta investigación, hemos tenido el presentimiento de que los autores estudiados se deslizaban, a veces imperceptiblemente, del plano de la investigación positiva, al del intento de persuasión. Se encuentra en ellos la preocupación de una mejora del clima político por medio de una condena, sin ambigüedad, del fanatismo, de la intolerancia y del dogmatismo. Sería injusto ver aquí forzosamente una apología del «tiempo de los escépticos»; sin embargo, esta alegación de la moderación —aunque se acompañe de un gusto por los ajustes constructivos— traduce una preferencia ideológica cuyo sentido es necesario buscar. Por consiguiente, la determinación de los objetivos deseados por los comentaristas —aquellos que, por ejemplo, no han querido leer más que las páginas «rosas» de la obra de Galbraith— constituye el segundo aspecto de la explicación sin la cual nuestro estudio perdería en algún aspecto su «espesor» social.

Este doble intento de interpretación poseerá, sin duda, muchas lagunas y titubeos. También señalará la acción de múltiples elementos, cuya influencia el autor no se halla en condiciones de ponderar. Y además, este análisis tropieza con dificultades de principio que, antes de otra tarea, conviene exponer en su conjunto.

1. Incertidumbres metodológicas

En las dos secciones precedentes, hemos expuesto las explicaciones más populares de la decadencia de las ideologías. La casi totalidad de los partidarios de esta tesis se refieren a ellas de una manera más o menos explícita. Como hemos dicho, estos autores raramente se esfuerzan por profundizar el análisis de las relaciones causales, pero su inspiración esencial ofrece pocas

dudas. Ahora bien, la validez misma de la conexión así establecida puede ser discutida desde varios puntos de vista.

Un factor muy característico del subdesarrollo de este análisis que bastaría para motivar una prudencia particular, radica en la fluidez misma del objeto de explicación. Resulta difícil, y quizá bastante ridículo, enunciar unas causas cuando no se está en condiciones de delimitar con precisión el fenómeno al cual se trata de referirse. Nuestra ignorancia, digámoslo una vez más, se basa en dos puntos. En primer lugar, en las dimensiones del apaciguamiento, que es probablemente menos complejo y profundo de lo que se afirma con una convicción a veces desenfadada. Pero el otro punto es más grave: faltos de un conocimiento apropiado de la evolución histórica, seguimos incapacitados para apreciar seriamente la naturaleza del fenómeno.

Se puede ver en los acontecimientos actuales una simple fase de una evolución de largo alcance; interpretación que parece está incluida en el término «desideologización» y de la que una de sus principales debilidades consiste en el carácter vago y generalmente incierto del punto de partida que se ha escogido. Desde esta perspectiva se desarrollaría como una poderosa corriente que vaciase poco a poco la vida política de su contenido ideológico-moral. Pero al no disponer de una sistematización adecuada, no deberíamos desechar otros principios de evaluación y, en particular, la noción de que atravesamos un período histórico que ha sido precedido y puede ser seguido de una fase de rebrote ideológico. Desde este ángulo, muchos hechos que se consideran como representativos de la decadencia serían en realidad índice no de la muerte, sino de una transformación de las ideologías.

Podríamos dar un paso más imaginando la vida política, según términos económicos, como una sucesión alternada de fases de progreso y de depresiones ideológicas. La idea de una especie de pulsación rítmica no se debe rechazar sin más, pero su empleo desafortuna-

do, por ser prematuro, ha causado demasiados daños a la ciencia económica para que pretendamos utilizarla también en el análisis político. Falta una última posibilidad de enfoque: el supuesto de que la quietud y la apatía ideológica corresponden a la situación más corriente, normal, diríamos, caso de que el adjetivo no estuviese totalmente desprestigiado a causa de un uso abusivo. Por consiguiente, como hemos sugerido desde el comienzo, el presente momento señalaría el retorno al estado habitual que sobreviene después de una de estas fases explosivas (Resistencia-Liberación), que de tiempo en tiempo rompen la monotonía de la resignación cotidiana.

Ante nosotros, por consiguiente, la primera fuente de incertidumbre. Hemos escogido la última de estas hipótesis, pero ninguna de las otras se halla en una contradicción total con lo que nosotros sabemos del funcionamiento de la vida pública. Y en apoyo de cada una de ellas, sería posible presentar algunas justificaciones históricas particulares. Pero si la historia se muestra capaz de dar un elemento de validez o, por lo menos, una apariencia de verosimilitud a cualquier concepción a priori, ¿se debe a la impotencia irremediable de la investigación histórica, o está en razón de una problemática defectuosa en el análisis de los hechos sociales? No es el momento adecuado para discutirlo; bastará para nuestro propósito observar que el análisis histórico contemporáneo continúa estando bastante alejado de las preocupaciones de la ciencia política, y se encuentra, por consiguiente, mal situado para responder a estas cuestiones. Ahora bien, en tanto que la naturaleza exacta del fenómeno analizado en este ensayo —y singularmente su alcance en la evolución— no haya sido precisado, la investigación de las causas seguirá siendo imprecisa. En particular, ignoramos si es conveniente aferrarse a unos factores de largo plazo —del tipo de la transformación del capitalismo— o, por el contrario, si conviene poner en claro algunos elementos propios de la época presente, incluso aunque

parezcan de naturaleza accidental o de valor efímero.

Sin embargo, existe un segundo motivo de incertidumbre, que también presenta el testimonio de un desfallecimiento metodológico: la costumbre de «globalizar» los fenómenos, de razonar únicamente sobre las líneas básicas generales, de olvidar la extrema diversidad de las relaciones concretas cuando se llega a la fase de la formulación abstracta. Una simplificación semejante es el complemento obligado de la conceptualización teórica, pero contiene un riesgo serio (particularmente grande en el nivel de la determinación de las causas): la tendencia a pasar demasiado rápidamente de lo particular a lo general y, finalmente, a seleccionar los hechos en función de la tesis que se desea probar. Parece que los partidarios de explicar el fenómeno mediante el argumento del neocapitalismo cometen con frecuencia un error semejante de proporción.

Cabe preguntarse, según esto, si los sociólogos industriales no tienen una propensión demasiado fuerte a insistir sobre lo «nuevo» desvalorizando, por ende. la importancia de lo «viejo». Observación tanto más grave cuanto que en la mayoría de los casos no se ha hecho ninguna tentativa seria para delimitar el contenido y las fronteras del nuevo sector (los estudios monográficos conciernen a «casos» y no a sectores enteros). Está insuficiencia es grave, porque compromete la validez de las grandes distinciones que se esfuerzan por establecer, verbigracia, entre los obreros de las fábricas automatizadas y el proletariado tradicional o, incluso, entre el gran capital con visión dinámica y el aferrado a la protección maltusiana.

En suma, la heterogeneidad del medio social sigue siendo el obstáculo esencial para la formulación de relaciones generales. En cierto sentido, la expansión de la microsociología constituye una reacción saludable en contra del exceso del determinismo estadístico. Pero el avance de nuestras disciplinas sigue condicionado probablemente por amplias hipótesis bajo reserva de que la frecuencia y la diversidad de los hechos observados

justifiquen la exposición de ellos. Ahora bien, desde este punto de vista, los temas mencionados tan gustosamente en estos últimos años —aparición de la «opulencia» y del «neocapitalismo»— no tienen ciertamente el valor explicativo que se les ha concedido presurosamente. Es claro, que se exageran las transformaciones registradas tanto en el orden de la desaparición de las miserias humanas como en materia de relaciones entre empresario y empleados. Del mismo modo, es necesario someter a una verificación más amplia la idea, no obstante bastante corriente, de una acentuación de las disparidades profesionales, de la que resultaría una disociación incesantemente más fuerte de las remuneraciones, así como una agravación, igualmente creciente, de la heterogeneidad obrera (en la cúspide se encontraría una minoría altamente calificada, y en la base, un subproletariado de obreros incapaces de organizarse eficazmente). En suma, la vieja sociedad sigue más viva de lo que se pretende.

Estas observaciones nos conducen a proponer otro sistema explicativo de una mayor complejidad.

2. *Investigación de los factores de la situación*

Con frecuencia, se admite que a veces, como hemos dicho, bajo etiquetas diversas la sociedad americana y las sociedades de Europa occidental siguen itinerarios parecidos y finalmente convergentes. ¿Es éste un postulado correcto? Muchos estarán tentados a responder de forma afirmativa, y al no disponer de estudios sociales comparativos es difícil negarles, por sistema, la razón. Pero no se puede admitir esta concepción sin establecer numerosas reservas. A pesar de la tendencia uniformista perseguida por la industrialización, las sociedades americanas y europeas siguen siendo diferen tes. Es exactamente igual que se aplauda o se deplore este hecho, pues nada nos garantiza que su evolución,

especialmente en materia ideológica, deba seguir unas vías paralelas con un simple desajuste temporal.

Precisamente es éste el contexto donde conviene situarse para analizar el peso actual de las ideologías. No resulta absurdo partir de la hipótesis de que las sociedades se encontrarían incapacitadas para funcionar correctamente si la lucha ideológica revistiese en cada instante un tono agudo, y, por así decirlo, explosivo. Es posible que la sicología política, al perfeccionarse, confirme la visión del sentido común que reduce a una minoría de individuos la parte de la comunidad capaz de una acción realmente extremista. En la mayoría de los casos la controversia ideológica, sin ser siempre nula, se situaría por debajo de un cierto nivel de seguridad (¿es preciso hablar de márgenes de tolerancia?); es decir, un nivel que sea compatible con un posible juego de los mecanismos sociales.

Bien es verdad que se puede observar en diversas épocas manifestaciones de tipo masivo, en las que una parte relativamente amplia de la población se deja entusiasmar. Pero ocurre frecuentemente que la temperatura política vuelve a bajar con rapidez. Examinemos el caso de Italia durante el transcurso de la primera posguerra. Durante los años 1919-1921, se observaba en este país un intenso hervidero, pero hoy todos los historiadores reconocen que, bastante antes de la llegada de Mussolini al poder, la perspectiva de un golpe de estado bolchevique había desaparecido casi enteramente. De hecho, el fascismo se instalaría en un clima de general pasividad. El combate ideológico podría traducirse de esta forma por una serie de rupturas que intervenían, con más o menos fragor, sobre un fondo de moderación o de monotonía relativa.

La frecuencia y la gravedad de estas rupturas, que tan pronto provocan o acompañan a las fases de transformación brutal o de mutación como, por el contrario, bloquean algunas evoluciones, varían naturalmente según las sociedades y la marcha de los acontecimientos. No parece posible conferirles un carácter de periodici-

dad. Por otra parte, el estudio de los factores que condicionan la reducción habitual de las discordias sigue estando, en gran medida, por realizar. Naturalmente, entran en juego algunas variables espontáneas, tales como, por ejemplo, una gran prosperidad económica o, también, la existencia de vastas perspectivas de valoración (debidas a la grandeza del territorio, a la variedad de los recursos naturales y técnicos). Se dice también, a veces, que la sociedad tiende naturalmente a producir las condiciones que le asegurarán una supervivencia apacible. Parece difícil ver en este organicismo otro cosa que no sea un intento de mixtificación. Para comprender el fenómeno hay que partir del control social tal y como lo ejercen la (o las) capa social dominante. Esto sería volver a introducir en el análisis un elemento que los partidarios del apaciguamiento evitan con demasiada frecuencia: el conformismo social, que depende a la vez de factores espontáneos y de manipulaciones más o menos inteligentes. Una de las diferencias esenciales entre las sociedades occidentales reside en la facilidad con que los elementos dirigentes de la vida social obtienen este conformismo y la holgura con que logran conservarlo. Los amplios análisis del consenso ganarían en solidez si sus autores consintiesen en tener en cuenta este esfuerzo de condicionamiento.

Es fácil ver que esta moderación abarca estados colectivos muy diferentes. Una especie de contentamiento medio que puede resultar, bien de una ignorancia de lo que ocurre en otras partes, bien de una hábil utilización de las técnicas de persuasión, en particular por la vía de los grandes medios de información (*mass-communications*). Esta manipulación no es consecuencia necesariamente de un complot; se trata simplemente de que los detentadores de estos medios, que forman parte del grupo de los beneficiados del sistema, se guardan de todo lo que pueda ponerles en entredicho. Por esta razón habitúan progresivamente a los ciudadanos a encauzar sus preferencias sobre objetos desprovistos de virulencia y, eventualmente, de significación ideo-

lógica (por ejemplo, el culto a la «estrella»).[191] Pero el apaciguamiento puede también disimualr un profundo malestar o un abatimiento siendo esto una pasividad de otro tipo, porque bajo el efecto de las circunstancias o de un esfuerzo de propaganda voluntario, el durmiente puede despertar. En esta perspectiva, las tradiciones históricas de lucha, arquiridas por la clase obrera en ciertos países, no son probablemente más que el fardo embarazoso que algunos han mencionado *(supra)*.

Si nuestra interpretación es exacta, el problema consiste entonces en examinar las características particulares del presente período, que son las que le dan su coloración específica. Suponiendo que la tendencia al eclipse ideológico fuese la regla, no se trataría de un fenómeno uniforme en sus componentes e intensidad, sino también, naturalmente, en su significación. Llegados a este punto, es imposible proceder de otra manera que no sea mediante análisis nacionales pues algunas de las variables que vamos a deducir en lo tocante a Francia, existen también en otros países, pero la *mélange* francesa continúa siendo parcialmente original. La situaremos en la encrucijada de tres series de factores.

a) *Papel de la desilusión política.* — Se puede ver aquí, en primer lugar, y la afirmación es banal, el resultado de una viva desilusión en lo que se refiere a los grandes sistemas, o a las cosmogonías, utilizando el término de Maurice Duverger; aunque un poco presurosamente, se ha tomado el escepticismo, en lo que concierne a estas construcciones, como índice del olvido completo frente a las oposiciones partidistas. Esta decadencia de la atracción que ejercen los sistemas transforma necesariamente las condiciones del compromiso político, pero no se puede asegurar que anuncie su desaparición. Así, ¿qué orígenes hay que atribuirle?

---

191. E. MORIN ha analizado la «liturgia estelar», *Les stars*, París 1957.

Existe la costumbre de mencionar ante todo la decepción producida por el fracaso de la Resistencia, debido a su incapacidad para modificar profundamente la vida pública, así como su retorno inmediato a las fórmulas antiguas (y frecuentemente, también, a los hombres de la época precedente). Esta decepción no se puede discutir, ¿pero se trata de un movimiento que ha afectado realmente a la masa, o solamente han tomado parte en el combate unas capas sociales restringidas? Hay que mencionar también —esto es un lugar común— que estos grupos, unidos contra el enemigo, seguían en discordancia, a pesar de una fraseología común de inspiración socializante, en lo tocante a la explotación de la victoria y al tipo de estructuras sociopolíticas que debían ser instauradas.[192] Otro fenómeno que interviene en el nivel de las masas de ciudadanos, de alcance espectacular, estriba en el cambio de las posiciones a partir de 1947, como consecuencia de la ruptura definitiva entre los antiguos aliados. El fenómeno de los «veletas» es una constante de la vida pública y es fácil, si no original, ironizar sobre el olvido en la política.[193] No obstante, esta vez se trataba de una transformación profunda que venía a aceptar o hasta a encomiar unos temas que poco tiempo antes habían sido calificados como fundamentalmente nocivos (anticomunismo). En el terreno de las prácticas gubernamentales, pensemos solamente en las variaciones sucesivas de

---

192. Así lo demuestra claramente la obra conocidísima *Les idées politiques et sociales de la Résistence (documents clandestins, 1940-1944)*. Textos escogidos e introducción por Henri Michel y Boris Mirkine-Guetzevitch, París 1954.

193. Se han podido distiguir tres variedades: el olvido en el sujeto (que corresponde al deseo de no acordarse de las declaraciones o acciones anteriores que estuviesen más en desacuerdo con la situación del momento actual); el olvido del público (que pierde la memoria de las faltas cometidas por los hábiles: poder de sugestión del que afirma de una manera solemne, categórica), y el olvido en el adversario (sentimiento oscuro de solidaridad o complicidad real). Observaciones extraídas de la introducción de una obra de Orion (seudónimo de Jean Mazé), *Nouveau dictionnaire des girouettes*, París 1948 (el primer diccionario sobre los «veletas» fue publicado, según el autor, en 1815).

los gobiernos franceses por lo que hace al rearme alemán y a la entrada de Alemania en la O. T. A. N. Pero este caso no es un ejemplo aislado; sin ánimo de formular aquí un juicio sobre el fondo, reconozcamos que existía materia para desconcertar y distraer de la lucha ideológica incluso a personas aficionadas a este tipo de compromisos.

Hemos mencionado ya la confusión que caracteriza hoy a amplios sectores del mundo intelectual francés. Especialmente se observa este fenómeno entre los antiguos comunistas («desestalinización», revolución húngara, etc.) debido a que han conservado de su antigua situación la costumbre de exponer extensas justificaciones. Sin embargo, este movimiento alcanza, tanto en las derechas, como en las izquierdas, a todos aquellos que estando acostumbrados a ser atraídos por un punto de apoyo sólido, se encuentran desorientados, una vez que su brújula ha desaparecido o se ha estropeado (antiguos militantes de Acción Francesa, «gaullistas» de todas las variedades especialmente, aunque no de una manera exclusiva durante las fases de eclipse gubernamental del General, adeptos del «mendesismo»...). Así, en gran medida, la desvalorización de las luchas ideológicas es el resultado de un profundo desorden espiritual, no siendo suficiente el simple deseo de un cambio social para indicar la mejor orientación que se debe adoptar y, menos aún, para crear una doctrina de remplazamiento.

Cuando se trata particularmente de explicar la aparente apatía de la clase obrera, se pone en tela de juicio normalmente a la política seguida en los últimos años por el movimiento comunista. Se le incrimina con frecuencia su incapacidad para remozarse, su tendencia hacia una formulación exageradamente dogmática y sus titubeos para maniobrar en las cuestiones vitales. El análisis crítico de estas afirmaciones rebasaría el marco del presente ensayo. No obstante, es probable que éstas hayan encontrado alguna audiencia entre los militantes o simpatizantes (pero no, como es sabido, entre la gran

mayoría de electores, que en circunstancias corrientes permanecen siendo fieles). Añadamos un factor importante: el bloqueo del partido comunista organizado por los otros partidos; el cual, principalmente en el Parlamento o durante las elecciones, podía provocar entre los miembros, bien un conato de rebelión, bien un impulso de dejadez. Esta segunda eventualidad ha sido, con certeza, la que se ha materializado; resulta difícil, normalmente, conservar la fe intacta cuando la esperanza por influir en el curso de los acontecimientos va desapareciendo incesantemente y cuando se produce lo que Duverger ha llamado el aislamiento «sociológico» (la renuncia de un socialista en provecho de un comunista no conduce más que a una fracción de los electores del primero a votar por el segundo). En estas circunstancias, es bastante notable que el partido haya conseguido conservar la mayor parte de su fuerza electoral. Factores explicativos de este hecho en el orden de su importancia son el gran valor de su organización, la potencia de cohesión de su ideología, el empuje del sistema comunista en el mundo y los errores cometidos por sus adversarios.

Probablemente se debería tener en cuenta, para comprender la confusión general, aquello que se denomina de ordinario como «la aceleración de la historia.[194] El fenómeno no es ciertamente nuevo, puesto que Michelet había notado ya en 1872 un cambio en el carácter del tiempo, estimando que en su época «el tiempo había redoblado el paso de una manera extraña».[195] ¿Qué diría en nuestros días al contemplar el ritmo de desarrollo de ciertas evoluciones, como, por ejemplo, la actual «descolonización» de África? Los especialistas siguen con esfuerzo el curso de los acontecimientos, así como su sentido, que con frecuencia va en dirección contraria a las ideas con que se manifiestan (verbigracia, el papel

---

194. Sobre este concepto Daniel Halévy ha publicado no ha mucho una obra temprana y superficial. *Essai sur l'accélération de l'histoire,* París 1961.
195. Observación recordada por D. Halévy, *op. cit.*, p. 17.

del ejército en ciertos países que han alcanzado recientemente la independencia). Para el público medio, este fenómeno consiste en una sucesión vertiginosa de los titulares de los periódicos; apenas se ha acostumbrado uno a un cambio, cuando un nuevo *flash* obliga a otro nuevo esfuerzo de comprensión y de interpretación. Este hecho es lo suficientemente complicado como para conseguir el desaliento de los ciudadanos más tenaces en la búsqueda de una información veraz.

b) *Acción del progreso económico.* — Hasta ahora hemos enumerado algunos factores de desilusión, cuando no de repulsión (multiplicación de los «escándalos» bajo la IV República). Se puede considerar como probable el que esta propensión al apaciguamiento —de alcance negativo y, por decirlo de una vez, de naturaleza inestable— haya sido reforzada por algunos factores de contentamiento. Volvemos a tropezarnos aquí con los temas de la «opulencia» y del «neocapitalismo». Impotentes para proporcionar una clave general del hecho del apaciguamiento, estos dos fenómenos —sobre todo el segundo— se sitúan normalmente junto a otras variables. Vamos a tratar de precisar el sentido de este juicio.

Durante estos últimos tiempos, uno de los factores esenciales de la situación ha sido la aparición de un estado de pleno empleo de la mano de obra. De esta forma, una de las preocupaciones fundamentales de la familia obrera ha sido, pues, si no eliminada definitivamente, al menos relegada a un segundo plano dentro de sus inquietudes. Es sabido el papel que desempeñan las circunstancias históricas en la determinación de las actitudes; ahora bien, la joven generación de los trabajadores ignora la terrible experiencia de sus mayores durante el decenio 1930-1940. Los líderes laboristas han insistido a veces en este factor para explicar la relativa indiferencia de los jóvenes por el socialismo, y de seguro que no se hallan equivocados.

En general, se han logrado algunos beneficios en las

diversas secciones de la seguridad. Durante mucho tiempo ésta ha sido hija del desahogo. Pero, a pesar de los discursos sobre la «opulencia», no es cierto que la elevación del bienestar fuese tan importante y, sobre todo, tan general como afirman los defensores del sistema. En cambio, sí es cierto que éste ha elevado el nivel de la estabilidad, aunque no fuera más que por una redistribución de la renta salarial. Esta disociación de la seguridad y del desahogo es un cambio fundamental en relación con el viejo capitalismo de inspiración principalmente darvinista. Añadamos también que ciertos sectores o empresas han practicado una política de «salarios altos» que han permitido a algunos elementos de la clase obrera alcanzar un bienestar y un confort hasta ahora reservado a otros sectores de la población.

Cometeríamos ciertamente un error si dedujésemos de ello consecuencias sistemáticamente optimistas. Por una parte, la desigualdad subsiste, ora generando actitudes de desconfianza frente al sistema, ora inspirando una posición de repulsa. Por otro lado, se ha ido demasiado aprisa al proclamar la aparición de un sentimiento de integración en la vida nacional de los beneficiados, debilitando con ello el atractivo del extremismo. Sería más exacto afirmar que elementos con capacidad para favorecer esta integración han sido introducidos en el sistema a una escala aún reducida. Este acceso a un bienestar relativo es reciente y en muchos aspectos resulta endeble. No es seguro del todo que el obrero manual, incluso el altamente calificado, esté totalmente libre de las obsesiones de la condición proletaria. De ello se deduce una especie de tensión a causa del temor de perder estas ventajas adquiridas (sobre todo, cuando se trata de un conjunto de bienes duraderos, comprados a plazos, y que va desde la moto hasta el aparato de televisión).

Aunque este razonamiento esté teñido de cierto laconismo, resulta posible admitir que esta evolución sitúa a sus beneficiarios en una situación ambigua, ha-

ciéndolos permeables a ciertos rasgos de la ideología «clases medias» o «pequeña burguesía», pero sin darles la certidumbre de que hayan franqueado definitivamente este umbral. Situación mixta que está acompañada, en particular, de comportamientos políticos complejos, conservando en apariencia la llama de la rebelión, pero recogiendo también los consejos de la prudencia. En el plano del compromiso práctico, esta situación no es incompatible con un voto de extrema izquierda. Pero, como es sabido, el voto no vincula necesariamente al elector más allá de la misma operación electoral, ya que existe un largo trecho desde la introducción de la papeleta en la urna, hasta la participación en la lucha en plena calle, o también en el trabajo diario, sin gloria, dentro de la célula.

Nada parece justificar en la evolución de las sociedades contemporáneas, como ya lo hemos visto, la realidad de un cambio completo en el mecanismo ideológico. Los argumentos que podrían mencionarse en favor del socialismo hace treinta años, se encuentran en su mayor parte vigentes. Desde el ángulo de la seguridad de los trabajadores, y también desde el de la eficacia, el funcionamiento del sistema económico ha mejorado sensiblemente en la Europa occidental. Pero la transformación no parece lo suficientemente masiva y completa como para justificar el final de la batalla. En todo caso, aunque la reducción de los conflictos sea menos clara y general de lo que afirman los seguidores del apaciguamiento, sigue siendo posible, y nosotros diríamos probable, que esta desvalorización sea superior a la que se debía haber deducido de los resultados conseguidos. Pero este resultado no es fruto del azar *(infra)*.

Si nuestra interpretación es exacta, la etapa actual de eclipse y de apaciguamiento ideológico encontraría su razón de ser y su coloración particular en una extraña combinación de la desilusión política y el perfeccionamiento económico relativo; es inútil señalar que una crisis grave de los negocios anularía el segundo de estos factores y por último acabaría también con el pri-

mero. La historia ofrece, sin ningún género de dudas, situaciones comparables. En todo caso nuestra época contiene unos elementos que le son propios. Vamos a mostrar, a continuación, algunos de estos elementos capaces de consolidar y, probablemente también, de profundizar el estado habitual de la apatía ideológica.

c) *Factores de la consolidación de la apatía.* — Una primera causa de consolidación nos parece hallarse en la acentuación e intensificación de los rasgos característicos de la sociedad tecnológica. La significación del fenómeno no deja de tener cierta ambigüedad. Se ha podido ver en el puesto que se ha ofrecido al criterio de la eficacia, el signo mismo de la «desideologización»; pero, al mismo tiempo, el factor tiempo desempeña una función motor en la evolución. El ciudadano acepta inclinarse ante la competencia quizá por efecto de una menor propensión hacia las disputas ideológicas; pero, comprometiéndose en esta vía, precipita su abdicación. Se trata aquí de la trampa de la tecnocracia, cuyo riesgo se agrava a medida que las funciones del Estado se extienden a sectores en otro tiempo reservados a la acción privada. Si el peligro se materializa, se corre, según la expresión de J. Rovan, «un inmenso peligro de conformismo y de arbitrariedad...».[196] El ciudadano, en camino hacia el mejor de los mundos, tiene no obstante una excusa: la dificultad —que no es en modo alguno una imposibilidad— de pasar de los criterios ideológicos habituales a los elementos de referencia necesarios para la solución de semejantes problemas. Dificultad, digámoslo de pasada, que los hombres responsables dejan perpetuarse y consolidarse, descuidando aportar a nuestro sistema general de enseñanza, los correctivos indispensables.

La sociedad tecnológica presenta otro aspecto capaz.

196. *Une idée neuve: la démocratie, op. cit.*, p. 115.

de acentuar el eclipse ideológico: la burocratización de las relaciones sociales colectivas, que se observa en todos los niveles y en todas las formas de actividad. Esta evolución, vinculada al cambio de índice —variable capital de la existencia contemporánea, cuyo análisis continúa profundamente descuidado— consigue hacer al hombre escéptico sobre su propio valor y sus propias posibilidades de intervención. La mayoría de las células de la vida común —empresa, sindicato, partido— se han visto afectadas por este fenómeno. El compromiso ideológico, sobre todo el de inspiración revolucionaria e incluso reformista, supone en el individuo la actitud para superar las sujeciones y para concebir otra fórmula de porvenir social que no sea el orden existente. Ahora bien, la burocracia profesional es el instrumento ideal de estas virtualidades; y el horno conoce su punto perfecto cuando los organismos que se consideran inspiradores y soberanos del porvenir adoptan en su comportamiento cotidiano el mejor estilo de la burocracia de oficio.

Pero la sociedad tecnológica se presenta en compañía de otro fenómeno: la expansión de los grandes medios de comunicación dentro del funcionamiento actual, a los que calificamos, sin titubear, como la segunda variable de intensificación de la habitual apatía ideológica. Como es sabido, para los marxistas, dominación económica y dominación espiritual van emparejadas. Sin aceptar una relación tan rígida, no hay más remedio que reconocer que en cualquier forma de sociedad las clases dominantes se esfuerzan por convencer a los otros elementos de la comunidad de la excelencia de la jerarquía establecida. La experiencia histórica establece que muchos han sabido dar muestras en esta materia de una gran flexibilidad y de notables facultades de adaptación. Con el fin de expresar este fenómeno, Jean Lhomme ha establecido la noción de poder social («capacidad de formar la opinión y de accionar sobre ella de forma que se mantenga la suprema-

cía de una clase como tal clase»).[197] Pero, según las épocas y las circunstancias, este esfuerzo de persuasión conoce una mayor o menor fortuna. Generalmente se está de acuerdo en reconocer que uno de los signos anunciadores de graves cambios sociales radica en la incapacidad persistente de las élites dirigentes para desempeñar este papel.

No es cierto que la operación, a la vez defensiva y ofensiva, se produzca allí donde los adversarios del sistema la esperan normalmente, es decir, en la apología directa o indirecta, implícita o explícita del sistema existente. Ciertamente, el combate se produce también en este frente, atestiguándolo así la enorme publicidad que se ha hecho al tema de la sociedad «opulenta» durante estos últimos años, como también, en un círculo más restringido, a la importancia de las pretensiosas generalizaciones del profesor Rostow. Estamos seguros que una vez agotado el mágico poder de estas formas, aparecerán otras que se presentarán ante nuestra veneración y que serán tanto más atrayentes cuanto reposen sobre una verdad parcial. En varios aspectos, la «decadencia de las ideologías» constituye una de estas consignas cuya consideración ha permitido que dóciles comentaristas declaren que Francia se «americaniza».

No exageremos, empero, el poder de estas consignas fuera de su medio de origen. Así ocurre probablemente en varios países, entre los que se encuentra Francia, en cuanto a las técnicas denominadas de «relaciones humanas». S. Mallet ha mostrado con perfección que su empleo intensivo no produce —al menos necesariamente— una baja de la conciencia reivindicatoria. So-

197. *La grande bourgeoisie au pouvoir, 1830-1880,* París 1961, p. 81. Se encontrará bajo una forma intencionadamente humorística, varios elementos de reflexión en la obra de Roland BARTHES, *Mythologies,* París 1957. Así, cuando escribe (pp. 248-249): «Es una ilusión reducir la cultura dominante a su núcleo inventivo: hay también una cultura burguesa de claro consumo. Francia entera se halla bañada de esta ideología anónima: ...en nuestra vida cotidiana, todo es tributario de la representación que la burguesía se hace y nos hace de las relaciones del hombre y del mundo».

bre este plano, los factores objetivos, en particular el nivel del empleo y el estado del salario real, son a la postre de un poder muy distinto.

El foco principal del debilitamiento ideológico nos parece que se encuentra situado en otra parte, residiendo, según lo habíamos notado ya, en la transferencia de las preocupaciones hacia objetos desprovistos de significación política. El deporte constituye en cierta manera uno de los puntos de fijación, relativamente espontáneo, de esta «desideologización». Pero su fuerza de diversión sigue siendo probablemente bastante menor a la de una parte de la prensa (semanarios con amplios titulares, novelas «rosas», publicaciones destinadas a los niños y adolescentes, etc.) La radio y la televisión, especialmente, intervienen en el mismo sentido, y ello no solamente cuando se encuentran en manos de intereses comerciales. Nos condenamos a no comprender nada sobre un cierto estado de apatía ideológica, si omitimos esta fuente de formación de las actitudes, cuya potencia no deja de crecer en detrimento de la prensa llamada de opinión (que en Francia, al menos, ha encontrado un importante refugio en el terreno de los semanarios y de varias revistas).

Se puede discutir este análisis declarando que el sector estudiado normalmente hace profesión de neutralidad ideológica. Pero el argumento no tiene valor; en primer lugar, porque muchas de estas publicaciones poseen una línea política que, aunque siendo muy discreta, no resulta difícil de discernir mediante un análisis que se utilice con métodos de cierta agudeza. Por otra parte, volveremos más adelante sobre este punto, la ausencia de la ideología —más exactamente la reivindicación de una posición de este tipo— se trasluce, se quiera o no, en una aprobación del orden existente. De hecho, la repulsa ostensible del compromiso ideológico permite intentar la agrupación de todos los lectores alrededor de unos valores o representaciones comunes de tipo necesariamente vago y lenitivo, concentrando la atención del público sobre los cuentos de

hadas, las hazañas de los *gangsters* y los sinsabores sentimentales de la princesa o de la «estrella».

Es un hecho cierto que lo esencial de nuestro sistema de comunicaciones funciona en un sentido antiideológico y, por consiguiente, conservador. Y cuando el terreno está abonado de esta guisa, es el momento en que las técnicas de las «relaciones humanas» o de las «relaciones públicas» son susceptibles de cumplir con alguna eficacia su misión de propaganda. En los Estados Unidos se insiste mucho en el papel considerable que desempeñan hoy en la política las agencias de publicidad y los especialistas de relaciones públicas, cuyos servicios se solicitan de una manera sistemática por los partidos y los grupos de presión.[198] El papel de estos organismos sería, sin ningún género de dudas, menos efectivo si se ejerciese en un terreno profundamente surcado de rivalidades ideológicas. La «decadencia de las ideologías» es la condición previa del condicionamiento de los espíritus, por lo que nos explicamos fácilmente los esfuerzos que se realizan para conseguirla.[199]

Las variables, por otro lado, estrechamente vinculadas y cuya dinámica acabamos de exponer, no son, ciertamente, nuevas. Pero no es imposible que su acción —particularmente la de la segunda— se vaya profundizando e intensificando. Mas, justamente, las amplias

---

198. Ver sobre este punto KELLEY (Stanley) Jr., *Professional public relations and political power*, Baltimore 1956 (en particular los capítulos consagrados a la agencia californiana Whitaker and Baxter, pionera de la corporación, a la campaña de la American Medical Association contra la «socialización» de la medicina; a la elección presidencial de 1952...)

199. Se encontrarán interesantes consideraciones sobre el poder de la información visual en COHEN-SEAT (G.), FOUGEYROLLAS (P.), *L'action sur l'homme: cinéma et télévision*, París 1961, esp. pp. 78-80. Según los autores, el desarrollo de la información visual constituye uno de los elementos esenciales de la «mutación política» observada en Francia (convirtiéndose la política en «uno de los momentos más o menos pasivos del espectáculo cinematográfico o televisado» y por consiguiente posee unos lazos menos estrechos que antaño «con los intereses particulares de las agrupaciones que forman la sociedad»). Si lo consideramos como una simple incitación a la reflexión, el propósito merece ser recordado. Nos remitimos igualmente al estudio de Georges LAVAU «Les aspects socio-culturels de la dépolitisation» en la *La dépolitisation mythe ou realité?, op. cit.*, pp. 167-207.

profesiones de fe de numerosos intelectuales sobre el fin de las ideologías, ¿no serán una contribución, consciente o inconsciente, poco importa, a esta campaña para la consolidación del conformismo?

3. *Un nuevo tema de propaganda ideológica*

No se puede discutir, empero, que la tesis del apaciguamiento ideológico contenga algo de verdad. Pero resulta más difícil admitir, a pesar de la mediocridad de nuestra información, que esta decadencia, en especial en unos países como Francia o como Italia, sea tan marcada como se ha pretendido alguna vez. ¿A qué se debe este desajuste o, en otros términos, por qué esta insistencia a presentar como un hecho indiscutible una tendencia difusa e incierta, susceptible probablemente de un brutal cambio en un momento cualquiera del futuro?

En primer lugar, naturalmente, debemos hacer una concesión a lo que es una simple moda, servidumbre que en el dominio científico se impone con un vigor particular. En un momento en que la «prospectiva» y otros «futuribles» * conocen un auténtico éxito de curiosidad, el riesgo de retrasarse en el movimiento del siglo se presenta como especialmente temido. Esto constituye un pecado capital; para evitarlo, se aceptarán, sin examen crítico suficiente, las posiciones nuevas o que se consideran así desde el instante en que sus adeptos las exponen con cierta firmeza. Pero ¿de dónde extraen su convicción los inspiradores de la campaña? Admitamos, de entrada, que la convergencia final de las actitudes no significa en modo alguno una unidad de inspiración.

Uno de los móviles de la posición antiideológica es,

---

* Este término, en boga actualmente en Francia, parece se debe al teólogo español P. MOLINA. Ver en este sentido el artículo citado del autor de esta obra: «Les spéculations sur l'avenir», *Rev. Française Scien. Pol.,* Septiembre 1963, pp. 676-677. *(N. del T.)*

sin duda, la repulsa que provoca en muchos el empleo que se hace, frecuentemente sin pudor, de motivaciones ideológicas con el fin de camuflar y justificar una voluntad de poder y la defensa de unos intereses particulares o, también, con el fin de explicar éxitos industriales debidos a una concentración prioritaria de los medios técnicos. La adhesión ideológica que recela de los mayores peligros, aunque sea sincera y sobre todo quizá, si se revela así, constituye un obstáculo para el examen lúcido de la situación y para la búsqueda de un compromiso aceptable. Ahora bien, el juego político, ¿no exige una aceptación del relativismo o, tomando la observación de Raymond Aron, «una sabiduría que consiste en no alcanzar lo absoluto»?[200] Si, como piensa Aron, la tolerancia es una virtud cardinal, el apaciguamiento de las ideologías constituye entonces un fenómeno feliz, por lo que es deseable actuar de forma que precipitemos su llegada.[201]

En un reciente escrito de T. Wright Mills,[202] se encuentra otra interpretación del fenómeno. Según este autor, la tesis de la «decadencia» de las «ideologías», es en realidad «un eslogan de la suficiencia puesto en circulación por y para unos hombres centrados únicamente en el presente y que pertenecen a las sociedades opulentas del Occidente». El texto de Mills no posee siempre una coherencia perfecta: así, no se entiende bien el camino que le conduce a hacer de esta tesis «una reacción automática... de la ideología staliniana» y a decla-

200. *Polémiques*, París 1955, p. 195. Señalemos la reciente obra de Dino DEL BO, *Le sorti della vita*, Milán 1961. El autor define aquí y crítica al «nominalismo», especie de dogmatismo que conduce a analizar la realidad en términos preconcebidos e impide a los hombres políticos adaptarse a las realidades de su tiempo. Éste es uno de los aspectos del proceso de las ideologías.

201. «Si la tolerancia nace de la duda, que se enseñe a dudar de los modelos y de las utopías, a recusar a los profetas de la salvación, a los anunciadores de catástrofes», escribe R. ARON, que concluye su observación con un deseo: «Llamemos ardientemente a los escépticos, si es que saben apagar el fanatismo» (*L'opium des intellectuels*, París 1961, p. 334).

202. «Mort des idéologies. Lettre à la nouvelle gauche», *Les Lettres Nouvelles*, febrero 1961, pp. 28-43.

rar que el fenómeno tiene la misma naturaleza que el «realismo socialista». Pero aparte estas consideraciones borrosas se encuentran en su análisis sólidas observaciones: por ejemplo, cuando declara que para muchos partidarios de esta tesis, el fin de las ideologías significa en principio y sobre todo, la muerte del socialismo, o también cuando señala que la aplicación de esta posición conduciría a un «verdadero fetichismo del empirismo» y a la apología de la «ciega deriva de la humanidad». Observemos, empero, que Mills adopta las tesis de la desvalorización de los conflictos, al mismo tiempo que señala la ruina de la clase obrera como factor histórico de cambio. Pero no desespera, por lo mismo, ya que ve en la *intelligentsia* el «factor inmediatamente disponible y eficaz para un cambio».[203]

El carácter utópico de semejante observación[204] no debe conducir a rechazar el argumento en conjunto. Por ejemplo, no se debería discutir que «toda reflexión política capaz de tener una significación pública sea por esencia ideológica». Y no está falto de razón cuando escribe que la «actitud de la muerte de la ideología constituye, en sentido negativo, una tentativa por retirarse a la trastienda, por desligar del esfuerzo cerebral toda incidencia política; en un sentido positivo, esto sería una determinación de suficiencia política, en apariencia la única manera que permite aún a numerosos autores, aprobar o justificar el *statu quo*».

---

203. Advirtamos que para los marxistas esta valorización de los intelectuales constituye la derivación sociológica de una posición filosófica idealista. Es una repudiación implícita del principio fundamental del materialismo, según el cual, las clases sociales son los protagonistas de la escena histórica. Por supuesto, los intelectuales siguen siendo capaces de ejercer, en ciertas circunstancias, una influencia decisiva sobre el éxito de los movimientos sociales, pero el problema se centra entonces en determinar las fuerzas que les han permitido desempeñar un papel semejante. Se puede ver la aplicación de estas ideas a un movimiento reciente en BARAN (Paul-A.), «Cuba. Une révolution en marche vers le socialisme», *Cahiers Internationaux*, enero-febrero 1961, pp. 47-62.

204. Las consecuencias se han llevado demasiado lejos y a veces hasta el ridículo, en una reciente obra del autor, *Les causes de la troisième guerre mondiale*, traducido del americano, París 1960.

Si nos situamos en el plano de la «buena sociedad» —aquella en que la vida sería la más armoniosa— no se debería, ciertamente, recusar el deseo de R. Aron, ya que finalmente nada es tan peligroso y desconsolador como el olvido de la medida, el dogmatismo intransigente, la preponderancia abusiva de la idea abstracta (lo que André Joussain ha llamado el «pedantismo político»). Pero en una sociedad en que son tantas las cosas que hace falta construir y transformar, es posible que la tolerancia sea solamente un factor favorable para los acomodados.

No nos podemos evadir del argumento más que al precio de un optimismo en extremo sólido sobre la capacidad final de las sociedades en evolucionar hacia el mayor bienestar de sus miembros: optimismo del cual R. Aron gusta mostrarse como campeón. Pero en el caso de no compartir esta opinión, hay que volver a las advertencias de Mills y considerar la tesis del apaciguamiento como una nueva forma de la ideología conservadora. En todo caso, desde que los hombres políticos se han dado cuenta de ello, recomiendan a sus administrados adoptar un comportamiento flexible y pragmático y evitar las posiciones de carácter radical, ya no hay duda posible. Se trata de una afirmación táctica destinada a desanimar toda tentativa de modificación estructural de la sociedad.

La historia nos ofrece múltiples ejemplos de tácticas semejantes. Citemos solamente lo que se ha llamado algunas veces con una expresión sugestiva la «República oportunista» que ha caracterizado a la escena política francesa muchos años. Frente a los radicales y a su jefe Clemenceau, considerados peligrosos agitados, los oportunistas dieron muestras de una sabia prudencia y se atuvieron a un reformismo endulzado. Socialmente conservadores, sufrieron ya la tentación del apaciguamiento. Al hacerse cargo del poder, inmediatamente después de la caída del ministerio Gambetta, el gabinete Freycinet se esforzará por consolidar la opinión, declarando muy pronto Léon Say, ministro de

Finanzas: «Las naciones no viven solamente de la política, sino también de los negocios y de los intereses materiales».[205] Pero, como dice J. Chastenet, a las «prudentes reformas» se van a oponer cada vez más unas «nuevas impaciencias». Corrientes nuevas que van a oponerse al oportunismo (siendo la más amplia de ellas el socialismo) y que el gobierno, al tener la tendencia de convertirse en un «pequeño mundo cerrado», ha ignorado o subestimado.[206]

Probablemente no sería imposible, si nos situásemos en 1885, volver a escribir la historia de este período bajo la perspectiva de una desvalorización de las luchas ideológicas (sobre todo si la Commune se eligiese como punto de referencia). Evitemos, por otra parte, caer en el cepo de las analogías fáciles. Hemos citado este ejemplo con el único fin de tratar que no haya equívocos al aceptar como flamante, o nuevo, un estado que ha conocido muchos precedentes y cada uno con sus rasgos particulares. Esto conduce una vez más a afirmar que ningún problema debería ser realmente tratado fuera de sus dimensiones históricas.

En definitiva, la tesis del apaciguamiento ideológico encuentra unos puntos para su verificación y explicación en la observación positiva de las sociedades políticas contemporáneas. Parece, empero, que sobre esta base relativamente estrecha se haya construido un edificio demasiado amplio y, sobre todo, demasiado categórico, con el deseo, más o menos consciente, de influir en la marcha de los asuntos sociales. Se puede ver en el afán de luchar contra la intolerancia una de las fuentes fundamentales de esta actitud. Pero en otras personas, y especialmente entre los hombres políticos, se pasa bastante rápidamente de una posición, a fin de cuentas de-

---

205. Citado por Jacques CHASTENET en *La République des républicains, 1879-1893*, París 1954, p. 107.

206. Ver en la obra citada en la nota precedente el capítulo que hace alusión claramente a la vanidad final del cálculo del oportunismo. Es cierto que este último, gracias a su experiencia, a su habilidad táctica y a su clientela interesada, consiguió conservar su influencia durante varios años.

sinteresada, a una tentativa de utilización táctica que trata de consolidar y de ampliar el movimiento hacia una meta de conservación social. Es demasiado pronto aún para hacer conjeturas sobre si la moda de esta tesis ha pasado ya o sigue siendo, por algún tiempo todavía, un factor susceptible de influir el destino de las comunidades occidentales.

Algunas actitudes recientes sugieren, con todo, que no debe concederse una importancia excesiva a la tesis de la decadencia de las ideologías como factor de persuasión. En particular, la reivindicación que se afirma, en diversos medios obreros, de una participación directa en el poder económico que, a pesar de la «opulencia», el «neocapitalismo» y la «economía mixta», continúa siendo todavía el patrimonio casi exclusivo de los empresarios y de los *managers* públicos y privados.

Esto es una pretensión ya vieja, pero que hoy se expresa desde una perspectiva nueva: la planificación socialista o democrática (de la cual se ha hecho una exposición sistemática en el XXX Congreso Confederal de la C.F.T.C. en junio de 1959). Según los sindicalistas interesados, esta planificación debería convertirse en el cuadro real de la vida económica, erigiéndose en su principio regulador. Partiría de las necesidades sin hacer de la solvencia un criterio de prioridad y su realización estaría garantizada por una distribución central de las inversiones, cuyo financiamiento sería asegurado por una o varias cajas públicas. Naturalmente, los organismos obreros estarían asociados completamente para la elaboración y la ejecución de esta planificación, con la que sus promotores esperan conseguir la supresión del capitalismo (aunque tolere el sistema por algún tiempo aún una cierta dosis de este último).

Esta reivindicación no excluye el recurso a la colectivización de los bienes de producción. Pero el prestigio de las nacionalizaciones ante los trabajadores ha disminuido merced a las recientes experiencias (éxito «económico» y fracaso «social»). Se llega, por consiguiente,

a considerar que el principal interés de estas operaciones se centraría en la facilitación de la realización del plan.

Al no consagrarse este libro a un estudio del contenido de las ideologías, sino a las perspectivas de su supervivencia, no entraremos en el detalle de las pretensiones obreras tal y como las expresan los grandes sindicatos y de las que algunos distinguen cuidadosamente el nivel de la empresa (reivindicativo), por un lado, y el nivel de la rama o de la economía nacional (asociación en las responsabilidades), por otro.

Quisiéramos solamente señalar que probablemente es un error considerar como debilitamiento decisivo o incluso como una desaparición del socialismo, lo que es una simple transformación en los objetivos económicos del sindicalismo. Estas corrientes de pensamiento, cuyo valor intrínseco no queremos analizar, hacen más difícil admitir esta dimisión de las organizaciones obreras que postulan la tesis de la decadencia de las ideologías.

CONCLUSIÓN

Admitamos que la tesis de la decadencia de las ideologías representa, al menos en parte, un intento de persuasión. Pero ¿corresponde a un cálculo acertado de sus autores?

Mirado superficialmente, puede parecer deseable a las clases dirigentes no mezclarse en la turbulencia política. Pero si el péndulo oscila hacia la dirección de una completa indiferencia, la situación puede producir virtualmente el riesgo de un debilitamiento de la conciencia cívica, y por ende el peligro de un retorno al despotismo más o menos ilustrado, cuando no, en los casos más graves, a la fórmula del totalitarismo civil o militar. La lucha de los partidos engendra con frecuencia una cierta demogogia y despilfarro, pero éstas son unas taras que hasta en los mismos regímenes no democráticos es imposible extirpar. Incluso para sus aparentes beneficiarios, no es cierto que esta «desideologización», o más simplemente este apoliticismo, sea en todos los sentidos beneficioso. El apoliticismo-ideología, al producir una vulgaridad, un hastío y una confusión, facilita en ciertos casos la creación de regímenes opresivos que pueden acometer, a continuación de su implantación, contra las clases dirigentes y tradicionales (incluidas las que inicialmente se decidieron a contribuir para instalar estos regímenes).

Cabe preguntarse si la realización del Welfare State puede ofrecer una nueva dimensión a la apatía ideológica, consolidando mediante la difusión de un cierto bienestar, las relaciones entre los diversos grupos sociales. En nuestros días, la noción misma del Estado social comienza a ser objeto de críticas por parte de la opinión de izquierdas. De esta forma, G. Myrdal, ha acusado al «welfarismo» de provocar una especie de desintegración de la sociedad internacional que puede conducir hasta el caos, al animar y facilitar los egoísmos nacionales.[207] El autor señala también ciertos graves defectos en el orden interno (subordinación de los intereses de los consumidores a los de los productores; fomento de los comportamientos de inspiración o de consecuencias inflacionistas, etc.) Así, en definitiva, el Welfare State, al presentarse como la causa o el soporte de la apatía ideológica, sería el generador de las tensiones internas y exteriores. Sin conceder a la tesis de Myrdal un crédito excesivo, notamos que se equivoca probablemente al atribuir a esta fórmula de dirección el poder de disolver los conflictos. Por consiguiente, algunos rencores —que un funcionamiento correcto del sistema de partidos permitiría apaciguar o aminorar— corren el riesgo de irse acumulando hasta desembocar en una nueva y tal vez más áspera forma de lucha ideológica.

Pero, sobre todo, es preciso ponerse en la situación de que, por una u otra razón, el régimen socioeconómico cesara de funcionar según los estandards habituales o de producir los resultados esperados. No hay más que mencionar los recuerdos del período comprendido entre las dos guerras, para apreciar la intensidad de la confusión que podría resultar de ello. Desorden tanto más grave —o al menos corriendo el riesgo de serlo—, cuanto que el individuo se encontraría situado ideológicamente en una especie de *vacuum*. Es proba-

207. *El Estado del futuro,* Fondo de Cultura Económica, México 1961.

ble que en una situación de este tipo, un país que dispone de un sólido sistema de partidos estaría mejor preparado para recibir el choque, que otro en donde la discusión ideológica no ha tenido tiempo de implantarse, o bien se encuentra en estado de desintegración.

Por último, en una hipótesis de este género como en varias otras, hay que contar también con el efecto perturbador y en su caso disgregador de las ideologías exteriores. Los partidarios del apaciguamiento olvidan con demasiada frecuencia que el universo en donde se piensa que se produce el fenómeno no constituye más que una porción reducida de la humanidad, sin embargo el resto está destinado a ejercer una presión creciente sobre nuestro mundo por medio de todos los recursos, incluidos el bombardeo y la intoxicación ideológica. No se puede pedir que un pueblo embotado por la repulsa de las discusiones partidistas, esté en condiciones de valorar de una manera crítica y en la necesidad de rechazar brutalmente las acusaciones y los eslogans que no cesarían de pesar sobre él (sígase atentamente desde este punto de vista la formación que se está operando ante nuestros ojos, de la ideología del neocolonialismo o neoimperialismo). No tendríamos ninguna dificultad en multiplicar los ejemplos de esta clase de riesgos, que están llamados, sin duda, a acrecentarse en el porvenir.[208]

Las sociedades contemporáneas que disfrutan de un desarrollo económico aventajado poseen varios mecanismos capaces, en circunstancias normales, de facilitar la pacificación de los espíritus. Contrariamente a ciertas opiniones optimistas, no es seguro que las consecuencias de este estado de cosas sean siempre beneficiosas; especialmente en aquellos países donde,

---

208. Varias obras americanas recientes se revelan sensibles ante la existencia de tales riesgos y llegan hasta proponer medidas de salvaguarda. Ver, por ejemplo, THEOBALD (Robert), *The challenge of abundance*, Nueva York 1961, donde el autor sugiere que la necesidad de justicia social debe constituir uno de los factores de la revisión de las actitudes tradicionales.

teniendo en cuenta la gravedad de las oposiciones objetivas, un apaciguamiento de este tipo es la resultante de un empleo de diversas técnicas propias para crear el conformismo social o, al menos, para evitar que éste se debilite demasiado. No obstante, los sociólogos aumentan estos riesgos cuando en número muy variable, según los países, y bajo inspiraciones diversas (entre las cuales las hay ciertamente desinteresadas, como la lucha contra la intolerancia), aumentan este carácter y contribuyen a reforzar el apaciguamiento declarándolo definitivamente conseguido. Aunque el predicamento de estas concepciones continúa siendo limitado, este hecho es como jugar con fuego. El fenómeno al que nos estamos refiriendo es la ideología comunista o el socialismo de tendencias duras (al menos sobre el papel) que se califica como «dogmático» por las necesidades de esta operación, pues probablemente, y en definitiva, el desarme ideológico preconizado favorecerá la penetración y expansión de estas dos doctrinas.

Muchos autores, en todo caso, que pertenecen al mundo occidental, interpretan este repliegue ideológico, no como una prueba de humanismo, sino como un nuevo índice de la famosa «decadencia de Occidente». Y resulta difícil no darles la razón si consideramos el género de suficiencia limitada que saldría de un apaciguamiento ideológico total.

* * *

Pero esta eventualidad ¿tiene alguna posibilidad de realizarse? Resulta imposible responder de forma afirmativa sin admitir que se ponga punto final a los conflictos y rivalidades que enfrentan a los hombres. Algunos, víctimas del embrujo de la «prospectiva», no dudan en dar este paso. Fundamento de esta predicción es que una vez liquidadas las secuelas de la «des-

colonización» no habrá, al menos ante la vista, más factores susceptibles de establecer fisuras profundas entre los miembros de la comunidad. Las divisiones actuales tienden a disolverse sin que se afirmen otras y ya no resulta arriesgado pronosticar el apaciguamiento final de los conflictos ideológicos.

Siguiendo esta trayectoria nos exponemos a encontrarnos en seguida con la representación mítica. Y sería a la vez divertido y deprimente confeccionar la lista de los períodos históricos en el curso de los cuales se ha manifestado una esperanza semejante con mejores motivos que en la actualidad, recordándonos su desenlace la incapacidad del hombre para definir las modalidades sucesivas de su destino. ¿Quién osaría pretender que las calculadoras electrónicas serán suficientes para preservarnos en adelante de incertidumbres semejantes?

La expansión de la técnica, y singularmente de los procedimientos de condicionamiento intelectual, abren, es cierto, otras perspectivas: la supresión de los conflictos por reducción de la diversidad humana a una condición espiritual de tipo estandard. Ciertamente no nos hallamos todavía en esta situación, pero ya la expansión de las facultades tecnocráticas nos acerca a este destino. En los países democráticos, los representantes elegidos por el pueblo son a menudo, de hecho o de derecho, excluidos de las decisiones más importantes. En consecuencia, ocurre que las preferencias de los tecnócratas se anteponen a los otros factores que entran en una opción. ¿Resultaría totalmente utópico admitir que estas tendencias, al ampliarse y profundizarse, acabarían transformando a los ciudadanos en objetos influenciables y manipulables, haciéndoles perder el gusto y tal vez hasta el mismo sentido de las divisiones partidistas?

Expresado en estos términos, el riesgo de la tecnocracia parece un simple espantajo. No obstante la lenta ascensión de las competencias continúa siendo uno de los factores poderosos de este eclipse ideológico relativo que caracteriza a nuestro mundo. Lo que se re-

duce a situar en primera fila de la problemática de las democracias, las relaciones entre la política y la técnica. Cuestión tanto más candente, cuanto que la gestión de los asuntos comunes se halla dedicada, en verdad, a un nivel más elevado de centralización técnica. Así, resultaría asombroso en grado sumo que en los próximos decenios la planificación de la vida económica no obtenga sensibles progresos. Numerosas obras han sido consagradas al problema de la conciliación del planismo y de la democracia y más particularmente a la asociación de los representantes elegidos en el acto de tomar decisiones económicas fundamentales, pero hasta ahora no se ha conseguido obtener soluciones satisfactorias ni sobre el terreno ni en el plano de la elaboración doctrinal.[209]

Pero este problema ¿tiene todavía algún sentido? Hace quince años, el capitalismo parecía un moribundo cuya salvación pocos se atrevían a pronosticar. Hoy, las cosas han cambiado y se llega a formular la pregunta de si en un país como Francia existe realmente un movimiento de conjunto hacia el socialismo, o bien se propone reducir la idea socialista a un principio moral regulador de las acciones de los hombres.[210] Admitamos que tales cambios de fisonomía refuerzan la tesis del apaciguamiento ideológico, pero ¿representan, por lo mismo, el conjunto de la situación?

No lo creemos. «Las observaciones concuerdan, escribe H. Bartoli, y nos encontramos en el tiempo de la génesis de una nueva civilización cuya principal tarea radicaría en las cuestiones económica y social».[211] Esta perspectiva es fundamentalmente incompatible

---

209. Entre los últimos ensayos publicados, véase la obra de BLACKHAM (H. J.), *Political discipline in a free society. The sustained initiative*, Londres 1961; a pesar del talento y de la buena fe del autor, la argumentación, por su optimismo final, no es completamente convincente.

210. Ver una discusión sobre «L'Avenir du socialisme» en los *Cahiers de la République*, noviembre-diciembre 1959, pp. 27-42.

211. *Esprit*, junio 1961, p. 1050.

con la tesis que legitima el *statu quo* sobre la base de una especie de aceptación generalizada que se presume un poco rápidamente. «Dos vías se abren solamente al capitalismo actual..., escribe por su parte R. Fossaert: una, conduce a un sistema social de tipo socialista que se logra después de haber superado una catástrofe económico-política; la otra, nos conduce al mismo resultado por medio de una serie de mutaciones más o menos extensas vinculadas a luchas de clases más o menos revolucionarias».[212] Esto viene a decir que para una corriente completa de pensamiento, la economía mixta no constituye el punto de llegada, sino una de las etapas hacia una transformación más general, una fase de la desaparición progresiva del capitalismo.

* * *

Un autor británico ha consagrado recientemente una obra a la sociedad «estancada»,[213] estancamiento que atribuye no al liderazgo conservador que ha realizado su propio juego con habilidad, sino a la ausencia de dinamismo y de espíritu creador del movimiento laborista (tanto los sindicatos como el partido parlamentario). La conclusión que se deduce de este volumen es que la debilidad endémica de las democracias occidentales se centra en la incapacidad de las izquierdas para asumir sus responsabilidades.

La calificación de «estancada» no convendría a la economía francesa de los últimos años, puesto que la V República ha consolidado más bien las tendencias expansionistas legadas por la IV. Ciertamente, el sistema económico actual está lejos de sacar todo el partido posible, y menos aún el mejor partido, de los re-

---

212. *Op. cit.*, pp. 112-113.
213. SHANKS (M.), *The stagnat society*, Penguin 1961.

cursos disponibles. La tasa de formación del capital neto sigue siendo insuficiente a pesar de las liquidaciones que existen en el mercado financiero. Pero la situación, sin ser excelente, continúa siendo aceptable. Unas observaciones análogas podrían ser expuestas a propósito de Italia, cuyo grado de expansión ha sido superior al de Francia durante los últimos años.

Parece difícil exponer el mismo diagnóstico cuando se aborda el terreno social. Las esperanzas que habían empezado a plasmarse durante la Liberación —preocupación por promover una nueva concepción del hombre, así como de revisar el conjunto de los valores sociales— se han visto decepcionadas. La sociedad de 1963 es mucho más rica que la de 1938, cuyas cargas productivas e improductivas eran por otra parte menores, pero sigue estando, en conjunto y con algunas transformaciones, más o menos estigmatizada, si no por las mismas miserias, en vías de reducción, sí por las mismas desigualdades y por las mismas injusticias. La técnica ha transformado o enriquecido la escala de las satisfacciones (grandes inmuebles de alquiler, coches de poco coste, equipo doméstico duradero, turismo, etcétera), pero no ha igualado las condiciones de acceso a estos bienes. Sobre todo, no ha modificado el contenido moral de las relaciones de trabajo.

No vamos a hacer conjeturas ni a tomar partido acerca de las diversas concepciones que se pueden formular sobre el porvenir social francés. Simplemente diremos, para terminar, que a pesar de las apariencias, la tesis de la decadencia de las ideologías, en la medida en que amplía las dimensiones del fenómeno, no es ideológicamente neutra. En última instancia, aporta a los satisfechos y a los acomodados motivos de tranquilidad y de satisfacción moral, pero, realmente, ¿no es esto finalmente una ilusión?

A fin de cuentas, el oportunismo renace gustosamente de sus cenizas. El hecho de que esto se admita o se rechace no debería ser obstáculo para el recono-

cimiento de su verdadera naturaleza y de la importancia de su situación en el arsenal ideológico del conservadurismo.[214]

---

214. En la actualidad vemos desarrollarse en Francia, merced a la confusión política de las élites, una voluminosa literatura de anticipación de inspiración en último término oportunista. Así, el reciente volumen de RIGAUD (J.), *Débat sur la France de demain. Le manifeste des cinq et les commentaires des cent*, París 1961, que se esfuerza particularmente en definir el papel y los objetivos de Francia «en el albor del siglo XXI». Éste es un nuevo ejemplo, por otro lado, de una gran simpleza, de esta «huida hacia adelante» que caracteriza siempre a los períodos de incertidumbre. Los autores de tales ejercicios atribuyen de esta manera al tiempo la facultad o la responsabilidad de realizar el mundo de sus sueños o de sus prejuicios. Así se funda una sociología-ficción cuyo estudio aportaría útiles elementos para el conocimiento de la época actual.

SEGUNDA PARTE

TECNOCRACIA Y POLITICA

PRÓLOGO

La causa inmediata de escribir esta obra ha sido la lección inaugural de la cátedra de ciencia política que hemos tenido el honor de dictar en la Universidad de Ginebra, el 4 de noviembre de 1959. El tema que escogimos para esta circunstancia forma parte de un conjunto de investigaciones, emprendidas hace varios años, y que versarán sobre el tema de la formación de la decisión en los sistemas políticos de tipo democrático. Después del análisis de los grupos de presión, el esquema del papel de los técnicos constituye una continuación de este trabajo.*

El texto de la lección pronunciada en Ginebra ha sido revisado para esta publicación; lo hemos ampliado, en gran medida, y completado con referencias bibliográficas. Sin embargo, el espíritu de la obra no ha sido modificado: no se trata de un análisis total, sino de una presentación general que trata de centrar el problema y deducir sus implicaciones esenciales.

Deseamos que este trabajo sin pretensiones proporcione, empero, alguna utilidad a aquellos que se preocupan por el funcionamiento del régimen político en

---

* Estos estudios del profesor Meynaud sobre los grupos de presión se han plasmado, aparte de varios artículos y conferencias, en cuatro obras que forman una contribución imprescindible para el análisis de este nuevo concepto de la ciencia política: *Les groupes de pression en France.* A Colin, París 1958; *Les groupes de pression,* Que sais-je?, P.U.F., París 1960; *Les groupes de pression internationaux,* Lausana 1961; *Nouvelles études sur les groupes de pression en France,* A. Colin, París 1962. *(N. del T.)*

*las sociedades industrializadas de Occidente. No tiene otro fin que contribuir al estudio de esta cuestión, sobre la que esperamos estar en condiciones de presentar, en un próximo futuro, un libro de mayor envergadura.**

Diciembre, 1959

---

* El texto que se presenta a continuación es la nueva edición de esta obra, puesta al día, revisada y considerablemente aumentada, que el autor ha elaborado para sus ediciones italiana y española. *(N. del T.)*

INTRODUCCIÓN

Como tantas otras palabras que se utilizan en las ciencias sociales, el término «tecnocracia» está lejos de tener un sentido exacto. Las controversias, intencionadamente polémicas, que han motivado en Francia las ideas de Burnham no han contribuido a aclarar el problema.

Careciendo de una especificación admitida en general, trataremos previamente de delimitar los contornos de esta noción y de situarla en relación con la política.

* * *

En las Reuniones Internacionales de Ginebra de 1954, Robert Jungk, situándose dentro de un marco socioeconómico, exponía el objetivo de la nueva élite tecnocrática en los Estados Unidos como una «producción de bienes materiales, tan activa como sea posible, con el mínimo de esfuerzo y de gasto».[1] Esta reflexión, que destaca sobre todo el culto de la eficiencia, trata de relacionar, sin equívocos, la tecnocracia con la civilización industrial. Gustave Thibon, meditando sobre otro plano, ve en la mentalidad tecnocrática, deplorable para él, «un estado de ánimo que nos hace concebir las realizaciones técnicas como el testimonio supremo del género humano y que nos invita a esperar

1. *Le Nouveau monde et l'Europe*, Neuchâtel 1955, p. 88.

como máximo... algún progreso de la ciencia».[2] Para Thibon, el fundamento intelectual de la tecnocracia estaría basado en una confianza ilimitada en el valor del análisis científico (la exactitud considerada como la verdad). Pero, cada vez más, este término proporciona nuevas perspectivas, aún mal delimitadas, de los poderes (o poder) de la técnica. Dominique Dubarle refleja perfectamente esta corriente cuando escribe: «La tecnocracia es el ejercicio del poder inherente a la técnica científica, calculadora y matemática en su fondo, con vistas al buen funcionamiento social... en definitiva consiste en la entrega al técnico, a la comunidad tecnológica, de un cierto imperio sobre los asuntos humanos».[3] Se trataría, en suma, de la ascensión de «capacitados» en detrimento de los tradicionales detentadores de la autoridad.

¿No se observa también en el terreno de la dirección política de las sociedades humanas, un movimiento de este tipo que a veces se tiende a confinar en la esfera económica?[4] El tema de este ensayo reside justamente en la extensión a los asuntos públicos de los imperativos y procedimientos de la civilización técnica. Aparentemente, el modo de ser gobernados los hombres no parece haber sufrido cambios fundamentales con relación a los tiempos antiguos; un senador romano no tendría demasiadas dificultades para participar en los debates de cualquier asamblea parlamentaria de nuestra época. Pero cabe preguntarse si esta conservación de las formas no encubre una transforma-

---

2. En un largo prefacio al libro de Gilbert TOURNIER, *Babel ou le vertige technique*, París 1959.

3. En un importante prólogo al libro de Jean-Louis COTTIER, *La technocratie, nouveau pouvoir*, París 1959, p. 25.

4. En un artículo ya antiguo («Les rapports de la politique et de l'économie dans la doctrine marxiste», aparecido en la obra colectiva *Inventaires II*, París 1937, p. 16), R. ARON ha definido la política como «el conjunto de conductas individuales e instituciones colectivas que establece, entre individuos y agrupaciones animados de deseos contradictorios, unas relaciones estables de autoridad y de dependencia». La perspectiva que hemos elegido para este trabajo cuadra perfectamente con este punto de vista.

ción profunda y, sobre todo, si no nos encontramos ante una evolución que tiende a desposeer de la realidad del poder a los aparatos habituales de la política.

La tecnocracia, enfocada en el desarrollo de este estudio como la remoción * del hombre político en provecho del técnico, será analizada aquí en una doble vertiente: por una parte, la penetración efectiva del factor tecnocrático en las tareas gubernamentales, y por otra, el contenido y dimensiones de la ideología tecnocrática, que afirma todo lo que sea eficaz, deseando su expansión. No habrá dificultades en admitir que estos son dos aspectos estrechamente complementarios de la cuestión.[5]

A excepción de breves alusiones a otros tipos, este trabajo concierne exclusivamente a las sociedades industriales de Occidente (siendo Francia el modelo de base). Ciertamente, el problema sería diferente según los países, pero resultaria pretensioso mencionar, a propósito de ensayo, la noción de análisis comparativo. Sin embargo, no parece imposible deducir algunos caracteres útiles para la comprensión de las diversas experiencias nacionales.

* * *

Teniendo en cuenta la complejidad del problema, no resultará inútil esclarecer en el preámbulo, en pocas líneas, el hilo conductor de este trabajo.

---

* Traducimos «dessaisissement de l'homme politique», con la expresión «remoción del hombre político». El prof. FUEYO ALVAREZ, ha utilizado este vocablo para designar el mismo fenómeno, en su comunicación, presentada al Congreso de la Asociación Mundial de Ciencia Política (París 1961), con el título de «El papel de los expertos y la tecnocracia». *(N. del T.)*

5. Estos problemas han sido objeto de una sesión del Centro de Ciencias Políticas del Instituto de Estudios Jurídicos de Niza. Fruto del mismo ha sido el volumen *Politique et technique*, París 1958, que contiene la mayoría de las conferencias que se dieron en esta ocasión. Este libro aporta preciosas contribuciones sobre puntos particulares del tema, pero carece del estudio de conjunto que requería la diversidad intelectual de los participantes. En adelante lo citaremos con el título abreviado de *Pol. et tech.* Se encontrarán igualmente interesantes contribuciones (especialmente en el aspecto del estudio de la decisión) en la tercera parte del tomo XX de la Enciclopedia Francesa *Le Monde en devenir*, París 1959.

Las sociedades políticas de Occidente se encuentran hoy en día en una situación equívoca. Se declaran y se creen gobernadas mediante la fórmula democrática. Sin embargo, diversos aspectos en su funcionamiento tienden a alejarlas del modelo que reivindican. Uno de estos aspectos principales radica en la conquista de situaciones privilegiadas por parte de las fuerzas que poseen los elementos indispensables para esta operación (grupos de presión). No tenemos la intención de analizarlos aquí, pero no debemos perderlos de vista. Otro carácter, que es el objeto de este ensayo, viene dado por la influencia de los técnicos sobre los asuntos públicos. Fundándose éstos en competencias y actitudes de todo tipo, movidos en su trayectoria, ora por una preocupación del bien público, ora por la defensa de intereses egoístas, llegan a imponer a los representantes elegidos por el pueblo sus propias ideas y sus propias opciones. Así, en diversas ocasiones, de inspirador y guía de la comunidad, el hombre político pasa a ser un simple ejecutante de la voluntad de los técnicos. O, lo que es lo mismo, la evolución provoca el paso de la decisión política a las manos de los técnicos.

Ahora bien, contrariamente a los juicios superficiales, la intervención del técnico no produce necesariamente como resultado el apartamiento de la política en los asuntos humanos. La disolución de la política dentro de la técnica o, si se prefiere, la «despolitización» de la vida pública, es un mito que se basa en un grave error de análisis, pues la pretensión de implantar aquélla constituye simplemente una táctica de gobierno entre otras muchas. La evolución que mencionamos aquí tendría como último resultado hacer recaer en las manos de los técnicos la carga y las responsabilidades de la política; esta política que constituye la trama de la historia y que se erige en elemento indispensable de la cohesión social. En este sentido, la infiltración tecnocrática señala la disminución del poder proveniente de la elección popular en provecho del que se basa en la tecnicidad.

Una faceta que convierte el problema en más complejo, se encuentra en el hecho de que la intervención de los técnicos no es algo malo en sí, pues en muchas circunstancias implica un esfuerzo de racionalidad y una preocupación de eficacia que, al menos dentro de ciertos límites, continúan siendo factores de imparcialidad o neutralidad. La técnica ofrece a quien lo desee una base para organizar la resistencia en las reivindicaciones unilaterales de las agrupaciones particulares y, a veces, también en los diversos arrebatos de la opinión. Esta acción, inseparable del desarrollo científico, se inserta en el gran movimiento que, en nuestra época, trata de obtener el máximo de resultados con el mínimo de esfuerzos. Todo esto conduce a pensar que las posibilidades de la técnica se irán acrecentando, por ejemplo, en orden al perfeccionamiento del trabajo administrativo. El aspecto discutible de esta mutación, en relación con el ideal democrático, no es tanto el cálculo de eficacia como la insuficiencia del control político sobre las operaciones realizadas.

Supongamos que en un mundo cada vez más dominado por la preocupación del rendimiento, las autoridades políticas no logren, como ya sucede parcialmente, vigilar las actividades y las iniciativas de los técnicos, pues debemos tener en cuenta que no todos tienen como meta el interés común. A la larga vendríamos a desembocar, por efecto de una evolución casi insensible, en un régimen que de democrático sólo tendría la fachada, ya que habrían desaparecido las prerrogativas principales de las manos de los representantes del pueblo (cuya autonomía se halla ya comprometida por el miedo que les inspiran otras fuerzas: chantaje con la no reelección, campaña de prensa, maniobras diversas de intimidación...).

Resulta imposible dejar de comparar este fenómeno con la apatía del ciudadano en la mayoría de las sociedades democráticas. Este desinterés hacia la cosa pública —que no es exclusivo de breves erupciones de la

opinión sobre cuestiones que pueden ser secundarias— se afirma demasiado masivamente para que haya necesidad de ser expuesto con detalle. En casi todos los países, solamente es un grupo reducido de hombres el que atestigua una atención sostenida hacia los problemas de la política.[6]

Esta actitud tiene sin duda alguna causas independientes de la importancia creciente de los técnicos y del oscurecimiento, aún limitado, de los políticos que se sigue de ello. Pero nada permite dudar, en principio, que esta actitud no se haya consolidado con los fenómenos anteriores. Y, sobre todo, parece difícil conseguir un cambio del movimiento de la remoción, si el hombre político no se halla en condiciones de apoyarse en una amplia anuencia proveniente de abajo.

Por tanto, es posible que esta lenta erosión de las responsabilidades del hombre público esté destinada a seguir produciéndose (pero, según los casos, de una forma más o menos rápida, más o menos totalmente y más o menos pacíficamente). De este modo, se abriría la puerta a un nuevo tipo de régimen en el que el elector dejaría progresivamente de constituir un elemento apreciable en la política. Entre los factores capaces de encuadrar una visión pesimista, no deberíamos omitir el de la dimensión (esta variable aún tan poco conocida en las ciencias sociales). Normalmente, la centralización burocrática parece difícil de evitar desde el momento en que el organismo considerado rebasa una cierta medida.

---

6. El problema de la participación en Italia acaba de ser objeto de consideración en la revista *Tempi moderni*: ver los números de enero-marzo 1962, pp. 61-88, abril-junio, pp. 29-76 y julio-septiembre, pp. 73-143. Contrariamente a lo que algunos sugieren, la debilidad de la participación no es una característica de nuestra época, sino que corresponde a una tendencia permanente. En el número de 1 julio de 1892 de la *Revue Blanche* se podía leer un estudio de Léon Blum sobre «Los progresos del apoliticismo en Francia» (vuelto a publicar en la revista *Preuves*, febrero 1956, pp. 38-44). Sobre este punto, como sobre tantos otros, la obra del sociólogo italiano R. MICHELS *Les Partis politiques*, continúa siendo actual (versión francesa, París 1914, especialmente la primera parte).

Por otro lado, son numerosos los pensadores que han proclamado la incompatibilidad de la industrialización con la democracia.[7] No se trata ciertamente de ver en esta relación una nueva ilustración del primado exclusivo de lo económico sobre lo político, pues aunque esto es una lección que la experiencia contemporánea nos enseña, en realidad se debe a la insuficiencia de un determinismo semejante como elemento de explicación. Las relaciones que se establecen entre estos dos sectores de la actividad humana excluyen toda formulación unilateral. Sin duda, la voluntad de industrialización, una vez que se ha introducido en cualquier sociedad, ejerce una función motriz. Sin embargo, en un principio, deriva de un complejo de actitudes que no se deben reducir, salvo preconcepciones doctrinales, a puros cálculos materiales.[8] Es posible que este complejo (aún mal definido por los especialistas) tenga alguna relación con la apatía que conduce al ciudadano a desinteresarse de la vida pública en provecho de otros sectores de la vida social, facilitando de esta forma la conquista del poder que busca el técnico.

* * *

Después de la publicación de la versión francesa original de esta obra, el tema de las relaciones entre los técnicos y la política ha sido objeto de un amplio debate en el V Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Ciencia Política (París, setiembre de 1961). Tengo el presentimiento de que en conjunto las

---

7. Ver en particular la argumentación de Karl MANNHEIM en *Man and society in an age of reconstruction* (traducido del alemán), Londres 1940.

8. AKERMANN explica claramente que la decadencia de la ideología de la Edad Media y la floración de la libre iniciativa que de la misma resulta, han precedido a la revolución comercial e industrial. Estos fenómenos dieron un impulso decisivo a los descubrimientos e invenciones. *Estructuras y ciclos económicos*, Aguilar, Madrid 1960. («Transformación de los móviles».)

posiciones que adoptaron los delegados no fueron fundamentalmente diferentes de las que expusimos en nuestra primera edición. En todo caso, me ha sido útil emplear para la preparación de esta nueva versión los documentos que se presentaron en el Congreso y, especialmente, el notable informe general de Roger Gregoire.[9] Espero que este librito, al suscitar algunas reflexiones y críticas, contribuirá a progresar en el conocimiento del tema. *

9. El informe italiano debido a Francesco VITO, ha sido publicado en *Storia e politica*, abril 1962, pp. 264-277, con el título de «La funzioni degli esperti nella vita politica».

* Véase el n.º 131, sept.-oct. de 1963 de la *Revista de Estudios Políticos*, donde bajo la dirección del prof. OLLERO se publican conjuntamente las comunicaciones presentadas a este Congreso, algunos reelaboradas y puestas al día, por los autores: R. GRÉGOIRE, G. VEDEL, W. J. M. MACKENZIE, F. VITO, Y. DROR y E. DE VRIES, todas ellas concernientes al tema de la tecnocracia. *(N. del T.)*

I

LA PENETRACIÓN TECNOCRATICA

Vamos a tratar, a la luz de la experiencia contemporánea, de evaluar la amplitud y los límites de la remoción del hombre político en las sociedades desarrolladas de Occidente. El análisis se llevará a cabo esencialmente sobre las estructuras nacionales, pero mencionaremos también, de pasada, el caso de las organizaciones internacionales y supranacionales.

El estudio lo centraremos en tres problemas: la identificación de los tecnócratas, el campo del poder tecnocrático y la significación del movimiento. Los especialistas discrepan en cuanto a la apreciación del fenómeno, pues donde unos ven un peligro tecnocrático, otros discuten hasta su misma existencia. Los primeros pertenecen sobre todo al grupo de los sociólogos y moralistas, mientras que los segundos provienen de los prácticos de la administración. Yo diría, en general, que continúa siendo difícil diferenciarlos.

Las palabras «tecnocracia» y «tecnócrata» han llegado a ser de uso corriente en Francia tanto en las disertaciones con ambición científica como en las polémicas de intención partidista. Estos términos son la traducción de unas palabras creadas en los Estados Unidos al finalizar la primera guerra mundial y que conocieron una gran fortuna en la crisis del año 1930 (véase más adelante la segunda parte que trata de las corrientes ideológicas). La publicación de un debate del Centro de Estudios Sociológicos, con el título de *Indus-*

trialisation et technocratie (París 1959), sobre las ideas de Burnham, ha contribuido, sin duda alguna, a la implantación de esta terminología.

No ocurre lo mismo en otros países, donde la palabra «tecnocracia» se utiliza poco e incluso es hasta casi desconocida*. De esta manera la Asociación Internacional de Ciencia Política dio a su mesa redonda el título complejo de «El problema de la tecnocracia y el papel de los expertos». Seguiremos en nuestro trabajo el vocabulario francés, porque a condición de emplearlo sin pasión resulta cómodo para designar y sintetizar un conjunto de conductas y de prácticas que existen con diversa intensidad en las diferentes sociedades políticas contemporáneas.

IDENTIFICACIÓN DE LOS TECNÓCRATAS

Esta identificación se nos presenta dificultosa debido al contenido polémico y peyorativo con que está cargada frecuentemente la palabra «tecnócrata». George Vedel, cuando señala que en el espíritu del público francés la palabra «tecnócrata» corresponde a la imagen de un técnico visto por un «poujadista», no expresa ninguna simpleza, sino, al contrario, una tendencia profunda de la opinión.[10] Como es sabido, es muy popular en varios medios el mito de una casta de funcionarios que, desprovistos de todo conocimiento práctico y de sentido común, se las ingeniarían para contrariar las iniciativas de los administrados y para hacer prevalecer unos esquemas librescos. Así, las organizaciones campesinas califican gustosamente con el nombre de tecnócratas a los funcionarios que se es-

---

10. En el informe (roniografiado) al Congreso de París *(supra)* p. 4, VEDEL añade: «en la lengua francesa, tecnócrata es a técnico lo que burócrata es a funcionario o, lo que clerical es a creyente». Ver la Revista de Estudios Políticos citada, p. 175

* Recordemos que en España este término fue empleado ya por A. POSADA. Véase la obra del mismo *Tratado de Derecho Político,* libr. Victoriano Suárez, Madrid 1935, 5.ª edición, tomo II, p. 426. *(N. del T.)*

fuerzan por frenar la expansión de la producción excedente.

Un criterio de apariencia más objetiva pero cuya inspiración no es fundamentalmente diferente es el de la pertenencia a unas categorías socioprofesionales. Con arreglo a este criterio, se atribuye la calidad de tecnócrata a los miembros de ciertas profesiones. De este modo venimos a parar a unas listas que aunque varíen algo según sus autores, comprenderán casi siempre a los grandes cuerpos del Estado y sobre todo a la Inspección de las Finanzas. Se incluye aquí, con frecuencia, a los alumnos de las diversas escuelas (Politécnica, Instituto de Estudios Políticos y, desde hace poco, Escuela Nacional de Administración). Evidentemente, esta forma de clasificar resulta un procedimiento cómodo, pero el método encierra graves inconvenientes.

En primer lugar, se atribuye sistemáticamente a un conjunto las particularidades de algunos de sus miembros, lo cual es una táctica más favorable a la propagación de mitos que al examen objetivo. Existen, igualmente, unos inspectores de Finanzas que se limitan a unas tareas de vigilancia contable y unos politécnicos que se consagran a idear fabricaciones. Aunque sea plausible en ciertos casos, la asimilación de esta categoría con la tecnocracia resulta francamente discutible cuando incluye algunos cuerpos cuya mayoría de participantes no está en condiciones o no siente el menor deseo de influir sobre las autoridades políticas. Así, por ejemplo, los diplomáticos ven cada vez más reducida su acción propia en los asuntos exteriores, merced al perfeccionamiento de los medios de comunicación; o, también, el caso de los prefectos que, salvo alguna excepción, se revelan como los ejecutantes más dóciles, aunque no siempre satisfechos, de los ministros.[11]

---

11. Ejemplos, sin embargo, dados por G. Suffert en su estudio «Un technocrate, qu'est-ce que c'est?», *France, Observateur*, 25 febrero de 1960.

En segundo lugar, esta actitud es generalmente de carácter partidista, pues permite a cada uno elegir «sus» tecnócratas, en función de ideologías preconcebidas. Así, se acusaría de tendencias tecnocráticas a los inspectores de Finanzas que, en la Dirección del Presupuesto, se esfuerzan (aunque no siempre con acierto, indudablemente) por limitar la subida de los gastos, mientras que no se otorgaría la misma imputación a los sabios que fundándose en su competencia dentro del campo de la Física, se consideran calificados para tomar determinaciones sobre problemas de la política militar o exterior.

Rechazaríamos totalmente esta identificación si no fuese porque a pesar de sus imperfecciones, nos proporciona una pista interesante. No basta con la voluntad de ejercer una influencia, sino que es necesario ocupar un cargo que posibilite tal facultad. Ahora bien, algunos cuerpos y escuelas —que seleccionan generalmente a sus miembros mediante oposiciones—, garantizan en una forma más satisfactoria que los restantes el acceso a tales situaciones, lo que conduce a introducir un criterio de competencia dentro de la identificación de la tecnocracia.

En realidad, las nociones de tecnocracia y técnica están ligadas estrechamente. La calificación de tecnócrata debe reservarse para aquellos cuya posesión de un cierto saber técnico constituye un título para actuar o aconsejar. En consecuencia, podríamos definir

---

Resulta trivial observar que el perfeccionamiento de los medios de comunicación ha permitido a las autoridades centrales ejercer un control estrecho sobre el funcionamiento de los puestos periféricos (como las embajadas), de esta forma son raros los embajadores que hoy día están en condiciones de desarrollar una política personal. Existen, ciertamente, técnicos de la diplomacia y de la negociación cuya actividad discurre frecuentemente en la sombra *(closed politics)* pero las condiciones que les permitirían conducirse como tecnócratas no se dan más que excepcionalmente. Estas observaciones, por otra parte, no vienen a discutir la utilidad del papel que la diplomacia por sus propias cualidades puede desempeñar en la política que se decide en los servicios centrales. Si bien ha perdido su libertad de maniobra, el embajador no tiene que ser necesariamente un simple agente de transmisión o de representación mundana.

la tecnocracia como el ejercicio de un poder que se funda en la competencia. Una vez aclarada esta noción, consideramos útil establecer su comparación con otras categorías de la vida pública (democracia, burocracia, partidocracia).

1. — Contenido de la categoría

Para definir al tecnócrata es preciso definir primeramente al técnico. Pero en este camino se interponen dos dificultades: la noción de técnico es particularmente imprecisa y no todos los técnicos se transforman necesariamente en tecnócratas. Es preciso, por tanto, concretar el sentido de la función técnica y especificar las condiciones para el paso de esta función a la tecnocracia.

1. La función técnica ha sido objeto de innumerables estudios cuyo examen refleja una gran confusión. Sin entrar en los detalles de la controversia nos parece conveniente mencionar algunos de sus aspectos.[12]

Una primera concepción relaciona el desarrollo técnico con el perfeccionamiento de las máquinas. Este punto de vista parece hoy superado, pues al admitir el papel que desempeña la mecánica en la evolución técnica, se llega generalmente a señalar el carácter marcadamente parcial de la distinción así efectuada. Una segunda noción, menos restrictiva, aunque muy precisa, interpreta la técnica como la aplicación de los descubrimientos de la ciencia. Se ve en ella, entonces, unos «métodos organizados que reposan sobre un conocimiento científico correspondiente» (Vocabulario de Lalande). Según esta opinión, la técnica no constituye una simple habilidad empírica, una pura rutina, sino que representa un esfuerzo de utilización de los descubrimientos realizados por los sabios. Como ha señalado

12. Sobre estos difíciles problemas, ver Ducasse (Pierre), *Les techniques et le philosophe*, París 1958 (especialmente la segunda parte).

G. Friedmann, este rasgo es típico de las sociedades industriales caracterizadas por la generalización de las aplicaciones científicas (las más importantes son las relativas a las técnicas de producción, para las que el maquinismo desempeña una función primordial.[13]

Sin embargo, esta relación entre la ciencia y la técnica, que hace depender la segunda de la primera, ha sido juzgada por diversos autores inadecuada para expresar la situación actual. A este respecto se señalan las implicaciones recíprocas de los puntos de vista científico y técnico, así como la asociación cada vez más estrecha entre las investigaciones científica y técnica. Modificando las perspectivas tradicionales, se llega a enunciar el carácter motor de las técnicas, cuya expansión hará indispensable una aceleración del progreso científico, lo que produce como resultado, en suma, hacer de la ciencia un medio de la técnica.

Una concepción, mucho más comprensiva, de las técnicas ve en ellas un «conjunto de procedimientos bien definidos y transmisibles, destinados a producir ciertos resultados que se juzgan útiles» (Vocabulario de Lalande). Esta concepción engloba unas nociones que la designación precedente desconocía (los secretos del oficio y la pericia, legados de generación en generación mediante el aprendizaje). Observemos, no obstante, que este punto de vista, a pesar de su extensión, mantiene ciertas exigencias. En particular, una precisión en la definición del procedimiento en cuestión y carácter de transmisibilidad. Ahora bien, cada vez más, se emplea el término de técnica (debido en parte, al prestigio de la tecnicidad...) para denominar unas operaciones vagas, mal definidas y efímeras que han sido llamadas correctamente por Ducasse como «seudotécnicas». Así, podríamos mencionar el ejemplo de cualquier empleado de oficinas que de seguro se inclinaría

---

13. En el número del *Bulletin international des sciences sociales* sobre «Les conséquences sociales du progrès technique», vol. IV, núm. 2, 1952, p. 255.

a considerar «una técnica» su forma personal de clasificar los expedientes. Desde este punto de vista, que no implica ninguna relación particular con la civilización industrial, llegamos a unas nociones en gran manera flexibles como, por ejemplo, la de Lasswell, que ve en la tecnología «el esquema de conjunto de las prácticas de que se sirven los recursos para la edificación de los valores».[14]

Otro ejemplo de una concepción amplia en demasía, es la de André Siegfried, que considera que la técnica «tiende en la actualidad a absorberlo todo y... se convierte en el elemento central de nuestras sociedades occidentales». Este autor la define como «un conjunto de reglas, fundadas en la razón pero sometidas a prueba mediante la práctica».[15] Probablemente es en los trabajos de Jacques Ellul donde se encuentra la exposición más amplia de semejante punto de vista.[16]

Este autor ve en la operación técnica «todo trabajo hecho con un cierto método para alcanzar un resultado». Cuando los hombres cobran conciencia de las ventajas de semejante manera de operar, aparece el fenómeno técnico que consiste en «la investigación del mejor medio en todos los aspectos». Este esfuerzo tiene como resultado «una extensión rápida y casi universal de la técnica», entonces «ya no hay en adelante actividad alguna de los hombres que escape a este imperativo técnico». Así, aparte de la técnica mecánica, se nota la existencia de una técnica económica (ordenación del trabajo o planificación), de una técnica de la organización (que abarca tanto a las empresas privadas como a los servicios administrativos), de una técnica del hombre (medicina, pedagogía, propaganda), de una técnica del trabajo intelectual (ficheros, bibliotecas...). Como observa Nora Mitrani, el hilo conductor

14. También en el mismo número del *Bulletin*... p. 351.

15. En *Aspects du XXe siècle*, París 1955, capítulo IX, «L'âge de la technique».

16. *La technique ou l'enjeu du siècle*, París 1954, *passim* y especialmente pp. 16-20.

de esta posición es una «demostración de la autonomía de la técnica y de su intrusión en todos los aspectos de la vida social y económica».[17]

Para terminar esta exposición, mencionaremos el punto de vista de G. Gurvitch que define las técnicas como «unas manipulaciones eficaces, artificiales y subalternas... delimitadas, transmisibles, innovadoras... inspiradas en el deseo de dominar el mundo de la naturaleza, de lo humano y de la sociedad, con el fin de producir, de destruir, de salvaguardar, de organizar, de comunicar y de informar».[18] Esta definición, concebida manifiestamente para abarcar la totalidad de los aspectos de la función técnica, tiene como consecuencia desembocar en una ampliación considerable, o por decirlo así, ilimitada de la categoría de los técnicos. Tales concepciones, sin ninguna duda, por su misma amplitud, parecen estar en armonía con el espíritu de la civilización técnica, que se consagra en todos los campos a la búsqueda del máximo de eficiencia.[19] Pero si el esfuerzo de racionalización técnica tiende a marcar todos los sectores de la vida social, la validez de las operaciones emprendidas y la calidad de los resultados adquiridos no son uniformes. La regulación del tránsito en las grandes ciudades puede reglamentarse

---

17. «Reflexions sur l'opération technique, les techniciens et les technocrates», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. XIX, 1955, p. 162. Compárese este punto de vista con las consideraciones que expone S. BERNARD en *Les conséquences sociales du progrès technique*, Bruselas 1956, pp. 117-120: «...La técnica se encuentra en todos los niveles de la organización social. La tecnología no es un sector limitado de la sociedad; es la organización social misma, vista bajo un prisma determinado...».

18. *Structures sociales et démocratie économique* (obra colectiva), Bruselas 1961, p. 273.

19. Exponemos a continuación un ejemplo de esta omnipresencia de la preocupación por la eficiencia. El American Institute of Management acaba de realizar un estudio sobre cómo gobierna el Vaticano, administrativa y financieramente, a la Iglesia Católica (esta encuesta no ha sido solicitada ni autorizada por el Vaticano, pero tampoco se ha opuesto a ella). El estudio se ha mostrado favorable al Vaticano, el cual ha obtenido 9.010 puntos sobre un total teórico de 10.000 (la compañía American Telephone and Telegraf ha obtenido, por su parte, 9.520 puntos). En todo caso se puede tener presente una consideración: muchos miembros del Sacro Colegio son demasiado viejos para ser eficaces como *Business executives* (*Newsweek*, 3 septiembre de 1962, p. 36).

de forma más segura que la armonización del crecimiento económico. O, dicho de otra manera, la adopción de una concepción amplia tiene como efecto colocar bajo el pabellón de la técnica a unas operaciones y tareas que, en el estado actual de las cosas, se encuentran afectadas por un carácter coyuntural o caracterizadas por unos elementos subjetivos (así, por ejemplo, el «olfato» o la «corazonada» del autor de la decisión).

El riesgo que se deduce de lo dicho es manifiesto, pues produce una referencia ilegítima hacia las virtudes y méritos de la técnica con el fin de tomar o justificar una decisión. El peligro es particularmente grande cuando no se dispone de instrumentos que permitan medir las consecuencias de los actos emprendidos o cuando el acontecimiento es demasiado complejo para que una evaluación del papel respectivo de los diferentes factores sea concebible. El error y la superchería son mucho más fáciles de descubrir cuando se trata de vicios en la construcción de un puente que en el caso del fracaso de la política exterior. En vastas y numerosas parcelas de la acción política, el comportamiento de los responsables obedece a unos criterios o visiones empíricas que resulta difícil y a veces absolutamente imposible de someter, como no sea por un abuso lingüístico, a un trabajo de contenido técnico (así, la presencia de consideraciones ideológicas o morales).

En estas condiciones, sería conveniente disponer de criterios que permitiesen desembarazar a la técnica de las asimilaciones ilícitas. O también, establecer una escala que hiciese resaltar el grado de confianza que se concede a las diversas técnicas, esto es, mostrando su aptitud para permitir la realización efectiva de los fines deseados. Pero los esfuerzos realizados en este sentido —principalmente los intentos para separar la técnica de la seudotécnica— no se han plasmado en la formulación de criterios de alcance operatorio.[20] Ade-

20. Ver las observaciones formuladas por DUCASSE, *op. cit.*, pp. 42-44.

más, si adoptásemos una especificación estricta, tomaríamos el sentido inverso de una corriente social muy pronunciada (extensión prodigiosa de la técnica en el lenguaje usual) y con ello llegaríamos, tal vez, a separar de la exposición ciertos fenómenos significativos.

Habida cuenta del objeto propio de este trabajo, y sin considerar necesariamente válidas las designaciones extensivas, la posición más razonable parece ser la de descubrir todas las actitudes o decisiones que se consideran inspiradas por unas motivaciones técnicas o que reivindican un afán de eficiencia. Sin embargo, debemos señalar desde ahora que esta pretensión carece, en varios casos, de justificación objetiva. Esta situación puede resultar de una impostura individual, más o menos fácil de descubrir, pero puede ser también de naturaleza colectiva, debiéndose a lagunas en los conocimientos y a la imperfección de los procedimientos de intervención. Es preciso, pues, completar ahora una fórmula precedente: aunque la tecnocracia es el ejercicio de un poder que se funda en la competencia, no es raro que esta última sea imperfecta o incluso hasta totalmente supuesta.

2. La noción más naturalmente admitida del técnico es la del «especialista» que conoce a fondo un aspecto o una cuestión particular, esto es, que posee o pasa por poseer una competencia irrecusable en un sector muy preciso del saber o de la acción humanos. Lo peculiar de la intervención del especialista radica en el hecho de limitarse al punto al que se refiere su competencia. Parece conveniente reservar el término de «experto» para la designación de estas situaciones.

Al especialista así definido se opone el «generalista» (se dice a veces en francés el «técnico de las ideas generales» que se caracteriza por una amplitud para dominar las manipulaciones parciales o sectoriales y hacer una síntesis de ellas. Por una tendencia natural de la naturaleza humana, el «generalista» llega a considerarse, muy frecuentemente, dotado de una especie de competencia general que le permite consagrarse

con un mínimo de preparación a la resolución de cualquier clase de problemas. Las bibliotecas administrativas se encuentran llenas de informes realizados por jóvenes inspectores de Finanzas o auditores del Consejo de Estado, que no tenían ni la más remota idea del tema abordado en el momento de comenzar sus investigaciones. Hoy esta tendencia está más marcada aún en ciertos representantes de la *intelligentsia.*[21]

Las tareas habituales de los «generalistas» consisten en asegurar la conducta de vastos conjuntos humanos o de adoptar una visión global de los problemas considerados (pero no olvidemos que precisamente en su expediente figurarán informes de expertos). Ésta es, en suma, la función reservada a los *managers*, de los que se espera normalmente que sean capaces de asimilar todos los datos de un proyecto y de asegurar su realización con el menor costo. Una de las cualidades principales del «generalista» es la de efectuar una correcta selección de los «especialistas» cuyos conocimientos le son necesarios.[22]

¿Se debe englobar en la categoría de los técnicos a los expertos, «generalistas» y *managers*? Algunos no lo admiten, estimando que conviene reservar esta calificación solamente para los especialistas. Aparte de éstos, los pretendidos técnicos no son con frecuencia más que administradores que carecen de conocimientos serios sobre los problemas tratados. La observación no deja de tener su razón de ser. Sin embargo, parece difícil reducir la categoría de los técnicos dejando únicamente en ella a los expertos especializados. Esto traería consigo la exclusión de los modos de gestión y dispo-

---

21. Así lo atestigua la obra de C. Wright Mills, *Les causes de la troisième guerre mondiale*, traducida del americano, París 1960.

22. Se observará que el mismo agente puede asumir papeles diferentes según el contexto de su intervención. Frente a un hombre político un alto grado militar será considerado como un experto, mientras que en la jerarquía militar propiamente dicha, su función podría ser la de un «generalista», que basa sus opiniones dadas en el exterior con el concurso que le prestan algunos «especialistas».

sición de los conjuntos humanos del campo de la técnica que, en la práctica, tienden a ser fruto de una racionalización cada vez más rigurosa. Sin olvidar que la elección de una concepción extensiva puede tener como resultado encubrir o legitimar unas supercherías, creo preferible adoptar una visión amplia de los técnicos que comprenda a «especialistas» y «generalistas», expertos y *managers*, pero sin que esto sea óbice para distinguir cuidadosamente las diversas fases de intervención.

En definitiva, consideraremos aquí el caso de todos los que son llamados a participar en la gestión de los asuntos públicos en única base, o, si se prefiere, con el único título de poseer una competencia técnica, cualquiera que sea la naturaleza de la misma o la calidad de la etiqueta profesional que la sancione. Estos «técnicos» son unos «tecnócratas en potencia», pero el paso de la función técnica a la tecnocracia no se debería considerar como necesario o inevitable.

3. Entre los esfuerzos que tienden a separar a los técnicos de los tecnócratas merece mencionarse especialmente el intentado por G. Gurvitch. «Los técnicos —escribe— son unos agentes que no sobrepasan los límites de carácter artificial y subalterno que como tales técnicos ejercen. Los tecnócratas, por el contrario, se aprovechan de la propensión de las técnicas para hacerse independientes y hacerse considerar; así se encuentran en situación de sustituir al subalterno en la visión de conjunto, para dominar en lugar de obedecer, para dar las directrices en vez de seguirlas, para remplazar al hombre mediante el artificio, la máquina, el instrumento, para abusar en lugar de servir.»[23] Esta

---

23. *Op. cit.*, p. 273. Resulta interesante comparar esta definición con un estudio de Nora MITRANI «Ambiguité de la technocratie», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 30, 1961, pp. 101-114. Para esta autora la promoción del técnico en el papel de tecnócrata supone no considerar ya a la técnica como un «procedimiento parcial», sino como una «operación total». Sin embargo, el paso es generador de ambigüedad en el sentido de que la gestión de la totalidad exige que se realicen otras operaciones mentales y

definición no debe ser aceptada sin formularse unas reservas, pues conteniendo un juicio moral desfavorable y tachado de unilateralismo, conviene más en el caso del experto que en el del *manager*. Pero, sin embargo, tiene la ventaja de aclarar que el paso de la función técnica a la tecnocracia se realiza cuando, de una manera o de otra, el técnico consigue asegurarse la última palabra y cuando ha logrado la facultad de resorte último.

Esta concepción, al aplicarla a la gestión de los asuntos públicos, conduce a definir la tecnocracia como la remoción del político en provecho del técnico. Consideremos, por ejemplo, el caso de la política económica, que se puede definir como un conjunto, más o menos bien articulado, de decisiones de autoridades públicas con respecto a unos problemas que se refieren a la gestión de los recursos escasos. Pues bien, hay tecnocracia desde el momento en que, en la práctica, estas facultades se transfieren a unos técnicos o bien éstos las confiscan. Por lo tanto, la fórmula tecnocrática expresa las situaciones en las que el técnico, o los técnicos, basándose en su competencia profesional y en la reputación que con razón o sin ella detentan, logran imponer su punto de vista, en unos dominios reservados a los titulares de un mandato político, los cuales están responsabilizados por ello ante el público.

El problema estriba, por tanto, en establecer lo más concretamente posible, las listas de las diversas series de técnicos susceptibles de participar en esta remoción.

4. Estas series son numerosas y de contenido a veces equívoco. Además, la variación de estos fenómenos es grande de un país a otro, por lo que no permite hacer una exposición que se ajuste a todos los casos. La enumeración que hacemos a continuación sigue sien-

---

conductas aparte de las que lleva a cabo el técnico. El tecnócrata trata de zafarse de ello por una «doble reducción de las diferencias de estructura a unas diferencias de escala y de la noción de totalidad social a la de una cantidad máxima». Estas observaciones ilustran el sentido de la ideología tecnocrática con claridad (infra, segunda parte).

do aproximativa y poco exacta, pero sin embargo, nos parece que abarca lo principal.

a) En primer lugar, los funcionarios.[24] La comprobación de su influencia en la elaboración de la acción gubernamental se ha convertido en un lugar común de la ciencia política. Pero en conjunto, el fenómeno, en vez de haber sido estudiado seriamente, no ha sido más que mencionado. Son muy frecuentes las reflexiones sobre las relaciones que existen entre los altos funcionarios y los hombres políticos. Sus contactos son, ciertamente, un modo privilegiado de penetración de los desvelos técnicos en el trabajo parlamentario o ministerial.[25] No obstante, el factor «competencia» interviene a lo largo de la misma jerarquía administrativa, limitándose el director a defender el punto de vista de sus servicios. Por otro lado existe, entre los diversos sectores de la administración, un vaivén constante de preocupaciones técnicas, esforzándose cada uno por convencer a los demás de sus puntos de vista.

La Administración no es un bloque monolítico, sino que frecuentemente los elementos que la componen se encuentran en estado de rivalidad declarada. De ello resulta sin duda un debilitamiento de los negociados, como conjunto, para mantener e imponer sus concepciones. De otra parte, cuando la elección de una medida exige el concurso de varios servicios (situación ésta muy frecuente), sucede que la resistencia de un ele-

---

24. Para una visión general del problema consúltese GREGOIRE (Roger), *La fonction publique*, París 1954; CHAPMAN (Brian), *The profession of goverment. The public service in Europe*, Londres 1959; STRAUSS (D.), *The ruling servants Bureaucracy in Russia, France — And Britain?* Londres 1961. Se encontrará un buen punto de partida en GOURNY (Bernard), *L'Administration*, París 1962 (Que sais-je?, núm. 1004). Mencionemos por último la interesante compilación de P. SOUDET, *L'Administraction vue par les siens... et par d'autres*, París 1960.

25. Ver, por ejemplo, las observaciones que ha presentado J. DE BOURBON-BUSSET sobre las relaciones del ministro de Asuntos Exteriores con sus servicios («Vie internationale et politique étrangère») en la obra colectiva *Les Affaires étrangères?*, París 1959, pp. 161-183. «El ministro sabe perfectamente que no puede prescindir de su personal técnico... que conoce y gestiona los expedientes» (p. 175).

mento aislado retrasa, y a veces durante bastante tiempo, la solución del problema.

Cuando se examina la influencia de los funcionarios en la elaboración de las decisiones y en la gestión de los asuntos públicos, es corriente, en Francia, mencionar a los «grandes cuerpos» del Estado. Ciertamente, esta indicación es adecuada, pero bajo reserva de no olvidar a los cuerpos de ingenieros (ya que los politécnicos desempeñan un papel importante). Desgraciadamente, las observaciones que se han hecho a este propósito siguen siendo, la mayoría de las veces, confusas y superficiales (estando también teñidas, a menudo, de un espíritu partidista).[26]

Durante mucho tiempo se ha seleccionado a los funcionarios, con arreglo a un criterio de competencia general, más que por el fundamento de sus conocimientos o habilidades específicas. Esta costumbre se mantiene, pero el desarrollo de las atribuciones del Estado y la extensión de la tecnicidad han conducido a introducir en las administraciones a especialistas que únicamente tendrán como tarea lo referente a su saber particular. Estos «incorporados» pertenecen a ramas particularmente variadas: ingenieros, médicos, economistas, agrónomos, sabios e investigadores científicos, etc. Lo más frecuente es que sean contratados según unas normas propias y destinados a cuadros especiales.

Entre estas dos categorías de agentes del Estado existen, naturalmente, motivos de discordia y puntos de fricción. A. Sampson lo señala expresamente en lo que se refiere a Gran Bretaña,[27] pero se observa la misma situación en todos los países donde la selección

---

26. Así ocurre principalmente en la mayoría de los estudios de inspiración marxista: ver, por ejemplo, FERRAT (André), *La République à refaire*, París 1945. Hasta ahora sólo la Inspección de las Finanzas ha sido objeto de un estudio sistemático: LALUMIÈRE (Pierre), *L'Inspection des finances*, París 1959. Cf. en particular, bajo el prisma de esta obra, los títulos II y III de la segunda parte.

27. *Anatomy of Britain*, Londres 1962, p. 227. (Hay traducción francesa. *T.*)

de los funcionarios ordinarios se hace con arreglo a fuertes tradiciones. Los especialistas se quejan, en particular, de verse reducidos a un papel de consejeros, no tomándose siempre en consideración sus opiniones. ¿Podemos afirmar, entonces, desde nuestra perspectiva, que solamente los *managers* o «generalistas» tienen vocación por el ejercicio de facultades tecnocráticas, en contraposición a los expertos, que serían mantenidos en unas posiciones subordinadas?

Parece cierto que, especialmente en las administraciones de tipo burocrático, la especialización ha provocado en nuestros días una especie de complejo de inferioridad. En igualdad de condiciones, el «generalista» dispone de mayores facilidades que el experto, para hacer prevalecer su punto de vista. Sin embargo, como veremos más adelante con claridad, puede ocurrir que algunos expertos —en el sentido dado a la palabra en este estudio— se encuentren en condiciones de ejercer una influencia real. En principio, el trabajo del experto se limita a la elaboración de explicaciones y a la especificación de los remedios o instrumentos. Sin embargo, no es raro que el especialista presente, bien porque se le haya solicitado, bien por su propia iniciativa, unas consideraciones o sugerencias que excedan *stricto sensu* de su misión.[28]

b) Es preciso decir algo respecto de los expertos ajenos a la administración. En este caso se trata de la intervención en las tareas gubernamentales de hombres seleccionados en razón de su competencia especial, pero que no forman parte de los cuadros de la Administración propiamente dichos. El fin de esta operación es obtener una opinión exterior distinta de la

---

28. Ver el estudio de Pierre DUCASSE, «Esprit et méthode de l'expertise», reproducido en la obra ya citada *Les techniques et le philosophe*, pp. 137-157. Ver también BRYSON (L.), «Notes on a theory of advice», *Political Science Quarterly*, septiembre 1951, pp. 321-339 (quien se esfuerza por establecer una especie de deontología para el uso de expertos).

conseguida mediante las instancias regulares. La misión del experto puede limitarse a un asunto determinado, pero puede acontecer también que abarque la formulación y vigilancia de una política (en el sentido de *policy*) o incluso el análisis o la apreciación de todo un sector de la actividad política.

Este sistema es muy utilizado en los Estados Unidos y también en las organizaciones internacionales, recibiendo el experto la calidad de «mentor». Normalmente, la utilización de éste se realiza mediante el pago de honorarios; no obstante, en diversos países (principalmente en los Estados Unidos) puede ocurrir que se integre a título provisional al experto —de unas semanas a un año— en las estructuras administrativas. Mencionemos, por último, los casos cada vez más numerosos en que el experto se convierte en miembro de un consejo o de una comisión constituida cerca de los poderes públicos. En los últimos años, la elaboración y la ejecución de la política económica han representado un campo privilegiado para la actividad de los expertos.[29] En los Estados Unidos, el empleo de este procedimiento se ha extendido a la formulación de la política extranjera, por lo que se ha podido hablar a este respecto de trusts de cerebros *(brain-trusters)* de las relaciones exteriores[30] (actuando en particular dentro del marco del *policy planning staff,* encargado de in-

---

29. Sobre estos problemas, se podrá consultar con provecho la obra de NOURSE (Edwin G.), *Economics in the public service. Administrative aspects of the employment act,* Nueva York 1953. Ver también JÖHR (W. A.), SINGER (H. W), *The role of the economist as official adviser,* Londres 1955; así como MARRIS (R. L.), «The position of economics and economists in the government machine. A comparative critique of the United Kingdom and the Nederlands», *Economic Journal,* diciembre 1954, pp. 759-783, también *The machinery of economic policy,* Londres 1954. Ver por último las observaciones de BOUTINARD ROUELLE (J.), «De la utilité du savoir économique dans la conduite des affaires privées et publiques», *Revue économique,* noviembre 1959, pp. 869-882 y LITTLE (I. M. D.), «The role of the economist in Whithehall», *Administration (Dublin),* verano 1958, pp. 151-164.

30. Ver CARLETON (William G.), «Brain trusters of American foreing policy», 1945-1954, *World politics,* julio 1955, pp. 627-639.

troducir una visión «prospectiva» en el seno del Departamento de Estado).[31]

Podemos aplicar igualmente en el caso de los expertos ajenos a la Administración lo que hemos dicho de los expertos-funcionarios (incluso en el caso de que sean llamados para cursar un período de perfeccionamiento en la Administración, de una duración de semanas o meses). Naturalmente, el prestigio de un nombre importante puede añadir más trascendencia a la consulta solicitada. En el momento de tomar algunas decisiones graves, al comienzo de la V República, es evidente que la opinión de la comisión de expertos —cuyos diversos miembros gozan de una notoriedad reconocida— tuvo un papel decisivo (así, en diciembre de 1958, la determinación de la política financiera).

c) Examinemos ahora la situación y el papel de una categoría particular de agentes del Estado que suscita unos problemas especialmente complejos; nos referimos a los militares. Se dice corrientemente que su papel y su influencia no han cesado de desarrollarse desde el fin de la segunda guerra mundial. Su influjo se bifurca en dos direcciones diferentes, que resulta fácil diferenciar en términos muy esquemáticos.[32]

La primera consiste en las gestiones hechas cerca de las autoridades competentes para salvaguardar la Defensa Nacional. Responsables de la seguridad del país, los militares tienen naturalmente sus propias ideas sobre la mejor manera de asegurarla (esto es una manifestación de la actitud técnica). Por ende, su esfuerzo sostenido para convencer al Parlamento y a

---

31. Entre las obras consecuencia de tales contactos, citemos: KENNAN (G.), *Realities of American foreign policy*, Princeton 1954; HALLE (Louis J.), *Civilization and foreign policy*, Nueva York 1955; MALSHALL (Charles Burton), *The limits of foreign policy*, Nueva York 1954, etc.

32. Se puede ver una exposición general del problema en nuestro estudio «Les militaires et le pouvoir» en la *Revue Française de Sociologie*, abril-junio 1961, pp. 75-87. En los últimos años, este tema ha sido objeto de numerosos trabajos, de los que se encontrará un buen repertorio en Raoul GIRARDT, «Problèmes militaires contemporains - Etat des travaux», *Revue Française de Science Politique*, junio 1960, pp. 395-418.

los ministros de la concesión de medios, humanos y financieros, adecuados.

La cuestión se complica por el hecho de que no hay prácticamente ningún problema gubernamental cuyas incidencias sobre la Defensa Nacional no dejen de ser apreciables. Por ejemplo, la localización de la actividad económica, la educación de los jóvenes, la política extranjera, etc. Los militares, encontrando un argumento de excepción en las responsabilidades que asumen, han intentado inmiscuirse, sin estar con frecuencia preparados, en sectores muy alejados de sus competencias tradicionales (actitud que comparten también por razones análogas los «financieros» públicos). En muchos países, y especialmente en los Estados Unidos, su influencia se ejerce, cara a la gravedad de la situación, de forma masiva y a veces decisiva, principalmente en cuanto a la elaboración de la política exterior.[33]

Pero siguiendo este razonamiento podemos examinar la segunda tendencia. En numerosos Estados, el ejército ha manifestado su voluntad de controlar e inspirar la línea política general durante diversas circunstancias y bajo modalidades diferentes. Un fenómeno de estas características parece extraño en los países comunistas, donde se afirma la subordinación de lo militar a lo civil. Sin embargo, la relación entre estos dos poderes no se reduce siempre a una situación tan simple. En la U.R.S.S., por ejemplo, no se discute que al haberse situado los militares junto a hombres de ciertas tendencias hayan contribuido a asegurar su victoria. Incluso algunos dirían que la hicieron posible, como es el caso de la eliminación de Beria, por ejemplo. En las democracias representativas, la situa-

---

33. Sobre este problema, ver SAPIN (Burton M.), SNEYDER (Richard C.) *The role of the military in American foreign policy*, Nueva York 1954, J. DE BOURBON-BUSSET (*op. cit.*, pp. 176-177) señala «el papel determinante» que desempeñan los expertos militares en ciertas negociaciones (como, por ejemplo, las que se realizaron en Ginebra hacia 1930 sobre el desarme).

ción varía según los países. En el caso extremo, la remoción se torna radical al encargarse el poder militar del poder civil o también al vigilar estrechamente a sus titulares. En otras circunstancias, el ejército se limita a una supervisión global del aparato gubernamental, implicando un derecho de veto respecto a ciertos actos que merced a su naturaleza le parezcan comprometer el destino nacional.

Aunque se haya discutido, parece apropiado interpretar las situaciones del primer tipo que hemos referido como incluidas dentro del esquema tecnocrático. Por lo que hace a Francia, esta asimilación ha sido admitida por la más alta autoridad militar del país, el general Ely, quien en la víspera de su retiro del servicio, declaraba que «el ejército cuenta en nuestros días con gran número de tecnócratas» y llegaba a mencionar «una especie de sinarquía... que poco a poco se va convirtiendo en la verdadera autoridad, orientando las decisiones que se deben tomar y dirigiendo su ejecución».[34] Por el contrario, cuando el militar apoya sus reivindicaciones o trata de imponer sus concepciones, no ya mediante la argumentación o las razones técnicas, sino blandiendo o utilizando el «sable», parece difícil englobar su acción dentro del marco de la tecnocracia.

d) Se nos podría imputar una seria laguna si dejásemos de mencionar en esta lista a la categoría de los sabios (particularmente en el orden de las ciencias físicas y biológicas). Indudablemente son muchos los sabios que aún se imponen no salir de sus laboratorios; con razón o sin ella, se considerarían desplazados en toda determinación que se refiera a problemas que afectan a la vida pública. Pero, no obstante, ya no se trata de una actitud uniforme, porque hoy día son numerosos los miembros de esta categoría (profesores, investigadores...) que se esfuerzan, dentro de su calidad, por influir en las decisiones de las autoridades.

---

34. *Revue de Défense Nationale*, junio 1960, p. 977.

En general, se puede afirmar que el problema de las responsabilidades sociales de la ciencia no es nuevo. En el plano del análisis sociológico, ha inspirado una vasta literatura de la que no es posible deducir conclusiones unívocas.[35] Pero, en nuestra época, un hecho le ha conferido una agudeza particular: la utilización de los descubrimientos científicos para fines militares. En 1924, un sabio británico suscitó una polémica sobre la responsabilidad de sus colegas en lo que se refiere a la guerra química, pues afirmaba que son las condiciones sociales únicamente, y no las invenciones científicas, las que crean las causas de los conflictos militares.[36] Los descubrimientos nucleares, como es lógico, han llevado esta controversia a su paroxismo.

Las posiciones que han adoptado en los Estados Unidos los «atomistas» no son uniformes. Por ejemplo, podemos mencionar a este respecto la opinión del físico americano Edward Teller y que es muy simple: «No es misión del científico determinar si una bomba de hidrógeno ha de ser construida, si debe emplearse, y en este caso, cómo debe hacerse. Esta responsabilidad es patrimonio del pueblo americano y de sus representantes».[37] Otros sabios han adoptado, sin embargo, actitudes diferentes; algunos, movidos por razones morales, han rehusado participar en la realización de los programas de investigaciones militares. Otros (y la corriente se ha extendido a Europa) han juzgado indispensable alertar a la opinión pública de los peligros mortales de la guerra nuclear y de los riesgos radiactivos de los ensayos atómicos. En este sentido, po-

---

35. En colaboración con Brigitte SCHRÖDER hemos intentado realizar un análisis de esta categoría en *Les savants dans la vie internationale. Eléments pour un auto-portrait*, Lausana 1962. El lector podrá encontrar igualmente numerosas referencias en «Sociology of science. A trend-report and bibliography», *Current Sociology*, vol. V, núm. 2, 1956.

36. HALDANE (J. B. S.), *Callinicus: a defense of chemical warfare*, Londres 1925.

37. Texto citado en una obra documental realizada por PAX CHRISTI, *L'atome pour o contre l'homme*, París 1958, p. 239.

demos mencionar, por ejemplo, la declaración redactada en Gotinga, el 13 de abril de 1957, por dieciocho sabios alemanes, que versaba sobre los proyectos tendentes a dotar al ejército alemán de un armamento atómico.

Einstein se reveló como un ferviente adepto de esta tendencia cuando declaró en el mes de abril de 1954: «No podemos flaquear en nuestros esfuerzos para lograr que las naciones del mundo, y sobre todo sus gobernantes, cobren conciencia del desastre insólito que pueden provocar, si no cambian en sus actitudes recíprocas... En el momento decisivo yo gritaré con todas las fuerzas que me queden».[38]

Manifestamos comprender, de una vez para siempre, las preocupaciones o, si se quiere, los dramas de conciencia de los sabios, cualquiera que sea su causa: reflexión moral, sentimiento religioso, móviles humanitarios... Pero no podemos conseguir que estas actitudes dejen de tener unas implicaciones en el juego gubernamental; no basta proclamarse «apolítico» para librarse de toda influencia en la materia. Sin duda, resulta probablemente excesivo afirmar, a este propósito, de los sabios, que «como expertos ganarán muy

---

38. *Ibid.*, p. 242. Resulta interesante comparar con tales declaraciones las afirmaciones de un comunicado publicado por el Sindicato Nacional de trabajadores de la Energía atómica (C.G.T.), para precisar su posición ante la cuestión de la bomba francesa. A continuación exponemos un fragmento significativo (*Le Monde*, 12 diciembre 1959): «Las declaraciones del ministro del Ejército manifiestan una especie de acuerdo común que no ha existido nunca entre el personal del Centro de Estudios Atómicos. M. Guillaumat se encuentra bien situado para saber que ha sido necesario crear para proceder a los estudios y fabricaciones para la bomba francesa, un organismo especial denominado Departamento de las Técnicas nuevas, después llamado Dirección de las Aplicaciones Militares, cuyo personal ha tenido que ser reclutado, en casi su totalidad, en el exterior, debido a que el personal que pertenece a los otros servicios del Centro de Estudios Atómicos no se hallaba dispuesto, por lo general, a implicarse en un trabajo cuyo objetivo apuntado era la bomba atómica o termonuclear... Nuestro sindicato evidentemente no ha propuesto a los trabajadores practicar ninguna clase de repulsa para efectuar un trabajo, pero ha alentado todas las determinaciones colectivas capaces de orientar la actividad del Centro de Estudios Atómicos hacia otros fines pacíficos».

pronto en importancia a todas las demás clases».[39] Con todo, sigue siendo cierto que en los países más avanzados los eruditos tienen un lugar preferente en la elaboración y en la ejecución de las políticas gubernamentales (tanto si están integrados en su calidad de tales en los servicios del Estado, como en el caso de que las autoridades se limiten a pedirles consejo o a integrarlos en los comités consultivos, o también cuando los sabios, por su propia iniciativa, intentan influir en la opinión pública).[40]

Podríamos pensar que, bajo estas vestiduras diferentes, los sabios no difieren notablemente de las otras categorías de especialistas. Por lo que no resulta fundamentalmente inexacto decir que el sabio no se sale de su propio ámbito. Pero, de una parte, el prestigio que se concede a los descubrimientos científicos y el terror que inspira la potencia atómica, sirve a los hombres de ciencia para tener una audiencia particular, y de otra, éstos —especialmente en el plano de las relaciones internacionales— no dudan en tomar, al menos varios de ellos, unas posiciones sobre los problemas políticos de las que algunas no dejan de estar indemnes de motivaciones ideológicas.

e) Desde hace algunos años, en el momento de tomar decisiones interviene una categoría particular de sabios: los matemáticos o, más simplemente, los técnicos del cálculo matemático (en particular, capaces

---

39. J. DE BOURBON-BUSSET, *op. cit.*, p. 177.

40. Entre la literatura consagrada a estos problemas cabe mencionar: PRICE (Don K.), *Government and Science*, Nueva York 1954; LINDVEIT (Earl W.), *Scientists in government*, Washington 1960 (que expone las modalidades de empleo de los sabios por el gobierno federal en los Estados Unidos); SNOW (C. P.), *Ciencia y Gobierno* (trad. cast.), Editorial Seix-Barral, Barcelona 1963. No estamos bien informados del papel que desempeñan los sabios en la máquina gubernamental soviética. Según ciertos autores (particularmente C. P. SNOW), la responsabilidad que se les ha asignado en la fijación de las decisiones públicas es mayor que en el Occidente. En todo caso, los sabios forman una capa social respetada y muy bien considerada en el plano material. Al menos en lo que respecta a su trabajo profesional, parecen disponer de una cierta libertad de maniobra frente a las posiciones ideológicas oficiales.

de alimentar los ordenadores electrónicos y de interpretar sus resultados). Su llegada a la escena gubernamental corresponde al afán de utilizar más racionalidad en la realización de los objetivos escogidos, sometiéndolos previamente a un examen inspirado en reglas del método experimental. El aspecto corrientemente mejor conocido de esta tendencia es la investigación operativa.[41]

Los pasos necesarios que comporta este procedimiento apuntan a establecer una conexión entre el hombre de acción y el hombre de estudio, y son fáciles de enumerar: determinación del objetivo a alcanzar, identificación de los factores que operan en la intervención deseada, fijación de un criterio que permita medir el grado de éxito de las acciones emprendidas, cálculo de la influencia de los diversos elementos en la variación de este criterio y determinación de aquellos que le aseguran un valor óptimo. La investigación operativa, muy utilizada desde la segunda guerra mundial para la solución de los problemas militares, conoce hoy día numerosos empleos en la gestión de los asuntos industriales y comerciales. Asimismo, se utiliza en el estudio de las diversas cuestiones dependientes de la jurisdicción de la Administración pública (por ejemplo, la circulación automovilística en las grandes aglomeraciones).

De creer a Dominique Dubarle, la intervención de los matemáticos en el acto de tomarse las decisiones, que contrariamente a otras conductas de sabios está generalmente limpia de intenciones políticas, no con-

---

41. Sobre este procedimiento ver KAUFMAN (A.), *Méthodes et modèles de la recherche opérationnelle*, París 1959. Sin embargo, este libro, que está muy informado técnicamente, concierne casi exclusivamente a la gestión de las empresas. Se encontrará una visión más amplia (con amplios ejemplos que se refieren a nuestro dominio, en particular a los problemas militares y a la administración pública) en una obra colectiva en dos volúmenes: tomo I, bajo la dirección de J. F. MCCLOSKEY y F. N. TREFETHEN, *Introduction à la recherche opérationnelle*, tomo II bajo la dirección de J. F. MCCLOSKEY y J. M. COPPINGER, *Recherche opérationnelle; cas pratiques et méthodes*. París 1958-59.

duciría de ningún modo a producir una constricción a los individuos. El cálculo, al tener en cuenta el azar y las cifras, «lejos de excluir y de proscribir lo que nosotros llamamos la libertad del hombre, la supone, estudia su funcionamiento y asume su existencia tal como se presenta en el seno del medio colectivo».[42] De igual modo, la libertad del hombre político o la del administrador responsable (sin olvidar al militar) se conservará intacta en cuanto a las opiniones eventualmente cifradas que se le suministren. Pero el destinatario de la opinión, al encontrarse en muchos de los casos fuera de la situación de poder examinar los considerandos, sufre una desventaja. Es cierto que, por el momento, muchos problemas políticos (de hecho los más importantes) escapan más o menos completamente a los métodos de la investigación operativa.[43]

* * *

Naturalmente, la influencia respectiva de estas categorías diferentes varía, como veremos más adelante, según los países y las épocas. En muchos casos, son las fuerzas burocráticas tradicionales las que siguen teniendo mayor favor. No obstante, el cuidado de interpretar correctamente las decisiones contemporáneas exige que se tenga en cuenta igualmente la aparición de nuevas fuerzas. Tengo la impresión, no obstante, de que se correría el riesgo de empobrecer considerablemente el contenido de la tecnocracia si limitásemos su implantación al círculo de los funcionarios propiamente dichos.

---

42. En el prólogo al volumen ya citado de Jean-Louis Cottier, *La technocratie, nouveau pouvoir*, p. 21.

43. Para más detalles sobre estos problemas, se podrá consultar nuestro artículo: «Les mathématiciens et le pouvoir», *Revue Française de Science Politique*, junio de 1959, pp. 340-367. A pesar de que conozca hoy una gran extensión, la corriente de «matematización» de los fenómenos sociales posee unos fundamentos antiguos. Ver, en particular, Granger (Gilles-Gaston), *La mathématique sociale du Marquis de Condorcet*, París 1956.

Al haber confeccionado, por consiguiente, la lista de los principales actores del juego tecnocrático, nos encontramos en condiciones de examinar las relaciones entre esta categoría y otras que son usuales en la política.

2. — Originalidad de la categoría

Debemos considerar aquí que la tecnocracia como categoría intelectual aporta un elemento particular al análisis político, por lo que lo más simple a este respecto es confrontarla y diferenciarla de otras categorías que se utilizan corrientemente en el lenguaje político.

La tecnocracia, definida como la remoción del hombre político responsable ante los ciudadanos, en provecho de los técnicos irresponsables, parece opuesta abierta y hostilmente a la idea democrática, tal como continúa prevaleciendo en las sociedades industrializadas de Occidente. Pero éstas conocen también otro fenómeno que, sin ser exclusivo de ellas, tiene una amplia difusión: la burocracia, fenómeno del que cabe preguntarse si no bastaría ya para englobar las conductas y prácticas descritas en este libro. Por último, se debe comparar el comportamiento tecnocrático con las actividades oligárquicas que desarrollan los dirigentes de los partidos (lo que en Italia han denominado algunos como la partidocracia). En la imposibilidad de presentar aquí el extenso detalle que exigiría cada uno de estos temas nos limitaremos a deducir algunas orientaciones para la reflexión, distinguiendo, al mismo tiempo, algunos matices característicos.

1. Sobre el plano doctrinal o en el terreno de la construcción utópica, podríamos imaginar sin dificultad un régimen de tecnocracia perfecta en el que la atribución del poder dependería única y exclusivamente de la competencia. Consecuentemente el problema se reduciría entonces a averiguar los mecanismos de

evaluación y medición de esta capacidad. En la realidad del siglo xx no existe, y parece no haber existido nunca, un régimen que se acerque a este esquema. La intrusión de un poder que se halle ligado únicamente a la competencia en un régimen que se declara o se cree basado en otro principio, representa por consiguiente una desviación o una corrupción. Este carácter, en cierta medida patológico de la tecnocracia, explica la aspereza con que los técnicos y especialmente los altos funcionarios se defienden cuando se les acusa de ser unos tecnócratas o de actuar como tales.

El poder tecnocrático es, por lo tanto, resultado de una transferencia de hecho que en los regímenes de democracia representativa tiende a corroer el poder proveniente del sufragio y de la confianza popular. Este punto es esencial: cuando hablamos del advenimiento de la tecnocracia en las sociedades modernas, no se trata de una sustitución formal de un régimen por otro, sino de la aparición de un poder nuevo, que dentro de los límites que será necesario precisar, se ejerce en detrimento de las fuerzas consideradas como aseguradoras de la gestión de los asuntos públicos, según la constitución oficial y la moral cívica.

Si se quiere apreciar el grado de incompatibilidad de la democracia y la tecnocracia, no resulta carente de interés el que mencionemos algunos de los reproches que se han hecho al tecnócrata, principalmente en la prensa profesional. En primer lugar, se le imputa una tendencia a actuar en el secreto y a proferir la discusión confidencial al debate en la plaza pública; por ello, el tecnócrata sería el mejor adepto de la *closed politics*. En segundo lugar, se afirma que posee una propensión al autoritarismo y al absolutismo; no dudando en testimoniar cierta brusquedad en el anuncio de las medidas decretadas, el tecnócrata daría muestras de un cierto desprecio hacia la reacción del público o al menos de cierta indiferencia a su propósito. Otro rasgo característico estriba en su preferencia por las posiciones doctrinales, los esquemas abstractos y los razonamien-

tos teóricos. El tecnócrata estaría desprovisto del sentido de las realidades políticas y de las contingencias parlamentarias, pues al confinarse en la capital, ignoraría las realidades provinciales y locales.

Este retrato tipo es, en cierta manera, un lastre, pues muchos tecnócratas son unos hábiles políticos que se desenvuelven perfectamente ante las maniobras más sutiles. No todos, también, están desprovistos del sentido de lo humano y de lo posible. Sin caer en la exaltación del técnico (*infra*, la ideología tecnocrática), se deben acoger, pero con reservas, las apreciaciones de los profesionales que a menudo son de estilo y de inspiración *poujadista*. Sin embargo, está claro que el comportamiento del técnico llamado a las altas responsabilidades, presenta varias facetas que lo alejan de la conducta que se podría legítimamente esperar de los líderes democráticos (por ejemplo, un esfuerzo por exponer el sentido de las medidas adoptadas a los propios interesados y obtener su consentimiento).

¿Se puede afirmar que la democracia sea por esencia, en el campo de la elección de las élites políticas, refractaria a la competencia y a la tecnicidad? Ciertamente, nada impide a los electores escoger sus mandatarios y sus diputados, así como entregar su confianza a los ministros, en base a una calificación técnica. En la medida en que las normas de libre elección electoral y de responsabilidad política se mantienen, una selección semejante no tendría un carácter antidemocrático y, aunque ella sea susceptible de acrecentar el peso de las consideraciones tecnocráticas, no se debería en buena ley considerarla como un caso de tecnocracia, particularmente si se trata de una competencia de tipo «generalista» (atribución de un ministerio a un *manager*, como es frecuente hacerlo en los Estados Unidos). La verdad es que este modo de proceder, a excepción hecha de los sistemas de tipo presidencial, no corresponde al espíritu normal del juego democrático (electoral y parlamentario) que se interesa por otras consideraciones o que depende de ellas.

¿Esto es un bien o un mal? Si, como yo creo, la política no es reducible a la técnica, me parece tener aquí fuertes argumentos en favor del ministro-aficionado en relación con el de ministro-experto (un médico en la Salud Pública, un general en la Defensa Nacional, etc.)

La situación ya no es la misma en el caso del nombramiento de un ministro técnico elegido fuera del Parlamento en razón de su capacidad técnica. En las democracias de tipo parlamentario estas designaciones, que suelen ser fuera de lo corriente, tienen generalmente como fundamento la voluntad de hacer frente a situaciones excepcionales. Los régimenes autoritarios, especialmente aquellos que no reposan en un partido único, practican frecuentemente el nombramiento del ministro técnico. A pesar de que el general De Gaulle en la elección de sus ministros haya sido impulsado por una voluntad de «desparlamentarización» de la función ministerial más que por una inquietud de promoción del técnico, la V República presenta fenómenos de este tipo.

Algunos autores estiman que semejantes ministros no son, por lo tanto, unos tecnócratas, debido a que ellos poseen, abierta y oficialmente una responsabilidad política. Teniendo en cuenta nuestra definición de la tecnocracia, este argumento no es absolutamente convincente, ya que el remplazamiento del hombre político por el técnico comporta, en efecto, una remoción total del primero en provecho del segundo, que, a pesar de todo, no depende ya del juego electoral. ¿No sería ésta una manifestación particularmente acentuada, de hecho el caso casi perfecto, de infiltración tecnocrática?

2. Llegamos ahora a las relaciones entre la tecnocracia y la burocracia. Diversos especialistas y prácticos desean que se distinga el tecnócrata, que estaría caracterizado por una preocupación de gestión técnica óptima y una visión desinteresada del bien público, del burócrata, que tendría como única referencia la defensa de los intereses adquiridos y estaría marcado

además por ciertas costumbres molestas desde el punto de vista de la eficacia (un desentenderse ante las responsabilidades, una repulsa a la innovación, una tendencia al papeleo, etc.). Aunque corresponda parcialmente a unos rasgos de la realidad, este principio de separación, muy apreciado en los países comunistas, continúa siendo de carácter demasiado subjetivo para proporcionar un criterio eficiente de división.

Se admite generalmente que caracterizan a la organización burocrática cuatro factores (al menos cuando se la considera de carácter neutro, sin el halo desfavorable que corrientemente se le imputa): especialización de las tareas, jerarquía de autoridad, sistema rígido de las reglas de funcionamiento y apartamiento de las consideraciones que se refieren a las personas en la marcha de los asuntos. Jacques Ellul, como es sabido, ve en esto un simple caso de la técnica de organización cuyo fin es el de «valorizar» los esfuerzos emprendidos, o también, ejecutar con el máximo de eficacia los objetivos fijados. Esta estrecha relación entre el fenómeno burocrático y la actitud técnica —que no me parece indiscutible salvo si se opera con arreglo a un esquema ideal— ha sido expresamente confirmada por diversos autores. De este modo, resulta que Robert Dahl y Charles Lindblom, por ejemplo, consideran como uno de los rasgos distintivos del comportamiento burocrático la adaptación consciente de los medios a los fines (es decir, el esfuerzo ejecutado con vistas a obtener el mejor partido posible de los recursos existentes, por medio de una utilización juiciosa de los conocimientos de que se dispone).[44]

Si una noción semejante de la burocracia es útil para un análisis de los modos de gestión, no aporta sin embargo ningún elemento y puede revelarse incluso engañosa cuando se trata de estudiar la distribución de la influencia. Nora Mitrani tiene razón cuando men-

44. *Politics economics and welfare*, Nueva York 1953, p. 235.

ciona a este propósito la existencia de una mixtificación.[45] La burocracia, sistema de organización y de conexión, tiende igualmente a convertirse en un centro de poder y de decisión. A menos de desembocar en unos esquemas puramente formalistas, resulta indispensable incluir en la definición de burocracia esta accesión progresiva hacia la facultad decisional.

Se desemboca de este modo en el planteamiento del problema de las relaciones entre la burocracia y la democracia. Como modo de gobierno de un organismo cualquiera, las dos se oponen entre sí por una disimilitud en su principio interno de funcionamiento.[46] La burocracia tiene como criterio apreciar en las acciones individuales la búsqueda de la eficacia y, en todo caso, la conformidad de los actos individuales a unas normas preestablecidas; pero no puede acomodarse al espíritu de oposición *(freedom of dissent)*, que sigue siendo, por el contrario, la propiedad característica de toda gestión democrática.

El modelo burocrático, como esquema de organización, es de este modo el tipo ideal de los servicios u oficinas encargadas por una autoridad cualquiera de realizar los objetivos definidos según la peculiar manera de esta autoridad. Pero no es raro que la máquina administrativa rebase su papel de subordinación y, agudizando la racionalidad de la gestión o satisfaciendo otras motivaciones interesadas, gravite sobre las determinaciones de la autoridad responsable o afecte ignorar las órdenes recibidas. Cuando la autoridad encargada de

---

45. En el número especial de la revista *Arguments* que trata sobre la burocracia (primer trimestre 1960), p. 28. Para encontrar una buena bibliografía sobre la burocracia consúltese «Bureaucracy and bureaucratisation. A trend-report and bibliography», *Current Sociology*, vol. VII, núm. 2, 1958, pp. 98-164. Aunque la otra sea antigua, se puede consultar todavía, MERTON (Robert) et al. (ed.) *Reader in bureaucracy*, Glencoe (Ill.) 1952. Consultar igualmente el interesante ensayo de M. CROZIER, «La burocrazia come sistema di organizzazione» *Tempi Moderni*, abril-junio 1962, pp. 93-116.

46. Este punto ha sido aclarado por Peter BLAU, *Bureaucracy in modern society*, Nueva York 1956. Del mismo autor, *The dynamics of bureaucracy. A study of interpersonal relations in two government agencies*, Chicago 1955.

dar las órdenes o de señalar la orientación es ella misma de tipo democrático, esta promoción de la burocracia hacia el poder de decisión aparece como un segundo tipo de incompatibilidad entre las dos fórmulas.

Si verdaderamente la tecnocracia y la burocracia tienen como efecto último provocar la desviación o corrupción del régimen democrático o, digamos más modestamente, de aminorar las virtudes del principio democrático, cabe preguntarse si no sería deseable fusionar los dos conceptos. Me parece, empero, preferible no confundirlos por las dos razones que vamos a examinar a continuación.

Consideraremos, en primer lugar, a la tecnocracia dentro del marco de la burocracia. La competencia, general o especializada, se nos presenta entonces como la palanca que permite extender las facultades decisionales de la máquina administrativa o que mantiene el deseo de realizar esta expansión. No obstante, la burocracia en la práctica obedece a otros impulsos y se sirve de otros instrumentos: la fuerza de la inercia y la utilización de una capacidad de ahogo con vistas a proteger, por ejemplo, cierta rutina. Desde este ángulo la oposición entre la tecnocracia y la burocracia no está desprovista enteramente de fundamento. Dicho de otro modo, la tecnocracia puede ser considerada, en cierto sentido, como un esfuerzo de promoción o de valorización de la burocracia. La autoridad moral que detenta la competencia se utiliza para la conquista del poder. Por consiguiente, un primer motivo para separar la burocracia de la tecnocracia radica en que ésta añade a la primera un factor de poderío y de prestigio que no posee necesariamente la burocracia.

La segunda razón se basa en que el campo de la tecnocracia es más amplio que el de la burocracia, en la medida en que fenómenos de inspiración tecnocrática se pueden producir fuera del marco burocrático, así, por ejemplo, el llamamiento de expertos ajenos a la administración para intervenir en ella (en este caso, se puede citar el papel que desempeñan ciertos *trusts*

de cerebros privados, los cuales inspiran a algunos hombres políticos, habiéndose llamado a éstos los «satélites»). Uno de los mejores ejemplos que se pueden aducir a este respecto, es el de un sabio británico, F. A. Lindemann, el cual, durante una época en que no ocupaba ningún cargo oficial, ejerció una influencia considerable sobre W. Churchill, del cual era amigo íntimo.[47] En contra de la opinión de algunos, he dicho ya que me parece imposible limitar la influencia tecnocrática únicamente a los *managers*.

En conclusión, la tecnocracia no debe ser identificada con la burocracia, según la concepción que defendemos en esta obra. En esta perspectiva es preciso dilucidar la noción de tecno-burocracia que algunos emplean corrientemente en Francia, sin distinguirla muy claramente, al parecer, de la tecnocracia.

Los que utilizan esta noción engloban en ella a numerosas y variadas categorías: directores de grandes empresas y responsables de sindicatos profesionales, grandes acaudalados, altos funcionarios, expertos, militares de graduación superior... Según Nora Mitrani, hay un rasgo que caracterizaría al tecnoburócrata: la pretensión de la tecnicidad en el dominio de la economía, de la gestión administrativa y de las ciencias humanas. Si hemos comprendido bien, el tecnócrata presenta un tipo más duro y brutal que el tecnoburócrata. En consecuencia, mientras que éste aceptaría tener en cuenta el factor humano *(human engineering)* y no dudaría a este respecto en rodearse de sicosociólogos y de otros consejeros de organización y de síntesis, el primero se atendría a una visión más sumaria y elemental de la eficiencia, considerando tales desembolsos como «improductivo».[47 bis]

---

47. Ver BIRKENHEAD (The Earl of, *The professor and the Prime Minister.* The officinal life of Professor F. A. Lindemann, Viscount Cherwell, Boston 1962.

47 bis. Ver el principio de esta distinción en «Attitudes et symboles thecno-bureaucratiques: réflexions sur une enquête». *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. XXIV, pp. 148-166. Como ejemplo perfecto de esta apti-

Esta distinción es, sin duda, interesante; pero no obstante cabe preguntarse sobre sus cualidades operativas. La subjetividad de los elementos a los que se refiere hace que sea muy difícil servirse de ellos como base de clasificación de los individuos. Nos parece preferible retenerla para caracterizar a los técnicos que se encuentran en condiciones de apoyarse en un aparato burocrático (normalmente aquellos de tipo *manager* y, lo más frecuentemente, de espíritu «generalista» o de competencia polivalente). De esta forma, tendríamos dos categorías de tecnócratas: los tecnoburócratas y aquellos otros que carecen de nexos burocráticos.

Unos y otros entran en nuestro esquema sin disponer, como hemos visto, de una fuerza de penetración necesariamente igual. Parece justo decir que salvo los casos excepcionales, la combinación tecnoburocrática parece, en numerosos casos, capaz de sobresalir entre los otros intentos de infiltración tecnocrática (así, en materia económica, la preeminencia final de los funcionarios de carrera, fortalecidos por la ventaja de la estabilidad, con respecto a los expertos ajenos a la Administración).

3. Por último, quisiéramos decir algunas palabras, en razón de las controversias que ha suscitado en Italia, del fenómeno llamado de la «partidocracia». Es decir, se trata, utilizando expresiones sumarias, del control de la vida política que ejercen los mecanismos de los partidos, o, si se prefiere, del ejercicio por los burócratas partidistas de una autoridad no comparti-

---

tud, confróntese el artículo de Paul HUVELIN (en el núm. 1 de los *Cahiers du Centre de Recherches et d'Etudes des chefs d'Entreprise*): «Améliorations des relations humaines dans l'entreprise», pp. 23-43. El autor (vicepresidente director general de la Sté. Kléber-Colombes), presenta al jefe de empresa como un «sociólogo comprometido». No habría necesidad apenas de mencionar el evidente abuso de lenguaje que constituye esta asimilación, en todo caso, es reveladora de una nueva mentalidad con respecto a las ciencias humanas. Otro testimonio de esta corriente se puede hallar en VILLERS (Georges), «Industrie thecnique et culture», *Prospective*, 4, pp. 21-37.

da que, según G. Maranini, corre el riesgo de desembocar en la «dictadura caótica de las asambleas anárquicas».[48]

No entra en el objeto de este libro analizar la validez de estos asertos y la realidad de estos hechos. Quisiera solamente examinar si la acción de los dirigentes profesionales de los partidos puede ser asimilada al juego tecnocrático o, más modestamente, si puede compararse al mismo. Nos limitaremos al problema de la gestión interna del aparato, puesto que las luchas por el control o la ocupación del gobierno propiamente dicho dependen, por su intrínseca naturaleza, de otros esquemas (incluso si los esfuerzos realizados a este efecto son de esencia y de contenido técnico).

Se ha exagerado a veces el carácter oligárquico o de élite de la gestión de los partidos políticos. Es posible que Michels haya hecho una exposición en cierto modo demasiado sistemática del problema, al admitir que la existencia de un aparato burocrático conduce necesariamente a la institución de una dirección oligárquica.[49] Sin embargo, los aparatos de los partidos manifiestan tendencias innegables hacia esta dirección. En los partidos de masas, particularmente, los dirigentes profesionales se esfuerzan generalmente por manipular al conjunto de sus adheridos y de orientar conforme a sus posiciones o intereses materiales el funcionamiento de las instancias supremas.

A condición de tener una visión bastante amplia del espíritu técnico, podemos decir que estas maniobras surgen de la operación o manipulación técnica, suposición tanto más plausible cuanto que los progresos en las aplicaciones de las ciencias humanas permiten aumentar el nivel de racionalidad de estas acti-

---

48. *Miti e realtà della democrazia*, Milán 1958, p. 206.

49. Un análisis reciente de estos problemas se puede ver en el número de julio-septiembre de 1960 de la *Rassegna italiana di sociologia*, consagrado a la sociología del partido (principalmente el estudio de G. Sartori, «Democrazia, burocrazia e oligarchia dei partiti»).

vidades (sistematización de la propaganda, utilización del procedimiento de los sondeos...). ¿No serán los dirigentes de los partidos, en definitiva, unos técnicos políticos que usan su competencia general o especial para asegurarse el poder y conservarlo al abrigo de las gestiones e intervenciones de los militantes de base?

Resulta difícil no comparar esta situación con las que se estudian en esta obra. La manipulación interna del partido por profesionales avisados presenta serias analogías con la situación de la remoción, la cual hemos considerado el elemento característico de la tecnocracia. En diversas ocasiones han aparecido a causa de lo anterior tensiones y conflictos entre los técnicos políticos del aparato y los detentadores de mandatos electorales reunidos en el grupo parlamentario (estas oposiciones aminoran la tendencia de numerosos partidos a sentar en los escaños de las asambleas a sus propios dirigentes profesionales).

AMPLITUD DE LA REMOCION

Muchos autores la consideran, en estos momentos, bastante considerable. En Francia, la expresión mediocre y periodística de «Cuarto poder» quiere manifestar la usurpación acaecida de este modo. En los Estados Unidos, se ha hablado de «administocracia».[50] Es casi general la idea de que los funcionarios (a excepción hecha de la influencia que ejerce sobre ella el sector privado) son en definitiva los verdaderos soberanos de la vida pública, por lo que, en suma, la eficacia no puede obtenerse más que en detrimento de la democracia. Pero existen otros testimonios; en Francia, diferentes medios acusan a la alta función pública de haber preparado y realizado, en anuencia con la oligarquía industrial y financiera, la destrucción de

---

50. La expresión es de Austin Ranney, *The governing of men,* Nueva York 1958, p. 441.

las instituciones republicanas en 1940 y en 1958. La caída de la III y de la IV Repúblicas, ¿habrá sido el resultado de una conjuración tecnoburocrática?

En lo que respecta al gobierno de Vichy, la acusación se debe a las actividades de la Sinarquía. Se trataría ésta de una verdadera conspiración de carácter tecnocrático, cuyos elementos habrían sido establecidos entre las dos guerras por diversos medios politécnicos con la ayuda del Banco Worms. Jean Coutrot, que se sabe mantenía relaciones con el gran empresariado, habría sido el verdadero fundador de la secta, cuyos miembros, de creer a varios entendidos, aceptaban coaligarse mediante un juramento. Después de la derrota, el movimiento sinárquico se apoderaría sistemáticamente de los puestos de mando.

La verosimilitud de esta imputación se debe al hecho de que el régimen de Vichy confió muchos puestos dirigentes a técnicos (inspectores de Finanzas, ingenieros del Estado, etc.) que pasaban por tener simpatía con las ideas de Jean Coutrot y que mantenían ciertas relaciones con los medios de los negocios. Pero estos hombres ¿formaban una auténtica sociedad secreta, o una simple «pandilla» caracterizada por un estado de ánimo común y una especie de semejanza intelectual en cuanto a los objetivos y perspectivas del futuro del país? Es conveniente leer a este propósito las observaciones de Henry Ehrmann (poco sospechoso de indulgencia hacia el empresariado) que nos parecen llenas de una rara perspicacia. Aunque da muestras de una gran similitud de aptitudes, Ehrmann no cree útil detenerse en la hipótesis «de una mítica conspiración sinárquica» de la que no se ha podido tener jamás la más pequeña prueba.[51] Además, ¿quién se

51. Ver su obra *La politique du patronat français, 1936-1955*, París 1959, pp. 63-77. Sobre la sinarquía, se encontrarán más referencias bibliográficas en la edición original americana *Organized business in France*, Princeton 1957, pp. 73-76. Para una muestra de la literatura sobre la sinarquía, véase el estudio de Jean-Louis MARTIN en el número de febrero de 1962 de *Lectures françaises*, «Les technocrates et la synarchie», pp. 7-39.

atrevería a pretender, en el terreno del análisis científico, que la derrota de 1940 fue el resultado de una acción concertada de la alta burocracia y de los medios financieros...?

Idéntica imputación ha sido otra vez esgrimida a propósito de los sucesos de mayo de 1958. La administración de las altas esferas habría sido una de las piezas esenciales de la conspiración o conspiraciones contra la IV República, y la destrucción del régimen significaría que a partir de entonces los grupos tecnoburocráticos han decidido ocupar directamente el poder. Oigamos lo que dice Ivan Craipeau: «Las palancas de mando se encuentran en las manos del Ejército, de la Carrera.* de la Banca. Los jerarcas del Ejército, de la policía, de los grandes negocios coloniales y de las finanzas, se instalan confortablemente en los puestos de mando».[52]

La acusación de tecnocracia apareció con más virulencia aún en el momento de las reformas realizadas por medio de ordenanzas, durante el último trimestre de 1958 y, sobre todo, después de la entrada en vigor de las recomendaciones financieras del comité de J. Rueff. Hombres políticos y periódicos de derechas denunciaron la acción «nefasta» de los «verdaderos inmortales» (entiéndase altos funcionarios), a los cuales el nuevo régimen habría permitido conservar los puestos de dirección esenciales y actuar en adelante con una libertad total, como consecuencia de la desaparición del control parlamentario.

Naturalmente, los interesados se defienden haciendo valer, junto con otros observadores, que el gobierno actual se caracteriza más bien por un cambio en las fuerzas políticas dominantes que por la supresión de todo espíritu político. Señalan también que los famosos expertos —Brasart, De Vitry y Rueff, sobre todo— «son casi tan ajenos a los medios administrativos de

---

* Se refiere a los funcionarios de carrera que proceden de la Escuela Nacional de Administración (E.N.A.). *(N. del T.)*

52. «Le bonapartisme au pouvoir», *Tribune marxiste*, núm. 3, p. 43.

1958, casi tan extraños a su lenguaje, a sus métodos y a sus ideas económicas como el mismo Pinay.[53] En una palabra, se trata, según ellos, de no confundir fenómenos de naturaleza diferente. El llamamiento a las «competencias» (pensemos que tal vez se deba esto al deseo de llenar el vacío producido por el desdibujamiento del antiguo personal político), no debe ser asimilado a una conspiración de los mismos técnicos. La fórmula del régimen de los «técnicos por encima de los partidos» representa un tema *gaullista* más que un deseo de la Administración. El grupo tecnoburocrático «es demasiado consciente de su limitación, demasiado dócil también... para querer apoderarse de los asuntos».[54]

Los puntos de vista que acabamos de recordar se pueden considerar, en mayor grado, unas afirmaciones que unas demostraciones. Además, en la mayoría de los casos prevalece una voluntad de ataque o de defensa por encima de todo afán de dilucidación. ¿Es posible aportar algunos criterios más sólidos para su interpretación?

1. — Dimensiones del fenómeno

Quisiéramos analizar rápidamente las formas, los niveles y los sectores privilegiados de la intervención técnica. Sin llegar a presentar a los hombres políticos como simples juguetes en manos de los expertos impor-

---

53. Boletín del *Club Jean-Moulin*, marzo 1959, núm. 4.

54. Esta docilidad de los funcionarios que afirma el Club Jean-Moulin, es mencionada en lo que se refiere a Inglaterra por Andrew SHONFIELD, *British economic policy since the war*, edición revisada, Londres 1959, p. 183. Este autor señala la propensión de los altos funcionarios para expresar justificaciones doctrinales y argumentos suplementarios en un sentido diferente, según sean los laboristas o los conservadores los que ocupan el poder. En el mismo sentido véase ATTLEE (C. R.), «Civil servants, ministers, Parliament and the public», *Political Quarterly*, octubre-diciembre 1954, pp. 308-315. De acuerdo con su experiencia personal, el ex primer ministro declara que en general no se estima en su justa medida la imparcialidad del Civil Service.

tantes, pienso que existen en amplios sectores numerosas infiltraciones tecnocráticas que conducen a una transferencia real del poder, de los detentadores de mandatos políticos, a los técnicos (*managers* y expertos).

1. Veamos, en primer lugar, las formas de la remoción. Son numerosas y, en muchos casos, difíciles de apreciar e incluso hasta de localizar. Esto se debe, en parte, al hecho de que la acción de la burocracia y la intervención de los expertos se desarrolla lo más frecuentemente en el dominio de la *closed politics* de la que C. P. Snow ha distinguido tres grandes variedades: la que se ejerce en el interior y por intermedio de los comités, la que se basa en los lazos jerárquicos establecidos dentro de las administracciones *(chain of command)*, y por último, la que se establece a través de un hombre que posee amplios poderes a su disposición *(court politics)*.[55]

Una primera modalidad la constituyen las resistencias de alcance negativo que tienen como objeto, bien contrariar la realización de un objetivo determinado, o bien entorpecer la ejecución de una medida decretada. Esta acción puede ser de una intensidad variable: entorpecimiento, bloqueo, sabotaje. Puede suceder que la autoridad política, firme en su propósito y asegurada con los medios necesarios, desbarate tales aptitudes. Suele ocurrir también que sucumbiendo en el desánimo, renuncie a su proyecto inicial o se contente con una utilización limitada.[56]

En los últimos años, el sector de ultramar ha proporcionado varios ejemplos de intervenciones de este tipo. En varios asuntos (Indochina, Túnez, Marruecos, Argelia) decisiones adoptadas en París han sido bloqueadas en los lugares de su ejecución por técnicos civiles y militares. Ha sucedido también que los téc-

---

55. *Op. cit.*, pp. 71-80.
56. Ver en *Pol. et techn.*, *op. cit.*, el estudio de Marcel WALINE, «Les résistances techniques de l'Administration au pouvoir politique», pp. 159-179.

nicos lleguen a forzar a los hombres políticos para asumir u ocultar decisiones graves (captura del avión que transportaba a Ben Bella y a sus compañeros). Otro ejemplo es la cuestión financiera y fiscal (la reglamentación decretada por los servicios va frecuentemente en contra de las voluntades manifestadas por el Parlamento).

La forma más corriente de la intervención de los técnicos sigue siendo la posibilidad de dar un consejo, o una opinión, al responsable de la decisión. Ésta resulta de un juego de influencia o de una capacidad de persuasión. Ahora bien, no implica ninguna remoción si el hombre político se halla en condiciones de ponderar el valor de las indicaciones que le han dado con relación a otros criterios y de fundar su elección en un juicio personal. Muy a menudo, no ocurre así, bien porque la persona oficialmente encargada de decidir no tenga una opinión personal sobre el problema y no sea capaz de adquirirla, bien porque carezca del tiempo indispensable para el estudio del expediente, o bien, también, porque por diferentes razones se deje seducir por los argumentos que le han dado. Por consiguiente, es el consejero el que, en la práctica, posee la responsabilidad de la posición adoptada. En realidad, es difícil situar el umbral a partir del cual la influencia del técnico se convierte en preponderante.

Por último, se debe contar con los casos de remoción abierta que se manifiestan; en algunas ocasiones por una transferencia jurídica de competencias (así, el otorgamiento de poderes especiales por el Parlamento al Gabinete y de éste a la Administración), y en otras, por la entrega del expediente a un tercero cuya opinión se manifiesta por adelantado que se seguirá. Desde este ángulo, tendría interés estudiar los procedimientos de arbitraje e incluso de mediación, a los que se someten eventualmente los gobernantes para la solución de los conflictos de alcance internacional o de naturaleza interna (en particular, en lo que se refiere a las empresas públicas).

Es conveniente insistir sobre un punto: la utilización por los servicios de los poderes excepcionales concedidos al ejecutivo en materia de legislación. Los numerosos textos de delegación que han marcado la última fase de la III República y jalonado la historia de la IV han permitido a los servicios solucionar numerosas, y a veces muy graves, cuestiones pendientes, de acuerdo con sus inclinaciones (por ejemplo, el control de las *ententes*). Mencionemos igualmente la enorme flota de ordenanzas que, después de la caída de la IV, ha desplegado sus velas durante los últimos meses de 1958. Así, por ejemplo, la cincuentena de ordenanzas que se adoptaron en el Consejo de Ministros del 19 de diciembre (alojamiento, construcción, ordenación del territorio, protección de la infancia, reforma de la enseñanza médica, estatuto de la defensa nacional etc.).[57]

Señalemos, por último, el papel de los gabinetes ministeriales, que en la práctica francesa se sitúan entre los ministros y los servicios que están a cargo de éstos. Los gabinetes, compuestos en su mayor parte de funcionarios —en otro tiempo simples instrumentos de conexión, especialmente frente a los parlamentarios— tienden cada vez más a sumar a su misión la de estado mayor técnico. De acuerdo con esta función, son susceptibles de ejercer una influencia sobre las decisiones de los ministros, que varía según la personalidad de los mismos. El crecimiento de la función técnica de los gabinetes ministeriales es en verdad un nuevo aspecto del poder de los técnicos.

2. Examinemos ahora los niveles de estas intervenciones. Las observaciones expresadas hasta ahora se han referido principalmente a los gobernantes nacionales. Sin embargo, fenómenos del mismo tipo, o al menos de la misma consistencia, se observan en el

57. Dos grandes cuerpos del Estado han tomado una parte especialmente activa en estas reformas: el Consejo de Estado y la Inspección de Finanzas. En lo referente al Consejo han sido sobre todo los elementos jóvenes los que se han asociado a la empresa.

plano de las organizaciones internacionales de tipo intergubernamental. El papel que desempeñan en ellas los técnicos ha sido señalado con una claridad particular por Paul Reuter.[58]

Algunas de estas organizaciones se encuentran, en la práctica, enteramente en manos de los especialistas (así ocurre, según Reuter, con la Unión Postal Universal, la Unión Internacional de las Telecomunicaciones, la Organización Mundial de la Salud, etc). En otros casos, los técnicos se hallan sometidos en un principio a los políticos, pero sucede con mayor frecuencia que los primeros influyan en la facultad de decisión de los segundos (y ello aunque no se produzca su remoción...). En esta tónica se puede citar el caso, por ejemplo, de la O.E.C.E., donde existía la regla de unanimidad en la decisión con el riesgo de producirse de esta forma una parálisis. Para evitar este percance se recurrió a la formación de comisiones de expertos que deliberan por mayoría. Estas comisiones se habilitaron sólo para formular proposiciones, pero prácticamente los Estados se han encontrado en muchos casos con que tenían la obligación moral de aceptarlas.

La Comunidad Europea del Carbón y del Acero presenta una fisonomía especial. Se ha situado en su cabeza a un organismo, la Alta Autoridad, que se compone de nueve personalidades independientes, las cuales no están obligadas a aceptar instrucciones de nadie. Reuter ha visto en estas personas unos seres híbridos: por una parte, unos funcionarios que se deciden en nombre de la técnica o, si se prefiere, de unos técnicos; por otra, unos hombres políticos (ya que la Alta Autoridad es responsable ante la Asamblea Parlamentaria

---

58. «Techniciens et politiques dans l'organisation internationale» en *Pol. et techn.*, *op cit.*, pp. 181-196. Según Reuter, dos categorías de técnicos gozarían a este nivel de un papel particularmente importante: los juristas y los economistas. Sobre estos últimos, ver KINDLEBERGER (C. P.), «Economistes in international organisation», *International Organisation*, agosto 1955, pp. 338-352.

que puede obligarla a dimitir). Algunos autores han obtenido sus conclusiones a partir del caso de Jean Monet y han visto en estos funcionarios unos tecnócratas (aunque la responsabilidad ante la Asamblea seguiría siendo formal).[59] Se puede dudar de que la reciente evolución de la C.E.C.A. confirme esta interpretación.[60]

Sa han señalado del mismo modo los aspectos tecnocráticos de la Comunidad Económica Europea, pero, sin duda, la tendencia «supranacional» es sobre el papel menos fuerte en la C.E.E. que en la C.E.C.A. No obstante, es indiscutible que la Comisión de la C.E.E. participa de diferentes maneras en el poder de decisión. A medida que el tratado entra en su aplicación —se ha visto ya a propósito del mercado común agrícola y del control de las *ententes*— el papel de la burocracia europea (los «eurócratas», según un término de moda) no hará más que desarrollarse. Ahora bien, habida cuenta de la insignificancia del papel desempeñado por la Asamblea Parlamentaria Europea, no se debería afirmar que existan los elementos de un control político comunitario.

Un análisis llevado hasta el último término debería tomar en consideración a otros sectores además del aparato gubernamental y de la organización internacional; en particular, el sector de las empresas públicas. Algunos excelentes observadores han mencionado

---

59. Bajo este prisma ver el estudio de Nora MITRANI, «Les mythes de l'énergie nucléaire et la bureaucratie internationale», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. XXI, pp. 138-148 (en particular, esta autora ve en la supranacionalidad, uno de los instrumentos del internacionalismo tecnoburocrático).

60. En su obra *Théorie et pratique de la coopération économique internationale*, París 1957, Jacques L'HUILLIER señala la amplitud de los poderes de la Alta Autoridad. «Únicamente el Tratado puede contener esta amplitud seriamente», escribe este autor. Añade, sin embargo: «La experiencia parece... mostrar que la Alta Autoridad no ha tratado de explotar enteramente su preponderancia constitucional, sino que más bien se ha inclinado a indagar los intereses en cuestión, con los mismos interesados y con los Estados miembros» (p. 306). La crisis del carbón ha establecido claramente los límites de la supranacionalidad frente a las divergencias de intereses de los países implicados.

a su propósito el riesgo de una gestión tecnocrática basada enteramente en el culto de la eficiencia técnica y, por otro lado, totalmente libre en sus movimientos (como consecuencia de la debilidad del papel de los consejos de administración).[61] Los interesados se han defendido de tales interpretaciones mencionando la multiplicidad de los controles públicos, administrativos y financieros, que pesan sobre la explotación. Esta defensa resulta poco convincente para quien conoce que las supervisiones de detalle se hallan acompañadas en rara ocasión de un impulso colectivo. En realidad, gracias a las relaciones que mantienen con otros medios (principalmente aquellos del Comisariado del Plan), los dirigentes de las grandes empresas nacionales han conservado una gran libertad de maniobra, habiéndose dejado sentir su influencia fuertemente en la política de desarrollo. Éstos han estado principalmente en condiciones de utilizar, para la realización de sus programas, la mayor parte de los fondos públicos consagrados a la inversión (lo que, por ejemplo, ha permitido a la S.N.C.F. [Sociedad Nacional de Ferrocarriles Franceses] «modernizarse» exageradamente, en detrimento de las vías navegables, en un estado increíble de ancianidad, y de la red de carreteras, que sin poseer aún un sistema moderno de «autopistas», no se conserva en la mayoría de los casos de forma satisfactoria).

En la Francia contemporánea, los dirigentes de las empresas públicas forman una categoría de técnicos particularmente pujante. Si tomamos, por ejemplo, el sector del automóvil, parece dudoso que el Estado tenga en la práctica más autoridad sobre la Régie Re-

---

61. Ver la obra de Bernard CHENOT, *Les entreprises nationalisées*, París 1956 (Que sais-je?, núm. 695). Consultar igualmente LESCUYER (Georges), *Le contrôle de l'Etat sur les entreprises nationalisées*, París 1959. El autor establece que diversos factores (la personalidad de los controles y su competencia técnica, así como la multiplicidad misma de los controles) han permitido a las empresas nacionalizadas salvaguardar lo esencial de su autonomía.

nault, la cual, sin embargo, está nacionalizada, que frente a firmas que siguen permaneciendo en el sector privado (Citroën, Peugeot).

3. Llegamos ahora a la especificación de los dominios escogidos para la intervención tecnocrática. En realidad, ésta se ejerce en la mayoría de los sectores de la actividad estatal, por no decir en su totalidad. Parece que esta intervención no conoce más límites rígidos que en los sectores dominados por imperativos de naturaleza partidista o ideológica, como por ejemplo las subvenciones a las escuelas privadas. No obstante, sigue siendo posible deducir algunas direcciones esenciales de la acción de los técnicos. Vamos a presentar a continuación tres:

—El conjunto de la política económica en sus tres vertientes de estabilización de la coyuntura, de utilización de los recursos naturales y del desarrollo a largo plazo (nacional o regional). En orden a la acción monetaria, señalemos por ejemplo la gran autonomía de que goza en la práctica en numerosos países el banco nacional (incluso si su capital está total o parcialmente en las manos del poder público, lo que ocurre casi siempre). La elección de las inversiones escapa casi enteramente a la acción de los parlamentarios. Esta tendencia se afirma con fuerza en el dominio de la planificación o programación. «Toda forma de planificación económica, aun siendo "flexible", es... en sí misma tecnocrática a pesar de que pueda estar compensada, lo que yo no creo apenas posible... por algunas formas de democracia social», escribe Léo Moulin.[62] La oportunidad de esta afirmación nos la señala el ejemplo francés.

—La orientación de la investigación y de la política científica de los organismos públicos. Nadie puede discutir en estos momentos la importancia de las decisio-

---

62. En «La technocratie, épouventail et tentation du monde moderne», *Res Publica*, 1962, núm. 1, p. 30.

nes que se adoptan en estas materias, tanto desde el punto de vista militar, como del económico. Ahora bien, parece que en la mayoría de los casos los responsables políticos del país no se han detenido a discutir semejantes objetivos. La necesidad o la voluntad de encubrir con el secreto las decisiones fundamentales no puede sino acrecentar esta tendencia (energía atómica y programa de conquista del espacio en los Estados Unidos). Finalmente hay que señalar el hecho de que se concentran, solamente en manos reducidas, ciertas facultades excepcionales, y de que se decretan las cuestiones más graves sin que ninguna autoridad parlamentaria goce de la posibilidad de comprobar su fundamento.

—La marcha de la política de la defensa nacional, cuyas implicaciones de toda clase (financieras, económicas, sociales...) se proyectan, como es sabido, sobre la vida del país. El ejemplo francés actual de la «fuerza de choque» es, en verdad, un caso de excepción, pero es necesario no olvidar que la decisión de crear una bomba atómica fue tomada durante la IV República, debido fundamentalmente al impulso de los técnicos militares, por lo que la V no ha hecho más que amplificar el movimiento. Otro caso de amplia repercusión es la actual influencia de las concepciones estratégicas del general Maxwell D. Taylor sobre el pensamiento del Presidente Kennedy (del que varios observadores están de acuerdo en señalar, por otra parte, su gran permeabilidad ante las sugerencias de los expertos que le rodeaban).[63]

No nos resultaría difícil multiplicar los ejemplos; así, verbigracia, el papel de los funcionarios, apoyados por los sindicatos de personal docente (grupo de presión), en numerosas cuestiones que conciernen a la Educación Nacional (régimen de estudios, de exámenes, de vacaciones, etc.). Es preciso también mencio-

---

63. Recordemos que el general Taylor ha expuesto sus concepciones en la obra *The Uncertain Trumpet*, Nueva York 1959.

nar la acción mal conocida, pero que en varias circunstancias puede revelarse importante, de los servicios de información (papel de la Central Intelligence Agency).

Por supuesto, no sería razonable deducir el funcionamiento total del régimen político de la tecnocracia. Si consideramos, por ejemplo, el caso de Francia, comprobaremos que algunos de los problemas más candentes que ella tenga o haya tenido que resolver, se refieren a la potencia de las fuerzas tradicionales y, a veces, francamente reaccionarias, cuya presión sobre el gobierno o su enfrentamiento bloquea toda solución razonable y eventualmente toda esperanza de hallar ésta. No se debería considerar a la tecnocracia responsable de las luchas que se sostienen sobre el estatuto de las escuelas confesionales, de los obstáculos para la modernización y reconversión del campo o del desorden de las estructuras en la distribución comercial. Del mismo modo es dudoso que la recluta del *lobby* norteafricano haya sido debida principalmente a una base tecnocrática; también es valedera la misma observación en lo que se refiere al *lobby* del alcohol, cuya potencia, aunque amputada, sigue siendo considerable.

Sin embargo, la amplitud y la fuerza de las infiltraciones tecnocráticas parece constituir de aquí en adelante un dato de la vida política. Pero este punto no es objeto de aceptación unánime.

4. De este modo, resulta que para B. Gournay, la noción de un acrecentamiento del papel de los técnicos en menoscabo de los políticos no se ha de considerar a priori como conforme a la realidad, y en todo caso, no debe ser aceptada «sin matices ni reservas». A este autor le parece que, a excepción probablemente de algunas decisiones económicas y financieras de importancia, la influencia de los técnicos no ha tenido un peso considerable en la adopción de las opciones políticas. Sin sernos posible aportar «pruebas» a esta cuestión, creemos que la posición de Gournay constituye una clara subestimación de las infiltraciones tecnocráticas. En particular nos parece que la concesión hecha a propósito de las

decisiones económicas podría ser mucho más clara si se introdujera junto a las elecciones capitales realizadas en un momento dado, las políticas *(policies)* que se perseguían a continuación, eventualmente de manera relativamente discreta (acción monetaria, contenido de los planes de modernización y de nuevos equipos, fondo de inversiones públicas, dispositivo de ayuda para las economías regionales).

Además, si la vida económica ha sido y sigue siendo el sector de predilección de la alta función pública, ésta no ha limitado su influencia a este único elemento de las misiones gubernamentales. ¿Sería, por lo tanto, un error imputar solamente a miras técnicas la idea de la integración europea? En materia colonial, se insiste con frecuencia en la acción retardadora de la evolución, que han ejercido los representantes locales del poder central (especialmente en el caso de los antiguos protectorados de Marruecos y Túnez). Sería necesario, también, saber si en la época más reciente la acción de los grandes jerarcas —o al menos de varios de ellos— no se ha orientado más bien en favor de una aceleración del «desguace» político (esta tendencia, que escondería en el orden económico ciertas intenciones de «cuarteamiento» y de «metropolismo», parece preconizar que, en adelante, Francia consagrará sobre el «hexágono» * la totalidad de sus recursos humanos y materiales).

Vamos a ver a continuación dos observaciones que reducen el valor de la tesis que tiende a aminorar el poder tecnocrático. En primer lugar ha sucedido que algunos hombres políticos tomasen en apariencia la iniciativa de los grandes acontecimientos, así, por ejemplo, la realización de un mercado común del carbón y del acero. Pero sería interesante saber si, en un caso parecido, el expositor oficial manifestaba su propia idea o se limitaba a dar un desenlace político a un impulso técnico. La segunda observación que conviene realizar

---

* Metáfora con la que se designa al territorio metropolitano francés. *(N. del T.)*

estriba en la necesidad de no concentrarse únicamente sobre el momento en que se toma una decisión —lo que sería un error— sino que es preciso también examinar su ejecución, ya que puede dar lugar a un estado de cosas sensiblemente diferente de como se había previsto al comienzo. Admitamos simplemente para la comodidad del razonamiento que el Parlamento haya desempeñado un papel apreciable en la elaboración de las cláusulas de la O.T.A.N. o de la C.E.E.; pues bien, ¿es que después ha podido intervenir en el funcionamiento efectivo de estas instituciones cuya marcha, sin embargo, condiciona el destino nacional?

De creer a algunos autores ingleses, la situación sería diferente en Gran Bretaña. Una de las razones de esta diferenciación se referiría al hecho de que los funcionarios franceses se hallan más inclinados que sus colegas británicos a considerar a los políticos como unos «intrusos».[64] Por regla general, los segundos mucho más que los primeros dudarían en franquear la línea que separa la administración de la política.[65] Es obvio que la diferencia de la estructura y del modo de funcionamiento de los dos sistemas produce divergencias en el modo de intervención de los técnicos y en la calidad de la influencia adquirida por éstos. No obstante, no parece que el régimen inglés escape a la ascensión de las competencias que constituyen una regla común de la experiencia contemporánea. La cuestión aparecerá más clara si iluminamos las componentes de esta tendencia.

2. — Componentes del movimiento

No se puede emitir un juicio equilibrado sobre estos problemas sin tomar en consideración multiples facto-

---

64. Ver, por ejemplo, Sisson (C. H.), *The spirit of British administration and some European comparisons*, Londres 1959 (especialmente el capítulo IX).

65. Así lo señala el conocido adagio inglés: «Experts should be on tap but on top». Por otra parte, no parece que la práctica haya confirmado este dicho.

res, de los que vamos a ver a continuación los principales:

1. La extensión de los poderes de los técnicos no resulta necesariamente de una conspiración, sino que es en gran medida la consecuencia de la naturaleza de nuestra civilización. Como dice D. Duvarle, vivimos en una «sociedad calculadora» de su propio funcionamiento general. Uno de los objetivos de esta operación es el de mejorar la marcha del conjunto y hacer que cada uno saque una ventaja sustancial de la progresión global. Este movimiento aparece muy claro en el terreno de las empresas [66] y se extiende hoy a la esfera de las colectividades públicas; en consecuencia nada permite predecir una detención en la expansión de las funciones y responsabilidades de los técnicos.

Por otra parte, el aislamiento de un cierto número de asuntos, de sectores con vicisitudes partidistas y de controversias doctrinales, no es necesariamente algo malo. Si consideramos la selección de los funcionarios, cabe preguntarse si el procedimiento burocrático que desea desprenderse de las contingencias de partido no tiene más valor que la realización de opciones que reposan en consideraciones ideológicas o en el juego de relaciones personales. La burocracia como modo de organización contiene ciertamente algunos riesgos para la democracia, pero también presenta inmensas ventajas a las que nuestras sociedades no podrían renunciar sin sentirlo profundamente.

Estas observaciones elementales parecen difícilmente discutibles. Pero es fácil comprobar cómo el desarrollo inevitable de la tecnoburocracia coloca a la democracia en peligro, ya que ha de evitar que el afán de eficiencia (de suponerlo libre de toda inclinación interesada, lo que no es forzosamente la regla) no provo-

---

66. Sobre las técnicas utilizadas (en particular *development, engineering*, creación de organismos de estudios económicos, etc.), ver las interesantes observaciones que se contienen en la obra ya citada de Jean-Louis Cottier, *La technocratie, nouveau pouvoir*.

que la desaparición de la libertad, bien por efectos de un empuje natural o bien como resultado de una tentativa organizada. Esto sería evocar el problema crucial del control de la Administración por las autoridades superiores —parlamentarios y ministros— del que se puede afirmar que ningún país ha conseguido aún una solución satisfactoria (un sistema de control judicial incluso muy coherente, como es el caso de Francia, no bastaría para resolver la cuestión).

2. En los últimos decenios las iniciativas e impulsos tecnoburocráticos se han afirmado y desarrollado en muchos casos. Podemos ver en esta situación más bien la consecuencia de la debilidad del liderazgo político que la causa de esta insuficiencia. En lo que respecta a Francia, el punto ha sido afirmado con vigor por Pierre Laroque: «...la gran mayoría de los altos funcionarios no desea en modo alguno sustituir a los ministros en la definición de una política de gobierno. El deseo más querido de ellos es ver al ministro, con el cual colaboran, definir una política de líneas claras y precisas, duradera y coherente, a cuya aplicación ellos se consagrarían entonces lealmente. En defecto de esta política, difícilmente podríamos reprenderles por tratar de convencer al gobierno para que adopte el programa que ellos creen eficaz».[67] No ha mucho tiempo, algunos funcionarios franceses han recordado el carácter desmoralizador del vacío político en el que estaban obligados a trabajar. Así, el inmovilismo, la repulsa de los objetivos escogidos y la ausencia de visión del futuro, son rasgos que han caracterizado muy frecuentemente a los políticos y que hacen difícil no compartir este juicio.

En otras palabras, en la remoción del hombre político hay ciertamente una influencia del factor técnico o, si se prefiere, de la tecnicidad creciente de los dominios de intervención del Estado. Pero se debe también con-

67. En el número del *Bulletin International des Sciences Sociales* consagrado al «Rôle de l'Exécutif dans l'Etat moderne», vol. X, núm. 2, 1958, p. 250.

tar con la falta de clarividencia y audacia, con el miedo a adoptar medidas impopulares (reforma fiscal), o de afrontar la cólera de los grupos de presión. No se deben olvidar estos motivos en la búsqueda de las causas que han provocado el otorgamiento, cada vez más frecuente, al gabinete (y de éste a los funcionarios) de «poderes especiales» (o legislación delegada, como dicen los anglosajones), en materias que pertenecen normalmente al ámbito de las asambleas parlamentarias.

3. Pero vayamos más lejos. En el hombre político el acto de recurrir al experto señala, a menudo, una intención de informarse cuya legitimidad no debería ser puesta en duda. En muchos casos, el experto ajeno a la Administración se encuentra mejor situado para aconsejar al hombre político que el funcionario (pues no se puede discutir la tendencia de éste a defender su «clientela»). Pero, a veces, el político disimula la voluntad de evadirse de las responsabilidades, organizando su transferencia. Incapaz de decidirse ante una elección, trata de disimular su impotencia llamando a las «competencias». Sucede así, que el experto acepta realizar este relevo sin prestar atención a sus implicaciones. También suele ocurrir que, lejos de ceder a la inclinación tecnocrática, el experto resista a los ruegos que se le hacen y se esfuerce por no ir tan lejos como se querría llevarle. La prudencia extremadamente «equilibrada» de numerosos informes de comisiones especializadas constituyen un buen testimonio a este propósito.

Según Paul Reuter, el papel eminente que desempeñan los técnicos en las organizaciones internacionales se debería a la repugnancia de los Estados para superar la fase puramente nacional. Un «gobierno de expertos más o menos episódico pero cada vez más frecuente» [68] sería así considerado como el sustituto de un verdadero poder internacional. Según Reuter, la consolidación de la organización internacional debería provocar

68. *Op. cit.*, p. 190.

la decadencia de la influencia de los expertos. Lo que equivale una vez más a encontrar la fuente de que proviene esta última en el hecho de la debilidad de la inpulsión política.

En el plano internacional, en todo caso, se observan también numerosos ejemplos de evasiva ante las responsabilidades, por parte de los políticos. Un hecho muy significativo es que, en 1951, al atravesar la O.T.A.N. una crisis, los militares se quejaban de la falta de recursos mientras que los civiles les reprochaban utilizar mal los medios que se les había concedido. Normalmente la cuestión hubiera sido resuelta por el Consejo en el que se encontraban los representantes de los gobiernos, pero se prefirió, sin embargo, remitir a un número reducido de personas, los «Tres Sabios» (el comisario general francés del Plan, un experto británico y un político americano) la carga de estudiar los problemas más graves y formular los objetivos que iban a guiar al esfuerzo atlántico. El caso de la O.E.C.E., que hemos ya señalado anteriormente, proviene de la misma inspiración.

La ascensión de los técnicos es el resultado, pues, en gran medida, de la falta de suficiencia o, incluso de maniobras interesadas, de los políticos profesionales. Investidos éstos del poder de decidir, no se muestran siempre deseosos o en condiciones de cargar con sus responsabilidades. De este modo, lo que sucede es que preparan el camino a unos regímenes que irán hasta el límite del movimiento, especialmente en lo que respecta a las funciones ministeriales. Entonces, se produce la sustitución del político, que se considera está descalificado por su «amateurismo» respecto a las cuestiones tratadas, por el tecnócrata, adornado con las virtudes de la competencia.

Esta «evasiva» ante las responsabilidades es funesta tanto para la solidez del régimen, cuanto para el prestigio de los políticos, como así lo ha demostrado claramente la historia de la IV República. Desde entonces, se ha implantado la idea en varios medios (aunque no en

todos: ver *supra* las reacciones antitécnicas de estilo «poujadista») de que las cosas irían mejor si se dejase actuar a los técnicos. En el punto opuesto, Jacques Ellul dice que el técnico adopta la figura de un «arcángel» al entrar en lucha contra el «político megalómano y podrido».[69] Pero no se podría afirmar que todos los técnicos eviten caer en la tentación de autoridad que puede provocar este movimiento.[70]

4. Nos es posible, a partir de ahora, enumerar diversos factores que posibilitan o facilitan el movimiento analizado en estas páginas.[71]

En la base, se encuentra, claro está, la utilidad del procedimiento o de la manipulación técnica. Es esto lo que explica la audiencia y el prestigio de que gozan los técnicos, ya que los responsables políticos, tanto como el público en general, saben bien que los servicios que prestan éstos son indispensables; no hay a este respecto mejor ejemplo que el de los técnicos de la hidráulica en los

---

69. *Op. cit.*, p. 232.

70. Se puede juzgar la amplitud de las pretensiones doctrinales de ciertos técnicos leyendo la obra de J. GAGLIARDI y P. ROSILLON, *Survivre à De Gaulle*, París 1959. «Francia dejará de ser Francia, se lee en el prólogo, si una izquierda revolucionaria... no impone, a nuestro país en un principio, y después a nuestros vecinos, la transformación de una sociedad agonizante». Maurice Duverger ha señalado que el error fundamental de este libro consiste en ignorar que «allí donde la libertad existe, allí donde es vivida por el pueblo, aunque sea de forma parcial o incompleta, no es admisible en ningún caso el suprimirla o reducirla con el pretexto de aplicar las técnicas que permitirían quizá, en un futuro indeterminado, desarrollarla más ampliamente», «Une certaine jeunesse», *Le Monde*, 22 de mayo de 1959, p. 5. Mucho más mesurado y sereno que Patrie et Progrès es el Club Jean-Moulin (cuyos trescientos miembros figuran empero dentro de la élite técnica del país). Ver la obra de base del Club, *L'Etat et le citoyen*, París 1961. Como testimonio del espíritu con el que el Club Jean-Moulin aborda estos problemas difíciles, léase la conclusión de un estudio sobre «Les fonctionnaires et le régime» (*Bulletin du Club Jean-Moulin*, marzo 1959). «En una sociedad donde, por la fuerza de las cosas, la influencia de los técnicos no puede sino aumentar, es preciso que éstos no detengan su reflexión en el umbral de lo político. El peligro tecnocrático está a medio conjurar cuando los «hombres que saben», saben también que su ciencia no lo es todo y que ella no les inviste colectivamente de una jurisdicción sobre sus semejantes».

71. Me he inspirado para estos puntos, en el excelente Informe presentado por R. GRÉGOIRE al Congreso de la Asociación Internacional de Ciencia Política. Véase la *Revista de Estudios Políticos* citada, pp. 139-172.

Países Bajos, cuya actividad condiciona la supervivencia y el desarrollo físico del país.

Por otro lado, no hay ninguna duda sobre el hecho de que la expansión de las facultades técnicas se facilitan por el mal funcionamiento de las instituciones políticas; situación que la tecnocracia contribuye a agravar por un efecto de regresión del tipo habitual. Citemos, por ejemplo, entre estas taras la ausencia de una línea de conducta o la negación en dar a los ejecutantes unas directrices exactas. Sucede también que el funcionario se encuentre investido de competencias o facultades que preferiría no asumir, pero que sin embargo carga con ellas. Por supuesto, no es preciso llevar esta interpretación hasta el punto de que el tecnócrata público aparezca como víctima de las debilidades y de los miedos del político; pero la existencia de una solicitación del técnico por el político responsable constituye un factor no despreciable del empuje de las facultades técnicas.

A simple vista, la inestabilidad ministerial parece constituir otro «factor permisivo», ya que los ministros pasan pero los funcionarios quedan y, por consiguiente, los segundos tienen una ventaja sobre los primeros. En caso de necesidad les bastará con esperar. Esta visión no es inexacta, ya que la continuidad es con frecuencia un factor de poder y de influencia. Es preciso también suponer —lo que no es siempre el caso— una firme inclinación de los técnicos ante un proyecto o una idea. Por otra parte, se ha afirmado siempre que el régimen reposaba sobre esta permanencia de los grandes jerarcas que continúan actuando en silencio a pesar de la turbulencia de la vida política. La afirmación contiene una gran parte de verdad, aunque no sea necesario llevarla hasta el límite, pues agudos observadores han notado que bajo la IV República el desencadenamiento de las crisis ministeriales e incluso la simple perspectiva de su aparición, provocaba un claro enlentecimiento en la gestión de los asuntos administrativos.

Es de mencionar, por último, el peso de las estructuras administrativas propiamente dichas. Así, por ejem-

plo, el empleo de la fórmula de la «descentralización por servicios» puede conducir, en igualdad de condiciones, a un fortalecimiento de las facultades tecnocráticas, lo que produciría la creación de establecimientos o corporaciones públicas dotadas de una amplia autonomía. Ahora bien, en nuestros días, se utilizan a menudo con vistas a evitar los defectos de una centralización excesiva o de una «estatalización» (por ejemplo las empresas públicas). Naturalmente, conviene incluir en este apartado el estatuto de los mismos funcionarios.

Se insiste normalmente a este respecto en las garantías propias al ejercicio de la función. Los funcionarios, asegurados por el estatuto protector contra la arbitrariedad del poder, ¿no están abocados a testimoniar una independencia más amplia, y eventualmente, una capacidad de resistencia mayor frente a las autoridades políticas? Hay en esta cuestión un factor que afirma la posición de los interesados y puede acrecentar su «agresividad». En sentido contrario, en todo caso, la seguridad de adormecimiento y de resignación (¡evitar los incidentes!).

Otro elemento que es posible pueda condicionar el comportamiento de los funcionarios radica en las condiciones de su selección. A este propósito parece que el sistema francés de la Escuela Nacional de Administración esté capacitado para favorecer la aspiración tecnocrática. El paso por esta institución que dispone de un semimonopolio para toda la función pública de las altas esferas transmite a los interesados el sentimiento de formar una categoría particular. Esto refuerza la tendencia de aquéllos, para considerarse como únicos depositarios del bien público, lo que les hace corrientemente confundir el interés general con sus propias aspiraciones o concepciones. Esta propensión aumenta por el hecho de que la alta administración forma un medio casi cerrado y de que la selección de los funcionarios superiores no proviene casi en absoluto del sector privado.

Por último, el nivel de competencia así como el valor

intelectual y moral de los funcionarios es una variable de importancia. Como es sabido, este nivel es elevado en países como Francia o Gran Bretaña.[72]

Hemos visto algunos de los factores importantes de la ascensión del poder tecnocrático, pero el cuadro estaría incompleto si no se señalasen los límites de esta ascensión.

C. — Elementos limitativos

Estos elementos corresponden a la acción de un cierto número de factores que son bien conocidos generalmente; por consiguiente, nos limitaremos a recordar lo principal.

En primer lugar, hay que mencionar las divisiones que se producen entre los mismos técnicos. Estas rivalidades, uno de los principales aspectos de la vida administrativa, tienen múltiples orígenes y motivaciones. Por ejemplo, la intención de un cuerpo o de un servicio de conservar sus prerrogativas (así, en Francia existe una regla tácita que dice que tal puesto nacional o internacional ha de ser «reservado» a un miembro de tal cuerpo o tal otro, como la Inspección de Finanzas o el Consejo de Estado, etc.). Es frecuente que el conflicto provenga de divergencias sobre cuestiones o interpretaciones técnicas. En realidad, es rarísimo observar un fren-

---

72. Francesco Vito, ponente italiano en el Congreso de París (*op. cit.*, p. 269), enuncia que en Italia la opinión pública y los partidos políticos están de acuerdo en reclamar una mejora de la calificación de los funcionarios públicos. Declara que la eficacia burocrática brilla por su ausencia y que la administración es incapaz de adaptarse, en las personas y en los métodos, a los progresos de la técnica. Según él, se comprobaría en Italia una carencia más que un exceso de tecnicismo en la gestión de los asuntos públicos. Esta gestión se caracterizaría por el predominio del juicio político sobre las evaluaciones técnicas. Véase la Revista de Estudios Políticos citada, pp. 211-226. Se puede ver una visión reciente de los esfuerzos emprendidos en este dominio en Benvenuti (Feliciano) «La riorganizzazione del pubblico impiego. Italia», *Politico*, junio 1962, pp. 342-357. Notemos además que una *Commissione per la riforma della pubblica ammnistrazione* ha sido creada por el Presidente del Consejo el 12 de septiembre de 1962.

te unido de los técnicos ante una cuestión de cierta amplitud. Los economistas se han hecho célebres por su aptitud para proponer soluciones divergentes, pero, sin embargo, reconozcamos que no tienen el monopolio de esta tendencia (ver también los sabios y sus divergencias de opinión sobre las consecuencias de las radiaciones nucleares).

Este fenómeno tiene una consecuencia que no siempre se estima en su justo valor: el hecho de que, en una controversia cualquiera, no se encuentren casi nunca, prácticamente, todos los técnicos de un lado y todos los responsables políticos del otro. En esta perspectiva, la oposición entre política y técnica expresa un punto de vista un tanto simplista. En realidad, se observa la formación en lo que respecta a cada uno de los puntos de vista rivales, de constelaciones compuestas cada una de técnicos y de políticos que entran en liza. Semejante distribución reduce la fuerza del empuje técnico, pues es susceptible de valer a las autoridades políticas en cuestión un suplemento de libertad de maniobra, pero también puede conducirlas al inmovilismo.

El origen de estas divisiones intelectuales se debe en gran parte a la amplitud de nuestra ignorancia. A simple vista, esta insuficiencia parece de una naturaleza capaz de reducir o de frenar las pretensiones técnicas. Es cierto, como ya hemos dicho al principio, que el ejercicio de un poder con base técnica no significa que necesariamente esté a salvo de la mediocridad y de la incertidumbre de los conocimientos, pues muchas categorías de expertos gozan de una audiencia y un prestigio que no justifica en modo alguno el estado de sus conocimientos y de sus técnicas de intervención. Como tantas otras, las reputaciones técnicas carecen a veces (¿o frecuentemente?) de fundamento. Sin embargo, la aparición de fracasos graves o masivos es capaz de debilitar, al menos durante algún tiempo, la audiencia de dicha categoría (así, los servicios de observación económica cuando no previeron la crisis de 1929-1930, los institutos de estudio de la opinión pública después del

error cometido a propósito de la elección presidencial americana de 1948, etc.).

Es inútil señalar, como en otros muchos casos, el carácter fragmentario, impreciso y con frecuencia coyuntural de las técnicas que se extraen de las ciencias humanas. En realidad, las motivaciones del comportamiento humano y las modalidades de la conducta humana en las diversas situaciones (políticas, económicas, religiosas, etc.) nos son conocidas todavía imperfectamente. Ninguna teoría sociológica o sicosociológica ha conseguido aún desenredar completamente la madeja compleja de los factores que determinan la evolución de las sociedades y condicionan su funcionamiento. Esta situación produce como efecto, al menos, reducir la capacidad de los técnicos para dominar a los acontecimientos y pesar sobre los hombres, ya que resulta difícil disminuir en todos los casos sus pretensiones y suficiencia.

Observemos, sin embargo, que en la época reciente se han realizado algunos progresos principalmente por la aplicación de los principios y descubrimientos de la sicología moderna. Aludo aquí a las técnicas de análisis de las motivaciones y de condicionamiento de los espíritus que se utilizan ya en el dominio de la guerra llamada sicológica, de la propaganda política, del reclamo comercial... A partir de ahora, sería peligroso subestimar el peso eventual de estas manipulaciones, cuyo perfeccionamiento —junto a los progresos de la biología— valdrá, a los técnicos y políticos capaces de utilizarlas, unas temibles facultades. ¿Es posible evitar que el desarrollo de las ciencias humanas o sociales no desemboque en un reforzamiento de la tecnocracia?

Otro factor limitativo de la influencia de los técnicos públicos es la acción de los grupos de presión, especialmente de aquellos que poseen los medios para amenazar con una evolución económica o social (agricultores, comerciantes, sindicatos obreros en diferentes ocasiones, etc.) Recordemos nuevamente las oposiciones de tipo «poujadista», en contra de la técnica y de los técnicos. En los últimos años, numerosos líderes pro-

fesionales han denunciado la «omniscencia de los tecnócratas», los «peligros de la tecnocracia», la «dictadura de los técnicos»... Pero no seamos tan cándidos de creer en estas imprecaciones, cuyo fundamento radica en asegurar la protección de los privilegios adquiridos. Mas los hombres políticos. sensibles a la eficacia numérica electoral, ofrecen ante estas imputaciones una atención despierta. Consecuencia de ello es una disminución de la influencia de los técnicos.

Esta limitación, señalémoslo, no es siempre un bien. Vamos a mencionar a continuación un ejemplo obtenido de la práctica francesa: un decreto del 13 de noviembre de 1959 creó «un comité encargado, por una parte, de examinar las situaciones de hecho o de derecho que constituyen de forma injustificada un obstáculo para la expansión de la economía, y de otra, de proponer las reformas pertinentes para poner fin a estas situaciones». Este comité, llamado «Comité Armand-Rueff», el cual entregó su informe en julio de 1960, describía a menudo con oportunidad un cierto número de situaciones de este tipo (prácticas restrictivas en el comercio y en la industria, existencia de profesiones cerradas, despilfarro en el otorgamiento de subvenciones, etc.), y también proponía remedios para ello.[73] Naturalmente, este texto suscitó una oposición feroz de los interesados cuya presión condujo al gobierno a renunciar, en la mayoría de los casos, a la aplicación de las sugerencias que se habían formulado.

Falta por mencionar la intervención accidental de la opinión pública. Como veremos mejor más adelante (en el segundo apartado que trata de la ideología tecnocrática), la opinión —en algunos casos por pereza o rutina— no es forzosamente favorable a los puntos de vista de los técnicos. Puede ocurrir que la opinión pública sostenga a los grupos en lucha contra las aplicaciones de la racionalidad administrativa y de la búsqueda

---

73. El informe y sus anejos han sido publicados en 1960 por la Imprenta Nacional.

de la eficacia. En general, a veces ha sido posible al poder político apoyarse en ciertas corrientes de la opinión para superar resistencias o reticencias técnicas. Pero dos factores reducen esta facultad (que no siempre se utiliza con acierto): la complejidad de las cuestiones tratadas que producen el desánimo de los ciudadanos normales y el carácter normalmente secreto o confidencial de las intervenciones de los técnicos *(closed politics)*. Estas consideraciones nos conducen a intentar una interpretación de conjunto de la penetración tecnocrática.

INTENTO DE INTERPRETACIÓN GENERAL

¿La tecnocracia en el siglo XX constituye un verdadero peligro, o, por el contrario, no es más que un simple espantajo? En conjunto se puede decir que las opiniones que se han formulado sobre este punto son de una gran variedad. Estas divergencias provienen, al menos en parte, de diferencias en la concepción de la tecnocracia.

Algunos autores se aprestan a señalar los peligros de esta situación para la libertad del hombre. «La tiranía de los burócratas, escribe B. Russell, es una de las consecuencias inevitables del aumento de organización que produce la técnica científica. El despotismo de los funcionarios tiende molestamente, además, a convertirse en irresponsable y tenebroso, como lo fue el de los eunucos imperiales o el de la soberana realeza de otros tiempos. Crear los medios de eliminarlo es una de las tareas políticas más urgentes de nuestra época... Si queremos recuperar nuestra prosperidad pasada debemos... liberar a las gentes animosas y enérgicas del absurdo tutelaje que ejercen sobre ellas funcionarios ignorantes e incompetentes».[74]

---

74. *Science puissance violence* (traducido del inglés), Neuchâtel 1954 (extractos de las pp. 44-46). B. RUSSEL, como es sabido, es de aquellos que rehúsan toda competencia técnica ante el «generalista».

G. Gurvitch, que se basa en una teoría extensiva de la tecnocracia *(infra)* va más lejos aún al mencionar «un formidable poder social de carácter absolutista y privado que amenaza con devorar al Estado», y señala que al no poder realizarse con «suficiente rapidez» la revolución social, «el fascismo no podrá ser evitado, a no ser de forma verbal».[75] Más moderado en su análisis Michel Collinet declaraba en 1956 que los tecnócratas «trabajan, lo quieran o no, para el advenimiento de un régimen *fuerte* (igual da que sea cesarista o totalitario) del que ellos no serán sino sus primeros servidores».[76]

En sentido inverso, Léo Moulin, después de haber estudiado los límites de toda tecnocracia declara: «La imagen de una expertocracia, de una tecnocracia o de una burocracia, omnipresente y omnipotente... es... en gran medida —al menos por el momento— uno de los espantajos del mundo moderno».[77] Idéntico parecer manifiesta Roger Gregoire, que en su informe general del Congreso de París se pregunta si el proceso de la tecnocracia no será un falso proceso que tiene por fin enmascarar el de las instituciones.[78]

Quisiera aportar a continuación algunos criterios que permitan al lector apreciar la validez respectiva de estas posiciones.

1. — Peligros de la intervención de los técnics

Esta sustitución de la democracia por la tecnocracia, que se presenta como una tendencia más o menos virulenta, y que caracteriza la presente situación, encierra varios peligros de los que vamos a examinar seguidamente los rasgos principales.

---

75. *Quel avenir attend a l'homme?* (obra colectiva), París 1961, p. 153.
76. *Preuves,* julio 1955 «Que sont les technocrates», pp. 40-47 (cita de p. 47).
77. *Op. cit.*, p. 45.
78. p. 38 del texto roneografiado.

1. El primero, y no es paradoja, parece ser en muchos aspectos la incapacidad de los técnicos. En muchos casos tienen una propensión a exagerar sus conocimientos y sus posibilidades. Por ejemplo, analicemos a los economistas, estos magos de nuestra época. Conocen un cierto número de cosas, pero su saber comporta profundas y evidentes lagunas. Algunos de ellos lo admiten, otros no. Ahora bien, de todos modos, la ciencia económica se encuentra en condiciones de especificar algunos elementos precisos. Pero cuando se piensa en las implicaciones de problemas tan graves como las discriminaciones raciales o el antisemitismo, cualquiera se puede dar cuenta rápidamente de la impotencia en que nos encontramos para proponer las medidas capaces de desarraigar estas actitudes del alma humana.

Muy próximo a este peligro, se halla el de la «extensión» de las calidades técnicas. Frecuentemente, en efecto, ocurre que una persona que ha sido hábil en un terreno determinado, estima que lo es también en los demás. A la sazón, hay en nuestras sociedades numerosos personajes que tienen la costumbre de extender su competencia fuera del campo propio en el que se hallan preparados. El caso de los militares es demasiado conocido para que haya necesidad de desarrollarlo aquí. Hay también numerosos hombres de negocios que, después de haber amasado una fortuna considerable y haber prestado, a veces, ciertos servicios, han estimado que se encontraban dotados para la política y se han entregado a ella con unos resultados que se pueden considerar como medianos. Esto sirve igualmente en lo que respecta a los sabios de ciencias exactas, demasiado inclinados hoy a adoptar, como tales sabios, actitudes políticas. El hecho de que sean expertos en física o en matemática no les confiere en modo alguno la facultad de convertirse *ipso facto* en humanistas y de predicar la felicidad de los hombres.

2. Otro peligro de la tecnocracia es la creación dentro del aparato gubernamental de grupos que podríamos considerar como «selectos» o minoritarios y que llegan

mediante relaciones próximas, o incluso lejanas, a colonizar sectores enteros de la Administración, los cuales, debido a esta clase de ataduras, acaban por estar dominados por camarillas o castas, que no aceptan de hecho más responsabilidades que las suyas propias.

Tales grupos se constituyen por afinidades sociales, por identidad de reclutamiento, o bien por ponencia a las mismas escuelas profesionales. Estos «enrejamientos» tienen como resultado introducir, en un régimen que se sigue considerando democrático, ciertos elementos oligárquicos considerables (así, en Francia, el reclutamiento de los grandes cuerpos del Estado antes de 1945).

Ahora bien, estos elementos minoritarios o «selectos» han conseguido, poco a poco, incautarse, al menos parcialmente, de la función pública. Esta afirmación producirá una viva protesta por parte de muchos técnicos en nombre del apoliticismo que, según ellos, inspiraría su comportamiento. Reservándonos la demostración de este punto para el segundo apartado de nuestro trabajo, diremos ahora que esta posición corresponde ora a una simulación (lo que nosotros hemos llamado en otra parte el «apoliticismo pretexto»), ora a una ilusión. Dicho de otro modo: hay técnicos probablemente que no se dan cuenta de que ellos hacen política. Sin embargo, existen algunos otros que saben perfectamente que practican esta actividad, pero que no dudan, al mismo tiempo, en afirmar lo contrario.

3. Pues bien, ¿qué utilización se hace de estas facultades? Se plantea así el problema de las motivaciones profundas del técnico y se recuerda el peligro de que las facultades adquiridas de esta forma no deben ponerse al servicio de intereses egoístas.

Tratándose de los medios administrativos, resultaría simplista admitir, en efecto, que la invocación de la eficiencia técnica obedece siempre a consideraciones de interés general. Estos medios, aunque se inspiran corrientemente en los imperativos del interés público (al menos en cuanto al contenido que ellos dan a esta

noción necesariamente convencional), tienen también sus propias preocupaciones (ventajas materiales tanto como prestigio moral), sus rencores particulares (infra y extra administrativos) sus manías específicas. El deseo de sobrevivir como tales, y si es posible desarrollarse, así como la voluntad de defender los intereses adquiridos (en esto ven algunos una de las constantes de la burocracia), constituyen uno de los rasgos permanentes de todos los servicios administrativos (públicos y privados).[79]

Además, es preciso considerar que la transferencia de las facultades puede realizarse, finalmente, en provecho de grupos de intereses privados, financieros o de cualquier otra clase. La permeabilidad de los servicios administrativos, por lo que hace a las reivindicaciones de los medios socioeconómicos (su capacidad de resistencia a la argumentación técnica de sus interlocutores o a las tentativas de corrupción de todo orden) varía con la época y con los países. En las circunstancias actuales, semejantes situaciones no deberían ser excluidas: los grupos «respetables» que dan un gran valor al expediente gozan, en las oficinas, de un fácil acceso, del que obtienen naturalmente sus ventajas.[80] No obstante sería dogmático considerar que la única preocupación de los altos funcionarios, fundada en una identidad del medio social y de educación con sus interlocutores, consiste en defender los intereses de los grupos privados. En Francia, principalmente, se debe a funcionarios la denuncia más severa de los despilfarros y de los abusos perpetrados con el concurso de las finanzas públicas en diversos sectores

79. No olvidar las leyes de Parkinson. Ver *La ley de Parkinson* (traducido del inglés), Ariel, Barcelona, 5.ª ed. 1964. Dicho de otro modo, el tecnoburócrata no está al abrigo de los reflejos y vicios burocráticos.

80. Para el estudio de este punto, me permito remitir al lector a mi obra *Nouvelles études sur les groupes de pression en France*, París 1962, especialmente el capítulo V. En lo que respecta a Italia ver LA PALOMBARA (Joseph), POGGI (Gianfranco), «I gruppi di pressione e la burocrazia italiana», *Rassegna italiana di sociologia*, octubre-diciembre de 1960, pp. 31-55.

del aparato de producción. Además, muchos inspectores de Finanzas, por ejemplo, no han cesado de denunciar la insuficiencia de dinamismo del sector privado y el arcaísmo de numerosos sectores industriales.[81]

La actitud del experto llamado independiente (ajeno a la Administración) es finalmente la más difícil de apreciar. Podríamos sentirnos tentados a admitir que se trata aquí del caso en el que el razonamiento técnico conserva una pureza total. Pero esto sería olvidar que el experto, aun el de mejor buena fe, corre el riesgo de no desprenderse totalmente de sus creencias ideológicas, de sus afiliaciones sociales, de sus prevenciones personales... La veneración de que goza el especialista en diferentes medios tiene algo de ingenuo y de irritante. No es razonable hacer de él la encarnación de la justicia, del equilibrio, de la objetividad. Pero ¿cómo reforzar en él la inquietud de una actuación imparcial?

Admitamos que una precaución razonable sería advertir al interesado de que se dará una publicidad adecuada a su informe. Desgraciadamente, las circunstancias no lo hacen siempre posible. Sin caer en una generalización discutible reconocemos que en varias ocasiones algunos expertos de gran notoriedad han ac-

---

81. Sobre este punto de vista, ver las observaciones (cuya base sigue siendo un poco limitada) expuestas por LALUMIÈRE, *op. cit.*, pp. 179-200 («La pensée économique des inspecteurs des finances»). Compárese con las observaciones de Charles BRINDILLAC, «Les hauts fonctionnaires» *Esprit*, junio 1953, pp. 862-877. Se debe mencionar aquí, el «pantouflage» (paso de los funcionarios al sector privado). La inspección de finanzas es el cuerpo que «pantoufle» más. Ver las observaciones de LALUMIÈRE sobre la amplitud y el alcance de este fenómeno, *op. cit.*, pp. 67-91. Si bien traduce una ósmosis que muchos juzgan lamentable entre el sector público y el sector privado, el «pantouflage» no debería ser interpretado como el acto de ofrecer permanentemente al segundo la posibilidad de dominar, o incluso simplemente, de inspirar unilateralmente, al primero. Es preciso, sin embargo, reconocer que una de las razones por las que los grandes negocios (como los sindicatos patronales) recurren frecuentemente a esta operación se debe a que disponen de colaboradores que, gracias a las relaciones con sus antiguos colegas que permanecen en la Administración, son capaces de allanar muchas dificultades (pero no necesariamente todas).

tuado, bajo el ropaje de una competencia técnica, como mandatarios de intereses particulares.

Los peligros que acabamos de invocar no son ciertamente imaginarios. Sin duda, la tecnocracia introduce algunos elementos de desviación en los regímenes y tiende progresivamente a corromper sus principios de base. Sin embargo, en la actual situación no parece que estas tendencias produzcan el riesgo de una subversión total o el peligro de un deslizamiento hacia formas totalitarias. Pero ¿no se trata aquí de una subestimación debido a que hemos concentrado el análisis sobre tecnócratas públicos sin tener en cuenta suficientemente sus ataduras y lazos socioeconómicos?

2. — Relación con el sector privado

Según los partidarios de una concepción amplia de la tecnocracia, sería necesario tomar en consideración al conjunto de los tecnócratas del sector público y privado para dar una visión válida de la situación. Antes de examinar la validez de este aserto, es preciso pronunciarse sobre el sentido y la legitimidad de una extensión de esta noción al sector privado.

1. Lo que nos suministra el argumento clave es, naturalmente, la separación entre la propiedad y la gestión. En las grandes y gigantescas empresas, los propietarios se hallan desposeídos de las responsabilidades efectivas, que han ido a concentrarse en las manos de los *managers*, los cuales poseen una participación muy débil en el capital, cuando no totalmente nula. Se observa, pues, en primer lugar, una transferencia de las facultades de decisión que parece basada en la competencia. ¿No existe en este caso una evolución de tipo tecnocrático?

Después de los trabajos clásicos que realizaron Berle y Means, esta separación se considera como algo indiscutible. Desemboca en la idea de que en el interior de la economía el poder efectivo no se funda ya

en la propiedad, excepto, naturalmente, en los negocios pequeños y medianos. La parte menos discutible de las tesis de Burnham reposa en esta observación *(infra)*. Sin embargo, diversos sociólogos han denunciado este mismo principio, particularmente C. Wright Mills.[82] Para éste resulta abusivo referirse a una revolución silenciosa de los *managers* cuyo efecto sería sustraer a las grandes familias o dinastías sus poderes y prerrogativas. Los movimientos que se observan traducirían mejor una reorganización de las clases poseyentes, que una transferencia efectiva de poder. Mills llega a negar que la selección de los altos dirigentes privados esté realmente basada en la competencia. Más bien esta selección tendría como meta, simplemente, la de situar en estos puestos a personas favorables o simpáticas a los propietarios *(yes men)*.[83]

Estas tesis no han alterado seriamente las posiciones tradicionales. Al establecer la supervivencia de las grandes fortunas, Mills ha prestado el servicio de destruir ciertos mitos indecentes. Pero no ha conseguido demostrar que los titulares de estas fortunas y los detentadores de poder en las corporaciones formen una sola categoría. En nuestros días no es ya una regla el hecho del ejercicio del control familiar sobre las grandes empresas. T. Parsons no deja de tener razón cuando indica que las facultades de los propietarios llegan a su punto culminante cuando se trata de

---

82. En particular, *La élite del poder*, Fondo de Cultura Económica, México 1957. Se debe mencionar a propósito de estos problemas la obra bien conocida de Williams H. WHYTE Jr., *L'homme de l'organisation* (traducido del americano), París 1959. Para un análisis reciente de los *managers* en diversos países europeos ver la reciente obra de David GRANICK, *The European Executive*, Londres 1962. El capítulo que se consagra a Francia en lo referente a la tecnocracia se titula: «France: The Technocrat Supreme».

83. Sabemos que los marxistas se niegan a «tomar en serio» la revolución de los *managers*, afirmando que los grupos financieros continúan poseyendo el control (dominación) de la economía. Ver, por ejemplo, DAN (Pavec), «Le rôle économique de l'Etat dans le capitalisme contemporain», *Cahiers internationaux*, septiembre-octubre 1958, p. 87.

economías atrasadas.[84] En las sociedades industrializadas de Occidente, la fórmula de los *managers* no abarca probablemente a todos los casos, ya que existe más o menos ampliamente, según los países, un mantenimiento del capitalismo familiar,[85] pero expresa probablemente la tendencia media. Sería banal enunciar que el comportamiento de estos gerentes difiere del de los «capitalistas» tradicionales. Sin pretender una completa enumeración de estas divergencias, nos limitaremos a señalar los puntos sobre los que reflexionan los partidarios de su asimilación y las relaciones con el personal. En uno y otro de estos dos sectores, se afirma una mentalidad que no responde a los esquemas clásicos.

En lo que concierne a los accionistas, los *managers* tienen tendencia a ignorarlos, cuando no a despreciarlos abiertamente. Merced al otorgamiento de carta blanca a los *managers*, las asambleas generales se reducen a un simple simulacro. Por supuesto, el legislador garantiza a los accionistas la posibilidad de obtener diversas informaciones, pero estas prerrogativas generalmente no se utilizan. En el momento actual los grandes negocios, inspirándose en la técnica de las «relaciones públicas», parecen realizar algunos esfuerzos para reducir la distancia existente entre gerentes y propietarios. De aquí proviene la idea de enviar folletos lujosamente impresos, pero extrañamente reservados en lo que se refiere a la conducta efectiva de la empresa. No seamos cándidos; el objetivo de las «relaciones públicas» no es en modo alguno informar, sino crear en el público un sentimiento favorable a las actividades en cuestión. Este es un aspecto del «condicionamiento» de los espíritus.

---

84. *Structure and process in modern societies*, Glencoe, Ill., 1960, p. 210.
85. El capitalismo familiar sigue siendo, por ejemplo, muy fuerte en Bélgica. Ver a este respecto, la obra del Centre de Recherche et d'Information Socio-Politique, *Morphologie des groupes financiers*, Bruselas 1962. Prefacio de Jean MEYNAUD.

Este desprecio hacia los accionistas tiene varias causas. En principio no se debe excluir la idea de que la renta del capital presenta unos aspectos parasitarios. Las especulaciones bursátiles que aumentan el carácter errante de las fortunas mobiliarias contribuye igualmente a la formación de esta actitud. De ahí la idea poderosamente arraigada en numerosos dirigentes de que los accionistas no tienen derecho más que a una fracción de los beneficios, debiendo utilizarse el resto en y para la empresa. La crítica moral hacia una renta no ganada por el trabajo apoya la tendencia de escapar a la tutela del mercado financiero y de evitar el replanteamiento de los programas de desarrollo que resulta con frecuencia de los avatares de una financiación exterior. La autofinanciación, de la que conocemos su amplitud en las estructuras contemporáneas, manifiesta bien el carácter accesorio del papel que desempeñan los accionistas.

La posición es diferente en lo que se refiere al personal. Los trabajadores, al tener más «presencia» que los accionistas, consiguen que sus relaciones con los *managers* sean más sutiles que las mantenidas por aquéllos. Pero una tendencia, menos marcada sin duda en Europa que en América, se afirma hoy día entre los responsables de las grandes empresas o, al menos, entre los más progresistas: sustituir las «relaciones humanas» por las relaciones habituales de trabajo y hacer prevalecer la integración en la empresa por encima de la pertenencia al sindicato. El movimiento, sostenido por unos factores objetivos, no se halla totalmente desprovisto de influencia, pues ¿no se habla ya, en diversos medios franceses, aunque sea algo prematuro, de la «americanización» de la clase obrera...?

Durante mucho tiempo el empresariado ha combatido la acción sindical debido a que no se admitía particularmente que los trabajadores pudiesen tener un sostén, una inspiración y unas consignas... fuera de la empresa. Después, poco a poco, en fechas distintas y con una sinceridad variable según los países, se

ha ido reconociendo el hecho sindical. Nos encontramos en la era de las grandes negociaciones colectivas, válidas para toda una rama o un conjunto de una región. Naturalmente, los *managers* de la era moderna se guardan de replantear brutalmente esta aceptación, puesto que saben bien que el sindicato se ha convertido en una rueda indispensable de la organización industrial, pero, al menos, tratan de modificar el sentido de esta relación, Su objetivo consiste en privar poco a poco a este organismo de su carácter clasista. Más exactamente, el fin sería reducir la lucha a las dimensiones de la empresa, de situarla en relación con los problemas de una colectividad determinada y no de un medio global.[86]

En suma, el rasgo característico de esta gestión estriba en una inclinación poderosa hacia la racionalidad administrativa. Nos hallamos muy lejos de los «barones» de la época heroica en búsqueda de «un guiño de la fortuna en la bolsa» y de la especulación financiera con resultados felices. El objetivo constante sigue siendo obtener el máximo rendimiento con los factores de que se dispone. De ahí que entren en juego las técnicas de programación e incluso de planificación (por el momento a largo plazo) que son el único medio conocido de obtener un resultado de este tipo. Otra particularidad reside en el vigoroso esfuerzo para asegurar la racionalidad de las opciones (ésta ha sido la causa del llamamiento a los matemáticos).

A partir de este esquema muy elemental, resulta sin duda tentador aplicar a los *managers* la calificación de «tecnócratas». De este modo existirían unos tecnócratas gubernamentales y otros privados, yuxtaposición tanto más plausible cuanto que el paso de la Administración a los negocios es frecuente en Francia (en los Estados Unidos, tiene lugar la operación inversa). Pero confesamos experimentar alguna reti-

---

86. Hemos visto ya este problema en *El destino de las ideologías*, primera parte de esta obra.

cencia respecto al uso terminológico que tiende a establecerse. Esta desconfianza tiene su origen en los peligros y abusos del razonamiento analógico; a pesar de evidentes factores de comparación, el gobierno de los Estados y la dirección de las grandes empresas no son reducibles a la misma inspiración.

Además, y sobre todo, el empleo de un mismo término para designar dos situaciones postula que existe entre ellas una especie de unidad (el adjetivo «gubernamental» o «privado» establecen simplemente que se trata de dos variedades de una categoría única), lo que sería necesario demostrar. La asimilación lingüística ocultaría, en suma, una trampa doctrinal.

2. Si atribuimos la calificación de «tecnócratas» a los *managers* de las empresas privadas, con mayor razón conviene hacerlo a los dirigentes de las empresas públicas. Esta forma de tecnocracia que posee una estrecha relación con la máquina estatal, hace que la asimilación parezca, por otra parte, menos discutible, por lo que no hemos dudado en aceptarla *(supra)*. Ahora bien, es indiscutible que existen entre estas dos categorías de agentes numerosas relaciones.

Estas relaciones naturalmente son los vínculos entre proveedores y clientes: como es sabido, desde este punto de vista se ha reprochado vigorosamente a las empresas públicas el que consientan unas condiciones demasiado favorables a los grandes negocios privados (así, por ejemplo, el suministro de la energía eléctrica). Pero existen otras formas de vinculación más sutiles, de las que constituye un índice la Asociación de los Cuadros Dirigentes de la Industria.[87]

Esta asociación reúne en base a una cooptación a *managers* o tecnoburócratas de los dos sectores. Están representadas en ella las diversas empresas nacio-

---

87. Ver el estudio hecho sobre este organismo por Henry W. EHRMANN, *La politique du patronat français, op. cit.*, pp. 172-177. Sobre la actitud del C.N.P.F. en lo que se refiere a las nacionalizaciones, me remito a la misma obra, pp. 292-299.

nalizadas y la mayor parte de los negocios que constituyen el «gran empresariado». Como podía esperarse, agrupa entre sus miembros a un número considerable de politécnicos (en adelante sólo un número reducido de la Escuela Politécnica se incorporará al ejército de carrera). Fundada en 1945, la Asociación se preocupó inmediatamente de organizar un diálogo entre las fracciones privadas y públicas de la industria.

Una circunstancia que facilitó este encuentro fue la aceptación de las operaciones de transferencia realizada por los elementos dirigentes del Consejo Nacional de los Patronos Franceses (C.N.P.F.). Parece que el cambio de dirección apareció hacia 1950-1951 (las ventajas procuradas por la política de los precios del sector público parecen que no han sido extrañas a este movimiento). Este consentimiento no podía más que reforzar la homogeneidad de la Asociación, que parece desempeñar desde entonces un papel de vanguardia en el movimiento empresarial (por ejemplo, al haber adoptado una posición contraria a los proyectos del C.N.P.F. que le parecen provienen de la rutina o que traducen una actitud puramente negativa.

La Asociación se defiende vigorosamente de toda imputación de tecnocracia, a pesar de que acoge en su seno principalmente a *managers*, debido a que ve en los tecnócratas unas personas preocupadas únicamente en conseguir logros técnicos y animadas de proyectos con estrechez de miras. Ahora bien, su fin, según ella misma, continúa siendo el de acrecentar entre sus miembros el sentido de las responsabilidades humanas y cívicas. Merced a la mala reputación de las ideas de Burnhan en Francia, se comprende que la Asociación haya querido evitar toda comparación con un fenómeno que es considerado indeseable. Pero resulta difícil creerla si consideramos que justamente lo peculiar de la tecnocracia dentro de la empresa es aliar el gusto de la eficiencia técnica con la racionalidad administrativa, a fin de asegurar unas «relaciones humanas» entre los participantes de la producción.

3. Sin duda, analizando todas estas fuerzas —sector privado, empresas públicas, burocracia del Estado, estados mayores militares, dirigentes oligárquicos de los partidos, etc.— obtendríamos la clase de este «capitalismo tecnocrático» que sería la nueva forma del capitalismo en el siglo XX; constituyendo los tecnócratas de todas las especies el grupo de gestores de este sistema. Veremos más adelante todo lo que deben estas fórmulas a James Burnham (o a los inspiradores de éste), a pesar de que los autores que se sirven de esta categoría finjan olvidarlo. Naturalmente, a menos de despreciar un elemento que en varios casos sigue siendo de talla, y asimilar a los dirigentes de las grandes familias capitalistas que asumen en persona la gestión de sus asuntos con los tecnócratas, lo que es poco satisfactorio en buena lógica.

Este conjunto de fuerzas conduciría hoy la lucha por la salvaguarda y la expansión del orden capitalista, correspondiendo a los altos funcionarios la misión de vigilar que el aparato gubernamental se ponga al servicio de estas ambiciones (si es necesario cercando y desarmando a las mayorías progresistas nacidas de la voluntad popular), así como de preocuparse de que el sector económico público funcione perfectamente de acuerdo con el interés del capital privado. La «militarización» de la economía sería un rasgo característico de esta fase del capitalismo.[88]

Entre las conclusiones que se deducen de esta corriente, yo mencionaría el análisis dado por S. Mallet sobre el advenimiento de la V República. Según él, la V República podría ser una fase de esta lucha, constituyendo un régimen irreducible a todas las demás tentativas del pasado. Este régimen representaría un

---

88. Ver sobre este punto el estudio de Pierre NAVILLE, «La République et l'Armée», *Nouvelle revue marxiste*, junio 1961, pp. 22-32. Ver también otros estudios (principalmente los de Marcel MARANTZ y Gene M. LYONS) en el número especial «Guerre, Armée, Société» de la *Revue Française de Sociologie*, abril-junio 1961.

sistema político nuevo que correspondería, en el plano de las instituciones, al tipo de Estado capitalista moderno y trataría en particular de superar los obstáculos que erigen las clases sociales conservadoras para toda actividad de modernización y de expansión. Este sistema sería, pues, «el instrumento político de la dominación estatal del gran capital extranjero y de la tecnocracia dirigente que asegura la gestión del mismo».[89] En definitiva, contra la voluntad de varios de sus inspiradores, el 13 de Mayo señalaría la victoria del capital financiero sobre las otras capas capitalistas (así, comercio y agricultura) en la lucha por la conquista de los centros de decisiones. En este sentido, esta fecha podría constituir una etapa, y una etapa útil, para la vía hacia la socialización.

Sin entrar en una discusión profunda de esta tesis, hay que decir que ha originado muy serias reservas. Así, en numerosos medios de las izquierdas, la interpretación de Mallet ha sido objeto de vivas críticas que se centraban principalmente en su «optimismo».[90] Se le ha imputado igualmente la rapidez de sus conclusiones: «El régimen gaullista, escribe por ejemplo R. Jaque, no ha sido impuesto particularmente por el gran capital. El hecho de que existan algunas relaciones de negocios y cierta solidaridad entre las altas finanzas y algunos miembros de su Gabinete, no deben hacernos formular generalizaciones apresuradas».[91] Añadamos que esta tesis, elaborada bajo el peso de los acontecimientos que menciona, comporta un defecto singular: el prejuzgar el destino político del país una vez que el general De Gaulle se haya retirado de su cargo presidencial.

---

89. Extracto de su estudio «Après le referendum: perspectives nouvelles» *Temps Modernes* noviembre-diciembre 1958, pp. 775-802. Se puede ver una aplicación, de otra tendencia, del esquema tecnocrático en la V República, en la obra de FAUCHER (Jean-André), *La Cinquième République.*

90. Ver en particular CANJUERS (P.), «Sociologie-fiction pour gauche-fiction», *Socialisme ou Barbarie*, abril-mayo 1959, pp. 13-32.

91. *Perspectives socialistes*, febrero-marzo 1959, p. 11.

Como es sabido, el punto de vista de G. Gurvitch es mucho más sombrío, pues partiendo también de una concepción total de la tecnocracia (pública y privada, civil y militar) señala que en nuestra época «las técnicas han desbordado a las estructuras sociales que las habían hecho nacer»,[92] y llega hasta a mencionar la posibilidad de una desaparición de toda sociedad y de toda civilización.

4. Nos falta enjuiciar la validez de esta extensión de la tecnocracia que tiende a integrar en una única categoría a todos los elementos dirigentes de la vida nacional (incluidos los jefes sindicalistas), porque, como nos dice Gurvitch, los obreros «aun siendo formalmente libres, están dominados en los países capitalistas por sus propios tecnócratas».[93] Nos encontramos, por consiguiente, a la luz de estas posiciones, en condiciones de revisar nuestras concepciones de las clases dirigentes.

Por su parte, los marxistas de estricta obediencia rehúsan hacerlo. Mencionemos aquí la definición que da de los tecnócratas el *Pequeño diccionario filosófico*:[94] «Adeptos de una corriente reaccionaria en sociología, propia de la época de la crisis general del sistema capitalista..., su sociología tiene por "base teórica" la falsificación completa de las relaciones entre la técnica, la economía y la política... La crítica hipócrita y demagógica de la economía y de la política capitalista hecha por los tecnócratas disimula su deseo de justificar la subordinación directa e indirecta del aparato del Estado a los monopolios industriales, cuyos dirigentes ocupan los puestos claves en los Estados imperialistas de nuestros días». En suma, los tecnócratas no serían otra cosa sino los servidores del capitalismo tradicional, bajo su forma monopolística e

92. *Op. cit.*, p. 155.
93. *Ibid.*, p. 154.
94. Publicado por las Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú 1955.

imperialista, finalizando únicamente su reino con el advenimiento de la sociedad socialista.[95]

Por diferentes razones, que serán expuestas en la segunda parte de este estudio, la tesis que tiende a presentar a la capa tecnocrática como un bloque de intervención articulado —que, en suma, maniobraría según una inspiración uniforme y, en todo caso, de manera convergente— no me parece que corresponda a la realidad de la vida política contemporánea. En puridad, atribuye una voluntad de acción uniforme y coherente a un conjunto complejo y confuso de agentes de los que ni las posiciones ideológicas ni los intereses materiales logran reunificar necesariamente.

Por supuesto, existe entre ellos un enrejado de relaciones, entre las cuales el estudio de las intervenciones de los grupos de presión sobre los servicios administrativos y el análisis de las relaciones entre los negocios y el ejército (mandos militares) suministran al investigador unos elementos de primer orden. Es posible que en nuestra época estas vinculaciones tiendan a acrecentarse (relación entre la «politización» de los negocios y la extensión de las responsabilidades económicas del Estado). Pero antes de pasar a la fase de las generalizaciones sería conveniente realizar algunas encuestas serias sobre la frecuencia, la amplitud y la significación de estos lazos.

Por otro lado, dudo seriamente en admitir un trasvase directo y absolutamente unilateral del control económico a la dominación política. El que siga día

---

95. Se puede ver una aplicación de este esquema, en un reciente artículo de J. I. Roubinski, «La théorie de la technocratie en France», *Cahiers du Communisme,* marzo 1961, pp. 522-539. Según este autor la teoría de la tecnocracia se analizaría desde una posición ideológica que hace el juego al capitalismo. Sobre esta base no le resulta difícil proceder a una amalgama de posiciones tan diversas como las de R. Priouret, S. Mallet, A. Philip, el equipo de *Economie et Humanisme* y de algunos otros. La implacable crítica de las ideas de Burnham, cuyos varios elementos de la sociología «burguesa» no se han mostrado avaros, se ha escamoteado. Además, el autor presenta como «aprobable» el prefacio, matizado y muy reticente, que da Léon Blum a la versión francesa de *Ere des Organisateurs,* 1947.

a día el trabajo de la administración estará poco inclinado a considerar que el aparato burocrático se limite a ser (e incluso haya podido serlo completamente en el pasado) la simple correa de transmisión de las voluntades «burguesas». Los hechos de nuestra época se explican mucho mejor si se admite que las estructuras políticas no se encuentran desprovistas de autonomía.[96]

Me parece, por tanto, apropiado y en definitiva indispensable, estudiar la tecnocracia pública como una realidad propia. De todas maneras es una pieza esencial de la dinámica social y, como tal, mantiene unas relaciones más o menos constantes con las otras fuerzas sociales. Admitamos que la presente obra, basada en la remoción de los políticos, se refiere sobre todo a la existencia y apreciación de las facultades tecnocráticas más bien que al sentido de su utilización. Pero deseando estudiar un poder nos ha parecido preferible examinar en principio su realidad e importancia; punto sobre el que, como hemos visto, los especialistas están lejos de compartir unas opiniones uniformes. Pero después de todo, la tecnocracia, tal y como es analizada en este libro, constituye un fenómeno nuevo.

3. — Actualidad del fenómeno

En cierto sentido, los fenómenos examinados aquí corresponden a una vieja tradición. «Es... de la administración de quien depende en la práctica toda la

---

96. Esta autonomía ha sido admitida por autores de inspiración marxista. Ver por ejemplo Fougeyrollas (Pierre), *Le Marxisme en question*, París 1959. Según este autor no se tendría razón al descuidar la dialéctica existente entre las ideologías y las instituciones que son raramente reducibles a los únicos intereses de aquellos que las han situado o han contribuido a hacerlas (Hitler y los industriales alemanes). Podemos observar a este respecto, la posición adoptada por Sartre en su última obra, *Critique de la raison dialectique*, I, *Théorie des ensembles pratiques*, París 1960. Según Sastre, Marx ha tenido razón al afirmar que el Estado constituye sin embargo el instrumento de acción de la clase dominante, pero el Estado escapa parcialmente a esta clase para funcionar con una especie de práctica autónoma que manipula al conjunto de la sociedad.

marcha del Estado», escribía no hace mucho Lucien Romier. Y añadía: «De ella depende también la vida o la muerte de las leyes que vota el Parlamento... El Gobierno tiende a convertirse y, según parece, de una manera inevitable, en una simple figuración».[97] Frecuentemente ocurre que en las ciencias humanas el saber de las generaciones sucesivas no sea cumulativo. En muchos casos en que se cree haber descubierto fenómenos nuevos, resulta que su única novedad estriba en el vocabulario empleado. ¿Ocurre esto en lo que se refiere a la tecnocracia? Sería presuntuoso responder *a priori* negativamente.

Analizando el papel de la Administración antes de 1914, Maurice Reclus la presentaba como la «armadura del régimen» y añadía: «en nuestros días resulta penoso representarse la autoridad técnica y moral que emana, por ejemplo, de la Inspección General de las Finanzas, de la Instrucción Pública, de Puentes y Carreteras o de Minas». Nos encontramos con administraciones pobladas de «técnicos experimentados que... servirán entonces de cariátides al edificio gubernamental».[98] El tono es probablemente bastante apologético, pero la elección del término «técnico» (seguramente en el sentido de «experto» y no en el de «manager») es significativo. ¿Se podría decir que la realidad tradicional continúa sin cambios apreciables?

No lo creo, pues varios factores me parecen susceptibles de acrecentar las facultades de los técnicos en el funcionamiento de la máquina gubernamental. En primer lugar, la complejidad, incesantemente señalada, de la gestión de los asuntos públicos, cuyos

---

97. *Explication de notre temps*, París 1925, pp. 230-231, El reproche de ineficacia dirigido a los aparatos políticos no es, tampoco, una novedad. Littré escribía ya: «Todo es activo y poderoso en Francia, el trabajo, la producción, el saber; no existe ninguna fuerza social que no ejerza su oficio. Pero la política, directora superior de la marcha y del destino de las naciones, no ejerce el suyo» (citado por René GILLOUIN, *Aristarchie ou recherche d'un gouvernement*, Ginebra 1946, p. 241).

98. *Grandeur de «la Troisième» de Gambetta à Poincaré*, París 1948 (citas extraídas de las pp. 76-79).

factores son perfectamente conocidos (extensión de las responsabilidades gubernamentales, aceleración de la marcha de los acontecimientos, perfeccionamiento progresivo de las técnicas de intervención y de los procedimientos de cálculo de la decisión...). En particular, como señala P. Racine, la evolución rápida del mundo tiene como consecuencia conferir a los servicios administrativos «una misión de previsión y de creación» cuyo cumplimiento exige una formación larga y compleja.[99]

Pero no es esto solamente. Se percibe cada vez más que «el inventor científico predomina en la civilización moderna».[100] Así, se explica principalmente el empuje de un nuevo sector de los tecnócratas: los que se basan en el prestigio de la ciencia y en el terror que la misma inspira. Ahora bien, es curioso observar que los autores más inclinados a ampliar la categoría de los tecnócratas mantienen generalmente en silencio la presencia de los sabios. Éstos, empero, no dejan de intervenir, desde el interior o el exterior, sobre los gobiernos, sirviéndose de su prestigio para presentar a la opinión pública comunicados, intencionadamente ruidosos, que no gozan siempre de clarividencia ni sencillamente de imparcialidad política. Del mismo modo que los otros técnicos, los sabios no escapan a la influencia de las polémicas ideológicas o partidistas.[101]

Muchos autores hablan hoy de la decadencia y hasta de la muerte de las ideologías. Este vacío, del que se tiende a exagerar su amplitud, ¿no está destinado a ser reemplazado por el culto de la eficiencia? No estoy

---

99. «Vues prospectives sur l'Administration», *Prospective*, 1, pp. 45-62 (cita de p. 47).

100. M. Glansdorff *Introduction à l'étude de l'économie expérimentale*, Bruselas 1962, p. 68.

101. Sobre estos diversos problemas ver el interesante estudio de Warner R. Schilling «Scientists, foreign policy, and politics», *American Political Science Review*, junio 1962, pp. 287-300.

seguro de que el socialismo esté tan muerto como afirman sus adversarios, pero no resultará inútil estudiar ahora la ideología tecnocrática que, en suma, pretende también ofrecer una solución a los problemas de una sociedad tecnológica en vías de una rápida evolución.

II

LA IDEOLOGÍA TECNOCRATICA

Nos vamos a servir del término «ideología» de tal modo que no haya posibilidad de que surjan segundas intenciones por lo que hace a la corriente analizada. En razón del contenido clasista con que el marxismo ha cargado este término, tal vez fuese preferible emplear la palabra «idea». Nosotros hemos dudado en hacerlo debido al carácter bastante incierto de las concepciones tecnocráticas. El término «idea» posee una claridad y exactitud de la que carecen estas posiciones. La ventaja del vocablo «ideología» radica en abarcar diferentes niveles, desde el propio de los doctrinarios hasta el de las concepciones de los prácticos. El paso del primero al segundo de estos grados implica generalmente una degradación del sistema intelectual propuesto.

Veamos a continuación, para comenzar, el examen de una proposición que parece típica de la concepción tecnocrática y que ha sido expresada en un artículo publicado por una de las grandes revistas sociológicas de los Estados Unidos.[102] Partiendo de la idea de que la ciencia y la tecnología han revolucionado completamente las funciones y responsabilidades del Estado, el

---

102. HARDING (T. Swann), «The place of science in democratic government», *American Sociological Review*, diciembre 1947, pp. 621-627.

autor declara que este último ha tenido que recurrir a un número creciente de científicos y de técnicos. Así, opina que éstos deben pugnar por obtener en la realización de los objetivos escogidos una parte proporcional a sus méritos y posibilidades. La pretensión de los partidos políticos a dirigir el gobierno está ya superada, porque las decisiones deben tomarse a partir de ahora con arreglo a los hechos científicamente establecidos e interpretados por especialistas, los cuales no deberán contentarse con intervenir de forma subordinada, a título puramente consultivo, sino que es deseable que sus opiniones desempeñen un papel determinante.

En cuanto a aquellos que tienen como tarea vigilar el trabajo del personal científico, es necesario que dispongan de amplios conocimientos de «primera mano», en el ámbito de la ciencia, a fin de poder imponerse por su capacidad personal. Añadamos que según el expositor de esta posición, una mejora semejante del estatuto de los sabios dentro del aparato gubernamental, no sería en modo alguno incompatible con el ideal democrático.

En lo que concierne más particularmente a las ciencias humanas, se debe mencionar el movimiento, de origen americano, de las *policy sciences*,[103] disciplinas

---

103. Como testimonio de esta tendencia ver LERNER (D.), LASSWELL (H. D.), ed. *The Policy Sciences. Recent developments in scope and method*, Stanford 1951 (especialmente los capítulos 1, 2 y 16). La mayoría de los trabajos que componen esta colección han sido presentados en francés con el título de *Les «sciences de la politique» aux Etats-Unis*, París 1951. Como índice de la tendencia tecnocrática en las ciencias humanas, ver EYSENCK (H. J.), *Uses and abuses of psychology*, Londres 1953. En el capítulo final, el autor critica y ridiculiza en términos bastante fuertes el retraso de los políticos en inspirarse en las enseñanzas de la sicología. Se adivina que aunque señala las dificultades del procedimiento le gustaría enormemente el autor someter unos tests previos a los candidatos a un mandato electoral. En cuanto a la opinión de los políticos americanos sobre las ciencias sociales ver: ALPERT (H.) «Congressmen, social scientists and attitudes toward federal support of social science research», American Sociological Review, diciembre 1958, pp. 682-686. Sobre el caso italiano, el lector puede consultar con provecho la obra colectiva *Sociologie e centre*

que tienen por objeto mejorar los modos de gestión de las colectividades humanas. Un testimonio de esta propensión que cae frecuentemente en la desmedida o en el énfasis, es el retrato del ingeniero-economista realizado por Francis-Louis Closon.[104] Según él, este ingeniero nace «de la fuerza de un mundo eficaz y sin piedad para aquellos que se retrasan»; su influencia procede «de la que detenta el que perfecciona los instrumentos de conocimiento y aporta sus resultados». Así, aquél se sitúa «en la larga comitiva de los que han modelado el viejo y siempre renaciente planeta». En cuanto a los que tengan alguna duda ante esta altiva silueta, Closon les recuerda «que existen ciertos seres que están para ser rebasados, los cuales miran desesperadamente hacia atrás cuando las últimas filas de la tropa que camina se han difuminado en el horizonte hace ya mucho tiempo».

Esta forma de elocuencia asombrará, probablemente, a los economistas que, consagrándose al perfeccionamiento de una disciplina ascendente, sin duda, pero plagada de titubeos, saben observar con ojo crítico sus incertidumbres e ignorancias. También parecerá muy audaz, en todo caso, a aquellos que no ignoran la serie de convenciones filosóficas y de aproximaciones estadísticas en las que se fundan los cálculos de la contabilidad nacional.[105] En definitiva, se trata simplemente, como en tantos otros casos, de una manifesta-

---

di potere in Italia, Bari 1962 (el estudio introductivo que se debe a Renato Treves presenta un estado sistemático de las diversas posiciones del sociólogo frente al destinatario de sus opiniones o sugerencias).

104. *Un homme nouveau: l'ingénieur économiste*, París 1961. A pesar de su brevedad, esta obra podría aportar una amplia contribución a una antología del espíritu técnico. Un solo ejemplo relativo al desarrollo de las técnicas científicas, en la gestión de las colectividades: «Espejo de sí misma durante miles de años, la humanidad bruscamente apasionada por su movimiento, es semejante al esquiador sobre la pendiente helada, que no puede conservar su equilibrio más que con el cuerpo inclinado hacia adelante» (p. 15).

105. Se puede encontrar una exposición significativa del problema en Massé (Pierre), «Prévision et prospective», *Prospective*, n.º 4, pp. 81-120.

ción de la exaltación del técnico, que es una de las más sólidas componentes de la ideología tecnocrática.

En esta segunda parte vamos a realizar una breve exposición de algunas posiciones doctrinales, después analizaremos las articulaciones de la ideología tecnocrática y, por último, trataremos de delimitar la zona de influencia de esta ideología.

POSICIONES DOCTRINALES

Los trabajos que vamos a citar en este apartado son de tipo doctrinal, en el sentido de que tratan de prescribir, o al menos desean, el establecimiento de fórmulas tecnocráticas de gobierno. La inspiración de James Burnham parece en todo caso diferente, ya que él quiere en efecto presentar una teoría, es decir, analizar un movimiento en vías de realizarse, pero sin añadir elementos personales. Esta pretensión no debe acogerse sin reservas. En general, la distinción doctrina-teoría, aunque sea clara en el plano conceptual, se presenta difícil de trasponer a la práctica; en este caso particular es especialmente incierta, en razón de las tendencias a que han dado lugar la polémica de Burnham. Por lo demás, la afirmación (incluso discutible) del carácter inevitable de una evolución corre el riesgo de actuar sobre los espíritus en un sentido que refuerce y acelere el curso de los acontecimientos. Los trabajos de Burnham han contribuido tal vez a la implantación de tendencias tecnocráticas entre los individuos que, de otro modo, se hubieran visto libres de ellas.

La exposición de estas doctrinas estará salpicada de algún equívoco, en la medida en que los autores considerados no precisan siempre con claridad si el poder que solicitan debe pertenecer al productor en razón de los intereses que representa o de la competencia técnica que posee. Tienen en común estos auto-

res el preconizar la remoción del hombre político, pero no siempre es fácil determinar si el régimen que desean debe analizarse como corporativista o como tecnocrático.

1. — Los precursores

Según G. Ducassé, la noción de tecnocracia tiene una larga historia; de este modo podría encontrarse ya, a fin de cuentas, en cualquier marco histórico, a condición de saber enfocarla e interpretarla en razón de las técnicas existentes en ese momento. Así, según él, pertenecería a este movimiento tanto la «sofocracia» de Platón, como la «sociocracia» de Comte.[106] Por su lado, G. Friedman descubre en la obra de Augustin Cournot «la visión más profunda de esta evolución general de la humanidad hacia una civilización técnica» y un testimonio sin equívoco sobre la «amplia corriente que conduce a las sociedades modernas hacia la administración de las cosas más bien que hacia el gobierno de los hombres.[107] Sin embargo, suponiendo que no se quiera limitar, a la civilización industrial, la noción de tecnocracia, se debe admitir que ésta ha recibido un gran impulso del desarrollo manufacturero. Así nació, principalmente en Francia, la idea del industrialismo que afirma, con más o menos intransigencia, que la política debería estar subordinada a la voluntad de los productores.[108]

El más ilustre representante francés de esta corrien-

---

106. «Technique et technocratie chez Comte et chez Platon», *Pol. et techn., op. cit.*, pp. 231-250.

107. En un estudio de una particular claridad «Les technocrates et la civilisation technicienne», publicado en la obra colectiva *Industrialisation et technocratie*, París 1949, p. 46.

108. Sobre esta corriente ver Albert Thibaudet, *Les idées politiques de la France*, París 1932, pp. 62-80. Como es sabido este autor ve aquí una de las seis ideas políticas de Francia (junto con el tradicionalismo, el liberalismo, el catolicismo social, el jacobinismo y el socialismo).

te industrialista sigue siendo Saint-Simon.[109] Ya en 1802, en las *Lettres d'un habitant de Genève à ses contemporains,* se esforzaba por extender la infalibilidad de las ciencias a la política y a la moral, y proponía crear para toda Europa un grupo de doce sabios y nueve artistas encargados de asegurar el progreso de la civilización. Pero poco después su preocupación principal iba a dirigirse a la industria, de la que exalta su misión como hasta entonces nadie lo había hecho.

Es demasiado conocida la famosa parábola para que haya necesidad de repetir su contenido. Para Saint-Simon, las industrias constituyen verdaderamente el partido nacional que hasta entonces se había dejado despojar de su poder por los desocupados. Resulta, pues, necesario realizar una ordenación del sector gubernamental tomando el contrapié de las costumbres tradicionales y, por ende, sustituir el poder feudal y militar por la capacidad industrial. En diversas ocasiones, Saint-Simon propuso un sistema de gobierno industrial muy completo que mezclaba a la vez con caracteres tecnocráticos y corporativistas. Así, verbigracia, atribuye expresamente a un comité de industriales el cuidado de establecer el presupuesto, y en consecuencia, de dirigir la Administración Pública. Se trata de un sistema dominado por la preocupación de sustituir la voluntad de «mandar» por la necesidad de «administrar bien».

En conjunto, los saintsimonianos adoptaron estas concepciones, pero llenos de desprecio por los juegos partidistas, propusieron hacer de la política el instrumento de creación de un orden de cosas favorable a todos los géneros de producción. Michel Chevalier ha

---

109. Sobre el aspecto tecnocrático del saint-simonismo, ver el interesante estudio de Felix PONTEIL, «L'ère industrielle et le gouvernement du techniques d'après Saint-Simon», *Pol. et techn., op. cit.,* pp. 251-273. Se puede ver un estudio más profundo: consultar la obra clásica de S. CHARLETY, *Histoire du saint-simonisme»,* nouvelle édition, París 1931. Ver también el análisis de Elie HALÉVY, «La doctrine économique saint-simonienne», en *L'ère des tyrannies,* París 1938, pp. 30-94.

escrito a propósito de los prefectos: «llegará un día en que se encontrará tan absurdo que un hombre tenga la pretensión de ser el primer magistrado del distrito del Sena Inferior sin haber intervenido en la fabricación y el comercio de algodón, como que se ponga un obispo a la cabeza de un regimiento de carabineros o de húsares».[110]

Aunque se olvide de ordinario, Proudhon se vincula, en muchos aspectos, a esta tradición. No tiene confianza alguna en la democracia parlamentaria, y critica con aspereza el sufragio universal. Le parece que la política está condenada al más puro olvido ante la preocupación económica que invade todos los sectores. A Proudhon se debe la frase «El taller hará desaparecer el gobierno».[111]

En esta exposición sumaria cuyo único objetivo es ofrecer algunos puntos de demarcación, no debe olvidarse el nombre de Thorstein Veblen.[112] A este autor se le conoce por manifestar un respeto, que llega casi hasta la idolatría, a la eficiencia técnica del ingeniero, mientras que, en contraste con lo anterior, da muestras de un profundo desprecio hacia el empresario de tipo burgués, cuyos beneficios tienen su origen en la interrupción de la libre corriente de los asuntos económicos. Acusando a este último de no pensar más que

---

110. Texto mencionado por G. FRIEDMANN, *op. cit.*, p. 44.

111. Este punto ha sido aclarado por C. BOUGLÉ en *Inventaires*, II, *op. cit.*, pp. 4-6. Para un estudio de las ideas de Proudhon, consúltese antes de otra fuente, a GUY-GRAND (Georges), *Pour connaître la pensée de Proudhon* París 1947.

112. Desde el punto de vista de nuestro estudio las obras más importantes de VEBLEN son: *The theory of business enterprise* (1904); *The place of science in modern civilization and other essays* (1919); *The engineers and the price system* (1921); *Absentee ownership and business enterprise in recent times. The case of America* (1923). Se puede encontrar un análisis somero de estas ideas en la obra de Robert L. HEILBRONER, *Les grands penseurs de la révolution économique* (traducido del americano), París 1957, el capítulo VII, pp. 188-220. Ver también el interesante comentario de W. C. MITCHELL en SPIEGEL (H. W.), ed., *The development of economic tought*, Nueva York 1952. pp. 378-402. Sobre este autor, la obra clásica es DORFMAN (J.), *Thorstein Veblen and his America*, Nueva York 1935. Señaleños por último la reciente obra de Mino VIANELLO *Thorstein Veblen*, Milán 1961.

en su propio provecho, de desatender el interés público y de provocar amplios despilfarros (obstáculos creados en la circulación de las mercancías con vistas a elevar sus beneficios), Veblen veía, en cambio, en el ingeniero un ser enteramente racional, que estaba animado por la única preocupación de producir de la mejor forma posible. A su juicio, la división social esencial no sería la de ricos y pobres, sino la de técnicos y hombres de negocios; estos últimos tratarían de sabotear los esfuerzos de los primeros por medio del entorpecimiento de la eficacia técnica.

Al no poder continuar las cosas así indefinidamente, Veblen pensaba que, salvo que se corriese el riesgo de caer en el caos, la sociedad debería conseguir seleccionar un cuerpo de ingenieros para poner término al desorden de los negocios. De todas formas, cabe preguntar si los ingenieros, teniendo ya en sus manos el poder efectivo de producción, no llegarían forzosamente un día a desembarazarse de los propietarios absentistas para poder dirigir la economía según los principios de una mecánica que, por estar bien ordenada, sería eficaz. En suma, Veblen lanza la idea de una especie de control técnico y social de la producción, la cual estaría disciplinada y orientada por un cuerpo de ingenieros y de sabios en sustitución de los hombres de negocios. Esta advertencia de Veblen adquiere un relieve particular si se piensa en la influencia que ha desarrollado sobre muchos *social scientists* americanos. Particularmente la escuela americana de la tecnocracia encontró su inspiración en los trabajos de Veblen.[113]

---

113. Para una exposición breve de las posiciones de esta escuela ver PIROU (Gaétan), *Les nouveaux courants de la théorie économique aux Etats-Unis*, tomo I, 2.ª ed., París 1939, pp. 89-106 (exposición de M. Apchié). Observemos esta diferenciación: la tecnocracia «es la doctrina de Veblen adaptada por Howard Scott a la crisis contemporánea» (p. 93). Según M. Apchié, el neologismo «tecnocracia» lo forjó en 1919 un ingeniero californiano que designaba con él a un sistema de gobierno que sustraía la economía al motor del provecho privado y confiaba su regulación a técnicos calificados.

Esta escuela, que se desarrolló en medio de los grandes cambios que produjo la gran depresión de los años 30, veía en los sucesos de la época una crisis excepcional, así como, en cierta manera, la agonía de un mundo. Su inspiración básica consistía en el empleo de procedimientos de las ciencias físicas para la solución de los problemas sociales. Utilizando en lo económico los métodos que habían tenido tanto éxito en lo físico, se llegaría a mejorar, en unas proporciones fantásticas, el bienestar de los individuos (Scott anunciaba la semana de cuatro días de trabajo y la jornada de cuatro horas...). Los tecnócratas se pronunciaban principalmente por la supresión de la unidad monetaria y su remplazamiento por la unidad de energía. Al estimarse que la crisis provenía del subconsumo, del exceso de ahorro y de la acumulación de capital, sugerían también que la renta nacional real fuese repartida, por medio de la intervención de la autoridad, entre los habitantes (cada uno percibiría una parte proporcional a su trabajo). En todo caso, los tecnócratas creían preferible conservar la libertad de elección de los agentes para las compras de los bienes de consumo.

Esta primera oleada de partidarios de la tecnocracia iba a desaparecer rápidamente de la escena americana, pero las ideas que se habían manifestado («adhesión inmediata de los técnicos hacia lo económico», ha dicho G. Friedmenn) había sacudido a los espíritus y suscitado un enorme volumen de comentarios periodísticos. Estas ideas habrían de dejar unas trazas imborrables cuyo testimonio, por lo que se refiere a Francia, puede verse en la actividad de Jacques Duboin, defensor del «gran relevo del hombre por la máquina» y de la «revolución por la abundancia».[114] Quizá no sea

114. El decenio 1930-1940 ha conocido varias agrupaciones o movimientos de inspiración tecnocrática. Ver a este propósito Touchard (Jean), «L'esprit des années 1930...» en la obra colectiva *Tendances politiques de la vie française depuis 1789*, París 1960, pp. 89-120.

excesivo comparar este movimiento, en cierto sentido, a aquel otro de la expansión de productividad, tan característico de la última posguerra, tanto en Francia como en otros países.[115]

2. — La aparición de los managers

Las ideas de James Burnham son demasiado conocidas para que haya necesidad de llevarse a cabo aquí su análisis detallado. Nos limitaremos a recordar los aspectos y las implicaciones más características en cuanto al objeto de este estudio.[116]

1. Según Burnham, el capitalismo está a punto de morir, y en un plazo más o menos largo, el Estado se convertirá en propietario de los medios de producción. Pero contrariamente a lo que se piensa, esta transferencia no tendrá como resultado la realización del so-

---

115. Jean Touchard, *Historia de las ideas políticas* Ed. Tecnos, Madrid 1961, p. 643, nota la publicación reciente de numerosas obras que dan muestras de un espíritu «tecnocrático» (entre las que sobresalen las de Gabriel Ardant, Jean Fourastié, Maurice Lauré, Alfred Sauvy...) En esta perspectiva, es muy característico el libro de G. Ardant, *Technique de l'Etat. De la productivité du service public*, París 1953. Su originalidad radica en querer extender la noción de eficiencia a servicios que parece difícil de organizar con este criterio: como, por ejemplo, los tribunales y las prisiones. Ver en un artículo de este autor («La mesure du rendement des entreprises et des services publics», *Revue économique*, julio 1952, pp. 449-491), las críticas que propone para la valoración de estas situaciones (así, en lo que se refiere a la Administración penitenciaria, el porcentaje del número de reincidentes en relación al número de condenados). Jean Touchard estima igualmente que una de las componentes del «mendesismo» «es una cierta tradición tecnocrática reforzada por la sensación de impotencia dada por los gobiernos de la IV República» (p. 828). Como ejemplo típico de propensión tecnocrática se puede mencionar la reciente obra de Louis Armand y Michel Drancourt, *Plaidoyer pour l'avenir*, París 1961 (citaremos solamente la fórmula que da en la p. 153: «Técnica + organización = cultura).

116. Estas ideas han sido desarrolladas en *The managerial revolution*, obra aparecida en Nueva York en 1941 y publicada en lengua francesa en 1947 con el título *L'ère des organisateurs*. Como es sabido, Burnham fue acusado de haberse inspirado en gran manera —y sin citarla— en la obra de Bruno Rizzi que trata de la burocratización del mundo, publicada en 1939. Sobre este punto ver Naville (P.) en *Arguments* (número sobre la burocracia), *op. cit.*, pp. 55-59.

cialismo, en el sentido de formación de una sociedad «sin clases, completamente democrática e internacional», sino que una nueva clase dirigente sustituirá a la de los capitalistas desposeídos. Esta nueva clase se podría definir como: «un grupo de personas que, en virtud de relaciones económico-sociales particulares, ejerce un cierto grado de control sobre el acceso a los medios de producción y goza de un trato preferente en la distribución de los productos de estos medios». Estaría formada por «directores» o *managers* (a los que en la traducción francesa se designa mediocremente como «organisateurs»). Estos *managers*, mediante la utilización de los instrumentos de producción, se encontrarán, consecuentemente, en condiciones de dominar el Estado que, a la larga, pasaría a ser de su propiedad. En el momento en que Burnham escribe su obra, encuentra ya dos grandes sociedades directoriales: la Alemania nacionalsocialista y la Rusia soviética. Pero en todos los países se observa, incluidos los Estados Unidos (intervención del *New Deal*) un proceso de cambio en la composición y estructura de la élite dirigente, lo que producirá inevitablemente la aparición del reino de los «directores».

En la sociedad directorial, lo político y lo económico se encuentran fusionados, estando englobada la esfera de producción dentro de las tareas del Estado. Los «directores» no podrían realizar por medio de convenios la totalidad de estas tareas, por lo que a su lado se encontrarían los «burócratas políticos», que se ocuparían principalmente de la guerra, de la propaganda, de la diplomacia, de la policía, etc. Pero aunque ejerzan funciones diferentes, estas dos categorías forman una sola clase dirigente. No obstante, y Burnham insiste mucho en esta idea, son los directores económicos y no los burócratas políticos los que estarían a la cabeza. «Los burócratas de hoy y de mañana se imaginarán probablemente que actúan independientemente *(sic)*; pero sus proyectos... exigen enormes recursos que prácticamente, no pueden serles asegurados más

que por su colaboración con aquellos que dirigen efectivamente la producción, es decir, con los directores a los que, a fin de cuentas, se tendrían que subordinar forzosamente». Estos últimos establecerán la sociedad sobre unos fundamentos que garanticen su dominación «cualesquiera que sean los personajes situados manifiestamente en la escena política».

Estas ideas se vinculan a una concepción más amplia de la vida política, cuya exposición de conjunto ha sido expeusta por Burnham en otra obra.[117] Toda sociedad posee una élite que administra los negocios públicos con el fin de conservar su poder y sus privilegios, basando su supremacía en la fuerza y en la astucia.

Cuando sostiene este punto de vista, Burnham manifiesta que se incluye en la tradición de los autores que califica como «maquiavelistas». esto es, Maquiavelo sin duda, pero también Mosca, Sorel, Michels y Pareto, todos los cuales han afirmado, aunque con modalidades diversas, el carácter oligárquico de la élite dirigente. Según nuestro autor, las masas son incapaces de actuar científicamente en los asuntos políticos; por el contrario, no es inconcebible que una minoría ilustrada se encuentre en condiciones y se esfuerce por realizar una «política científica». Recordemos aquí, que varios autores, sin referirse necesariamente a la noción de clase dirigente, han expresado la opinión de que la industrialización produce unas consecuencias contrarias al esquema democrático (en particular, para la selección de los líderes políticos).

Desgraciadamente, el contenido que Burnham asigna a esta élite en la era de los organizadores no está clara. Parece que, para él, la función directorial se reduce a la dirección técnica y a la coordinación de la producción, lo cual recuerda a la categoría de «técni-

---

117. *Le Machiavéliens, défenseurs de la liberté* (traducido del americano), París 1949.

cos de las ideas generales». Los directores serían así los administradores efectivos de las empresas privadas y públicas, aparte de los técnicos especializados: investigadores recluidos en los laboratorios, ingenieros que se dedican a la fabricación de productos particulares, etcétera. Sobre este problema capital, el pensamiento de Burnham es impreciso.[118]

En Francia, las ideas de Burnham han sido objeto de una crítica rigurosa.[119] A decir verdad, la tarea de los críticos era relativamente fácil. Es indiscutible que esta obra carece de coherencia y de solidez científica, por lo que en muchos puntos parece más bien una polémica periodística que una investigación objetiva. Vuelta a leer veinte años después de su publicación, muestra enormes errores de previsión que conducen a que se dude seriamente de la perspicacia del autor. Estos defectos evidentes no deben conducirnos a ignorar las observaciones que se exponen de la fuerza de los *managers* en las sociedades industrializadas de Occidente. Pero ¿no ha cometido Burnham el gran error de deducir unas consecuencias que, con arreglo a un principio de interpretación monista, son excesivas?

Se ha discutido mucho acerca de si los *managers* u organizadores económicos constituyen realmente una capa social homogénea o, si se prefiere, una clase distinta. Los especialistas del análisis social han negado de ordinario este carácter. La multiplicidad, y en muchos casos, el carácter *ad hoc* de las definiciones del fenómeno de clases, sustraen gran parte del interés a la controversia. Admitamos, sin embargo, por un mo-

---

118. Así lo atestiguan los términos utilizados en la enumeración de los directores: «directores de la producción, superintendentes, ingenieros, administrativos, vigilantes técnicos, etc., o bien, cuando son empleados en una empresa gubernamental: administradores, comisarios, jefes de oficina, etc.). (*L'ère des organisateurs*, p. 87). Sobre las funciones de organización y de administración en la empresa se podrá consultar PASDERMAJIAN (H.), *La segunda revolución industrial*. Edit. Tecnos, Madrid 1960.

119. Pensamos particularmente en la Primera Semana sociológica cuyas Actas han sido publicadas bajo la dirección de G. GURVITCH en un volumen *Industrialisation et technocratie*, París 1949, ya citado.

mento, el punto de vista de Burnham: habiendo triunfado los *managers* sobre los propietarios no gerentes de las grandes empresas, forman una categoría social homogénea. Pero nada nos autorizaría afirmar que poseen un comportamiento político uniforme.

Los trabajos que se han realizado sobre sociología electoral demuestran que en los países democráticos la estratificación social es una variable de las actitudes electorales. Del mismo modo, nos manifiestan que esta estratificación no basta para explicar la distribución de las opiniones políticas.[120]

Proclamar que el partido comunista es el partido de la clase obrera constituye probablemente un buen *slogan* electoral («la clase obrera y su partido...»). Pero el análisis establece que el partido comunista francés no acoge en su seno más que a la mitad aproximadamente de los sufragios emitidos por electores obreros, estableciendo también que uno de sus principales bastiones se encuentra en los departamentos no industrializados del Macizo Central y que goza de un amplio apoyo en diversos sectores de las clases medias.[121]

En cuanto al grupo, bastante homogéneo en apariencia, del gran empresariado, es de notoriedad pública que sus miembros tomaron unas posiciones divergentes sobre problema tan grave como era el de Argelia (y anteriormente el de Marruecos). Resulta imposible admitir *a priori* que los *managers*, aun formando una clase, mantuviesen *ipso facto*, en todos los asuntos públicos, idénticas posturas. Por el contrario, nos

---

120. Sobre este punto se puede consultar el estudio realizado por la Asociación Francesa de Ciencia Política, *Partis politiques et classes sociales en France*, París 1955. En lo que se refiere a Gran Bretaña ver la obra de John BONHAM, *The middle class vote*, Londres 1954. Ver también BIRCH (A. H.), CAMPBELL (P.) y MACKENZIE (W. J. M.), «Partis politiques et classes sociales en Angleterre», *Revue Française de Science Politique* octubre-diciembre 1955, pp. 771-798.

121. Ver el cuadro de la distribución del voto obrero realizado por M. DOGAN en *Les nouveaux comportements politiques de la classe ouvrière* (obra colectiva), París 1962, p. 113.

encontraríamos en presencia de divergencias, lo que bastaría para reconstituir una libertad de maniobra y una facultad de autonomía en provecho de los «burócratas políticos».

Volvamos ahora al problema del grado de unidad de la capa social de los tecnócratas. Parece que el rasgo normal de las sociedades industrializadas de Occidente consista en la pluralidad de las categorías dirigentes; como observa Raymond Aron, la noción de clase dirigente no haría más que oscurecer el problema, en vez de aclararlo.[122] Jean Lhomme manifiesta por su parte que «...el poder social puede perfectamente existir independientemente de otros poderes, p. ej. el poder político, el poder militar o el poder religioso. Es posible que varias de estas modalidades se combinen, pero esta combinación no es más necesaria que su existencia independiente».[123]

A fin de cuentas, el análisis sociológico, lejos de postular una unidad prefabricada, invita a delimitar cuidadosamente, y con terminos adaptados a la realidad del siglo XX, las diversas categorías que ejercen mayor influencia en la comunidad, y después de esto, y no antes, interpretar el fenómeno. Esfuerzo de explicación que debe ser desarrollado en una doble dirección: de una parte, hacia la estratificación social para establecer la base de estas categorías, y de otra, hacia el régimen político, para apreciar la acción de estas élites sobre la marcha del Estado.

Lo que conocemos ya del funcionamiento de la vida pública en las sociedades industriales nos permite observar el paso de individuos de una categoría a otra (por ejemplo, de los medios de negocios al sector político y viceversa) y aclarar las relaciones de influencia que no son necesariamente de sentido único. La

---

122. «Le developpoment de la societé industrielle et la stratification sociale» (continuación), Les Cours de Sorbonne 1956-57, p. 117.

123. «La notion de pouvoir social», *Revue Economique*, julio 1959 p. 489.

vida política nos descubre también la existencia de competiciones, e incluso de severas luchas, que no siempre la comunidad del medio social es capaz de anular o, al menos, de moderar, en los casos en que surgen. En definitiva, el análisis de Burnham, y más generalmente el de los «maquiavelistas», no tendría su plena significación más que para una sociedad previamente reducida al esquema totalitario o en todo caso al autoritario. Pero ¿se posee la certidumbre de que los dirigentes de la producción formarían en este caso el elemento motor capaz de dominar enteramente a los políticos?

Burnham cree fundamentalmente en la influencia motriz del factor económico (pues éste sería el resultado de las fuerzas tecnológicas). Esta afirmación es una secuela elemental de su educación marxista. En los últimos decenios varios autores han considerado que el pensamiento de Marx va más allá de un «economicismo» sumario, pero no se puede discutir que el primado de lo económico sigue siendo la inspiración central de la doctrina corriente.[124] Burnham se halla tan impregnado de marxismo, que rehúsa ver en la transformación del estatuto de la propiedad un hecho capaz de debilitar el alcance de este motor; antes o después de la colectivización, aquellos que utilizan los instrumentos de producción dominarán el Estado. ¿El funcionamiento actual de las sociedades comunistas confirman este diagnóstico?

2. Los polemistas no dudan en formular juicios tajantes: «No existe diferencia esencial, escribe uno de ellos, entre la tecnocracia capitalista que se trata de imponer actualmente en Occidente y la tecnocracia marxista que fustiga al mismo».[125] El lector probablemente

---

124. Ver sobre este punto las observaciones de A. MARCHAL, Estructuras y sistemas económicos, Ariel, Barcelona 1961.

125. BOURDIER (Jean), *La dictature qui vient: la technocratie*, París 1959, p. 34.

estará de acuerdo conmigo en estimar que las cosas no son tan simples.

No hay duda acerca de la importancia de la *intelligentsia* técnica en la Unión Soviética. Pero el papel ciertamente creciente que desempeña en la vida social no autoriza a afirmar, como lo ha hecho Burnham, que los hombres que aseguran el funcionamiento de las fábricas, de las minas, de los ferrocarriles... sean los dueños de la vida política. Como señala oportunamente Collinet, «hablar en la Unión Soviética... de un régimen de *managers*, es no ver más que el aspecto exterior de esta sociedad... y no la poderosa armadura interna que mantiene únicamente su cohesión».[126] Lejos de dictar su ley al poder político, es decir al partido, el sector económico sigue estándole subordinado.

Como es sabido, por ejemplo, la reforma del 10 de mayo de 1957, que tendía a dar más flexibilidad a la gestión económica mediante la creación en cada región de un Consejo de Economía nacional (Sovnarjós), ha sido muy mal acogida por aquellos cuya situación quedaba comprometida. Sin embargo, aunque haya tenido que hacer diversas concesiones en relación a su plan inicial, Kruschef ha logrado imponerla. Como ha notado un observador tan avisado como Henri Chambre, «la decisión económica sigue estando en manos de un pequeño número de políticos asistidos por comités técnicos y económicos competentes».[127]

---

126. *Op. cit.*, p. 43.

127. En *Le Pouvoir soviétique*, París, 1959, p. 152. En una reciente obra (*Du kolkhoze au sovkhoze*, París 1958, p. 7), D. Nacou señala «los esfuerzos del partido para reforzar su red de responsables políticos profesionales en todos los sectores de la sociedad soviética...». Sobre la inexistencia de la *managerial revolution* en la U.R.S.S. y el mantenimiento del control político sobre la *intelligentsia* técnica véase Hough (Jerry F.) «The technical élite vs. the party; a first-hand report», *Problems of communism*, septiembre-octubre 1959, pp. 56-59. Esta posición parece que es contradicha por una observación de Emile Servan-Schreiber, *L'U.R.S.S. 28 ans après (1931-1959)*. París 1959, pp. 174-175. «Los jóvenes soviéticos han leído *L'Ere des organisateurs*». Y estiman que la realizan en las mejores y quizá únicas condiciones posibles a juicio de ellos. Pero algunas líneas más abajo el autor pre-

Por supuesto, se podría abordar el problema de otra manera si considerásemos a los dirigentes comunistas como técnicos políticos. Ciertamente, la asimilación es, en varios aspectos, plausible, pero es preciso no olvidar en todo caso que el régimen soviético no funciona de igual manera que los nuestros, a pesar de que se sirven de las mismas palabras (elecciones). En realidad, no estoy seguro del todo de que las categorías de análisis que hemos establecido para nuestras sociedades sean útiles o valederas, de igual modo, para estudiar la realidad soviética.

No me parece que, desde esta perspectiva, Yugoslavia difiera del caso ruso. El libro de Djilas, *La nueva clase*[128] ha armado un gran revuelo, pero en realidad este libro, bastante mediocre en el plano del análisis teórico, no ha aportado nada que no fuese conocido ya por los especialistas de estos problemas. Por otro lado las afirmaciones que se contienen en él son de características opuestas a las sostenidas por Burnham: «la burocracia política de los comunistas, escribe, se sirve de la propiedad nacional, goza de ella y de ella dispone». Dicho de otro modo: lo que permite al partido controlar el aparato de producción es la posesión de las riendas del gobierno (Djillas dice: ser propietario de ellas) y no a la inversa.

Ciertamente, la situación no es tan sencilla. Quien quiera leer con atención un documento como el *Programa de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia,* encontrará en el mismo muchas indicaciones útiles sobre el «burocratismo» de los dirigentes económicos, es

---

cisa que los comunistas siguen siendo los «animadores» del movimiento. Mencionemos un último punto: el papel del partido en la selección de los altos puestos de la industria (problema bastante mal conocido en otro lugar que no sea la *nomenklatura,* es decir de la lista de los empleos que provienen directamente de su jurisdicción).

128. Publicado en París en 1957. Se podrá consultar en análisis que hemos hecho de este libro (cuya importancia ha sido exagerada en Occidente, por necesidades de propaganda) en la *Revue Française de Science Politique,* junio 1958, pp. 412-422.

decir, su resistencia a las consignas procedentes de los superiores (fenómeno muy mal analizado en el libro de Djilas).[129] Pero a pesar de tensiones y de dificultades existentes, no parece que la supremacía de los dirigentes políticos esté comprometida seria y gravemente por las resistencias y maniobras eventuales de los *managers* económicos.

Ésta no es exactamente la opinión de G. Gurvitch, quien en varias ocasiones ha señalado que los mismos países comunistas no escapan al peligro de la tecnocracia. Aunque afirmando la potencia de la tecnoburocracia en la U.R.S.S., observa que el peligro ha podido ser parcialmente superado por la dictadura del Partido, el cual está también formado por una categoría de «técnicos políticos» que retienen en sus manos la dirección del mismo.

Actualmente, a juicio de Gurvitch, Rusia parece encontrarse en una encrucijada, con el riesgo de convertirse en «víctima del engranaje tecnocrático», pero pudiendo también evolucionar hacia una democratización de su organización económica. En todo caso cree este autor que existen muchas posibilidades para que adopte rápidamente y de una forma ostensible la segunda vía.[130] En suma, si se acepta este esquema de pensamiento, serían los técnicos políticos los que han protegido al país de las empresas de los técnicos económicos; lo que, en términos más simples, se reduce a reconocer la capacidad del partido para asumir el liderazgo de la vida social.

En todo caso, cabe preguntarse si nuestra manera de abordar la realidad soviética tiene en cuenta suficientemente el nuevo curso seguido desde la muerte de Stalin. Estudiando los efectivos del partido comunista, en efecto, se nota que los técnicos —y especialmente

---

129. Publicado en versión francesa en París en 1958. Ver, por ejemplo, las observaciones, encubiertas pero significativas, formuladas en las páginas 170-173.

130. *Op. cit.*, p. 130.

los *managers* de las empresas— ocupan un lugar creciente en detrimento de los burócratas administrativos. E. Scalfari, fundándose en estos cambios, concluye afirmando «que el peso político de los hombres que detentan la dirección del aparato industrial se halla en un constante y progresivo crecimiento».[131]

El argumento no tendría réplica en el caso de que se hubiese demostrado que la composición social de la cumbre del partido —los burócratas o técnicos políticos— refleja fielmente la composición de la base. Resulta verosímil creer que la cumbre dispone aún de un margen de autonomía bastante considerable. No obstante, si también se tiene en cuenta el juego de otras fuerzas, las transformaciones registradas en la sociedad soviética no pueden dejar de influir el carácter de la dirección política.

Gurvitch, en su tipología de las «sociedades globales», tiene en cuenta de todas formas el papel dominante del partido comunista.[132] Llega a unas conclusiones contrarias en lo que se refiere a las sociedades fascistas, en las que el jefe habría sido el «hombre de paja» de los «grupos tecnoburocráticos, que procedían, al mismo tiempo, del aparato de los trusts, cárteles y bancos, del alto personal administrativo y de los militares de carrera más especializados». La asimilación hecha, de este modo, entre Mussolini, Hitler y algunos otros, parece bastante sumaria, por lo que pocos especialistas de ciencia política se atreverían a realizarla.[133] Por otra parte, ¿es exacto que Hitler, por ejemplo, haya sido siempre el servidor aplicado de los medios económicos y de los técnicos y que haya ejecutado

---

131. *Il potere economico in U.R.S.S.*, Bari 1962, p. 33.
132. *Determinismes sociaux et liberté humanine*, París 1955, pp. 284-286.
133. Así en su clasificación de los regímenes políticos, Maurice DUVERGER distingue los «fascismos propiamente dichos» (que se pueden dividir, por otra parte, en varios tipos) de las «dictaduras paternalistas», *Instituciones políticas y derecho constitucional*, Ariel, Barcelona 1961.

siempre sus consignas? A medida que se va escribiendo la historia de la segunda guerra mundial, se comprueba que Hitler, por ejemplo, no tuvo en cuenta la opinión de los militares y de los círculos profesionales. Es difícil considerar con arreglo a los documentos de que disponemos que el partido nazi y su jefe hayan sido los fieles ejecutores de las directrices señaladas por las fuerzas tecnoburocráticas.[134]

3. En conclusión, la tesis de Burnham parece excesiva en todos los casos, al menos en lo que concierne a sus implicaciones finales. Para los países pluralistas de Occidente, los responsables de los medios de producción (propietarios y gerentes) no representan más que una fracción de las clases dirigentes. Es cierto que actúan sobre el sector gubernamental, pero lo hacen de ordinario con bastante menos vigor y continuidad de lo que desearían los marxistas. De todas maneras, no se puede reducir la totalidad de la vida política a sus impulsos sin caer en el dogmatismo. En lo que se refiere a las sociedades fascistas y comunistas, se falsearían considerablemente las perspectivas presentando a la burocracia política como subordinada exclusivamente a los directores de la producción.

En definitiva, Burnham no ha demostrado, pues, que la civilización industrial condene necesariamente al hombre político a desaparecer en cuanto tal. En las relaciones actuales entre los dos bloques, la economía es más bien uno de los instrumentos de la lucha, que el fundamento de su rivalidad. La política y los hombres políticos continúan desempeñando un papel im-

---

134. Ver por ejemplo las observaciones de John WHEELER BENNETT en *Le drame de l'armée allemande* (traducido del inglés), París 1955. Este autor, después de señalar que desde 1936-37 Hitler determinó ir apartando cada vez más a los militares, de los consejos en donde se decidían las cuestiones importantes, precisa: «el Ejército a causa de esto dejó de ser una potencia política en el interior del Reich; únicamente se acudía a él cuando la necesidad se hacía sentir, del mismo modo que se llama a la policía o a los bomberos» (p. 305).

portante, y en gran medida autónomo, en el interior de las sociedades humanas. Pero la expansión de la ideología tecnocrática, que nuestro autor ha favorecido, sin género de dudas, acaba por rechazar la presunción sobre el ejercicio de estas responsabilidades. ¿Cuáles son los puntos esenciales de la controversia?

ARTICULACIONES DE LA IDEOLOGÍA

Se pueden resumir en la apología del técnico y la inquietud por reducir la política a la técnica («despolitización» de los problemas). En los últimos años, el desarrollo de la cibernética (máquina de gobernar) ha aportado un nuevo elemento a esta corriente. La siguiente exposición contendrá un análisis crítico de las dos posiciones estudiadas. Observemos, en todo caso, que no se trata aquí de apreciar los aspectos morales de la ideología tecnocrática sino de evaluar su alcance político y de verificar su coherencia.

1. — Apología de la técnica

La exaltación del técnico y la crítica sistemática del político representa, evidentemente, la base para el comienzo de la lucha tecnocrática. Es fácil demostrar, sobre cada uno de estos dos puntos, que esta ideología conduce a exageraciones y hasta a deformaciones.

a) *La exaltación del técnico*

La actitud tecnocrática consiste, en primer lugar, en engrandecer a la competencia (posición que no es exclusiva, como hemos visto, de una cierta condes-

cendencia con respecto a la especialización). Cada vez más, y sobre este punto, la influencia de Burnham ha sido importante, se antepone la actitud para tomar una «visión de conjunto», es decir, para testimoniar una visión más amplia que la del simple técnico o la del experto especializado. Se trata, en último término, de la posesión de cualidades que permitan orientar válidamente los objetivos de una sociedad.

El punto esencial de esta exposición se basa en calificar al tecnócrata como el hombre de la racionalidad administrativa. Sus intervenciones estarían inspiradas por el afán de conferir al orden administrativo una perfección total. Al disponer de factores determinados, el responsable tendría, en consecuencia, la misión de asegurar su utilización de la forma más juiciosa posible. A este efecto apartaría o consideraría no obligatorios los elementos capaces de perjudicar a la eficacia o, si se prefiere, a la productividad. Lo característico de la decisión tecnocrática ha de consistir, por consiguiente, en rechazar las acomodaciones y transacciones que impone la preocupación de vencer de forma amistosa la resistencia humana. Al deseo de conciliación a todo precio que anima al político, se opondría la intransigencia del tecnócrata.

Esta competencia se considera que está acompañada de cualidades morales que, según el caso, o bien se presuponen o bien se analizan en detalle. Vamos a insistir sobre dos aspectos de la personalidad tecnocrática tal como la ven sus panegiristas. De un lado, un sentido muy fuerte de la responsabilidad (así, la tecnocracia consistiría en el compromiso ante el interés de la causa, causa que no se confunde nada más que excepcional y accesoriamente con sus propios intereses materiales), y de otro, un deseo permanente de acción que estaría justificado sobre todo en un mundo dominado por una pasividad general. «La falta de entereza, y más generalmente de sentido cívico, requiere la intervención del tecnócrata en tanto que cirujano

político social», escribe en unos términos característicos, Alfred Frisch.[135]

No requeriría mucho esfuerzo, singularmente en el nivel de la función pública y también de la organización internacional, citar algunos hombres que correspondan a semejantes especificaciones. No obstante si reflexionamos sobre el número medio de los casos, se trata de un retrato que, esta vez, es muy idealizado. Las consideraciones expuestas en la primera parte (principalmente los motivos de la argumentación técnica) no deben perderse de vista. Los hombres que pueden ser incluidos fácticamente dentro del esquema tecnocrático, es decir, que tratan de sustituir al político para tomar las decisiones o que poseen sin haberlas buscado tales facultades, se encuentran lejos de manifestar en todas las circunstancias las cualidades enunciadas. En particular, no se debería aceptar incondicionalmente la tesis del tecnócrata defensor del bien público o del interés general contra los apetitos privados. Igualmente, en lo que se refiere a los medios en donde es manifiesto el sentido del «servicio público» (como la función pública de las altas esferas inglesa o francesa), no se pueden admitir sin reservas estas afirmaciones. Los partidarios de la tecnocracia —que gustosamente dan muestras de desprecio hacia los burócratas— verán tal vez en estos desfallecimientos la prueba de que no se encuentran frente a «verdaderos» tecnócratas. Esta observación parece establecer que la tesis cuyo contenido estamos discutiendo, se inspira en mayor grado en preconcepciones doctrinales o partidistas que en una base real.

Además, la tesis tecnocrática contiene un gran defecto: subestima las posibilidades de la técnica y exagera el talento de los técnicos. Veamos a continuación

---

135. En una interesante obra *Une réponse au défi de l'histoire*, París 1954. Ver particularmente, para la cuestión estudiada en este momento, el capítulo VII. «Essai d'une définition de la technocratie».

con arreglo a observaciones ya hechas, algunos aspectos de este error de perspectiva.

La calificación del técnico, la naturaleza y la amplitud de las certidumbres de que dispone, así como la concordancia de los puntos de vista que se mantienen entre los diversos conocedores de un problema, varían en alto grado según los sectores que se consideren. Ocurre igualmente en el terreno de los fenómenos de orden físico o biológico, donde la unanimidad está lejos de ser lograda en muchos casos. Pero en el plano de los fenómenos sociales las dudas y las incertidumbres se afirman con mayor fuerza; a pesar de los progresos realizados en los últimos decenios, los conocimientos del especialista siguen siendo modestos. Ahora bien, la extensión de las funciones económicas y sociales del Estado que caracteriza a nuestra época, conduce necesariamente a las autoridades a intervenir en las conductas humanas, y por consiguiente, a solicitar las opiniones de aquellos que se consagran a su estudio. ¿Se puede asegurar que las respuestas que obtienen son satisfactorias en todos los casos?

Resulta siempre «productivo» ante cualquier público conciliar la incompetencia y el «amateurismo» del político; se debe, no obstante, reconocer que en lo que se refiere al número de temas que se relacionan con la política, el experto no sabe mucho más que el hombre simplemente culto o incluso que el profesional de la vida pública, desprovisto de cultura, pero en contacto y en escucha permanente de los consejos de la práctica. Sin ninguna duda se podrían explicar bastantes desalientos de los técnicos ante la impotencia del político para plantear correctamente una cuestión, es decir, para expresar exactamente lo que quiere. Pero este estado de ánimo se debe también a una incapacidad propia de la argumentación técnica aplicada a los fenómenos de los que trata el hombre político.

Una de las manifestaciones más evidentes de esta incapacidad reside en la divergencia de las sugerencias que se hacen, cuando se consulta a varios especialistas,

para alcanzar un objetivo dado, o para hacer frente a una *situación; otra consiste en los errores de previsión.* El público que, en esta ocasión, se ríe de las faltas cometidas, no tiene siempre idea exacta de las dificultades que implica semejante tarea.

Así, por ejemplo, se puede mencionar el establecimiento del plan francés de energía a largo plazo, es decir, de la actualidad a 1975. Su preparación viene condicionada por tres incertidumbres esenciales: el tipo de expansión económica, la amplitud y la calidad de la aportación proveniente del Sáhara, y la próxima utilización de la energía nuclear. Consideremos este último medio, cuyas ventajas y perspectivas, al menos las de término medio, parece que se han exagerado. Actualmente, esta forma de energía es más cara que los abastecimientos tradicionales, pues su coste se situaría cerca del de la electricidad hidráulica para las inversiones y del de la corriente términa para los gastos de explotación. La cuestión estriba en determinar la época y el nivel de producción en que se afirmará la competencia y por lo tanto la rentabilidad de esta nueva fuente de energía. Hasta un profano se sorprendería de la importancia de los factores desconocidos (los cuales dependen, en parte, de secretos no revelados por la naturaleza) que afectan al establecimiento de un balance provisional de este tipo.

Pierre Massé, que es el que ha proporcionado este ejemplo y lo ha adornado con consideraciones propias para moderar el entusiasmo democrático,[136] señala que en las cuestiones más importantes de nuestra época, el

---

136. «Propos incertain», *Revue française de recherche opérationnelle, 1959,* 2.º trimestre, n.º 11. Cabe preguntarse si esta situación no se encuentra a propósito de todas las decisiones humanas y, en particular, en las que toman los jefes de empresa (de las que a veces se ha llegado a exagerar su rigor y coherencia). Como escriben G. FRIEDMANN y J. D. RAYNAUD, «es claramente evidente que esta racionalidad no será nunca total; nadie posee, en ningún caso, todos los elementos necesarios para fundamentar su decisión, por lo que siempre existe una parte de suposición, de obscuridad o de pronóstico», *Traité de Sociologie* publicado bajo la dirección de

instrumento de cálculo (métodos y máquinas) se encuentra en una situación más avanzada que los datos que somos capaces de suministrar para conseguir los objetivos fijados. También manifiesta que existe un residuo de ignorancia, y por consecuencia de arbitrariedad, en la estimación de cualquier probabilidad. Por consiguiente, numerosos factores deben guiar al «apostador»: experiencia, intuición, consideración de las analogías, sentimiento de verosimilitud, de lo posible, de lo absurdo. Pero en general siempre subsistirá «una pizca de arbitrariedad».

El ejemplo elegido confiere, por su misma naturaleza, las mayores posibilidades a la argumentación técnica. Los límites del procedimiento surgirían más rápidamente si se mencionaran otros dominios de la acción gubernamental, por ejemplo la situación de la política extranjera. En muchos casos, el técnico no dispone de un cuadro de análisis que le permita conocer todas las variables del problema. La postura más prudente sería, por consiguiente, guardar silencio. El que quiera suministrar el consejo requerido debe enunciar varias eventualidades que corresponden a otras tantas hipótesis iniciales, pero al mismo tiempo ha de continuar dentro de los límites de la honestidad intelectual. Y, sin embargo, el hombre de acción responsable de la marcha de los asuntos debe tomar una determinación.

Estas consideraciones no tratan, en modo alguno, de despreciar los métodos de la tecnicidad. Estamos dispuestos a reconocer ante los tecnócratas que, con frecuencia, los políticos y también los responsables de la formación de la opinión pública ignoran, por pereza o por sistema, los conocimientos técnicos indispensables, y ello es peligroso. En múltiples ocasiones, los hombres políticos habrían podido mejorar su juicio

---

G. Gurvitch, tomo I, París, pp. 473-474. En particular, en la época de la investigación operativa, el temperamento del empresario (advertencia de Keynes sobre el papel de los temperamentos sanguíneos) sigue siendo una variable importante en la determinación de las inversiones.

mediante la previa consulta a personalidades competentes. Pero nada nos permite afirmar que los técnicos tengan necesariamente alguna certeza sobre los problemas tratados por los políticos (ya sea en forma de las «primeras aproximaciones de Pareto) ante cuya evidencia los segundos rehusarían sistemáticamente inclinarse.[137]

Probablemente se argüirá que la función propia del tecnócrata consiste en circunscribirse a una visión de conjunto más que a los detalles de la concepción y de la ejecución. Pero como los elementos del problema se hallan contaminados por esa «pizca de arbitrariedad» que decíamos, se deduce que la elección final no se podrá reducir exclusivamente a consideraciones técnicas, indiscutiblemente objetivas, que se impongan por obligación a todos aquellos que examinen el problema.

Precisemos, a la postre, que la visión técnica no puede ser considerada como un elemento capaz de saciar todas las necesidades del hombre sin graves riesgos para las relaciones sociales. Tratadistas eminentes han señalado con precisión los peligros de una invasión técnica. Así, G. Friedmann ha insistido constantemente en el papel nefasto de las «utopías técnicas». A su juicio, la exaltación incondicional de la técnica que conduce al olvido del hombre corresponde a una «mística peligrosa».[138] André Siegfried no cesó de se-

---

137. Las consideraciones expuestas por BURNHAM sobre la «política científica» (en *Les Machiavéliens, op. cit.*) serían más convincentes si no hubiera escrito en la p. 279: «Sabemos lo suficiente como para poder afirmar desde este momento que se producirá, sin duda, una terrible crisis económica cuando finalice la guerra actual». Suele ocurrir, empero, que el técnico vea con claridad justamente donde el político toma un mal camino. Ver por ejemplo, el *satisfecit* atribuido por Henri DE MAN a los profesores que durante la Gran Depresión fueron los únicos que diagnosticaron correctamente el mal que padecía Bélgica y que lucharon contra la consigna de deflación, *Cavalier seul,* Ginebra 1948, p. 161.

138. Esta afirmación se encuentra en toda la obra de G. FRIEDMANN y particularmente se deja sentir en su último libro *Le travail en miettes,* París 1956. Ver también naturalmente sus trabajos precedentes: *Problèmes humains du machinisme industriel,* edición revisada y aumentada, París 1956 y *Où va le travail humain?,* edición revisada y puesta al día, París 1956.

ñalar el papel de la cultura: «La técnica, incluso la ultraespecializada, no me parece nunca perjudicial —escribía—, siempre que se considere como técnica y no se pretenda cultura. La técnica no es sino un medio, por lo que convertirla en un fin suficiente en sí mismo, como algunos quisieran, sería algo perjudicial».[139] Etienne Antonelli, al término de un poderoso esfuerzo de síntesis centrado en el desarrollo de las civilizaciones, nos recomienda que intentemos unas nuevas estructuras para liberar a las sociedades industriales del dogmatismo de miras estrechas, en el que el afán exclusivo de la eficiencia técnica las ha confinado.[140]

Podríamos multiplicar sin esfuerzo los testimonios de la actitud que rehúsa ver en el cálculo de los técnicos el principio exclusivo de la solución de las dificultades humanas.[141] No tendremos la crueldad de recordar aquí ciertas frases extraídas de la obra de hombres que, por haber sido buenos técnicos, han tratado de transformarse en filósofos, o, en todo caso, en humanistas.

b) *La crítica del político*

Se trata aquí de la otra cara complementaria de la exaltación del técnico. Los argumentos que se formulan a este respecto son tan conocidos que nos podemos limitar a un breve desarrollo.

El reproche más grave, y probablemente el más efi-

---

139. El texto proviene del librito *Hommage à André Siegfried* que acaba de publicar el Instituto de las ciencias y técnicas humanas. Sobre los peligros de la técnica, ver las observaciones expuestas por Henri MIGEON, *Le Monde après 150 ans de technique*, nueva edición, París 1958, pp. 97-129.

140. En la introducción de su última obra, *Nouvelles études d'économie humaniste*, tomo II, «Regards sur demain», Montpellier 1959.

141. VERALDI (Gabriel), *L'humanisme technique*, París 1958, «El primer objetivo, escribe, p. 42, estriba en organizar las capacidades humanas a fin de que los hombres obtengan el mayor provecho posible de la servidumbre técnica». Preocupación que es de las más estimables, sin duda, pero como trasplantarla a la realidad...

caz ante el público, es la acusación de venalidad. Esta imputación es corriente en todos los medios, incluso en los círculos cultos, los cuales juzgan las cuestiones de la política desde un punto de vista ajeno a ella. Suele ocurrir que también la adopten algunos científicos: «Los medios políticos, escribe Jacques Ellul, se hallan generalmente muy corrompidos, y el hecho es tan indiscutible tanto si se trata de regímenes democráticos (Francia, Estados Unidos), como de regímenes autoritarios (fascismo, nazismo..., no podemos hablar de lo que ocurra en la U.R.S.S.). El vértigo del poder y la tentación de la riqueza corrompen con rapidez a los políticos.[142]

Nos resulta imposible estudiar aquí este difícil problema. Afirmamos, empero, que basándonos en la certeza de investigaciones detalladas, cuyos resultados hemos señalado en otro lugar,[143] estamos en desacuerdo formal con la tesis de una corrupción general. Por ende, en lo que respecta también a las sociedades industriales desarrolladas (posición de principio que no excluye una jerarquía de casos, pues, por ejemplo, la corrupción individual de los políticos y también de los funcionarios, parece mucho más extendida en los Estados Unidos que en Gran Bretaña). Por supuesto, no ignoramos el papel del dinero en la política.[144] La situación, por otro lado, no es nueva y es hasta probable que el poder corruptor de los «financieros» sea menor hoy

---

142. *Op. cit.*, p. 238. Punto de vista, sin embargo, bastante próximo al de uno de los personajes de Roland DORGELES: «Es suficiente pagar... pues todo está en venta, la Justicia, el Parlamento, la Prensa...». *Tout est à vendre*, París 1956, p. 504. Con motivo de un sondeo de opinión pública en los Estados Unidos en 1944, aproximadamente la mitad de las personas interrogadas declararon que era casi imposible seguir siendo honrado si se entra en la política. National Opinion Research Center, *The public looks at politics and politicians*, Report n.º 20, marzo 1944.

143. Principalmente en *Nouvelles études sur les groupes de pression en France*, París 1962, pp. 211-213.

144. Para el estudio de esta cuestión se puede partir de SHANNON (Jasper B.). *Money in politics*, Nueva York 1959 (que incluye una amplia bibliografía). Ver también la importante obra de A. HEARD, *The cost of democracy*, Chapell Hill 1960.

que bajo el *ancien régime* (a este respecto, cabe preguntarse si no se deberá al perfeccionamiento de la imposición fiscal...).[145] Conocemos, sin duda, también los «escándalos»,[146] pero, sin embargo, estimamos que la realización de las decisiones importantes y hasta, en la gran mayoría de los casos, la gestión de los asuntos corrientes, no son (o no son ya) objeto de malversación.

El segundo reproche que se hace a los políticos estriba en su incompetencia. De creer a los tecnócratas y a los *chansonniers*, ésta continuaría siendo total. Sería ciertamente fácil y pintoresco citar los múltiples ejemplos de un «amateurismo» ingenuo o agresivo. Observemos en todo caso que el desprecio que se manifiesta en diversos medios hacia la figura del especialista invalida el alcance de este argumento. La imputación se reduciría entonces a proclamar la impotencia de los políticos para dirigir grandes conjuntos, para coordinar actividades múltiples, en una palabra, para actuar como *managers*. La consecuencia de esta reflexión consistiría en postular, generalmente sin apoyo de prueba positiva alguna, que el nivel medio de los hombres políticos se sitúa por debajo del de los dirigentes del sector privado. Lo menos que se

---

145. Así lo atestigua, por ejemplo, la extraordinaria «feria de las conciencias» que fue la elección de Carlos V. Ver SCHICK (Léon), *Un grand homme d'affaires au début du XVIe siècle: Jacob Fugger*, París 1957, pp. 161-184.

146. Podríamos mencionar como documentos (de alcance diverso) DESPUECH (J.), *Le trafic des piastres*, París 1953; KEFAUVER (Senador E.), *Le crime en Amérique* (trad. del americano), París 1951; DAVIS (Merton S.), *Tout Romme a tremblé; L'affaire Montesi* (traducido del inglés), París 1959; dos sueltos del *Crapouillot* sobre los «escándalos de la IVE» (debidos a Jean GALTIER-BOISSIÈRE), etc. De vez en cuando los periódicos nos muestran que la U.R.S.S. no se halla al abrigo de estos accidentes: «Ciertos funcionarios recibían gratificaciones de los futuros propietarios de *dachas*». (*Le Monde*, 16 de abril de 1959, según la revista soviética *Krokodil*); «Ballets rosas en la U.R.S.S.» (*Le Monde* 16 de abril de 1959, según el periódico *Estrella Roja*), etc. La reciente agravación de las medidas contra los delitos económicos muestra claramente la dificultad de modificar los comportamientos humanos.

puede decir es que esta afirmación no es enteramente cierta, pues ha habido y hay excelentes administradores políticos y malos organizadores privados. Reconozcamos, no obstante, que en diversos países (Francia, entre ellos), las condiciones en las que se desarrolla la lucha política han tenido como consecuencia incitar a muchos hombres de valor y de carácter, a no tratar de conseguir el poder. El reproche de mediocridad que se atribuye al personal profesional de las asambleas parlamentarias, no es, pues, totalmente falso (entre éstos, por otra parte, hay una gran mayoría que no acceden nunca a la función ministerial).[147]

Un punto donde convergen las dos citas precedentes se encuentra en la permeabilidad en cuanto a los intereses privados y en la incapacidad de defender, e incluso de concebir, el interés público (en una palabra, la sumisión de los elegidos a las voluntades de los grupos de presión). La acusación ha surgido normalmente en términos muy vivos en medios de la función pública que tienen razones para estar bien informados. Entre los círculos profesionales esta acusación es evidentemente más matizada. Los grandes negocios, que emplean frecuentemente el razonamiento técnico, no comparten la complacencia que demuestran los políticos ante los «lisiados» del progreso económico (comerciantes, artesanos). Estos últimos, utilizando otros medios de persuasión, denuncian la intrusión de los *trusts* en el aparato gubernamental (éste es uno de los temas favoritos de Poujade...).

Este argumento no deja de tener su parte de verdad, ya que la inquietud ante la reelección incita a los parlamentarios a escuchar con complacencia a agrupaciones cuya potencia real generalmente tenían ten-

---

147. Como ejemplo de una explotación (fácil) de imperfecciones de forma y de fondo, con el fin de desacreditar al régimen, ver SAINT-GERMAIN, *Les gaietés de l'Officiel ou le Français tel qu'on le députe*, París 1958, o también *Les folies de l'Officiel*. París 1960.

dencia a subestimar.[148] Ahora bien, no se debe deducir que el repudio de semejantes contactos constituya la regla áurea del elegido. Pero no resulta fácil fijar el punto en que estas relaciones, legitimadas en su principio, revisten un carácter de sujeción para el hombre público. Por lo demás, hasta los mismos técnicos no se ven libres de estos lazos...

En conclusión, el juicio pronunciado contra los políticos corresponde a unos hechos reales que no se pueden ignorar.[149] Pero en algunos casos el ataque se halla acompañado de una fuerte tendencia a la exageración polémica, que reposa a menudo sobre la generalización grosera y prematura de conductas aisladas (por consiguiente, poco conforme con el espíritu científico). Se olvida, por otra parte, como ha notado Léon Blum, que las irregularidades de los parlamentarios continúan siendo «inherentes al temperamento francés en el sentido de que su huella se encuentra más o menos en todas las épocas de nuestra historia nacional».[150] Estos reproches ejercen gran influencia sobre los espíritus, explicando una característica violentamente afirmada de la ideología tecnocrática: el afán de independencia del técnico por lo que hace a todo aquello que es político, aunque la práctica no ratifique este juicio en todos los casos.

Citemos todavía a este respecto a A. Frisch: «En sus reacciones, en su pensamiento, en su acción y, sobre todo, en su convicción interior, el técnico está libre de todo vínculo político. Se comporta según su con-

---

148. Los «bouilleurs de cru» constituyen todavía una de las categorías más temibles. Ver las observaciones de MUSELIER (François) *Regards neufs sur le Parlement*, París 1956: «Aquellos para quienes hervir», pp. 165-177. Bajo la V República su defensa ha constituido una de las raras ocasiones en que el Parlamento opuso una tenaz resistencia a los proyectos del Ejecutivo.

149. Actitud cuyas motivaciones sociosicológicas siguen siendo mal conocidas (intento para vengarse del poder al que en definitiva es necesario obedecer, expresión de rencor o de celos...). Son raros los países democráticos en los que el político no tiene mala prensa.

150. *A l'échelle humaine*, París 1945, p. 58.

ciencia y sobre todo según su competencia... no ve en el sistema político más que un medio más o menos idóneo para la realización de sus ideas y para poner en evidencia un cierto número de necesidades imperiosas».[151] Si consideramos la expresión: «más o menos idóneo...» salta a la vista que la estima que siente por el sistema político, incluso como puro instrumento, deja mucho que desear. Por consiguiente, ¿no sería conveniente reducir la política a la técnica?

2. — VOLUNTAD DE REDUCCIÓN DE LA POLÍTICA A LA TÉCNICA

Es notorio que los perfeccionamientos tecnológicos han producido importantes consecuencias sobre la estructura y el funcionamiento de los sistemas políticos. Ahora bien, el modo de actuar de la técnica no es objeto de una anuencia universal, ni siquiera entre especialistas ajenos al marxismo. Para unos, la técnica sería el motor de la evolución, no interviniendo los ajustes sociales más que con retraso (el *cultural lag* de W. F. Ogburn). Otros, que nos parece que están en lo cierto, rehúsan admitir la existencia de una relación sistemática anterior en provecho de las transformaciones técnicas (la evolución se halla dominada por la interacción de las invenciones y de los factores sociales). Pero sobre el carácter del resultado no cabe una seria controversia. De forma directa o indirecta, y en unas proporciones variables según las instituciones y los sectores considerados, la vida política ha conocido algunos cambios estrechamente relacionados con el progreso técnico.[152]

---

151. *Op. cit.* p. 75.

152. Ver un interesante estudio de Marcel MERLE, «L'influence de la technique sur les institutions politiques», en *Pol. et techn., op. cit.*, pp. 29-65. Nosotros mismos hemos abordado el problema en un informe (de edición limitada) preparado a instancias de la Unesco para servir de base de discusión a una reunión de especialistas en ciencia política del Este y del Oeste, Munich 16-21 diciembre de 1957: «Consequences du progrès tech-

Jacques Ellul, al estudiar «la técnica y el Estado», ha analizado perfectamente el prodigioso enriquecimiento técnico de los diferentes sectores del aparato gubernamental.[153] Ha descrito con gran penetración el «hallazgo» de las técnicas utilizadas en el sector privado, por parte del Estado, y la absorción progresiva que ha realizado de las mismas el poder público. Ha expuesto también los motivos que prohíben en adelante a las autoridades desinteresarse del progreso técnico. Afirmamos, sin pretensiones de querer ser originales, que el movimiento continuará desarrollándose; hasta el presente, la automación (o automatización) se ha ceñido sobre todo al trabajo industrial. Su introducción en las actividades de oficinas —que será necesariamente lenta— provocará en verdad alguna modificación cuya amplitud pocos pueden discernir.

Pero *¿tiene fundamento escribir*, como lo ha hecho Ellul, que sólo la obstinación del político es lo que «retrasa verdaderamente la transformación total del Estado en un gigantesco aparato técnico exclusivamente»? Esta afirmación supone que la política puede reducirse a una simple técnica idéntica a las demás. Para verificar el alcance de este aserto, situémonos en el punto central del proceso político: el acto de tomar la decisión.

En los últimos años, se han realizado numerosos esfuerzos, teóricos y prácticos, para mejorar su modo de formación (y en particular asegurar una mejor adaptación de las medidas tomadas a los objetivos considerados). Los especialistas han concluido en que esta racionalización exige la reunión de tres condiciones:

---

nique sur les systèmes politiques» (UNESCO/SS/Coop/Pol. Sc. I.). El papel de la tecnología en el establecimiento y funcionamiento de los regímenes totalitarios ha sido perfectamente aclarado por FRIEDRICH (Carl J.), BRZEZINSKI (Zbigniew K.), *Totalitarian dictatorship and autocracy*, Cambridge, Mass., 1956. Ver también MAYO (Elton), *The social problems of an industrial civilization*, Londres 1949 (el apéndice está consagrado al problema político).

153. *Op. cit.*, pp. 207-224.

conocimiento completo de las diversas alternativas que se ofrecen al responsable; información perfecta sobre las consecuencias posibles, directas e indirectas, de cada una de ellas; existencia de una jerarquía de preferencias (o valores) gracias a la cual es posible efectuar una elección mediante la comparación de las consecuencias eventuales de la acción apuntada, con los valores que constituyen la escala. Conservando este esquema en la mente, se puede tratar de explorar las relaciones entre política y técnica, en el ámbito de la concepción y formulación de las decisiones públicas.[154]

Vamos a considerar, en primer lugar, la escala de valores. Naturalmente, se encuentra en estrecha dependencia de los fines asignados a una sociedad dada o bien aceptados por ella (en el marco de las elecciones o de cualquier otro procedimiento de consulta). Si se observa el *continuum* medios-fines, que forma la trama de cualquier actividad que se siga, se observa que, hasta un cierto punto de esta sucesión, los fines pueden ser tratados como medios en el sentido de que permitirán obtener o apuntar a la realización de otros fines más superiores: la preservación de la renta agrícola, objetivo de las organizaciones campesinas, se convierte también en uno de los medios de la política que trata de asegurar el mantenimiento del pleno empleo mediante la consolidación de la demanda solvente. El proceso se presenta de este modo como un simple esfuerzo de coherencia en el «montaje» de los dispositivos de intervención.

Sin embargo, la posibilidad de un cálculo semejante se difumina hasta evaporarse a medida que se va ascendiendo en la cadena de los fines, desde las metas limitadas y en cierto modo subordinadas, hasta llegar a los grandes principios capaces de inspirar y de animar

154. Nos hemos inspirado sobre estos problemas de un informe que presentamos en la Asamblea suiza de Ciencia Política (17 octubre 1959). *Le calcul rationnel dans la décision politique* (publicado por *Il Politico*, 1960, n.º 1).

a las acciones particulares. Ahora bien, nada permite considerar que estos principios puedan ser objeto de una elaboración científica. La afección de que dan muestras los hombres hacia el lugar en que habitan depende de múltiples factores: grandes ideologías morales o sociales, sentimientos religiosos, pero también papel de los elementos geográficos, peso de los intereses materiales y preocupaciones de grupos... Se puede criticar a este conjunto de valores o a un valor en concreto, pero no puede hacerse sino a partir de otras concepciones del mismo género, es decir, una moral, una ideología, una religión o una voluntad egoísta... «Una política, escribe Ed. Claparède, en cuanto es la expresión de un ideal... no debe ser discutida, ya que encierra un credo filosófico (social, moral, religioso o estético). Ahora bien, un credo no puede ser discutido, al no poderse demostrar matemáticamente. Es un Absoluto que cada uno acepta o rechaza según lo juzgue bueno o malo...».[155]

Vamos a examinar el problema desde otro punto de vista. No existe ningún procedimiento que sea enteramente objetivo, para especificar el contenido de cada una de las nociones de interés general o público. De una civilización a otra, de una categoría a otra, los hombres han comprendido y siguen interpretando de manera diferente los imperativos propios para regir la vida de la comunidad y constituir la escala de preferencias que permite medir el volumen de las acciones que se desean o que ya se han emprendido. Una sociedad corre el riesgo de desintegrarse si no posee una piedra de toque semejante, pero su determinación sigue siendo,

---

155. *Morale et politique ou les vacances de la probité.* Neuchatel, 1947, p. 21. En esta perspectiva, A. PHILIP llega a escribir: «La elección política proviene... de una voluntad por desbordar todos los intereses, todas las pasiones de un grupo en el nombre de una ética». Esta elección constituye «un juicio moral anterior y superior a toda realidad histórica». *Session d'études administratives, diplomatiques et économiques,* Rabat (1958) París, 1959, p. 24.

en el sentido verdadero de la expresión, de naturaleza convencional.

Por lo demás, no nos engañemos con las palabras. La noción de escala evoca un instrumento preciso de medición con el que las representaciones colectivas que gobiernan la política no tienen más que unas relaciones muy distantes. Así, se puede admitir fácilmente que, en una sociedad de tipo occidental, la protección de la renta campesina y la defensa de la salud pública figuran en lugar preferente cada una de ellas en la escala mencionada; mas si estos valores llegan a ser concurrentes ¿cómo elegir entre ellos, al no existir una aritmética de la vida social? Un ejemplo: el Estado guardián de la salud pública tal vez tenga motivos para promover una acción a fin de reducir el consumo de tabaco, pero actuando de esta forma comprometería inevitablemente los intereses de los plantadores. Es evidente que semejante selección no podría resultar de un proceso puramente objetivo. Al no existir una unidad que permita dar una expresión homogénea a preocupaciones diversas y eventualmente opuestas, lo que nosotros llamamos pomposamente «escala de valores» corre el riesgo de no desempeñar más que un limitado papel operatorio.

Cualquiera que sea el modo de establecimiento de esta escala y de la formulación de los valores superiores, parece muy difícil considerar el proceso como una operación técnica, a menos de comprometer el alcance de esta categoría mediante una extensión desmesurada, y, por decirlo en una palabra, ilegítima, de su empleo. El hecho de que el tecnócrata especifique los criterios de referencia, o los observe en lugar del político, no modifica nada la cuestión. La selección efectuada será quizá diferente y diferentes serán probablemente también los arbitrajes realizados, pero la naturaleza de la operación que permitiría hacer frente a estas responsabilidades no habrá cambiado de naturaleza.

El acto de tomar las decisiones, que tiende a ac-

tualizar las preocupaciones que hemos formulado, parece, por el contrario, ser el resultado de la noción de eficiencia. Y en principio está bien así, pero contrariamente a ciertas opiniones simplistas, no debería ser asimilado al cálculo del ingeniero cuando construye un puente. La resistencia de los materiales y la de los seres humanos constituyen nociones diferentes.

Situémonos en la posición más favorable a las pretensiones tecnocráticas. Supongamos a este respecto que, en un caso dado, el técnico se encuentra en condiciones de poder precisar completamente el haz de posibilidades desplegadas, así como de indicar las consecuencias de cada uno de los medios con posibilidades de ser empleado, lo que en el estado presente de los conocimientos es generalmente falso. Admitamos igualmente que se dispone del tiempo necesario para el cálculo, lo cual es una hipótesis optimista, si se considera que en muchas ocasiones el plazo disponible (de hecho o de derecho), para tomar una decisión, es inferior al que exigiría un análisis profundo (por ejemplo, una consulta de investigación operativa). Se puede considerar que en una coyuntura como ésta, el técnico estaría en condiciones de especificar la vía de la mayor eficiencia, pero a menos de descuidar el factor humano, no se podría postular que fuera conveniente, o simplemente posible, realizar sin modificación la transferencia de esta solución a la realidad.

La escala de valores puede también aquí intervenir para perturbar el dispositivo propuesto. Contrariamente a lo que algunos piensan, la elección de los medios no tiene un carácter exclusivamente técnico, pues se encuentra inevitablemente influida por elementos ideológicos, afectivos, morales, etc.[156] Cuando se señala una meta, es raro que solamente exista un camino disponible para alcanzarla; en muchos casos se podría

---

156. Punto perfectamente aclarado por Gunnar MYRDAL; *The political element in the development of economic theory,* Londres 1953 (especialmente el capítulo VII).

considerar la instauración de dispositivos de la misma coherencia, pero de distinto alcance social. Vayamos más lejos en nuestro razonamiento: un Estado puede verse obligado a renunciar a ciertos fines si le repugna el empleo de los medios que permitirían alcanzarlos. En otras palabras, salvo si admitimos brutalmente que el fin justifica los medios, el político debe conservar el control y orientar la utilización de los dispositivos propuestos por los técnicos (civiles y militares).

Por último, es indispensable tener en cuenta lo que los hombres están preparados, o resignados, a aceptar o soportar. La consideración de sus reacciones, inmediatas o posteriores, puede conducir al responsable a moderar el rigor del dispositivo previsto, así como a efectuar ciertas concesiones sobre las medidas preconizadas por el dictamen técnico. Los regímenes más autoritarios no han podido sustraerse a servidumbres de este tipo y, por otro lado, en nuestros países no existe ninguna cuestión que no sea capaz de imponer tales compromisos. Consideremos, por ejemplo, el problema de la circulación automovilística en una gran ciudad. Se puede pensar que el establecimiento en una calle de la «dirección única» proviene de un cálculo exclusivo de eficiencia (que puede ser realizado mediante la investigación operativa). Pero ¿se puede formular como regla intangible que la autoridad ha de ignorar por sistema las protestas de los comerciantes afectados por el sistema que se trata de imponer?

Si definimos la racionalidad como la elección de una acción correctamente adaptada al fin deseado, lo que a veces se prefiere denominar con el término de coherencia, algunos considerarán profundamente irracional aquella manera de proceder. De hecho, muchas decisiones políticas, de alcance nacional o internacional, parecen a simple vista que se han elaborado de una forma extraña, equívoca, o simplemente con extremada astucia. La situación puede corresponder bien a un error, bien a una capitulación incondicional ante

un interés irresistible. Suele ocurrir también que las anomalías o las inconsecuencias aparentes que han surgido, sean justamente los factores que han permitido la aceptación de la decisión y a la postre la realización del objetivo deseado. En semejante eventualidad se debe admitir que la racionalidad consiste precisamente en tener en cuenta estos factores imponderables (a veces fugitivos), estas reticencias y estas protestas. Digamos de nuevo que no se establece un presupuesto de la misma manera que se construye un puente, o, dicho de otro modo, la racionalidad política no se reduce a un simple cálculo de ingeniero.

Llegamos ahora al meollo de la demostración. La dirección de los asuntos de la comunidad no podría reducirse a una pura tecnicidad, al ser las relaciones sociales lo que realmente son. Contrariamente al juicio de J. Ellul, la resistencia de la política ante las pretensiones técnicas no es consecuencia de la mala voluntad de los políticos, sino de la naturaleza de las cosas. Explicaremos este punto de vista en cuatro proposiciones:

1. En política, la técnica es, y seguirá siendo, impotente para tomar a su cargo la totalidad de las acciones y de las opciones indispensables o útiles. Necesariamente hay cabida para una función que oriente los puntos de aplicación de la tecnicidad (escala de valores y selección de los criterios de interés general), que supla las lagunas e insuficiencias de las competencias especializadas (contradicción entre los técnicos, incapacidad de éstos para adoptar una posición sólida...) que haga la veces de árbitro entre los intereses particulares en lucha (sin disponer, por otra parte, de un instrumento de medición) y que modere los rigores técnicos teniendo en cuenta los obstáculos humanos, etc. Se puede justamente denominar «sentido político» o «sentido de la política» a la actitud para resolver estos problemas de una manera que, sin provocar insoportables tensiones sociales, permita alcanzar el fin deseado y que corresponda a los intereses

del país (tal como lo considera, en el momento preciso, el responsable final de la elección).[157]

Una facultad de este tipo parece capaz de ofrecer múltiples matices: el arte de disponer de los electores o de distribuir los votos en el momento de un debate parlamentario (la noción se reduce entonces a una capacidad de maniobra), pero también la aptitud para obtener el máximo de posibilidades y de ocasiones que permitan ordenar favorablemente una cuestión sobre el plano nacional o internacional. El sentido político parece, por consiguiente, capacitado para desempeñar su papel, en diversos grados y con consecuencias diferentes, desde la inspección de un parlamentario a su circunscripción, hasta la dirección de negociaciones con las potencias extranjeras. No existe ninguna máquina que sea tan flexible y comprensible para actuar de este modo.

2. Esta función se refiere a la totalidad de los factores del hombre: ideológicos, morales, religiosos, económicos, etc. Usando una expresión que pertenece a la cibernética, podríamos decir que se asemeja a la solución de «un proceso oscuro», es decir, de un problema cuyos elementos no son todos perfectamente conocidos. Todo el que rehúse considerar estos elementos en la preparación de la decisión corre el riesgo de obtener como resultado una calamidad (por ejemplo, los campesinos que en vez de someterse a la colectivización, matan a su ganado). A condición de que la apelación no produzca un empobrecimiento de su contenido, no tenemos nada importante que objetar al hecho de que se denomine «técnica» a la dirección general de los asuntos públicos. No obstante, como hemos visto ya, a propósito de la escala de valores, habrá quienes encuentren chocante la expresión y nosotros les aprobamos. Ciertamente la política comporta,

---

157. Para ver una concepción diferente de esta facultad consúltese el estudio de B. Croce, «Il senso politico», en su obrita *Elementi di politica,* Bari 1952, pp. 7-25.

en particular, el arte de utilizar las competencias y conocimientos disponibles (incluidos los que proporciona la ciencia política). Se puede también considerar su realización como la utilización de una serie de técnicas extremadamente variadas (superponiéndose, completándose, yuxtaponiéndose o finalmente acumulándose...). Pero parece altamente improbable que pueda reducirse en algún caso a un «proceso claro», de ahí la imposibilidad de reducirla a un conjunto de intervenciones técnicas.

3. En nuestras sociedades, esta función se encuentra asegurada generalmente por el político, en el sentido amplio del término. De ahí el paralelismo clásico entre el técnico y el político.[158] Mientras que éste ejerce un poder sobre el hombre, se liga a unos fines y considera la totalidad de un sector o de un problema, el técnico examina las cosas, se ocupa de los medios o se consagra a unos aspectos especializados. El político tendría en cuenta la opinión pública e incluiría en una ecuación algunos factores imponderables como son los sentimientos, los bríos, las tradiciones, los prejuicios... de los gobernados; el segundo, por su parte, parece gustar más de rodearse del secreto y esforzarse en dominar las dificultades intelectuales del problema. Este paralelo sigue siendo posible en sus grandes líneas, pero a condición de admitir que existen políticos con temperamento de técnicos y técnicos con comportamiento de políticos.[159]

---

158. Ver por ejemplo las ideas manifestadas por B. Russell a este respecto en *Sceptical essays* («The need for political scepticism») publicada por primera vez en 1935 (el capítulo indicado se encuentra en las pp. 89-100 de la edición «libro de bolsillo» hecha en 1960). Consúltese también Guarino (Giussepe), «Technici e politici nello stato contemporaneo», en *Scritti di diritto pubblico dell'economia e di diritto dell'energia*, Milán 1962, pp. 3-29, que señala perfectamente el carácter insustituible de la función de los políticos.

159. Sobre este problema, nos permitimos enviar al lector a un precedente estudio «Les techniciens et le pouvoir», *Revue française de science politique*, enero-marzo 1957. Ver también en Snyder (R. C.) y Wilson (H. H.) ed., *Roots of political behavior*, Nueva York 1949, el excelente estudio de N. Doman *The function of politician*, pp. 119-127.

4. La opción democracia-tecnocracia, tal como la hemos esbozado en este estudio, no trata de resolver nada sobre el mantenimiento o supresión de esta función, sino simplemente de discutir sobre la elección de su titular. Contrariamente a sus pretensiones, el técnico no dispone de poder para suprimir la política, pues aunque se empeñe en bautizar las cosas con otro nombre, no tiene la facultad de ignorarlas. El tecnócrata hará política, lo mismo en el caso de que inspire a los políticos (reduciéndolos a la condición de «marionetas») como en el caso de que los sustituya decididamente. Únicamente el experto, que se propone limitarse a especificar la situación o el problema, puede pretender este desligamiento y, con todo, no está completamente seguro de conseguirlo.

El tecnócrata, dueño de las palancas de mando, puede decidirse a ignorar, en todo o en parte, las consideraciones oscuras, y en particular las resistencias humanas. No cabe negar, sin tergiversar los hechos, el carácter profundamente político de esta posición, o incluso, en algunos casos, su inspiración exclusivamente partidista. Los hechos evidencian sin embargo que el tecnócrata puede adoptar una segunda dirección, esto es, una vez suplantado el político, proseguir las actitudes y las costumbres de éste. Sucede corrientemente que una vez instalado en el poder, el técnico y sobre todo el hombre de las ideas generales, de las visiones de conjunto, es decir, el *manager* que se considera apto para manejar a las masas, se convierte... en un simple político, que se hace acreedor de las críticas habituales.

Un análisis lógico de la gestión de los asuntos públicos confirma pues la imposibilidad de reducir la política a la técnica. Pero ¿no está modificando completamente el problema la cibernética?

3. — La corriente cibernética

Vamos a partir en nuestro estudio de lo que se denomina la máquina de gobernar. La expresión la lanzó por primera vez en Francia D. Dubarle. «Nosotros podemos soñar, ha escrito, con un tiempo en que la máquina de gobernar vendrá a suplir, para bien o para mal —¿quién sabe?— la insuficiencia patente hoy de las cabezas y de los aparatos tradicionales de la política.» [160] La máquina que adoptará el estilo del pensamiento probabilista indicaría, al menos entre ciertos límites, la decisión más favorable. Mediante la asimilación de los progresos humanos a los juegos estratégicos, la máquina «definiría entonces al Estado como el conductor más avisado respecto a cada plano particular y como el último coordinador supremo de todas las decisiones parciales». El autor señala, por lo tanto, la eclosión de un prodigioso leviatán político...

¿Nos encontramos ante una utopía o es cierto que un mecanismo de esta categoría se halla ya en funcionamiento? Oigamos lo que dice un periodista, del «oráculo electrónico»: serían las máquinas quienes tomaron la decisión de destituir al general Mac Arthur (abril de 1951) o, con más exactitud, el Presidente Truman habría actuado conforme al veredicto de los «cerebros mecánicos».[161] También se menciona la existencia de máquinas para valorar las situaciones militares y políticas. Aun admitiendo que todavía no nos encontramos ante la máquina de gobernar, Jacques Ellul no titubea en escribir: «Cada progreso realizado en el campo de las técnicas de encuesta, de administración y de organización reduce *ipso facto* el papel y el poder del político».[162] ¿Se reducirá, en el futuro, el

---

160. *Le Monde*, 28 de diciembre de 1948 (artículo parcialmente reproducido en Norbert Wiener, *Cybernétique et societé*, París 1952 pp. 256-258).
161. Junck (Robert), *Le futur a déjà commencé*, París 1953, pp. 225-235.
162. *Op. cit.*, p. 235.

gobierno de los hombres a una serie de formulaciones de ecuaciones?

Es preciso mencionar aquí la cibernética, en la que algunos ven, de forma bastante ambiciosa, la ciencia de la conducción de la acción, o aún mejor, de la eficacia de la acción. Exponer una visión completa de este tema sería rebasar los límites de nuestro estudio; por lo tanto, nos limitaremos simplemente a decir algunas palabras sobre las máquinas autogobernadas.[163]

El punto de arranque de esta consideración estriba en la noción de regulación automática, es decir, de oscilación espontánea en derredor de una referencia dada, o entre unos límites fijados precedentemente. Se define como «esclavizado» un sistema que se consagra al respeto de esta regularidad, siendo garantizada la constancia del efecto por la retroacción (en inglés *feed back*) de una parte de este efecto sobre la causa (principio del termostato). La técnica de los sistemas «esclavizados» aplicada al trabajo industrial se expresa por lo que se ha venido en llamar la automación. Pero muchos adeptos de la cibernética se proponen superar esta fase. Su ambición consiste en pasar de los fenómenos mecánicos a los fenómenos biológicos y sociales por la vía del método analógico (así, comparación entre las máquinas y el sistema nervioso). Un neurofísico inglés ha construido tres diminutas máquinas, que ha bautizado con el nombre de «tortugas», cuya función consiste en reproducir ciertos rasgos del comportamiento animal.

Sin embargo, han sido los logros sorprendentes de los ordenadores electrónicos los que han causado la impresión más viva. Estas máquinas han permitido realizar trabajos que no podían ser prácticamente ima-

163. Para una concepción moderada de este movimiento, ver GUILBAUD (G.) *La cybernétique*, París 1954 y COSSA (P.), *La cybernétique: du cerveau humain aux cerveaux artificiels*, París 1957. El lector que tenga interés por estos problemas podrá consultar las actas del *Premier Congrès International de cybernétique*, Namur, 26-29 junio 1958, París 1959.

ginados con la única ayuda de los procedimientos tradicionales. A partir de ahora, un ordenador puede absorber y resolver sistemas de ecuaciones lineales conteniendo en 250 incógnitas, 250 relaciones.[164] Estas realizaciones han conducido a algunos autores a mencionar ciertas analogías entre el espíritu humano y las máquinas. La categoría denominada con la expresión «máquinas de pensar» recibía a la sazón su acta de nacimiento...

Desde entonces, hemos asistido a la aparición de autómatas cada vez más numerosos, sin que sea siempre posible distinguir claramente la realidad de la ficción. La «máquina de traducir» que parece ha obtenido ya algunos resultados serios,[165] se alinea junto al «perceptron» de la Marina americana, que posee las facultades de reconocimiento selectivo propias del cerebro humano, a las máquinas de jugar a las damas o al ajedrez, y también al autómata presentado al Congreso de Namur como la «máquina que piensa y que habla...». En algunos medios se considera posible construir «máquinas de comportamiento motivado» que gozarían de una independencia total y de una existencia propia, poseyendo particularmente unas facultades de previsión más agudas que las del cerebro humano.[166] En consecuencia, no existe la posibilidad de asombrarse ante las profecías que se hacen de la mecanización de las decisiones políticas. Pero cabe preguntarse si consecuentemente habrá necesidad de decisiones: pues, «de igual modo que la máquina automática elimina al hombre, el cual ya no tiene más misión que controlar

---

164. Según Demarne (P.) y Rouqueroi (M.), *Les ordinateurs électroniques* París 1959 («Que sais-je?» n.º 832), p. 111. Ver también el tomo XX de la *Encyclopédie française*, «Le Monde en devenir» (3.ª parte) el estudio de Callies (J.) y Franklin (M.), «Les organes de 'mémoire' dans les machines de traitement des informations».

165. Ver Delaveney (Emile), *La machine à traduire*, París 1959 («Que sais-je?» n.º 834).

166. Se encontrarán numerosas informaciones sobre los diversos tipos de máquinas de la II sección de las Actas del Congreso de Namur.

y vigilar que ésta no se estropee, una organización en marcha funciona con el mínimo de decisiones», escribe Jacques Ellul.[167]

Ahora bien, ha llegado el momento de señalar que algunos sabios calificados denuncian, en muchas exposiciones cibernéticas, lo que el profano estaría tentado de señalar: la existencia de una cierta tendencia a la charlatanería. Nos limitaremos a mencionar las críticas que ha provocado la máquina de gobernar. Se ha afirmado la incapacidad de un aparato mecánico para plantear problemas y se ha señalado también que la naturaleza de las informaciones que da el ordenador depende de su alimentación previa de información. Así, el comportamiento efectivo de los «cerebros electrónicos» se encuentra, en realidad, condicionado por la propia voluntad del utilizador.

Pero esto no quiere decir, en modo alguno, que no pueda resultar algún peligro para el ciudadano. Un caso que en adelante entra dentro del terreno de las posibilidades es el de la creación en un país como Francia de un fichero nacional, compuesto de una serie de bandas magnéticas sobre las que se registrarían las características esenciales de todos sus habitantes. Se ve fácilmente las facilidades de acción que se deduciría de ello para un dictador (y también para una potencia ocupante...). Observemos, empero, que semejante peligro no aparecería más que por la previa abdicación de los ciudadanos, por una u otra causa. Por consiguiente, no debemos atribuir a la máquina la responsabilidad de una alienación que tendría su fuente en la apatía de los individuos implicados.[168]

Volvamos otra vez a la cuestión de la destitución

---

167. *Op. cit.*, p. 253.

168. Este punto ha sido expresado por un filósofo François MEYER en «Techniques cybernétiques et réalités sociales», *Pol. et tech.*, *op. cit.*, pp. 343-354. Ver también su comunicación sobre «La machine à gouverner», presentada al IX Congreso de las sociedades de filosofía de lengua francesa, *Etudes philosophiques*, 1957, n.º 3, pp. 378-381.

del general Mac Arthur. La lectura del capítulo que el Presidente Truman —prototipo de hombre político que ha sabido tomar decisiones capitales— le ha consagrado en sus memorías,[169] ofrece una versión muy diferente a la expuesta por R. Jungk. Aparecen aquí viejas nociones como la voluntad por asegurar la subordinación del militar al civil; en consecuencia, no sería absurdo pensar que la posición que se adoptó estuviese inspirada por esta voluntad, al menos tanto como por el veredicto del «oráculo electrónico». Se tiene idéntica impresión a propósito de la importancia que conserva el factor humano, cuando se lee un estudio que trata de la decisión adoptada por los Estados Unidos para intervenir en la guerra de Corea.[170] Sin embargo, nada permite afirmar *a priori*, que en igualdad de cerebros electrónicos, otra Administración hubiera escogido la misma vía...

Aquellos que pronostican, como es el caso de Jacques Ellul, la llegada «con gran rapidez» de la máquina de gobernar, concluyen por ignorar algunas cosas evidentes, incluso flagrantes; olvido que es fácilmente concebible en el nivel de periodista, pues su oficio le lleva a buscar la «sensación», pero que es mas difícilmente explicable en el plano del universitario. En principio, una de estas evidencias es la imperfección profunda de la teoría política, especialmente en el orden de las relaciones internacionales. ¿Cómo admitir que se pueda tratar mecánicamente un problema que ni siquiera los especialistas más preparados se encuentran en condiciones de recoger sus datos, y aún menos de ponderar sus variables? Y si a pesar de todo se intenta realizar la operación, ¿cómo suponer que el hombre de Estado responsable acepte ligarse incon-

---

169. *Mémoires*, II. *Années d'épreuve et d'espérance. L'affaire de Corée, 1950-1952*, París 1956 (capítulo IX, «Le rappel du général McArthur»).

170. SNYDER (Richard C.), PAIGE (Glenn D.), «The United States decision to resist agression in Korea: the applications of an analitical scheme», *Administrative science quarterly*, diciembre 1958, pp. 341-378.

dicionalmente a una opinión que le resultaría fácil demostrar su fragilidad...? Por supuesto, el perfeccionamiento de la teoría aumentará los casos de intervención de las máquinas, pero, a menos de reducir previamente a los hombres a un estado de *robot*, nadie podría postular la facultad de reducir a procesos cuantificables, y objetivamente verificables, la totalidad de los factores que pone en juego cualquier decisión política.

Existen ya algunos elementos más o menos importantes para la elección, que surgen del cálculo mecánico y cuyo número se puede afirmar, sin riesgo de error, irá creciendo. Ésta es, ciertamente, una de las vías por donde la tendencia tecnocrática puede infiltrarse en las tareas gubernamentales. Pero ninguno de los hechos de la civilización industrial obliga a aceptar la visión determinista de una absorción, de carácter electrónico, de la política por la técnica. Volvemos a tropezarnos de este modo con una de las ideas esenciales de este estudio: al sustituir el técnico al político, lo desee o no, se expone a la política, ya que se ve obligado a hacerla. He aquí un desquite del que la historia nos ofrece numerosos ejemplos.

4. — La «politización» de la técnica

El comportamiento normal de los funcionarios hace que esta situación, por otra parte, sea fácilmente previsible. No es posible, sin afrontar el ridículo, incluirlos a todos en la categoría de los tecnócratas, ni siquiera en la de los técnicos (bien porque el puesto no exige ninguna competencia particular, bien porque, por una u otra razón, el titular no posee, reconociéndolo así, la capacidad que se requiere). La criba es sin duda difícil de realizar, y tal vez imposible de establecer desde que se supera el plano de las categorías conceptuales para ir hacia la práctica. Según esto, estimo que cierto número de funcionarios participan en la elabo-

ración de la política y que varios están animados, en grados diversos, por tendencias tecnocráticas. Ahora bien, en este terreno, uno de los rasgos manifiestos de la situación radica en la realización, más o menos profunda, según los países, de una ósmosis entre el sector político y el sector administrativo. Consecuencia de este fenómeno es la introducción de preocupaciones políticas en el comportamiento de los agentes del Estado que, sin embargo, tratan de negarlo.

Esta ósmosis tiene un doble origen; en primer lugar, es consecuencia de lo que se podría denominar la intrusión de factores o juicios partidistas en las opciones administrativas. Los partidos poseen, es verdad, cierta responsabilidad en esta confusión de los papeles, pero tampoco los funcionarios están exentos de culpas a este respecto. Para valorar el alcance del fenómeno sería necesario emprender un estudio minucioso —que rebasaría el marco de esta obra— sobre los funcionarios y los partidos.[171]

Aparentemente, el tema se aleja de la tecnocracia acercándose a los modos usuales de intervención en la marcha de los asuntos públicos. Sin embargo, se produce el regreso desde el momento en que el móvil de la adhesión y la importancia que se concede al interesado están en relación con la calidad de agente público y, especialmente, de alto funcionario.

Entre las múltiples incidencias del problema, mencionemos la atracción que ejerce la carrera parlamentaria sobre los altos funcionarios. Señalemos también el peso, difícil de valorar, de los elementos partidistas, en la designación de los altos dirigentes (directores generales, generales, prefectos) y también de los *managers* de las empresas públicas. Mencionemos, por último, el papel que desempeñaron en la IV República ciertos funcionarios —probablemente valdría más decir

---

171. Problema sobre el que el estudio de R. CATHERINE, «La fonction publique» (en la obra colectiva *Partis politiques et classes sociales*, *op. cit.*, pp. 109-154), aporta ya muchos materiales útiles.

ciertos equipos— en el desencadenamiento de las crisis ministeriales. Cabe preguntarse si resulta totalmente inadecuado afirmar que tal o tal otro candidato a la Presidencia del Consejo pudo gozar de este modo de la simpatía activa de ciertos medios de la función pública (ya que tendríamos que pensar que estos medios estaban dispuestos a trabajar duramente en favor del ministerio existente antes de la elección). El análisis de la composición de los gabinetes ministeriales, y también de los famosos «satélites», nos abriría tal vez algunas perspectivas.

Pero esta confusión es también en gran parte consecuencia inevitable de las cargas que asumen los funcionarios, pues la aceptación de una responsabilidad directa en la decisión no deja ningún margen a este respecto. Un reciente estudio americano señala la necesidad, para el funcionario federal de carrera, de poseer unas cualidades de este orden *(political skill)*.[172]

Se comprende fácilmente este punto de vista si nos preguntamos en qué criterios se va a inspirar de hecho el técnico, en el caso de que tenga un poder expreso para mandar o, también, cuando se limita a influir en la decisión. Normalmente se estima que las consideraciones de eficacia desempeñarán un importantísimo papel, pero ocurre con frecuencia que el técnico se consagra a cálculos de oportunismo. Contrariamente a ciertos pronósticos, no parece que la realización de estos cálculos sea contraria al espíritu de la tecnocracia. La preponderancia del técnico no se extingue en el instante en que él mismo aprecia la importancia de las consideraciones de oportunidad (una de las formas de la elección puede ser ignorarla sistemáticamente). Parece poderse afirmar que el espíritu de la tecnocracia, en cierto sentido, consiste justamente en rehusar las modalidades dualistas de la evaluación (en el ex-

---

172. BERNSTEIN (M. H.), *The job of the federal executive,* Washington, D. C., 1958, pp. 56-62.

perto priman los considerandos técnicos, mientras que en el político se antepone la argumentación de oportunismo) que caracteriza a los regímenes de democracia representativa. En definitiva, no se trataría tanto de suprimir de la decisión tal factor en provecho de tal otro, sino de restituir a una única autoridad responsable de la apreciación, su fuerza o dignidad respectiva.

Si se afirma el carácter ineluctable de una ósmosis entre la política y la administración, se corre el riesgo de ofender a muchos altos funcionarios, de los que no todos, a pesar de las afirmaciones un tanto superficiales y no siempre desinteresadas, están en principio influidos por la ideología (o el virus...) tecnocrática. Se podría reconocer gustosamente que a veces son los desfallecimientos del aparato político, tanto en Francia como en otros países, lo que conduce e incluso obliga a los agentes del Estado a usurpar las funciones de los ministros o asambleas parlamentarias *(supra)*. En todo caso, dudamos en escribir que esta sustitución no sea generalmente deseada por los beneficiarios en razón de la posición poco cómoda en que quedarían situados. A cierto nivel, la búsqueda del poder es un móvil de gran alcance. Pero nuestro propósito actual consiste en analizar las manifestaciones de la tecnocracia y no las causas que las provocan. Desde este punto de vista no hay más remedio que denunciar las ilusiones del apoliticismo (que, por otra parte, en algunos es pura táctica).

Esta posición ha sido expuesta con gran claridad por F. Bloch-Laine en un informe (todavía inédito para nosotros). «La Administración, incluso la que se halla más cara al público, tiene unas implicaciones políticas. Los altos funcionarios que intervienen profundamente en dominios cada vez más diversos sobre todo en materia económica y social) no pueden ya, sin faltar a su deber o pecar de hipócritas, pretender no "hacer política". Pero pertenece todavía a los ministros tomar las decisiones políticas más importantes y trazar las líneas políticas generales a las que deben conformarse

los actos administrativos». La fórmula nos satisfaría plenamente si el autor aceptase sustituir la palabra «pertenece» por la expresión «debería pertenecer», porque es justamente en esta incapacidad del hombre político para cumplir sus tareas en donde se encuentra la explicación y también, digámoslo claramente, la justificación moral, en muchos casos, de la tecnocracia.

A fin de cuentas, cualquiera que penetre en la esfera gubernamental o al menos se halle en contacto con ella, no podría evitar hacer política. El técnico, al transformarse en tecnócrata, se convierte en un «político». ¿Se halla bien preparado para esta contingencia? Ciertamente, no le resulta siempre posible adquirir una experiencia semejante de manera suficiente y satisfactoria. El oficio de gobernante es uno de los más complejos que puedan existir, uno de aquellos en que es más difícil improvisar (de ahí la importancia del *cursus honorum* que hace pasar al postulante de un mandato de amplitud local a un puesto de importancia nacional...). El hecho de considerar que los éxitos que se han conseguido fuera de la política garantizan también el triunfo en este dominio es una ilusión grave que, sin embargo, no cesa de renacer una y otra vez. Por ejemplo, no nos cansaremos de enumerar a los militares que, después de haber sido brillantes jefes en el ejército, se han revelado como unos ineptos, por no decir algo peor, una vez que se han enfrentado con las realidades políticas. Como ha dicho N. Doman: «Si un hombre sabe todo de una materia, puede ser un brillante experto, pero corre el riesgo de llegar a un fracaso completo en política. Por el contrario, si conoce un poco de todo, resultará un experto lamentable, pero podría ser, quizás, un buen político».[173]

Sin necesidad de tomar otros ejemplos, podemos examinar el caso de Vichy, que nos señala que su his-

---

173. *Op. cit.*, p. 127.

toria está repleta de los incidentes de técnicos excelentes (incluso almirantes) que deseando más o menos inconscientemente ser considerados como tecnócratas, se manifestaron totalmente desprovistos del sentido de las realidades políticas. Consecuencia de ello, a la postre, fue en muchos casos la adopción de algunas decisiones útiles para una causa que, al menos algunos de ellos, reprobaban en principio. La política es una profesión seria (o que debería ser considerada como tal) y en la que los aficionados, incluso los mejor intencionados, tienen tendencia a prostituirse. Mencionemos las observaciones de Moulin de Labarthète: «...Un simple cartero rural, un pequeño propietario territorial, saben a veces mucho más de las necesidades verdaderas del país que el más sabio de los directores generales de un ministerio... La experiencia política no se aprende en los sillones de los consejos de administración... exige cierta raigambre en el país, soportar el fuego de andanadas, sufrir los aguijonazos de la crítica y el soplo vivificante de la lontananza, con el cual las oligarquías y sinarquías nacidas a la pálida luz de una capilla o de un edificio, no sabrán jamás henchir su velamen».[174]

Naturalmente, puede haber sus excepciones, a veces especialmente brillantes. Existen técnicos que en realidad tienen temperamento de hombres políticos, y así, llamados al poder en circunstancias diversas, se revelan capaces de dirigir su juego. En sentido inverso, algunos parlamentarios vegetan como consecuencia de un comportamiento que se orienta hacia la exposición y la argumentación técnica. Estos hombres se encuentran mal equipados para desempeñar un papel importante en las Asambleas.

Concluyamos al fin: a pesar de lo que se haga o diga,

---

174. *Le temps des illusions*, Ginebra 1946, p. 368. Compárese con la clara afirmación de E. ANTONELLI, «El gobierno de los funcionarios es el signo más cierto y el más significativo de la decadencia de las democracias», *Nouvelles études d'économie humaniste, op. cit.*, p. 35.

existe en provecho del político de oficio o del que lo remplaza, un margen de juicio autónomo en relación con la tecnicidad. No cometamos la ingenuidad de considerar que aquél hace de ésta siempre el mejor uso. Es una brecha por la cual todo puede pasar, lo mejor y lo peor, o lo que es lo mismo, desde la utilización, para fines personales o partidistas, de las funciones que se ejercen, hasta la acción de tomar decisiones que a pesar de que reposen sobre la intuición o la imaginación, no dejarán de tener, probablemente, menos consecuencias felices sobre el desarrollo del país. La experiencia que tenemos ya de los técnicos en el poder no autoriza, en modo alguno, a decir que se muestran, por término medio, superiores a los profesionales de la política.

AUDIENCIA DE LA IDEOLOGIA TECNOCRATICA

De creer a F. Vito en su informe presentado al Congreso de París, en Italia no existe una preferencia popular manifiesta hacia los técnicos y, en particular, hacia los ministros que desempeñan su función en un sector técnico. A excepción de presiones de tipo antiparlamentario (como, por ejemplo, el «cualquierismo»),* la opinión pública es partidaria de conceder una prioridad a los hombres y a las decisiones políticas; en todo caso, se desearía también que el aspecto instrumental de la técnica se utilizara de una forma más conveniente. Existen algunas corrientes que reivindican, es cierto, una extensión del sector público, en cuya gestión, como es sabido, los técnicos ocupan un lugar preferente. Pero no se debe olvidar que el nombramiento

* Movimiento político italiano que de hecho combate la política en nombre del «uomo qualunque», del hombre «cualquiera» de la calle. *(N. del T.)*

de los dirigentes de las empresas de este sector continúa en manos de los hombres políticos.[175]

En realidad, existen muy pocos estudios sistemáticos sobre la audiencia de esta ideología. Por consiguiente, la prudencia nos obliga a acoger con reserva las respuestas, de ordinario apresuradas y confusas, que dan en los sondeos de opinión los ciudadanos normales, pero hay que tener presente que aquellas pueden responder a una situación pasajera, aparte de que no se conocen bien los datos del problema.

Según Nora Mitrani, de la que se ha tenido ocasión de citar sus principales estudios, la ideología tecnocrática ha engendrado rápidamente una mentalidad tecnoburocrática. Esta extensión acelerada, en públicos diversos, de los símbolos y conceptos de la tecnocracia vendría acompañada, según un proceso clásico, por una debilitación de la ideología. No obstante, carecemos aún de datos para apoyar y, en su caso, precisar estas consideraciones.

La encuesta de exploración realizada por Nora Mitrani ha tenido en cuenta dos categorías de personas: los diplomados de las grandes escuelas de ingenieros (Politécnica, Minas y Central) y los titulares de una formación jurídico-económica (Derecho, Ciencias políticas, Escuela Nacional de Administración). Varios de los puntos que fueron tratados en las interviús, conciernen directamente a nuestro tema. He aquí una de las comprobaciones más importantes: el carácter favorable de las reacciones que suscitó entre la mayoría de los interrogados la idea del poder tecnoburocrático. «Si el desinterés hacia la política fuese verdadero, se habría manifestado con una hostilidad sistemática ante toda tendencia tecnocrática. Ahora bien, esta hostilidad no existe, sino todo lo contrario». Entre los ingenieros se observa «el apetito del poder junto con el sentimiento amargo de la imposibilidad ac-

175. *Op. cit.* principalmente pp. 270-272.

tual de llegar a él: contradicción... hecha a la medida de las frustraciones tecnoburocráticas».[176]

Los resultados que se consiguieron de esta forma no han sido merecedores de un asentimiento unánime. «Aunque sean impresionantes las encuestas elaboradas en Francia por Nora Mitrani... no nos convencen», declara R. Gregoire.[177] Los titubeos son aún mayores cuando se trata de deducir el sentimiento general del público en estas materias. A falta de encuestas apropiadas nos limitaremos aquí a formular algunas sugerencias.

Se puede conceder cierto crédito a la opinión que afirma que la crítica del político (venalidad, incompetencia, sumisión a los intereses privados) constituye el aspecto más popular y el más generalmente admitido de esta mentalidad tecnocrática. No obstante, hay un punto que debe ser precisado: esta acusación ¿distingue entre el medio político y el círculo administrativo? La cólera que se manifiesta a menudo contra parlamentarios y ministros ¿no se extiende también a los altos funcionarios? El estudio de los temas de la propaganda adoptada por muchos grupos de presión con clientela masiva (pequeñas y medias empresas, *poujadismo*, campesinos...) revela una hostilidad sistemática que se dirige hacia los elementos superiores de la función pública, a los que se acusa de una incomprensión profunda hacia las fuerzas vivas del país. Las reacciones de los grandes negocios, sindicatos profe-

---

176. «*Attitudes et symboles techno-bureaucratiques*», *op. cit.*, p. 165. En un interesante estudio «Vocabulaire de la France», *Esprit*, diciembre de 1957, Louis Bodin y Jean-Michel Royer han intentado deducir, en particular, algunas fórmulas típicas de la mentalidad tecnocrática (pp. 674-678). Una de las más claras es la debida a Maurice Laure: «Sin dejar de considerar como conveniente y realizable el mantenimiento de nuestro régimen democrático... me siento inclinado a reconocer que el poder de renovar inicialmente nuestra organización y nuestras leyes debe ser confiado a un solo hombre o a un pequeño grupo de hombres». Se puede consultar para la comparación de actitudes análogas en la Alemania de Bonn la obra de Hartmann (Heinz), *Authority and organization in German management*, Princeton 1959, especialmente pp. 228-234.

177. En su informe general en el Congreso de París, *op. cit.*, p. 37. N. Grégoire critica la limitación del muestreo que utiliza N. Mitrani.

sionales y medios financieros están evidentemente más matizadas. Sin embargo, la existencia de lazos de origen social entre estos sectores y los altos funcionarios no impide, en absoluto, a los primeros consagrarse con frecuencia a una crítica discreta de los segundos (que no dejan de devolvérsela). Digamos una vez más que es peligroso, en el plano científico, postular la unidad de los puntos de vista de las categorías dirigentes. El observador que aborda su estudio sin opinión preconcebida se percata en seguida de la fragmentación de esta categoría, que llega incluso hasta la formación de «castas» cuando no de «maffias», en cuya constitución la identidad de formación intelectual parece desempeñar un gran papel.

Nos encontramos, pues, en presencia de una amplia crítica de los servicios de la Administración pública. La imputación de «papeleos» y de formalismo absurdo ocupa un lugar destacado en esta crítica (según algunos, se trataría de una compensación sicológica merced al apabullamiento que la burocracia produce en el ciudadano: se trataría de ridiculizar así a aquellos a quienes se tiene la obligación de obedecer...). En muchos casos, la acusación de venalidad se extiende a la función pública. Estos reproches provienen de las capas sociales populares cuyos dirigentes van a veces hasta a denunciar expresamente las tendencias tecnocráticas de las altas jerarquías. Tales motivos de queja emanan también de medios favorables a la ideología tecnocrática, los cuales disocian la tecnocracia de la función pública, exaltando la primera en detrimento de la segunda.[178]

---

178. Leamos, por ejemplo, A. FRISCH (*op. cit.*, pp. 60-61), que se alinea junto a los que establecen una profunda separación entre tecnocracia y burocracia: «La mentalidad del funcionario es absolutamente extraña a la tecnocracia. Implica un máximum de irresponsabilidad, de pasividad, de subordinación... El reino de los tecnócratas... se basará, eventualmente pero no necesariamente, en el aparato burocrático, pero no será nunca, ni en sus concepciones ni en sus repercusiones, una institución burocrática según las prácticas usuales en nuestra época... La tecnocracia se instituye como un desafío saludable ante la burocracia».

A este ataque contra la Administración, de inspiración varia, se añade o se superpone la crítica de la atmósfera política (igualmente de significación diversa, pero en la que participan los elementos de la función pública afectados por la mentalidad tecnocrática). Situación compleja y confusa, cuyos participantes denuncian los mismos fenómenos anteriores, aunque a partir de concepciones diferentes y cuya censura algunos de ellos la formulan, pero también la reciben. Dentro de un caso de este tipo no es raro que las fuerzas existentes converjan en una posición únicamente negativa. En la espera, la crítica, brutal o matizada del aparato gubernamental en su conjunto, es capaz de provocar a mayor o menor plazo un debilitamiento del hombre político. De este modo, podemos señalar que fuerzas de orientación no tecnocrática (Poujade, por ejemplo...) habrían contribuido finalmente, por la desvalorización de la política, a un reforzamiento de las posiciones tecnocráticas (es más fácil «echar» a los diputados que a los funcionarios, aunque unos y otros sean objeto de un mismo proceso).

En la situación actual, esta tendencia a la demolición parece ser claramente uno de los rasgos principales de la ideología tecnocrática. Tendencia que desemboca en la idea de que todo lo que está en relación con la gestión de los asuntos públicos está «podrido». Así mismo afirma que el ciudadano se encuentra explotado y oprimido por una oligarquía egoísta e incompetente y que, por consiguiente, se halla autorizado para exigir del poder el máximo, consintiendo el mínimo. Una vez más, es posible destacar en la vida pública de los diversos países algunos elementos que parecen corroborar tales observaciones, pero lo que es criticable es la voluntad de generalización.

Las consecuencias de la situación son evidentes: decadencia del espíritu cívico, debilidad de la participación en la vida política durante las situaciones normales y propensión a la indiferencia en presencia de una rebelión o amenaza suspendida sobre el régimen

establecido. Ciertamente, la ideología tecnocrática no podría asumir sola la responsabilidad de estas actitudes, algunas de las cuales, por otra parte, no tienen nada propio de nuestra época. No obstante, sería muy discutible declarar que no las ha alimentado y reforzado. La apatía del ciudadano deja evidentemente mucho margen a los diversos grupos de políticos para que se disputen el poder. Permite también la expansión de las tendencias tecnocráticas y facilita con frecuencia la aparición de los regímenes militares.

La ideología corre de esta manera el riesgo de profundizar la remoción del hombre político y de debilitar la voluntad de resistencia del ciudadano ante las pretensiones de los técnicos, pero este reforzamiento ofrece en sí mismo un cuadro privilegiado para una nueva expansión de la ideología. Este proceso, que aminora la solidez del orden democrático, ¿está destinado a continuar produciendo un gran perjuicio a las ideas o modos de gobierno democrático o, sería posible destruir el ciclo de forma decisiva?

CONCLUSIÓN

Las conclusiones de este trabajo resultan fáciles de formular. Pero volvamos, antes, a considerar otra vez un punto importante. El advenimiento de la civilización industrial no provoca en modo alguno la desaparición, ni siquiera el aminoramiento, de la función política en las sociedades humanas. La tesis de la absorción inevitable de la política a cargo de la técnica no se puede sostener en honor a la verdad. Los sabios más competentes no cesan de afirmar la imposibilidad de una mecanización total de las decisiones. Admitamos, sin embargo, que el campo de intervención de los ordenadores electrónicos se está desarrollando; el riesgo, el único riesgo, que se corre sería el hecho de que el ciudadano pueda llegar a ser esclavo de los que alimentaron estas máquinas con datos y explotaron después los resultados.

En otras palabras, existirá siempre un sector de relaciones políticas. Ahora bien, el punto que conviene averiguar radica en saber quién animará y controlará el sector mencionado y con qué rigor. Desde ahora se perfila una perspectiva para un largo período: la aparición de nuevos soberanos cuya autoridad reposará sobre un poder fundado en la competencia y no en cualquier delegación popular. En esta perspectiva, los gobernantes de tipo tradicional, o bien podrían ser eliminados, o bien mantenidos en medio de la escena, pero con unas atribuciones puramente nominales (en cuyo caso, no es seguro que el ciudadano se diese perfecta cuenta de las transformaciones que se realizaban).

Hemos analizado ampliamente en este estudio el mecanismo de la transformación. El punto de partida se encontraba en la expansión dentro del sistema gubernamental de la actitud tecnológica (cálculo de la eficiencia) y de la gestión burocratizada de los grandes complejos. El frenar sistemáticamente este movimiento tendría unas consecuencias molestas para el bienestar colectivo. A excepción de las situaciones de privilegio, que se adquieren bajo el ropaje de una eficacia técnica por los profesionales, la consolidación de estas tendencias parece, al mismo tiempo, conveniente e inevitable (intento más profundo de coordinación de los diversos servicios responsables de la acción del Estado, mejora y utilización más intensa de los métodos de previsión, etc.). Por otra parte, el movimiento se desarrollará por sí mismo (automatización). Ahora bien, en contrapartida de las ventajas que se han adquirido podemos señalar que estas transformaciones han reforzado el papel propio de los técnicos (gobierno por la técnica) al mismo tiempo que están acompañadas de un desarrollo de la ideología tecnocrática (legitimación de este modo de gobierno).

Consecuencia de esto es un debilitamiento de la democracia, cuya causa no es tanto una conspiración articulada, cuanto la consecuencia del empuje progresivo de fuerzas a las que se dispensa de toda responsabilidad política, es decir, en última instancia del juicio del desinterés del ciudadano por lo que hace a la vida pública, y así, el esfuerzo que la consagra es a todas luces muy mediocre. La debilidad de esta participación, que posee unas raíces muy profundas en la evolución de nuestras sociedades, encuentra un nuevo argumento, pero que no debe considerarse el único, en el desarrollo tecnocrático.

Algunos tecnócratas protestarán, sin duda, contra esta opinión, afirmando su preocupación por salvaguardar la fórmula democrática, mediante su renovación con el llamamiento a las «competencias». A. Frisch, que ve en la tecnocracia la posibilidad de curar a nues-

tra sociedad, declara indispensable y cree posible proteger a la tecnocracia de la «tentación antidemocrática». La integración del tecnócrata en un conjunto «fundado democráticamente», sigue siendo concebible: «La cuestión es elevarle, en cierta medida, hasta una institución públicamente reconocida; esta decisión destruirá automáticamente su presencia oculta y le obligará a trabajar tan visiblemente como le permita la complejidad de nuestros mecanismos modernos».[179]

Estas fórmulas, complemento de diversas proposiciones de orden institucional, continúan siendo poco convincentes.[180] Parece difícil organizar un equilibrio y, con mayor motivo aún, una conciliación entre el poder del hombre político que se basa en la elección y el del técnico que proviene de la competencia (lo que puede no ser más que una «simulación»). Por razones evidentes, el político no puede pensar ya en desbancar al técnico, pero la recíproca tampoco es cierta. La pretensión hacia una tecnocracia de inspiración democrática, cuando es de buena fe, parece provenir de una debilidad del análisis.

Hoy día, el riesgo de una infiltración tecnocrática se encuentra reforzado por el perfeccionamiento de las técnicas que apuntan a actuar sobre los entendimientos y a domesticar las voluntades sin recurrir a la violencia ni incluso a la sujeción moral abierta. Al ritmo de los progresos del análisis sicológico, el ciudadano corre el peligro de sufrir cada vez más intensamente la acción del «ingeniero de almas». Añadamos en este cuadro, ya recargado (cuya significación está probablemente velada por la influencia actual de las fuerzas armadas y de las instalaciones militares), las perspectivas de la cibernética. Ésta, sin poseer las virtualidades sobrecogedoras mencionadas por algunos de sus

---

179. *Op. cit.*, capítulo XIII *passim*.

180. La obra de DUBOIS-RICHARD (P.), *Le régime directorial. Recherche d'un nouvel équilibre des institutions constitutionnelles*, París 1957, no se vincula más que indirecta y parcialmente al tema tratado en este estudio.

adeptos, parece capaz de aportar una contribución apreciable en el «condicionamiento» del ser humano. La democracia y la libertad, sintetizadas en el ciudadano, ¿tienen algún porvenir?

* * *

La adhesión a los valores democráticos sigue siendo, ante todo, una cuestión de afección moral. No se podría demostrar esta adhesión como se demuestra un teorema de geometría o se establece la conformidad con los hechos de una proposición sociológica. En esta perspectiva la repulsa de la tecnocracia implica esencialmente un compromiso espiritual, del cual no nos ocuparemos lógicamente aquí, ni tratándolo de explicar, ni menos aún de motivar. Tenemos necesidad de escribir que esta actitud puede realizarse con un conocimiento, eventualmente muy preciso, de los vicios graves de la política corriente y de los defectos serios de ciertos hombres públicos...

El estudio de unos y otros, por ejemplo, a través de un debate parlamentario sobre el alcoholismo, puede conducir por supuesto a un desaliento temporal. Sobre un plano diferente, nos ayudaría a comprender, cuando no a aprobar, a aquellos que se afirman partidarios de cambios profundos. Pero, en definitiva, serán muchos en nuestros países los que rehusarán formular una crítica del principio democrático, de las faltas y de los abusos que se cometen en su nombre.

Sin embargo, la existencia de regímenes con una base ideológica diferente, ¿no ha de conducirnos a reconsiderar el problema? Unos (aquellos que están organizados sobre la preeminencia de la autoridad) parecen, dentro de la gran competición de nuestro siglo, superar materialmente a los otros (aquellos que se preocupan de las reacciones de los gobernados).

Por supuesto, no se debe ni insinuar que el recurso a fórmulas autoritarias produce necesariamente al pueblo que las sufre la mayor eficacia. Durante la segunda

guerra mundial, la movilización económica de la Gran Bretaña (en particular la utilización de la mano de obra femenina) fue más profunda y productiva que la de Alemania. Pero en el primero de estos países, la conciencia del peligro nacional provocó la convergencia espontánea de los objetivos. En las situaciones normales, en que cesa la unión de las personas, la democracia no satisface más que parcialmente la inquietud hacia la mayor eficacia posible. La comparación de los Estados Unidos y la U.R.S.S. desde el fin de la segunda guerra mundial no parece autorizar apenas que se formulen dudas a este respecto. El técnico comete, sin duda, errores múltiples y a veces considerables, ¿pero no los compensa con mayor continuidad, mayor rigor y mayor perspectiva hacia las contingencias humanas?

Los éxitos soviéticos se explican sin duda por la inmensidad de los recursos disponibles y por las ventajas que le ha valido al régimen comunista la existencia de países altamente industrializados, capaces de suministrarle, a veces contra su voluntad, modelos técnicos de gran valor. Se deben también, estos éxitos, a la inflexibilidad de la dirección política (burócratas del partido) que al mismo tiempo que domina a los técnicos, sostiene su punto de vista y da satisfacción a sus demandas. En un artículo escrito para la Unesco, un especialista soviético insiste en la participación de las masas en la gestión del Estado, pero el estudio de este fenómeno está precedido de una declaración que enuncia que «todas las cuestiones esenciales... serán resultas conforme a las directrices del Partido».[181]

Nuestros gobernantes, aunque lo deseen, no podrían obtener tales prerrogativas. Por consiguiente, la tecno-

181. A. Iojrych en el número ya citado del *Bulletin international des sciences sociales* sobre «Le rôle de l'Executif dans l'Etat moderne», p. 273. Emile Servan-Schreiber *(op. cit.)* a pesar de demostrar cierta simpatía hacia la experiencia que se está desarrollando, declara que la divisa de los soviéticos debería ser: «Autoridad, tecnicidad y productividad».

cracia, a pesar de las insuficiencias propias, ¿no es el factor que impide, por otra parte, muy imperfectamente, que se agrave el desequilibrio? ¿No representa la fórmula, en su estado actual de aplicación, el temple que permite desarraigar en el ciudadano esfuerzos y sacrificios que le repugnaría realizar por su propia voluntad y el dique que permite contener las presiones egoístas de los grupos? ¿No es, en definitiva, la aceptación de las tendencias tecnocráticas el único medio disponible para evitar la agravación de la situación presente?

Nadie podría responder con una serenidad total a semejante pregunta. Sus términos se sitúan más allá de la observación positiva de los fenómenos políticos; más bien afectan a la filosofía y mejor aún a la moral. Admitamos que se zanje la cuestión en favor de los ideales de la democracia. La ciencia política vuelve entonces a obtener sus derechos para examinar si la tendencia tecnocrática puede ser, si no desarraigada completamente, al menos mantenida en sus límites actuales de organización.

En esta perspectiva frecuentemente se proponen como remedios algunas nociones vagas y confusas, como la necesidad de un retorno a los viejos valores de la civilización occidental (contemplación, arte de vivir, sentimiento de piedad por oposición al afán exclusivo de la productividad material...) Éstos son, por una parte, cuentos de hadas, entrando en la categoría de las historias que los hombres gustan contarse unos a otros para olvidar los peligros que les amenazan (de igual manera que desean un *happy end* en las películas...). De hecho, no se debería exorcizar las consecuencias políticas de la tecnicidad mediante plegarias o el empleo de fórmulas sagradas. La civilización industrial, salvo en el caso de una catástrofe planetaria, es una situación irreversible.

Si se desea poner fin a la «erosión» lenta, pero ineluctable de los poderes del político en provecho del técnico, conviene buscar las medidas pertinentes en

el sector de las actitudes y de los dispositivos políticos. ¿Existe alguna posibilidad razonable de éxito?

* * *

Es imposible proceder a un análisis profundo de este problema, que exigiría un estudio particular. Nos limitaremos a presentar aquí algunas sugerencias, entre tantas otras como se podrían hacer y sin disimular un cierto pesimismo en cuanto a sus consecuencias previsibles. No olvidemos, por lo demás, que no es únicamente el técnico el que amenaza la autonomía del hombre político. Podríamos afirmar, saliéndonos del marco de este estudio, que el «bouilleur de cru» * y el pequeño comerciante ejercen también una cierta influencia sobre las decisiones. Dicho de otro modo, librándose del riesgo tecnocrático, la democracia no se habría liberado necesariamente de todos los peligros que la acechan.

Para contener el empuje de la técnica se puede, en primer lugar, intentar una intervención desde arriba, estableciendo por ejemplo un dispositivo que refuerce la posición del poder político frente a la Administración, y le permita disciplinar a los técnicos civiles y militares. Nos hallamos ante el difícil problema del control de los servicios públicos por las autoridades políticas, que se ha discutido mucho, sobre todo, en los Estados Unidos. Por un lado, hay quien ha estimado que la solución sigue siendo organizar la responsabilidad de los funcionarios frente a los hombres políticos designados por el cuerpo electoral, o si se prefiere, reforzar la obligación de los primeros para rendir cuentas de sus actividades a los segundos. Existe otra

---

* Los «bouilleurs de cru» son una clase de propietarios que destilan sus propios productos y que durante la IV República francesa se erigieron en un fuerte grupo de presión, célebre por su violencia en las cámaras *(N. del T.)*

corriente que considera que semejante control seguirá siendo forzosamente imperfecto y, en consecuencia, propone fundar la responsabilidad de los agentes del Estado basándose en una especie de código profesional. Así, los funcionarios estarían obligados a seguir las prescripciones de este código, bajo la vigilancia de sus colegas.[182]

En Gran Bretaña, se han formulado soluciones como la que se basa en la división de los grandes departamentos ministeriales en unidades más fáciles de dirigir (multiplicación que complicaría la coordinación interministerial). Por otra parte, se ha tratado de aligerar un poco la tarea de los ministros creando una categoría de colaboradores de diversos tipos, principalmente lo que se ha denominado *Junior Ministers* (pero el ministro que conserva la responsabilidad total de su departamento probablemente titubearía en consentir algunas delegaciones substanciales).

En definitiva, sigue existiendo el problema y, es claro, que la enormidad de la extensión de varios Estados contemporáneos, como también el desarrollo de las funciones económicas y sociales que fomentan las autoridades, hace difícil el hallazgo de una solución correcta. Este problema es tanto más difícil de resolver, cuanto que se analiza desde una especie de contradicción o, al menos, de oposición: la necesidad de asociar los técnicos a la gestión de los asuntos públicos y la necesidad de separar las funciones técnicas y políticas, subordinando las primeras a las últimas. R. Gregoire propone para resolverlo una división ver-

---

182. Sobre la primera corriente, ver HYNEMAN (Charles S.), *Bureaucracy in a democracy*, Nueva York 1950 y FINER (Herman), «Administrative responsibility in a democratic government», *Public administration review*, vol. I, verano 1941, pp. 335-350. Sobre el segundo ver FRIEDRICH (Carl J.) «Responsible government service under the American Constitution» en la obra colectiva *Problems of the American public service*, Nueva York 1935, pp. 36-37, y MONYPENNY (Philip), «A code of ethics as a mean of controlling administrative conduct», *Public administrative review*, vol. XIII, verano, 1953, pp. 184-187.

dadera del poder de decisión, que implicaría un descargo principalmente del cuidado de las decisiones menores de los responsables políticos al técnico. Entre las dificultades que surgirían de esta división mencionemos el hecho de la dificultad de establecer una jerarquía a priori de las decisiones, desde la perspectiva de su importancia política respectiva.

Pero el problema de las relaciones entre la política y la técnica continúa estando marcado, en su base, por la actitud del ciudadano. Frente al técnico que se apoya en su competencia y a veces se emborracha con ella hasta el punto de olvidar los límites que la delimitan, el hombre político no tendrá como punto de apoyo, en muchos casos, más que el concurso de los miembros de la comunidad o, si se prefiere, la adhesión de la opinión pública. Ahora bien, todas las encuestas realizadas en numerosos países occidentales establecen, como hemos visto, que en general existe un interés realmente escaso en la marcha corriente de la política, la cual tiende a convertirse en una actividad enteramente profesionalizada.

En Francia, en la época reciente, algunas altas jerarquías han aconsejado a los ciudadanos hacer menos política, pues, según ellos, el exceso en este dominio desemboca en situaciones molestas. Esta posición se reduce a confundir la agitación, a veces frenética, de los partidos con la extraña pasividad de sus electores. En realidad, si se es partidario de un sistema democrático de gobierno, que en la práctica presentará siempre algunas desviaciones en relación con el modelo ideal, convendría dar más bien el consejo contrario.

Sin embargo, no es seguro que el consejo fuese seguido. Nos encontramos en un terreno donde la obligación no podría apenas tener sentido, a excepción de la institución del voto obligatorio que tropieza, por otro lado, con objeciones de peso. Sobre este punto, hay poco que decir sino recordar la afirmación de Montesquieu de que el principio o la esencia de la democracia

consiste en la virtud del ciudadano o, en términos más actuales, en el sentido cívico.[183]

Recordando esta evidencia, aparece inmediatamente el problema de la educación. No se hará nada sólido si no reposa sobre esta base. En particular, el ciudadano debería saber que, bajo un régimen democrático, los sarcasmos con los que se abruma a los políticos constituyen ciertamente un ataque contra su propia libertad. Se deplore o no, sigue siendo imposible proteger la fórmula democrática sin sostener a los partidos; las críticas sistemáticas que se hacen del «partidismo» o de la «partidocracia» no tienen suficientemente en cuenta, en mi opinión, este hecho. Confesemos, empero, que en muchos países el espectáculo de las costumbres y de los usos de la política no es propio para facilitar esta tentativa de persuasión. El personal gubernamental con frecuencia tiene su parte de culpa en el desinterés del ciudadano hacia los asuntos públicos.

* * *

A fin de cuentas, las posibilidades de acción se presentan limitadas. Por supuesto, diversos autores han preconizado algunas modificaciones institucionales capaces de modificar el comportamiento político. Así E. Antonelli ha establecido un programa de «democracia funcional», capaz de renovar el espíritu y de reanimar el dinamismo de la fórmula democrática.[184]

---

183. El lector que se interese por el funcionamiento de este régimen puede consultar la obra de G. SARTORI, *Democrazia e definizioni*, Bolonia 1957 y el estudio de Bertrand de JOUVENEL, «Qu'est-ce que la démocracie?» *Le contrat social*, enero de 1959, pp. 15-22 y marzo de 1959, pp. 68-75. Bertrand de JOUVENEL, comentando la pendiente de la época hacia la tecnocracia declara (p. 72): «Los miembros de las democracias modernas se miran gustosamente como pretendientes con intereses y afecciones particulares que defender, dejando a los otros el cuidado de encontrar las vías y los medios para un acuerdo general». El punto más inquietante estriba en que estos ciudadanos no tienen incluso conciencia de su tendencia a abandonarse...

184. *Op. cit.*, primera parte.

Pero la implantación de estos proyectos no parece apenas posible sin la previa realización de profundas transformaciones espirituales, a falta de las cuales la reforma se vería rápidamente privada de sentido.

Aquellos a quienes inquieta la competencia que se mantiene actualmente, en todos los dominios, entre regímenes con ideologías diferentes, probablemente estarán inclinados a congratularse, ya que el recurso a la tecnocracia ofrece garantías de rendimiento. Pero que no se regocijen demasiado con esta idea. Desde el punto de vista de la eficacia, una cosa es un régimen político fuerte que, reposando sobre estructuras burocráticas sólidas, ofrezca grandes perspectivas a los técnicos, aunque les someta a una disciplina centralista. Y otra cosa, continúa siendo un sistema en el cual los técnicos llegasen a imponer sus concepciones, en algún sentido parcial y, sin que sus inevitables rivalidades estuviesen arbitradas por un organismo adecuado.

Por lo demás, vamos a mencionar otro riesgo con posibilidades de atemperar este optimismo: en los últimos meses, diversos observadores, que no pertenecen a nuestro continente, han dado muestras de inquietud a propósito de la completa apatía política que ellos creen descubrir entre los ciudadanos de las naciones libres de Europa. Se preguntan si la prosperidad y el bienestar no están agravando la carencia de interés en lo que se refiere a los asuntos públicos: indiferencia que, en su caso (vuelta de la coyuntura), facilitaría la llegada al poder de nuevos demagogos de estilo fascista, muy diferentes de los tecnócratas actuales y mucho más temibles que ellos.

El propósito carece de profundidad en el sentido de que se toma por un fenómeno nuevo lo que no es sino una vieja actitud que se basa en otras causas además de en la capacidad de comprar máquinas de lavar. En cambio, da muestras de perspicacia al insistir en uno de los peligros que conocen los Estados industrializados: el riesgo de que en los sucesos graves (especialmente en el orden económico), el poder político

no llegue a dominarlos, y los ciudadanos pasen de la indiferencia al malestar y, de ahí, a un estado de desorden tal que facilitara todo tipo de abdicaciones.

En definitiva, la participación del ciudadano en la gestión de los asuntos públicos parece que sigue siendo lo más deseable; sin embargo, caeríamos en el tópico del *happy end* si demostráramos una gran confianza en esta posibilidad.

INDICE ONOMASTICO

INDICE DE MATERIAS

INDICE


EDICIONES
ARIEL